

Gosby

C. A. Ortega



Una niña bien, un chico malo y un perro
en una historia de amor inolvidable

GOSBY

C. A. ORTEGA

Título original: Gosby
©2017 C. A. Ortega

Diseño de cubierta: C. A. Ortega
Imagen de portada: Pixabay

ASIN: B079WP3PSL

Registro: 1709163529227

Todos los derechos reservados. Toda forma de reproducción, distribución, o transformación total o parcial de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de los titulares.

Se puede acceder a más información sobre el contenido en
www.caortega.com

Dedicado a un amor platónico de juventud.
Para ti.

PRÓLOGO

Mahón, 25 de diciembre de 1985

Eran las nueve de la mañana cuando Marc se acercó al árbol colocado en el gran salón de la casa cuna donde vivía. Era un abeto que habían decorado entre todos, con los clásicos aros de papel pintados con lápices de colores: exactamente igual que las dos Navidades anteriores. Con solo ocho años, ya tenía claro que aquellas Navidades las cosas no iban a cambiar. Se acercó al árbol con resignación, buscó un paquete con su nombre y echó un vistazo para ver si encontraba, ya de paso, el de su hermana. Los localizó sin problemas, cogió ambos paquetes y se dirigió a la esquina donde sabía que la encontraría.

Ya llevaban dos años allí metidos y su hermana Mariona, de cuatro años, se pasaba la mitad del tiempo sentada en aquel rincón. Al principio Marc intentó que Mariona saliese de allí y jugase un poco con los niños de su edad, pero hacía tiempo que había dejado de intentarlo; era como si su hermana encontrase en aquella esquina la protección que nadie más conseguía aportarle.

En realidad, aquello no estaba tan mal. La casa cuna la llevaban unas monjas franciscanas a las que alguien había donado una antigua villa solariega. A Marc le parecía una casa de ensueño. Salía al jardín y miraba la casona roja con sus ventanales blancos, y se dedicaba a fantasear con que vivía con una familia rica en aquel lugar de película; aunque el sueño no podía estar más alejado de la realidad.

Por dentro, la casa estaba bastante deteriorada. Todavía conservaba su escalera señorial, pero estaba llena de carcoma y crujía al subir a las habitaciones. El resto del primer piso lo conformaban la cocina, un comedor con una gran mesa en el mismo estado que la escalera y un montón de sillas y banquetas de materiales diversos que utilizaban para todo.

Lo mejor de la casa eran los ventanales llenos de vidrieras de colores que en las horas centrales del día conseguían que la habitación se convirtiese en un

caleidoscopio gigante; entreteniendo a los más pequeños durante horas. Bueno, a todos menos a su hermana que, ocurriese lo que ocurriese, no se separaba de su rincón ni cuando la obligaban. Las monjas, ya cansadas de tenerla sentada en el suelo, decidieron un buen día colocar una banqueta en aquel lugar y, en ese preciso instante, Marc supo que a su hermana la habían dado por perdida.

Al comienzo, Marc pensó que Mariona se adaptaría al lugar, como más o menos había hecho él, pero ya hacía tiempo que había aceptado que aquello no iba a ocurrir. Día tras día, la veía allí sentada como un animal herido con el dedo metido en la boca buscando un consuelo en las paredes que estas no iban a ofrecerle. Se le cayó el alma a los pies al darse cuenta que las cosas no iban a mejorar para ellos en un largo período de tiempo.

Aquellos pensamientos le dejaron paralizado con los regalos a medio camino entre el árbol y su hermana y apartó la mirada para evitar tanto dolor. Notó algo moverse al otro lado de la estancia y vio cómo una monja se le acercaba desde el otro lado con cara de resignación.

—Sor Alicia —saludó Marc al ver a la hermana acercarse.

—Dime, hijo. —Le regaló la mejor de sus sonrisas pasándole la mano por el rostro como muestra de cariño.

—¿Sabe si vendrá mi madre este año?

Marc ya no lo preguntaba por él, pero sabía que su hermana podría dar un cambio radical si entrase su madre por la puerta.

—No lo sé cariño, pero hace ya tiempo que no la vemos por aquí, así que quizás tampoco venga hoy. —Sor Alicia se agachó para ponerse a la altura de Marc—. Ya sabes que el que no pueda venir no significa que no os quiera. Os quiere mucho, pero hay veces que la vida de los mayores se complica demasiado y no pueden estar cerca de los seres queridos.

A Marc aquello le olía cada vez más a chamusquina. Llevaba escuchando la misma historia desde que llegó allí y estaba claro que ya no se la creía. Tras la muerte de su padre hacía más de dos años, su madre los dejó allí tirados y solo había ido a visitarlos en un par de ocasiones.

Después de aquello, ya no volvieron a saber más de ella. Lo peor era que Mariona únicamente había salido de su estado de abstracción en aquellas dos ocasiones. Después de la última visita, nadie había conseguido que la alegría volviese a sus ojos. Todos habían hecho esfuerzos para que saliese de aquella esquina y se quitase el dedo de la boca, pero nadie lo había conseguido. Su hermana se había convertido en una niña triste que vagaba por la casa cuna y solo buscaba rincones en los que refugiarse.

Giró la cabeza, como para comprobar si seguía en el mismo lugar de siempre y, al verla en la misma posición con el dedo metido en la boca, tuvo ganas de quemar el árbol y salir corriendo de allí para no volver jamás. Había fracasado en su labor como hermano mayor y eso no se lo podía perdonar a sí mismo; seguro que su padre estaba decepcionado con él, allá donde estuviese.

Marc vio a Sor Alicia alzar la vista hacia Mariona y un halo de tristeza cruzó el semblante de la monja. La mujer sacudió la cabeza como para deshacerse de aquella sensación, lo cogió de la mano, agarró uno de los regalos y se encaminó hacia su hermana pequeña.

—Vamos, cariño, vamos con Mariona a ver qué regalos os ha dejado Diosito debajo del árbol.

Marc sabía que, otro año más, dentro del dichoso paquete había un estuche de pinturas para su hermana y un triste bloc de dibujo para él. Diosito no lo estaba haciendo demasiado bien con ellos.



Santander, 25 de diciembre de 1985

Caterina se despertó a las siete y media de la mañana dando saltos de alegría, como solo las niñas de seis años y medio pueden dar la mañana de Navidad.

Se frotó los ojazos verdes que tenía con energía, se quitó las ondas castañas que le caían de la cara —siempre llevaba el pelo alborotado a pesar de la insistencia y el empeño de su madre— y se acomodó el camisón rosa de la Bella Durmiente que llevaba puesto. El camisón había sido el regalo de Papá Noel el año anterior y le quedaba un poco corto de mangas, pero a ella no le importaba.

La noche anterior cuando su madre estaba la mar de liada con la cena, se escabulló hacia su cuarto, se quitó el traje con leotardos a juego que le habían obligado a ponerse y se vistió con su camisón; era su ropa preferida y quería que toda la familia la viese con sus vestido de princesa. Su madre le echó una buena bronca al verla aparecer en la cena vestida con aquello, pero no consiguió que volviese a ponerse el vestido verde que le habían comprado para la ocasión de ninguna de las maneras.

Caterina había estado toda la noche revolviéndose en la cama, esperando la

llegada de Papá Noel y, por fin, había llegado el momento de ver qué regalos le había dejado. Solo de pensarlo volvió a dar otro salto de alegría en la cama aplaudiendo sin poder controlarse, aunque sabía que a su padre no le gustaba el ruido.

Se lanzó desde la cama de forma temeraria, aterrizó en la misma puerta de su cuarto y salió disparada hacia el salón olvidando las zapatillas —zapatillas que su madre tanto insistía en que llevase puestas— al lado de la cómoda. Bajó corriendo las escaleras en dirección al salón y, al pasar por la habitación de sus padres, soltó un grito de «mamáaaa» para poder despertarla sin tener que hacer un alto en el camino.

Abrió la puerta corredera del salón y no pudo creer lo que vio. Debajo del árbol había decenas de paquetes de tamaños y colores imaginables, y todos con su nombre. Estaba tan abrumada que no sabía ni por cuál empezar. Se quedó allí pasmada con los brazos abiertos y una sonrisa de oreja a oreja hasta que escuchó a su madre bostezar detrás de ella.

—Cat, cariño, no te quedes ahí plantada. Mira —la alentó a que se lanzase a abrir el primer regalo—, abre ese que tienes más cerca.

Caterina se abalanzó sobre el primer paquete que encontró a su paso y rompió el envoltorio descubriendo que contenía una maravillosa consola de videojuegos que llevaba pidiendo ya tres meses. Comenzó a dar saltos de alegría mientras gritaba: «¡Lo que yo quería! ¡lo que yo quería!».

Así empezó el ritual navideño en casa de los Baldi aquellas Navidades. Caterina fue abriendo uno por uno los paquetes, confirmando que Papá Noel no se había olvidado de nada: la consola de videojuegos llegó acompañada de un par de juegos y una pistola para matar marcianitos, también encontró un par de juegos de mesa y un rompecabezas de perritos que no dudaría en comenzar en cuanto pudiese. En uno de los paquetes encontró un jersey rosa de angora y un par de zapatos a juego con un conjunto de guantes y bufanda súper calentitos.

Tras pasarse una hora abriendo paquetes sin parar, frenó en seco, miró a su alrededor y frunció el ceño; los regalos no eran tan numerosos como otros años.

Su madre leyó los pensamientos que cruzaban por su mente y, con una sonrisa maliciosa, por fin abrió la boca.

—Caterina, todavía no has visto el mejor —le dijo con los ojos abiertos de par en par para darle énfasis a la buena nueva.

Caterina se puso a dar saltos de alegría al saber que todavía le quedaba la

mejor sorpresa por abrir.

—Mamá, ¿dime qué es? ¿Dime qué es?

—Tendrás que subir a nuestro dormitorio para averiguarlo.—Acabó diciendo con cara de pillina—. Pero cuidado no despiertes a papá.

Caterina no tardó ni medio segundo en dar un salto y salir corriendo escaleras arriba hacia el cuarto de sus padres a ver qué misterioso objeto escondía.

Nada más entrar, notó que la habitación olía raro. Miró por el suelo y no encontró ningún paquete. Alzó la mirada sin comprender y fue cuando algo captó su atención sobre la cama; allí, acurrucado al lado de su padre, había un precioso cachorrito con el pelo lanoso dormido como un ceporro.

Caterina, que no se lo podía creer, se abalanzó sobre su padre dando gritos de alegría mientras cogía a su cachorrito entre los brazos y llamaba a su madre para que fuese corriendo.

Su padre no dudó en taparse con las mantas hasta arriba para no tener que soportar aquellos chillidos un día festivo a las ocho y media de la mañana, mientras su hija seguía gritando sin piedad en el cuarto.

Aquellas Navidades trajeron a Caterina su mayor tesoro; una perrita de aguas, a manchas negras y blancas, a la que llamaría Nela.

PRIMERA PARTE
EL ENCUENTRO

1

Menorca, 1 de julio de 2002

Me di cuenta de que me sudaban las manos, aunque no era de extrañar con el calor que hacía en la isla. Sin embargo, tenía que reconocer que el sudor frío que me recorría la espalda no se debía solo a la temperatura ambiental; era el primer día de entrenamiento y estaba un poco alterada, por decirlo de forma suave. Para empeorar la situación, Gosby, mi compañero en aquella aventura, andaba también algo confuso y no hacía más que pegarse a mí buscando seguridad; lo que me generaba más calor si cabía.

Habíamos practicado unas cuantas veces el ejercicio que íbamos a realizar aquel día, pero había ocasiones que mi perro las liaba un poco, así que tendría que rezar para que todo saliese según lo esperado y ofrecer una buena impresión el primer día de clase.

Gosby y yo habíamos viajado desde Santander a Menorca para pasar el verano en la primera Escuela de Salvamento Acuático con perro que se acababa de abrir en España. Nuestro objetivo era pasar allí tres meses y conseguir pasar las pruebas con matrícula de honor para poder elegir así Santander como destino, y volver a casa como el primer equipo de salvamento acuático de Cantabria.

En aquel momento, estábamos todos los participantes creando una barrera frente a la orilla; se podía sentir la tensión en el ambiente. Nadie quitaba los ojos del horizonte esperando a ver cuándo nos darían el pistoletazo de salida para comenzar la primera maniobra. Miré de reojo a mis compañeros y vi cómo la mayoría tenían los músculos contraídos, los perros bien sujetos por el arnés y en posición de salida a punto de saltar a la mínima indicación. Los había conocido esa misma mañana y parecían buena gente. Lo malo era que, de quince participantes, todos eran hombres excepto una chica llamada Nina y yo. Bueno, aquello tampoco tenía por qué ser una tragedia, pero no hubiese estado

nada mal equilibrar un poco la balanza.

Nos encontrábamos en una cala preciosa cerca de Mahón llamada Farrel. Cuando la vi por primera vez el día anterior, comprendí perfectamente por qué habían elegido esa localización para montar la Escuela. Estaba a diez minutos escasos andando desde el hotel donde nos alojábamos mis compañeros y yo. La cala, además, se adentraba de forma significativa en tierra firme: un lugar ideal para no tener que suspender las prácticas en caso de que hubiese marejadilla.

La arena de la cala era muy parecida a la de Santander, muy fina y de una textura nada arcillosa, pero el entorno era mucho más rural. A ambos lados de la pequeña cala había superficie arbolada para que los perros se relajasen a la sombra, y al fondo de la misma se encontraba el pueblo de Farrel con un complejo hotelero nada desdeñable. En el mismo pueblo, frente a nuestro hotel, había una playa mucho más grande a la que iban la mayoría de los turistas; pero también estaba mucho más concurrida y trabajar allí con los perros hubiese sido prácticamente imposible.

Recuperé la concentración, puse una mano sobre los ojos para ver qué había captado mi atención y comprobé que se acercaba una de las lanchas que nos ayudaría en el transcurso de la prueba.

Un par de minutos después de aparecer la embarcación, se escuchó un primer silbato y la lancha paró el motor. El pitido hizo que a los perros se les erizase el pelo de la nuca e incluso que algunos comenzasen a ladrar de excitación. La lancha tardó un poco en estabilizarse y, nada más hacerlo, se escuchó un segundo pitido; lo que parecía ser una mujer con traje de neopreno saltó al mar sin demasiado entusiasmo y nada más sacar la cabeza, la chica comenzó a sacudir los brazos pidiendo ayuda con pocas ganas. Tampoco hay que darle todo el primer día, pensé.

Tensé los músculos para prepararme, me coloqué la coleta detrás de los hombros y clavé la vista en el monitor: un chico bastante guapo llamado Mikel que habíamos conocido el día anterior. El entrenador no estaba nada mal, era el típico chico de playa, atlético, con un bañador tipo bermuda granate y una camiseta blanca. Tenía un tono de piel moreno conseguido con miles de horas al sol, el pelo desteñido por el salitre del mar y unos dientes blancos que destacaban sobre su piel bronceada. El chico apuntaba maneras.

Se llevó el silbato a los labios, agarré el arnés de Gosby y comencé a susurrarle palabras de aliento para incitarlo a salir corriendo a la primera orden que nos diesen.

Mikel me echó una mirada de reojo, yo le respondí con un gesto afirmativo de cabeza y soltó un silbido prolongado con el silbato para dar la señal de salida.

Nada más escuchar la orden, me acerqué corriendo a la orilla y animé a mi compañero a que se lanzase al agua para salvar a la mujer que seguía agitando los brazos. Gosby tocó el agua con las patas delanteras, dio un ladrido de excitación que resonó en lo más profundo de mi oído y salió disparado en busca de la mujer.

—*Go*, chico, *go* —le alenté a seguir.

La chica del agua puso cara de preocupación al ver cómo un perrazo color chocolate de cuarenta kilos se le acercaba nadando a toda velocidad y aquel gesto me confirmó que a la pobre la habían engañado para hacer de figurante aquel día. El problema era que yo no estaba demasiado segura de que todo fuese a salir a las mil maravillas. Aquel era un ejercicio algo delicado; el perro debía llegar a nado hasta la figurante, cogerle la mano con la boca (de la forma más delicada posible) y tirar de ella hasta la orilla. Gosby no llevaba demasiado bien el control de la mordida, así que rezaba que fuese cuidadoso y no se quedase con la mano de la chica en la boca o estaríamos fuera del programa casi antes de empezar.

Desde la playa yo no paraba de animar a Gosby para que siguiese así — imaginé que la prueba iba según lo previsto al no escuchar ningún alarido por parte de la figurante—. Y así, sin prisa pero sin pausa, el perro fue siguiendo mis indicaciones hasta llegar a la playa.

La chica tocó la arena y yo me lancé hacia Gosby loca de alegría para darle unas palmaditas de aliento y un par de golosinas que el perro no dudó en degustar con satisfacción.

La segunda parte del ejercicio me tocaba a mí, así que dejé a Gosby con su premio y fui a acomodar a la supuesta ahogada en la arena. Le coloqué la cabeza con el mentón hacia arriba y comencé con las compresiones torácicas para el simulacro de reanimación. A las treinta compresiones, le agarré la cabeza, le tapé la nariz e hice como que le insuflaba aire en los pulmones bajo el escrutinio de quince personas mirando atentamente a menos de un metro de distancia.

Por fortuna, unos minutos después, sonó el silbato de fin de maniobra, lo que hizo que dejase sola en el suelo a la pobre chica y me abalancé sobre Gosby dando grititos de alegría. Gosby, que no necesitaba mucho para contagiarse de mi energía, comenzó a mover el rabo y a sacudirse de alegría

mojando a los que tenía alrededor; la cosa acabó con Gosby tomando impulso y posando sus patotas sobre mi pecho para lamerme con su enorme lengua toda la cara; me puso de babas hasta arriba.

Aquello iba en contra de las reglas más básicas de educación, pero la prueba había salido tan bien que no me importó dar el espectáculo delante de mis compañeros.

—Muy bien —nos señaló Mikel con cara de pocos amigos por el espectáculo que acabábamos de montar—. Si seguís manteniendo este ritmo, acabaréis de los primeros de la promoción. Pero comportaos, por Dios, que se note el trabajo tanto dentro como fuera del agua.

2

Eran las seis de la tarde y ya no podía ni mover un dedo; estaba rota. Las jornadas de prácticas con los perros estaban siendo tremendas y el calor que estaba soportando Menorca aquel verano no estaba ayudando en la tarea. Gosby y yo estábamos acostumbrados al trabajo duro, pero no a ese ritmo tan intenso, ni a esas temperaturas. Llevaba en Menorca solo tres días y ya me dolían todos los músculos del cuerpo y, por la cara de disgusto de Gosby, diría que él estaba igual o peor que yo.

En aquel momento, Gosby y yo nos encontrábamos en la habitación del hotel. Había subido después de comer para llamar a mi madre —le gustaba tener noticias frescas a diario, así que aprovechaba las horas muertas para darle el parte— y refrescarme un poco.

Colgué el teléfono y Gosby se acercó a mí para darme unos golpecitos en la pierna con el morro; aquello significaba que ya estaba tardando en sacar la comida. Dejé el teléfono sobre la cama, le di dos palmaditas en el pecho para que supiese que lo había pillado y le llené el cuenco de comida hasta arriba. Antes de que pudiese ponerle agua fresca, Gosby ya se había acabado la ración de pienso y se dirigía a su cama satisfecho. Me di cuenta de que no tenía muchas ganas de moverse, así que, cuando acabé de organizarlo todo, lo dejé en la *suite* con el aire acondicionado —se merecía un descanso en un ambiente agradable— y me fui a tirarme a la sombra de un buen árbol junto a la piscina.

Si hubiese estado sola, seguro que me habría quedado con Gosby en la habitación a echar la siesta; pero no estaba sola en la isla. Mis dos mejores amigas habían decidido posponer sus vacaciones al Caribe y acompañarme los primeros quince días del verano para no perder la costumbre de pasar juntas las vacaciones. El inconveniente de viajar acompañada era que el tiempo que mis compañeros se dedicaban a descansar, yo me lo pasaba

paseando con Isa y Susana por la playa o saliendo a tomar algo a las terrazas del puerto. Y para ser franca, las salidas me estaban dejando exhausta. Tendría que poner todo de mí para no morir de agotamiento en las primeras semanas de instrucción.

Salí por la puerta hacia el jardín y, sin tan siquiera mirar, me dirigí al lugar más alejado de la piscina; sabía que allí encontraría a mis amigas achicharrándose bajo el sol.

—Isa, anda, déjame un sitio que has puesto todas tus cosas en mi hamaca — le pedí haciéndome la ofendida al ver cómo había colocado un millón de trastos en la tumbona que tenía reservada para mí.

—Joder con la niña mimada esta que no es capaz ni de apartar tres cosas para sentarse. Tía, no seas tan petarda y tíralas al suelo.

—Lo que tú digas. —Giré la hamaca y dejé caer con un gesto teatral todas las pertenencias de mi amiga.

Aquello les hizo una gracia inusual y rompieron en una carcajada como si fuese lo más divertido del mundo; estaba claro que tanto mojito les estaba perturbando.

Me quité los pantalones cortos que llevaba, la camiseta *Adidas* a juego y, tras dejar las prendas en la cabecera de la hamaca, extendí la toalla y me tumbé a la sombra a ver si mis músculos se recuperaban del duro entrenamiento.

—Oye, Cat, cuánto has tardado, ¿no? —preguntó Susana frunciendo el ceño.

—He aprovechado para llamar a mi madre y contarle las novedades — confesé sin hacerle demasiado caso.

—Anda, calla, que no se puede ser tan buena hija. No se va a morir por no saber nada de ti en una semana.

—Cómo se nota que no la conoces —le respondí sin apenas mirarla.

—Y vosotras, ¿qué habéis hecho...

En ese momento Isa nos cortó al ver que se acercaba un camarero con una bandeja llena de bebidas para un grupo de ingleses que teníamos al lado.

—Chicas, me muero de sed, ¿queréis algo?

—¡Buena idea! Yo un refresco de naranja —dijo Susana.

—Joe, chicas, qué poca imaginación, tenemos cócteles incluidos con la pulserita *gold*. —Agitó Isa su muñeca con la cinta dorada bien visible.

—Anda, Isa, déjate de líos, que hoy me han machacado en las pruebas y mañana me toca contrarreloj de natación. No quiero ni pensar lo que puede ser

hacerlo con resaca —dije pensando que ya me dolía medio cuerpo y todavía casi no había comenzado el entrenamiento verdadero.

Isa, haciendo caso omiso de mis palabras, llamó por señas al camarero que se giró hacia nosotras con cara de pocos amigos.

—¿Sí? —Se dirigió a Isa sin demasiada ilusión.

Ya había visto a aquel chico el día antes en la piscina, pero no me había fijado mucho en él. Era un chaval extremadamente flaco, de unos veinticinco años, con el pelo moreno alborotado, cayéndole en la cara, y una mueca extraña en la boca que no le favorecía demasiado. Pero lo más insólito en él era que llevaba una camisa de manga larga que lo tenía que estar matando de calor.

—¿Podrías traernos tres mojitos?

—Claro, señorita, sin problema —contestó dándose media vuelta hacia la barra.

—Espera —grité de forma brusca. Aquello de estar acostumbrada a dar órdenes a los perros, a veces me hacía parecer una maleducada.

—¿Sí? —Se dio la vuelta y me clavó la mirada para dejarme claro que no tenía ganas de aguantar tonterías.

—Para mí un *Aquarius*, por favor —contesté en un tono mucho más bajo, tocándome nerviosa la coleta.

Tenía una mirada demasiado dura para aquella situación. Ni siquiera cuando quité la vista, aquellos ojos marrones bajaron la intensidad. Se quedaron clavados en mi persona como si nada, lo que me pareció una eternidad.

—Lo que usted diga, señorita.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se fue a la barra a traernos las consumiciones.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó Isa—. ¿Qué coño ha sido eso?

La miré sin entender.

—¿El qué?

—A mí no me ha mirado así ni de coña. Llevo tres días en esta piscina pidiéndole bebidas como si no hubiese un mañana y creo que todavía no se ha dignado a mirarme a la cara, y vas tú y te come con los ojos.

—Isa, cada vez estás peor de la cabeza, creo que te ha dado una buena insolación hoy. Todos —remarqué bien la palabra— se derriten por tus huesos, no creo que esta ocasión sea diferente.

—Ayer, Susana y yo estuvimos estudiando detenidamente al camarero. —Dejó pasar mi comentario para señalar al camarero mientras preparaba las

consumiciones en el chiringuito de la piscina—. ¿No te parece un poco extraño, con el calor que hace, que siempre lleve manga larga?

—Y yo qué sé —le contesté—. Igual es política del hotel, ¿no? —Elevé los brazos dando a entender que no lo tenía claro,—De eso nada, guapa —entró Susana en la conversación para ofrecer más detalles —. El resto van con un polo azul de manga corta, la mar de fresquitos.

Rompí a reír por la cara de Sherlock que había puesto mi amiga e Isa contagiada explotó en carcajadas; cómo se notaba que estábamos de vacaciones.

Nada más ver que el chico volvía con las bebidas, nos callamos de golpe e intentamos disimular mirando hacia todas partes. Por su cara de pocos amigos daba la impresión de que nos echaría las consumiciones directamente por la cabeza.

Llegó a nuestro lado y, al ver que nadie le hacía caso, dejó los refrescos de Isa y Susana en las mesitas auxiliares de sus tumbonas. Seguido se acercó a mí, alargó el brazo con mi consumición y lo dejó allí extendido esperando a que cogiese el vaso directamente de su mano.

Tras un momento incómodo, dejando al hombre con el brazo allí extendido, alargué el brazo y cogí la bebida sin atreverme a levantar la mirada. Y allí me quedé petrificada como una boba, con los dedos sobre el vaso, mientras el camarero lo seguía asiendo con fuerza. Este, al ver que yo no arrancaba, soltó el vaso con fastidio, se dio media vuelta y se marchó acompañado por el estallido de risas incontroladas de las bobas de mis amigas.

—Anda, dejad ya de hacer el tonto. —Les tiré la ropa que tenía puesta de almohada—. Tengo que pasar aquí los próximos tres meses y no quiero dar la nota desde el minuto cero.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc volvió a la barra del bar y escuchó risas tras de sí. Aquellas niñas eran idiotas. Iban de vacaciones y se creían las diosas del mundo. Nada cambiaba, verano tras verano, tenía que soportarlas sin remedio. Necesitaba el trabajo para poder llegar a fin de mes y lo aguantaba por eso, pero algún día terminaría por tirarle a alguna clienta la consumición en la cara y se vengaría por todas aquellas pijas de buena cuna que tenía que atender temporada tras temporada.

La que sí le había llamado la atención era aquella chica tan peculiar que le

había pedido un *Aquarius*. Era preciosa. Cuando vio aquellos ojos felinos, se quedó como hipnotizado y no pudo apartar la mirada de ella. Era una chica fibrosa sin muchas curvas, pero tenía unos grandes ojos color esmeralda que quitaban el sentido. El tono castaño claro de su pelo hacía juego con aquel enigmático color e intensificada más si cabía el efecto de su mirada. Se había fijado también que llevaba el pelo recogido en una coleta alta que no paraba de tocarse incómoda como si estuviese fuera de lugar.

No la había visto nunca por la piscina y no sabía la razón, pero parecía distinta a las demás; parecía cansada. No era normal entre las clientas tener cara de haberse pegado un madrugón. El único esfuerzo que hacían durante su estancia era levantar la mano para pedir una consumición tras otra.

De repente se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se sacudió todos aquellos pensamientos; una de las reglas del hotel era no liarse con clientas, así que lo mejor sería dejarse de líos y conservar el puesto de trabajo. Además, todas las niñas que iban al hotel eran unas estúpidas; aquella, por muchos ojos verdes que tuviese, no tenía por qué ser diferente.

3

Menorca, 23 de julio de 1994

—Tío, ¿qué pasa? —saludó Rafa a Marc, cuando lo tuvo a un palmo.

Marc acababa de llegar al paseo marítimo. Había quedado con los colegas como cada tarde.

—Nada, tío, aquí, echando un cigarro. —Chocó los nudillos con su amigo.

Rafa estaba sentado en el muro del paseo viendo cómo las olas rompían contra las rocas. Aquella tarde había llegado algo pronto y ya llevaba un buen rato aburrido esperando al resto.

—Joder, hoy sí que se ha levantado oleaje —dijo Marc asomándose por el muro para ver cómo saltaban las olas al romper contra la roca—. Hoy va a ser imposible meterse al agua con esta mar.

Les gustaba sumergirse a pulmón a pillar algún que otro pez, pero tampoco había que jugarse el tipo.

—Ya te digo, tío.

Marc se quitó las aletas y las gafas que llevaba en la espalda y las dejó en el banco de siempre.

El orfanato le permitía salir por las tardes desde los quince años y Marc no perdía oportunidad. Estaba hasta el moño de las monjas y el rollo familia feliz que se traían. Lo bueno era que Mariona, al no tener la edad suficiente, se tenía que quedar allí o hacer las salidas que las monjas organizaban un par de días a la semana. El poder estar fuera y saber que su hermana estaba vigilada le quitaba un gran peso de encima. Mariona cada vez estaba peor y Marc no tenía ni idea de cómo controlar sus cambios de humor; podía pasar de la pasividad más pasmosa a la ira en una milésima de segundo.

—Oye, tío —Rafa interrumpió sus pensamientos—. Mira qué tatuaje más guapo me he hecho esta mañana.

Se levantó la camiseta de Guns N'Roses que llevaba puesta y dejó expuesto un tatuaje tapado con film que le ocupaba medio costado.

—Es una serpiente saliendo del agua, ¿a que es la caña?

—Qué guapo, tío. —Marc tocó el costado de su amigo con la punta de los dedos.

—¡Eh! No lo toques que me lo acabo de hacer y duele que te cagas.

Dicho lo cual sacó una piedra de hachís de la mochila y se puso a quemarla en pleno paseo.

—Me voy a liar un porro a ver si me anestesia un poco el puto dolor.

—Sí, anda, líate uno y pásame unas caladas —le pidió Marc a su amigo—. Ya sabes que las monjas casi no me dan pasta y no tengo ni para un puto huevo de costo.

—Joder, tío, lo que no sé es cómo todavía no te has pirado de ese sitio —soltó Rafa todo concentrado quemando la china.

—Ya lo he pensado, pero Mariona sigue allí dentro.

—Bah, tu hermana es una cría, seguro que allí se queda bien. No es como si la abandonases para siempre, puedes ir de visita.

Mientras hablaban, Rafa acabó de liarse el porro y se lo pasó a Marc para que lo encendiese.

—Pero qué dices, no te enteras de nada. Si me escapo, no podré ir de visita. Tendría que abandonar a mi hermana allí a su suerte y ya sabes que no anda bien del coco.

—Estás jodido, tío —sentenció Rafa cogiendo el porro de la mano de Marc—. Te lo decía porque me he enterado que buscan camareros en uno de los restaurantes del puerto. Podrías ir a ver si te dan trabajo. Con algo de pasta, podrías alquilarte alguna habitación en el pueblo y así te olvidarías de las puñeteras monjas.

—Ya lo había pensado —dijo Marc volviendo a coger el peta—, pero veo mal a Mariona y no la quiero dejar sola. Me queda solo un año para poder salir libre de allí de forma legal. El año que viene me busco un curro y empiezo a ganar pasta para largarme del puto convento.

—Ya es hora de que empieces a pensar en hacer algo con tu vida —se vino arriba Rafa.

—Sí, encima con la puta paga que me dan no me llega ni *pa* pipas. Con mi primer sueldo pienso hacerme un tatuaje que te cagas. Tu serpiente va a parecer pequeña al lado de la mía.

—Jajaja, cállate gilipollas, nadie tiene una serpiente tan grande que la mía. Gano a todos en tamaño.

Rompieron a reír con una risa floja envueltos en el humo del hachís.



Santander, 23 de julio de 1994

—Cat, pareces ida, ¿qué te pasa?

Caterina salió de su ensimismamiento y miró a su amiga.

—Nada, pero es que nunca me canso de ver el Palacio de la Magdalena. Es impresionante, da igual las veces que lo mires.

Caterina había quedado con sus amigas para ir a la playa del Sardinero a pasar la tarde. Le encantaba el sitio donde plantaban las toallas. Desde allí, se podía ver el Palacio de la Magdalena y con aquellas vistas le era fácil pensar que estaban en la *Belle Époque* tomando el sol a pies de palacio.

—Anda, siempre con lo mismo —dijo Isa para molestarla—. La única razón por la que te hacemos caso y nos ponemos aquí es porque hay unos tíos buenos de escándalo en la escuela de surf.

Justo detrás estaba la escuela de surf de Santander.

—Isa, ¡qué cosas tienes!

—Sí, sí, lo que tú digas, pero en media hora aparecerá por esa puerta el hombre con las mejores espaldas que has visto en tu vida. —Señaló la caseta de la escuela—. Un morenazo con el pelo rubio salitre y unos dientes blancos que quita el hipo.

—Anda, calla, Isa. Cada vez se te va más la olla.

—Sí, sí, lo que tú digas.

—¡Oye! Y si te gusta tanto, ¿por qué no te apuntas a sus clases y así nos dejas tranquilas?

—Sí, claro, y morirme de la vergüenza cuando se dé cuenta de que no doy pie con bola. De eso nada. Prefiero que me mire desde lejos y piense en lo estupenda que se me ve tumbada como una actriz de cine en la toalla.

Caterina no pudo más y rompió a reír. ¡Qué ocurrencias! Aunque tuvo que reconocer que Isa se veía espectacular con el minúsculo bikini de flores hawaianas que llevaba.

—Pues no te vendría mal hacer algo de deporte, se te van a atrofiar las piernas como sigas así.

—No te preocupes por mis piernas, que ya harán el deporte necesario el

sábado por la noche en la discoteca. —Se atusó la melena rubia con cara de picardía.

—No fastidies que te han dado permiso para ir a la fiesta del sábado.

—¡Síiiii! —rompió Isa en un grito dando saltitos y aplaudiendo encima de la toalla.

—¿Y tú? ¿No has pedido permiso en casa?

—Ya sé que me van a decir que no. Además, me han apuntado a un curso de equitación carísimo los domingos por la mañana y no creo que les hiciese mucha gracia si me perdiese alguna clase.

—Qué petarda eres, tía. —Le hizo un ademán con la mano a Caterina—. No es necesario que faltes, puedes presentarte allí algo dormida nada más.

Se partió de risa con su propia ocurrencia.

—No —sentenció Caterina—. Y este *finde* tengo exhibición con Nela el sábado por la tarde.

—¿Exhibición de qué? —Isa entornó los ojos sin comprender.

—Exhibición de *agility*. Ya te dije que estábamos apuntadas a un curso y que teníamos una exhibición.

—Anda, tía, que tanta actividad te va a matar. ¿Por qué no eres capaz de hacer como el resto del mundo y disfrutar del verano tirada en la playa viendo a surfistas cañón pasar por delante?

—Porque Nela y yo necesitamos actividad, si no se nos va a poner el mismo culo gordo que te está creciendo a ti.

En ese momento vieron pasar al surfista macizo por delante de sus toallas e Isa lanzó una mirada asesina a Caterina. ¿Cómo podía ser tan gafe y soltar aquello justo cuando pasaba el amor platónico de Isa?

—Caterina, voy a matarte en cuanto ese tío desaparezca de nuestra vista.

4

Menorca, 6 de julio de 2002

La cocina estaba a reventar. Era el primer sábado de julio y estaba el hotel al completo; aquello significaba que prácticamente todo el personal estaba de noche y todos corrían como locos para llegar a dar las trescientas cenas que estaban previstas. Marc entró en la cocina con una bandeja llena de vasos vacíos y los dejó en el *office* antes de coger otra llena de copas lista para servir.

Joder, había gente por todas partes, pensó Marc secándose unas gotas de la frente con el pañuelo. Había comenzado a sudar como un loco y la putada era que no podía ponerse el uniforme de manga corta. Tenía totalmente prohibido que los clientes le viesan los brazos tatuados y aquella estúpida regla le obligaba a llevar una camisa que le hacía sudar como un cerdo.

Salió con la bandeja repleta y repartió todas las copas antes de llegar a las mesas del fondo. Se hizo con un buen número de vasos vacíos y se dirigió otra vez a la cocina para repetir la jugada. Había camareros y cocineros gritando, sacando platos y vasos por todas partes; aquello se parecía más a una batalla de la Primera Guerra Mundial que a un restaurante. Consiguió esquivar con éxito a un par de compañeros y llegó al lavavajillas con los vasos sucios sanos y salvos.

Se apoyó en el fregadero un momento para tomar aliento y sintió que el portón trasero se abría un ápice. Dirigió su cuerpo a aquella rendija para disfrutar un poco del aire fresco, pero cuando alzó la mirada para ver quién la había abierto, distinguió el pelo rubio de su hermana asomar por la puerta. ¡Joderrrr! Lo que me faltaba. Ya tenía suficiente lío en aquel turno como para aguantar una escenita de su hermana.

Llegó a la puerta en dos zancadas, echó un vistazo para comprobar que nadie les veía y agarró el brazo que ya asomaba por la abertura para arrastrar a su hermana hasta el aparcamiento de servicio en un rápido movimiento.

—Mariona, ¡qué coño haces aquí! —La zarandeó del brazo empujándola hacia afuera.

—Marc —le contestó Mariona con lengua de trapo—, necesito algo de pasta.

—¡Mierda! Mariona, estás puesta hasta las cejas, ¡joder! —le susurró de forma amenazante en el oído.

—Marc, me he quedado sin pasta y necesito algo de dinero para cenar —le suplicó Mariona sin atreverse a mirar a su hermano, al tiempo que se sacudía para intentar zafarse de sus manos.

—No me jodas, hermanita, que ya nos conocemos. Si te doy pasta, no vas a comprar ni medio paquete de patatas, te vas a ir al camello de la esquina y te vas a pillar un gramo de la primera mierda que encuentres.

—¡Que no, Marc! Te lo prometo —balbuceó Mariona—. Solo quiero comer algo.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Era una noche especialmente calurosa. Había cenado con las chicas en el primer turno de la noche y mientras ellas se iban directamente a la piscina a coger un buen sitio para la actuación de aquella noche —unos chicos latinos que, por la expectación, parecían estar de muy buen ver—, yo había puesto una excusa para escaparme y poder dar un largo paseo por la playa con Gosby; a ver si la brisa del mar nos ayudaba a soportar el calor.

Salimos por la puerta de la piscina y, ya fuera, me dirigí hacia un atajo que había descubierto dos días antes. Si mis cálculos no me fallaban, aquel sendero me dejaría en la playa en menos de cinco minutos. Miré a los dos lados de la carretera y, en cuanto vi que no había nadie, solté a Gosby para que pudiese disfrutar de la salida con libertad. Me colgué la correa de nailon rojo de Gosby en el cuello y, cuando fui a cruzar, noté movimientos en el aparcamiento de servicio; había una pareja.

Intenté no mirar y pasar desapercibida, pero al acercarme me di cuenta de que era el camarero de la manga larga que estaba cogiendo a una chica por el antebrazo y la zarandeaba como alejándola del hotel.

Me quedé petrificada. No sabía muy bien lo que estaba viendo. ¿Sería una clienta que estaba dando la nota? ¿O es que aquel payaso estaba pegando a su

novia?

Me acerqué un poco más sin saber muy bien cómo reaccionar y vi que estaban demasiado cerca el uno del otro para que fuese una clienta. Además, al entornar los ojos me di cuenta de que no la zarandearla más bien era él quien la sostenía. La chica se balanceaba y cabeceaba, y el camarero intentaba decirle algo, pero ella apenas conseguía mantener la cabeza erguida.

Me quedé tan absorta que no me di cuenta de que Gosby se había acercado hasta ellos como si nada. Nooo, pensé, pero si él nunca se acercaba así a los extraños y mucho menos a gente que está discutiendo. Salí corriendo tras él para intentar frenarlo, pero me fue imposible. Estiré el brazo un par de veces para cogerlo del collar, pero en ambas ocasiones Gosby fue más rápido y para cuando quise hacer algo, el perro ya había llegado hasta la pareja. ¡Mierda!

—Perdón. —Me acerqué corriendo para quitarles al perro de en medio.

Gosby estaba entre los dos sacando la lengua y restregando su cabezota contra las piernas de la chica.

—Perdón, se me escapó sin querer —repetí mirando al camarero con cara de circunstancias.

Cogí al perro por el collar y me agaché para asirlo bien y apartarlo de ellos. Comencé a tirar hacia atrás de mi compañero; pero mientras yo tiraba del collar con fuerza, él seguía como si nada, moviendo el rabo y con la vista clavada en la chica rubia que a duras penas se mantenía en pie.

Lo estaba pasando fatal. Desplazar a un perro de cuarenta kilos que no quiere moverse no es una tarea fácil. Intenté cambiar de estrategia, alejándome un par de pasos para llamarlo a ver si así respondía a mis atenciones, pero tampoco surtió efecto. Era como si yo no existiese.

Sin saber cómo actuar, clavé la mirada en el camarero pidiendo mil perdones. Gosby tenía una reacción muy extraña en aquel asunto, no le había visto tan feliz con unos desconocidos nunca y eso que la tensión entre ellos parecía ser máxima.

Volví a llamarlo un par de veces más, a ver si así conseguía algo, y en la última llamada, por fin, comenzó a recular. El problema fue que nada más dar dos pasos hacia mí, echó la vista atrás y, al volver a ver a la pareja, hizo un ruido gutural con la garganta y retrocedió el camino andado para colocarse entre ellos y restregar su cabezota en aquellos extraños con todo el descaro del mundo.

La chica debió notar algo raro, ya que miró hacia abajo y, al ver al perro, se deshizo del camarero y se agachó para abrazarlo.

—¡Qué perrito más bonito! Mira, Marc, qué perrito ha aparecido tan bonito —balbuceó con dificultad mientras dejaba caer el cuerpo como un peso muerto sobre Gosby—. Marc, ¿puedo quedármelo? Por favor.

Estábamos totalmente fuera de lugar y Gosby no se daba cuenta de nada. ¿Pero qué le pasaba? Le llamé un par de veces más para ver si así se acercaba a mí, pero mi perro pasaba de mí. Muy a mi pesar, viendo que ya no tenía otra alternativa, me acerqué a ellos y agarré a Gosby por el collar echando otra mirada de disculpa al camarero.

Tiré del perro, pero me di cuenta de que era inviable despegarlo de la chica; Gosby era lo único que la mantenía alejada del suelo. Si el camarero no se la quitaba de encima, Gosby se la llevaría puesta sin remedio. Dios, ¡qué mal rato!

—Mariona, por favor. —El chico tiró de ella para separarla de Gosby—. Deja tranquilo al perro.

Al notar lo agobiado que estaba, decidí calmarle un poco.

—Tranquilo, no te preocupes por el perro. Está acostumbrado a llevar a gente encima.

El chico, al oír semejante estupidez, abrió los ojos de par en par dejando claro que debía estar totalmente loca.

—No, no te preocupes, ella ya se iba —se disculpó.

De forma casi magistral consiguió que la chica se irguiese y, tras decirle un par de cosas al oído, esta echó a andar como una sonámbula en línea recta hacia la acera.

Me quedé petrificada. Era la situación más incómoda en la que me había visto involucrada jamás y me sentía totalmente fuera de lugar.

—Perdona —me limité a repetir una vez más.

En ese momento el camarero, al ver que la chica se las estaba apañando medianamente bien para seguir andando sin caerse —iba agarrándose a cada árbol y farola que encontraba—, se volvió a centrar en mí.

—No, perdona tú, no deberías haber visto esto. —Se llevó la mano a la cabeza para alborotarse el pelo echándoselo prácticamente a la cara—. Si en el hotel se enteran de que ha ocurrido esto, estoy perdido —se sinceró volviendo a lanzarme aquella mirada intensa del día en la piscina.

Entonces reaccioné.

—¡Oh! Por nosotros no te preocupes, somos una tumba —intenté tranquilizarlo soltando la gracia.

El camarero me miró confundido y Gosby volvió a soltarse de mi mano para

acercarse a él y llamar su atención colocando la cabezota bajo su brazo y moviendo el rabo como si fuese la persona más encantadora del planeta.

Este le regaló una gran sonrisa y no dudó en agacharse para acariciarlo.

—Es mi hermana. No se encuentra bien. Sabe que no debe venir al hotel a verme, pero a veces... —Hizo un gesto con los hombros al tiempo que cogía la cabezota de Gosby entre las manos para mirarle directamente a los ojos—. Se lo salta y viene a montar el número.

—Por nosotros no te preocupes —respondí intentando que olvidase la broma anterior.

Me lanzó una sonrisa rápida, dio un par de golpecitos en la cabeza de Gosby y desapareció por la puerta de servicio.

Me quedé allí plantada con la cara de idiota más grande que había tenido jamás y un perrazo encantado de la vida a mi lado.

5

Al día siguiente disfruté de mi primera jornada libre desde que había llegado a la isla. Lo necesitaba tanto física como mentalmente, así que nada más despertarme, decidí proponer a Susana y a Isa un día en la playa para recuperar fuerzas. Necesitaba dar una tregua a mis músculos, porque como siguiese así iba a acabar el periodo de formación en silla de ruedas.

Me levanté de la cama ilusionada con el día de fiesta, me puse un vestido *Lacoste* de microfibra y abrí el balcón para respirar un poco de aire puro. Cuál fue mi decepción cuando un golpe de calor sofocante me pegó en la cara con tanta fuerza que me vi obligada a retroceder dos pasos. ¡Si solo eran las ocho de la mañana! ¿Ni siquiera el día libre el tiempo nos iba a dar un descanso?

Llegamos a la playa a eso de las once y la cala estaba abarrotada de turistas. Ya les advertí a Isa y a Susana que se diesen prisa, pero como estaban en modo vacacional me costó un lustro que arrancasen.

Intentamos coger sitio bajo unos árboles cercanos a las dunas, pero no quedaba ninguno libre; así que no nos quedó más remedio que pegarnos bien a la orilla, abrir la sombrilla que llevaba Susana y aguantar el calor como buenamente pudimos.

Isa y Susana tenían más aguante que yo y solo necesitaron un par de chapuzones cortos, pero yo, en cambio, me pasé el día metida en el agua para mantener el calor a raya.

A media tarde, ya ni los chapuzones surtían efecto.

—Chicas, no puedo más, ¿por qué no vamos a dar una vuelta al pueblo y tomamos algo fresquito? —sugerí al notar que las gotas de sudor empezaban a deslizarse por mi pecho.

—Mejor vamos a tomar unos polos al paseo marítimo que me han dicho que hay una heladería que los hace artesanales.

Aquello nos pareció perfecto, así que recogimos nuestras cosas y media hora después ya nos estábamos tomando unos helados sentadas en el muro del paseo.

Saboreaba alegremente mi polo con trocitos de limón caramelizado mientras escuchaba a Susana parlotear sobre un nuevo modelo de bañador, cuando...

—Cat, ¿a que no sabes quién acaba de llegar al paseo marítimo? —me susurró Isa al oído.

—¿Mmm? —dije sin entender muy bien a qué se refería.

Miré hacia los dos lados para ver si detectaba a la persona que suscitaba tanto misterio y...

—¡El camarero de la manga larga! —exclamó Susana nada más verlo.

Giré la cabeza y allí le vi con un grupo de chicos rodeados de aletas, arpones y gafas de bucear; acababan de salir del agua.

—Ahora ya sabemos por qué lleva la manga larga —dijo Susana sin poner demasiado atención al grupo de chicos.

Me fijé en él y me di cuenta de que tenía los dos brazos tatuados desde el hombro a la muñeca. Entonces me acordé del suceso en el *parking*.

—¡No os he contado! —Aparté la mirada justo en el momento en que el camarero de la manga larga se percataba de nuestra presencia.

Mierda, me había pillado mirándole.

—Cuenta, cuenta.

Me acerqué a mis amigas y comencé a contarles la historia al oído.

—Ayer por la noche, cuando estaba dando una vuelta con Gosby, les pillé a él y a una chica en el aparcamiento del hotel. —Mientras hablaba no pude más que volverle a mirar por inercia y me di cuenta de que él también estaba atento a nosotras—. Gosby la cagó metiéndose en medio.

—No fastidies —contestó Susana mirándolo descaradamente—. ¿Se estaban liando?

—No. —Hice un ademán con la mano y volví a mirarlo de reojo para ver si seguía observándonos. Mierda—. Cuando llegué la estaba zarandeando de forma no muy delicada.

—¿Crees que será un maltratador? —preguntó Isa más para sí que para el resto.

—No, en realidad...

¡Mierda!, me había pillado otra vez mirándole, ¿pero por qué seguía él con la vista clavada en nosotras?

Me dio tanta vergüenza que agaché la cabeza para que no viese lo colorada

que me había puesto.

—¿Me estoy perdiendo algo? —soltó Isa sin previo aviso.

—No, ¿por? Si te lo estoy contando todo.

—Ese tío no deja de mirarte y tú encima le estás haciendo carantoñas.

—¿Yo? —Puse cara de asombro—. Isa, te ha debido dar una insolación o algo porque no sé de qué me estás hablando.

En realidad, sí parecía que el chico estaba atento a nosotras. Bueno, más concretamente, a mí; pero la mejor táctica era negarlo hasta las últimas consecuencias si no quería que Isa me diese la turra durante toda la tarde.

La verdad es que el chico no estaba nada mal. Llevaba el pelo mojado y alborotado con mechones oscuros pegados a la frente. No sabía si era debido a las gotas de agua que cubrían sus pestañas o a la luz del sol, pero sus ojos brillaban con una luz especial que me hacía olvidar aquella mueca extraña que siempre llevaba en el rostro. Era un chico bastante enigmático. Allí estaba rodeado de amigos, aletas y arpones, y se le veía feliz, todo lo contrario que en el trabajo. En el hotel siempre andaba con el ceño fruncido y mala cara, pero allí parecía tan contento, bromeando con sus amigos; hasta podría decirse que se le veía alegre.

—¡Joder, lo habéis hecho otra vez! —siguió Isa a lo suyo mirándonos a los dos con todo el descaro del mundo.

Isa era una chica espectacular con una melena rubia y un cuerpo de escándalo que solía dejar sin respiración a más de uno; pero lo que tenía de espectacular lo tenía de bruta y como siguiese haciendo aquellos aspavientos, al final, el camarero iba a notar que estábamos hablando de él.

—No mires tanto que va a darse cuenta de que os lo estoy contando —supliqué a Isa para que fuese algo más delicada.

Otra vez el camarero clavó los ojos en mí.

—Tía, esto no es normal....

Isa no pudo acabar la frase.

—Chicas. —Escuché una voz masculina a mi espalda.

Giré la cara agradecida por la interrupción.

—Hola, Mikel —dijimos las tres al unísono.

Salvada por mi instructor.

—¿Qué? ¿Disfrutando del día libre? —nos preguntó con su mejor sonrisa.

—Sí, la verdad, tengo que aprovechar que luego entre semana me machacas —acabé en una carcajada.

Mikel se acercó a mí y colocó su mano en mi cintura. El chico estaba

potente y además sabía muchísimo sobre educación canina y salvamento, pero tenía una gran pega: era un pulpo en toda regla. Lo había estado hablando con mi compañera de clase Nina (la única chica) y ella había llegado a la misma conclusión; a la mínima, Mikel invadía nuestro espacio vital y metía mano donde podía. Según me pareció entender a Nina no le importaba tanto, pero para a mí aquel comportamiento le quitaba todo el encanto que pudiese tener aquel hombre.

—Venga, que tampoco es para tanto, se os pide hacer un poco de ejercicio y ya acabáis por los suelos —argumentó Mikel acercándose bastante más de lo que hubiese sido necesario atrayéndome a él con el brazo.

Isa, que estaba encantada de haber conocido a Mikel —según ella, era el hombre más *sexy* del planeta—, se acercó a él y aprovechó la coyuntura para ver si conseguía algo de atención en exclusiva.

Isa ya me había insinuado un par de veces que, si se lo encontraba por ahí una noche de fiesta, pensaba ir a por todas. Yo no veía a Mikel demasiado interesado en ella, pero no quería quitarle la ilusión; además, aquel acercamiento de Isa era mi oportunidad para quitármelo de encima.

—Pero, ¿qué dices? —Se acercó a él por el lado que tenía libre—. No he visto a nadie tan obsesionado con el agua como a Caterina. Si un día de estos le van a salir escamas.

—Ya será para menos —contestó Mikel con una carcajada.

Iba a matar a Isa en cuanto nos quedásemos a solas. Mikel posó su atención en ella y, con un ágil movimiento, conseguí zafar mi cintura de su mano y quedar libre.

—Chicas, no tengo nada que hacer, os invito a unas *pomadas* en el centro, ¿qué os parece?

—Genial —se adelantó a decir Isa—. Pero solo a Susana y a mí, que a Caterina el capricho le puede echar a perder sus entrenamientos de mañana —acabó guiñándome un ojo y apretándose más si cabía a Mikel.

—¡Qué graciosa, Isa! —respondí con toda la sorna que pude encontrar, al tiempo que me dejaba arrastrar por Susana que ya había echado a andar.

Abandoné el muro, miré hacia atrás y vi que el camarero tenía los dos ojos clavados en mi persona; sin embargo, su expresión había cambiado de forma radical. Otra vez reconocía en él esa mueca de disgusto que solía acompañarlo en sus horas de trabajo. No entendí muy bien a qué venía aquello y me quedé el resto de la tarde pensando en aquel extraño chaval.



A Marc se le escapó una mueca de decepción al ver que la chica de los ojos verdes se alejaba del paseo. Aquella chica iba a llevarlo por la calle de la amargura. Se había pasado toda la semana con los ojos clavados en ella y, por mucho que lo intentase, no conseguía apartar la mirada de su persona.

En el trabajo, la controlaba en cada momento. El modo en que se colocaba el pelo de la coleta detrás de los hombros, la forma que tenía de mirar cuando estaba concentrada en una conversación: todo le parecía digno de admiración. En el comedor solía estar sentada al lado de aquel tío guaperas que no le quitaba las manos de encima y, cada vez que ella le reía alguna de sus gracias, él, sin quererlo, se ponía tenso. Debía estar gilipollas.

Todas las clientas del hotel eran niñatas idiotas que iban a tirarse a la piscina y a ponerse morenas; sin embargo, aquella tenía algo especial. No se la veía demasiado por la piscina —excepto a última hora de la tarde—, y siempre iba con su perrazo color chocolate a todas partes. Él no solía prestarles demasiada atención a las clientas y no entendía por qué lo hacía con aquella. La regla era bien clara: al primer signo de acercamiento, el despido era inmediato. Pero aquella chica lo atraía como un imán. Desde el primer día que la vio con sus amigas en las tumbonas de la piscina y le pidió un *Aquarius* con aquellos ojos color mar Caribe... ¡Joder! Si jamás nadie le había pedido un *Aquarius* en la piscina. Cuando se acercó para darle la bebida, le clavó la mirada para ver cómo respondía ella y solo vio agradecimiento en sus ojos. Aquello sí que era nuevo: una clienta agradecida. Solía ser difícil que le mirasen a la cara cuando les llevaba las consumiciones; que se sintiesen agradecidas estaba más cerca del milagro que de otra cosa.

Bueno..., lo mejor sería quitársela de la cabeza cuanto antes, sobre todo después del espectáculo que había dado Mariona el día anterior en el aparcamiento. Estaba seguro de que aquello le había dejado en muy mal lugar. Además, su compañero aspirante a socorrista se tomaba demasiadas confianzas como para que aquello fuese una simple amistad.

Pero para qué perdía el tiempo en eso, si total, seguro que no le quedarían más que dos o tres días en la isla.

Sacudió la cabeza para borrar aquellos pensamientos y se dispuso a guardar las aletas bajo el sillín de su moto.

6

Menorca, 15 de septiembre de 1997

Marc había quedado con Rafa para salir de fiesta y despejar un poco la cabeza; andaba con ganas de desfasar aquella noche y olvidarse de todo.

Aparcó la moto y vio que su amigo le estaba esperando apoyado en el muro. Debía llevar bastante rato allí plantado porque había un buen número de cáscaras de pipas en el suelo y en aquel momento se estaba liando un peta. Ya le había avisado de que llegaría tarde, así que esperaba que no le viniese con chorradas.

—Tío, ¿qué pasa? —saludó Marc nada más verle.

—Joder, cabrón, ya son horas.

Rafa le miró de arriba abajo y se dio cuenta de que Marc llevaba puesta la ropa de trabajo.

—Pero, tío, que vamos a salir por ahí, podías haberte cambiado en el curro, ¿no?

—Ni me lo cuentes. Es que el otro día ya tuve bronca con el jefe de sala porque salí en camiseta después de mi turno. Son unos gilipollas, dicen que no me puedo pasear por el hotel con los tatuajes, así que ya no me quito la ropa hasta que llego a casa. Necesito el curro, no puedo arriesgarme a perderlo por eso.

Dicho lo cual, se desabrochó los botones de la camisa y se la quitó sin mucha prisa. Con el torso desnudo, sacó una camiseta sin mangas negra que llevaba en la mochila —el color negro le hacía sentir más elegante— y se la puso allí mismo con toda la parsimonia del mundo.

Se fue a quitar los pantalones y Rafa le frenó.

—¡Eh! Que la terraza está llena de tías y ya sabes que la mitad andan loquitas por ti. No tengo ganas de que se generen desmayos entre las fans.

—Anda, cállate, que llevo los pantalones cortos debajo.

Así, sin mayores preocupaciones, se cambió de ropa delante de todo el

paseo y se quedó como nuevo. Había llegado a un punto en que todo le importaba una mierda. Era septiembre, todavía hacía mucho calor en la isla y la ropa de trabajo le mataba. Si se tenía que poner en bolas en mitad del pueblo, se ponía y punto.

—Oye, ¿por qué no dejas tu puto trabajo y me ayudas a mí con lo mío? —le sugirió Rafa para hacerle un favor.

—Mira, tío, déjate de leches que yo tengo responsabilidades. Necesito la pasta para pagar el piso compartido y quiero ahorrar algo para cuando Mariona salga del orfanato.

Cogió el porro que Rafa tenía en las manos y le dio un par de caladas para relajarse.

—Pues eso te digo, idiota. Ayúdame a pasar costo que ya no doy abasto con lo que tengo y me estoy haciendo de oro.

—Sí, hasta que te pillen, no te jode. —Le dio un golpe con el puño en el antebrazo—. Yo no puedo ir a la cárcel, tengo que cuidar de mi hermana.

—Hablando de la «reina de Roma». —Señaló Rafa el fondo del paseo.

Marc se dio media vuelta y vio cómo Mariona y unos amigos chungos que se había echado en el instituto se acercaban a ellos. Ya desde lejos se les veía colocados y su hermana no iba mucho mejor.

—Joder, la voy a matar.

Sin esperar a que el grupo se acercase, Marc salió a su encuentro.

—Mariona, ¿qué coño crees que estás haciendo? —La agarró del brazo y tiró de ella para ver si conseguía toda su atención.

—Hola, hermanito —respondió esta con una sonrisa tonta sin poder casi mantenerse en pie.

—Hace ya dos horas que tenías que estar en la casa cuna, ¿qué leches crees que estás haciendo?

El resto de los amigos de Mariona, ya acostumbrados a las broncas entre los hermanos, prefirieron no meterse en jaleos y se alejaron como si el asunto no fuera con ellos. No era la primera vez que acababan con un puñetazo en la cara.

—Hermanito, no jodas, la vida está para divertirse —respondió esta con su típica risa floja que tanto sacaba de quicio a Marc.

—Encima vuelves a estar hasta arriba de la puta mierda que te metes. ¡Joder, Mariona! Vas a acabar muy mal si sigues pillando esa mierda de pastillas.

—Mira quién fue a hablar. —Le clavó la mirada en el porro que tenía

cogido.

Marc, ya harto de todo aquello, la cogió en volandas y salió disparado hacia la playa. Una vez allí, la llevó hasta las duchas municipales y abrió el grifo del agua fría lanzando a su hermana bajo el chorro.

Mariona al notar el agua recorriendo su cuerpo comenzó a chillar de rabia.

—Hermanita, grita lo que quieras que de esta no te libras. Hasta que no te despejes un poco no te saco de aquí y en cuanto se te pase el cuelgue, te llevo a la casa cuna. Me tienes hasta las narices.

Cuando pensó que su hermana ya estaba más o menos serena, la cogió del brazo, la subió a rastras hasta el paseo y se fue directamente a donde estaba Rafa.

—Tío, voy a dejar a mi hermana con las monjas. —La señaló como si de un fardo de patatas se tratase. —Espérame en el bar que voy allí en cuanto me deshaga de ella.

Mariona se intentó zafar de su hermano con un movimiento brusco de brazo, pero no lo consiguió.

—Claro, tío, no me falles que hoy nos vamos a divertir —dijo agarrándose el bolsillo derecho del pantalón, donde llevaba unos gramos de coca que había pillado para pasar la noche.

Por lo menos podría ponerse hasta el culo y olvidarse de su puta vida, pensó Marc al pillar la indirecta.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Santander, 15 de septiembre de 1997

—Isaaaa —gritó Caterina agitando un papel desde el otro lado de la calle.

Isa, al escuchar los gritos, se giró de golpe y, al verla, le regaló una sonrisa de oreja a oreja. En seguida comprendió por qué Caterina estaba tan contenta. Le había llegado la carta de la universidad.

—Isa, ¡me han cogido! —Dio un salto enorme encima de su amiga y se puso a dar vueltas con ella.

—¿No me digas que al final vas a elegir gimnasia?

—Ciencias de la Educación Física y el Deporte, si no te importa.

Caterina sabía que Isa pensaba que estaba loca. Le había dejado claro que

aquello no era una carrera ni nada. De hecho, ya le había avisado en varias ocasiones que correr en pantalones cortos ocho horas al día no le iba a traer nada provechoso para su futuro.

—No me fastidies que tus padres te van a dejar apuntarte a eso.

—¡Qué sí tía! Ya te dije que les parecía buena idea. —Siguió dando saltitos agarrada a los brazos de su amiga.

—A mi madre le da un ataque si le digo que voy a apuntarme a algo similar. De hecho, si no me llegan a aceptar en Derecho le da un mal —acabó diciendo intentando quitarse a Caterina de encima.

—Lo único bueno que le veo a tu carrera es que tiene que haber mucho tío bueno en todas partes.

Rompieron a reír como locas.

—Anda, calla —le frenó Caterina—. Va a estar guay. Voy a poder ir a la universidad y seguir haciendo deporte. Además creo que voy a tener las tardes libres para las actividades con Nela.

Isa enseguida notó que a su amiga le cruzaba un halo de tristeza por el rostro.

—¿Qué pasa? —le preguntó extrañada.

—Bah, en realidad nada. Solo que Nela ya es bastante mayor y hace tiempo que ya no podemos hacer ejercicio como antes. Me da pena ver el bajón que ha dado este último año.

—Bueno, ya sabes, ley de vida —le consoló Isa—. Puedes pedir a tus padres otro perro para seguir con tus deportes locos con animales.

—Ya. —Hizo una pausa para reflexionar—. En realidad, ya lo había pensado. Igual espero un año más para ver cómo va Nela e igual es buena idea incorporar a la familia un cachorrito que le dé algo de alegría.

—Bueno, ahora céntrate en lo importante. —Isa intentó cambiar de tema al saber lo triste que se ponía Caterina con el deterioro de Nela—. Vas a ir a una facultad llena de tíos buenos en pantalones cortos.

Volvieron a reír a carcajadas.

—Menos mal que yo voy a estar en el edificio de enfrente y voy a poder ver a todos esos macizorros corriendo sudorosos por el campus.

—Joe, Isa, ¡cómo eres! —Hizo una pausa Caterina sin comprender cómo podían ser amigas con lo distintas que eran—. Anda —arrancó por fin—, vamos a buscar a Susana para celebrarlo. Seguro que a ella también le ha llegado la carta.

7

Menorca, 14 de julio de 2002

Llegó el último fin de semana que Isa y Susana disfrutaban conmigo en la isla. El tiempo se había ido volando y yo no estaba preparada para que se marcharan. Ellas se lo habían pasado en grande haciendo turismo y tomando el sol en la playa mientras yo me mataba con Gosby en los entrenamientos. Qué vida más bonita tenían algunas, pensé con envidia.

Isa se había empeñado en celebrar a lo grande su último fin de semana en Menorca y había organizado una noche de fiesta en la Cova de'n Xoroi en Cala'n Porter. A mí las noches de fiesta no me gustaban demasiado, pero en aquella ocasión no podía negarme. No las volvería a ver hasta octubre y bien valía la pena sacrificar una noche de sueño por ellas. Qué menos, después de que ellas habían renunciado a sus vacaciones en el Caribe para hacerme compañía.

Estábamos saliendo del restaurante cuando me di cuenta de que no habíamos invitado a Nina.

—Chicas, ¿os importa que venga Nina? No sé qué me da no invitarla.

—Cat, no te lo tomes a mal, pero me apetece estar las tres a solas. Es que va a ser nuestra última noche.

Hice pucheritos para intentar convencerlas, pero al ver que no cedían decidí dejarlo pasar.

—Está bien, la próxima vez.

Nada más poner rumbo a la puerta de salida, Isa me frenó con el brazo.

—Tía, no pensarás salir así, ¿no? Ni de coña sales con esas pintas conmigo.
—Me señaló de arriba abajo.

Me miré el atuendo y no entendí a qué se refería. Llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta sin mangas con algo de brillo.

—Eso está bien para un sábado en el hotel, pero la fiesta de hoy va a ser

brutal y te quiero a la altura de las circunstancias. —Señaló directamente los ascensores de la recepción—. Ya estás subiendo a cambiarte de ropa si quieres salir con nosotras.

Tuve la tentación de declinar la oferta y volver a mi cuarto para ponerme un pijama y quedarme a descansar, pero sabía que no tenía ninguna alternativa. Antes de que pudiese abrir la boca, Isa me agarró del brazo y me arrastró por el *hall* con Susana bien pegadita a mi retaguardia por si intentaba escabullirme por detrás.

Ya en mi habitación, saludamos a Gosby cariñosamente —el ritual habitual si querías que te dejase en paz—, me empujaron hasta el armario y me tuvieron media hora delante del espejo probándome vestidos.

Tras ponerme toda la ropa que había en mi cuarto y tener que escuchar frasecitas tipo «Tus vestidos parecen más un chándal de verano que otra cosa», Susana se fue a su habitación para traerse toda la maleta. Otra media hora después y cinco modelitos más, por fin dieron el visto bueno a un vestido azul escotado de *Hugo Boss*, tan corto que si me agachaba se me verían hasta las bragas.

Gosby, al ver la alegría de Isa y Susana, se animó y comenzó a revolotear entre nosotras como si de una más se tratase. Creo que pensaba que la noche especial también le incluiría a él —no sabía lo afortunado que me parecía por poder quedarse descansando en la *suite*—.

Cuando pensé que ya estábamos listas para salir por la puerta, Susana me hizo un gesto de «ni lo intentes» y me arrastró hasta el baño para tenerme otra media hora colocándome el pelo y maquillándome como una puerta —según mi criterio, claro—.

Una eternidad después, dejamos a Gosby más que decepcionado en la habitación y fuimos a recepción a que nos pidiesen un taxi para ir hasta la Cova de'n Xoroi.

Desde la ventanilla del taxi vi que en la entrada del garito había una cola gigantesca. Aquello era inaudito. Esperar cola para entrar en una disco era algo que escapaba a mi entendimiento.

—Isa, no fastidies que hay cola. —Abrí los ojos de par en par sin poder creer que iba a tener que estar allí plantada un buen rato.

—Claro, ya te he dicho que el DJ de hoy es lo más —respondió abriendo despreocupada la puerta del coche.

Susana nos miró sin querer saber nada del asunto.

—No tendremos que pagar, ¿no?

De repente me di cuenta de que quizás no tendríamos ni siquiera invitaciones. Si había que pagar por entrar, no pensaba quedarme allí por nada del mundo, bastante suplicio me parecía tener que estar de pie sobre los tacones que me habían colocado escuchando un ruido inhumano de fondo, como para encima pagar por ello.

—Que no boba —me respondió en tono de hastío Isa—, por eso te he hecho ponerte este vestido que quita el hipo y el *Wonderbra* de emergencia. Si las llevas bien puestas, no te cobran —acabó diciendo con una carcajada subiéndose sus propias tetas a la altura de la garganta.

Para rematar la noche, me había obligado a llevar puesto aquel artilugio con relleno que hacía que saliesen dos protuberancias frente a mi cuerpo que no estaba nada acostumbrada a llevar. Mi talla ochenta y cinco no entraba dentro de los cánones de belleza de la época e Isa decidió que el vestido elegido necesitaba un escote en condiciones. En realidad no quería reconocerlo, pero el resultado no estaba nada mal. Casi ni me reconocí en el espejo del baño cuando me vi.

Después de casi media hora en la cola y de que Isa metiese las tetas en la boca del gorila de la puerta, conseguimos pasar sin pagar.

Susana abrió la puerta como si de una diva se tratase y nada más cruzar, un ruido atronador comenzó a taladrar mis oídos. Sabía que no aguantaría allí más de una hora, pero decidí no decir nada y dejarme guiar por mis amigas para no arruinar la noche.

—Voy a pedir —dijo Susana nada más dejar nuestras cosas en una repisa.

—A mí pídemme una *Coca-Cola*. —Le sonreí amable por quitarme el marrón de tener que acercarme hasta la barra abarrotada de gente.

—De eso nada —soltó Isa sin tan siquiera mirarme—. Pide un *gin-tonic* para cada una.

Un cuarto de hora después, llegó Susana con tres copazos en las manos. Cogí mi vaso agradecida por el frío y le di un buen sorbo para ver si conseguía mimetizarme con el ambiente. El caso fue que, contra todo pronóstico, aquello surtió efecto, y un par de sorbos después comencé a relajarme. Era verdad que el ruido era infernal, pero el local estaba decorado de una forma que hacía no querer salir de allí jamás. Habían metido una discoteca dentro de una espectacular cueva con vistas al mar. Di una pequeña vuelta por la pista y vi que estábamos cerca de una de las terrazas con vistas al acantilado.

—Chicas, mirad qué vistas. Vamos un rato fuera —propuse.

Isa y Susana se miraron con cara de «no hay nada que hacer con la pobrecita» y me siguieron sin rechistar.

Afuera se estaba de muerte. Desde allí la música se atenuaba un poco y la brisa del mar ayudaba a sobrellevar aquella calurosa noche de julio. Lo mejor de todo era que una gran luna llena bañaba de plata la superficie del mar. Desde donde estábamos podíamos ver cómo el oleaje rompía contra las rocas y una espuma de tonos verdosos saltaba casi hasta donde estábamos. Espectacular se mirase por donde se mirase.

—Venga, tía —me dijo Susana clavándome el codo en el costado un cuarto de hora después de salir—, ya hemos tenido suficiente relax por esta noche, vamos a la pista de baile a darlo todo.

—Per....

Fui a decir algo, pero Isa me tapó la boca y Susana tiró de mí hacia la entrada de la terraza.

No iban a dejar que me librara aquella noche, así que di un par de sorbos más a mi *gin-tonic* —cada vez sabía mejor— y me dejé llevar.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc acabó el turno lo más rápido que pudo y, sin pensárselo dos veces, se subió en la moto y se fue directamente a recoger a Rafa para salir disparados hacia *la Cova*; la noche pintaba más que bien.

Un compañero de curro le había pasado unas entradas para un DJ que actuaba en la isla aquella noche. Andaba algo revuelto en las últimas semanas y necesitaba desfogarse como nunca. Lo que no sabía era cómo iban a volver al pueblo, no tenía intención de privarse de nada aquella noche y no quería coger la moto puesto hasta arriba; su moto era sagrada y no quería arriesgarse a pegarle un golpe. Bueno..., ya pensaría en aquello más tarde.

Aparcó muy cerquita de la puerta del garito y, después de hacer unos veinte minutos de cola, consiguieron entrar en la discoteca. Nada más poner un pie dentro vio que la cosa estaba animada. Había un montón de turistas con cara de tener ganas de lío aquella noche. Seguro que no les sería muy difícil entablar conversación con alguna de ellas y volver más que contentos a casa.

—Tío. —Le pegó Rafa un codazo—. Esto está lleno de bomboncitos salidos.

—Ya te digo —le contestó Marc echando un vistazo por el local sin poder

posar los ojos en ningún lugar en concreto.

Marc se rió al saber que ambos estaban pensando en lo mismo y le pegó un empujón para dirigirse directamente a la barra a pedir un par de cubatas.

Rafa, mientras esperaba las copas, apoyó los codos en la barra y oteó el horizonte para no perderse nada de lo que estaba pasando. Cuando sus ojos estaban en mitad del recorrido, pegó un manotazo a Marc en el brazo.

—Ya tengo un fichaje. —Alzó el dedo índice con todo el descaro del mundo.

Marc siguió la dirección del dedo de Rafa y cuando llegó al grupo de chicas que apuntaba, vio a la clienta del perrazo color chocolate.

—¡Tío! —le gritó al oído para que le escuchase a la perfección—. Son españolas y además están en mi hotel.

—¿Qué dices! ¿Que ese pibón está en tu hotel? —Señaló otra vez sin el menor disimulo—. Ya tenemos excusa para acercarnos.

—¿Pero te refieres a la de azul? —Señaló Marc a la chica de los ojos color verde sabiendo que no era el tipo de chica de Rafa.

—¿La de azul? —Arrugó la nariz Rafa—. Pero si esa tía es como el palo de una escoba.

Marc sin saber por qué se sintió algo ofendido.

—Perdona, ¿pero tú te has mirado en el espejo? —Dio el primer trago a su cubata evitando la mirada de Rafa para que no le notase el enfado—. Si los primeros que estamos escuálidos somos tú y yo.

—Perdona, habla por ti —siguió Rafa sin dejar de mirar al grupo—. Flaco estarás tú, yo estoy fibroso. A las mujeres les encanta mi constitución —acabó en tono jocosos sacando bola para que quedase claro a qué se refería.

Marc que no pudo más con las tonterías de su amigo, se echó a reír.

—Tío, a veces creo que eres idiota y que no tienes remedio.

—Bueno, lo que sea. —Hizo un ademán con la mano alejándose de Marc en dirección a la rubia maciza—. Si quieres te quedas con la de azul, yo voy a por la de verde.

—De eso nada —le frenó Marc tirando de la camiseta de Rafa—. Que no quiero luego líos en el curro. Ya estás eligiendo otro grupo de tías a las que atacar.

Rafa echó un vistazo rápido al resto de la sala y, sin tardar demasiado, señaló a un grupo de extranjeras rubias como el trigo. Se giró y guiñó un ojo a Marc; el buitre había avistado una nueva presa.

—Vamos a por esas. —Guardó silencio para sacarse algo del bolsillo—.

Pero antes vamos a meternos algo de energía para ir a tiro seguro.

Marc vio que del bolsillo del pantalón sacaba dos papelinas.

—Joder, tío, menos mal que estás en todo.



A la hora de estar bailando como locas dentro del local, los pies comenzaron a dolerme un horror.

—Chicas, ya os dije que no tenía que haber traído estos zapatos —les recriminé intentando agarrarme un pie.

—Anda, tía, que no es para tanto —me gritó Susana para hacerse oír entre el barullo señalando sus zapatos; llevaba el doble de tacón que yo.

—Voy a tomar algo el aire y a ver si encuentro un sitio donde sentarme. Vengo en un rato. No os mováis de aquí, ¿vale?

Isa y Susana me hicieron sendos gestos con la mano para darme a entender que no tenían intención de moverse ni un milímetro y me encaminé sin dudarle hacia la terraza más cercana; necesitaba quitarme cuanto antes los tacones y tomar, ya de paso, algo el fresco.

Al salir, me di cuenta de que había una pareja dándose el lote de mala manera al final de las escaleras. ¡Mierda! tenía que pasar a un palmo de ellos si quería salir afuera. Era una situación realmente incómoda y me quedé allí parada sin saber qué hacer. Comencé a mirar a ambos lados buscando a alguien que me salvase y, al comprobar que estaban solos en la terraza, decidí dar media vuelta para regresar al interior. Nada más levantar el primer pie, una punzada de dolor me hizo cambiar de opinión: «aquello no era culpa mía»; necesitaba sentarme en una silla sí o sí, así que fijé la vista en el oscuro mar y eché a andar escaleras abajo pasando junto a ellos sin mirar.

Llegué al fondo de la terraza y me senté sigilosa en la mesa más alejada de la escalera intentando que la pareja no se diese cuenta de mi presencia.

Me quité los zapatos y comencé a frotarme los pies con energía. Qué gusto, pensé sin apartar la vista de la gran luna colgada en el firmamento enfocada en obviar el «cuadro» que tenía delante. Me agarré el pie derecho con las manos y comencé a masajearme el empeine de manera firme: «Qué dolor».

Se me estaba olvidando el dolor de pies, en parte gracias a la brisa marina y las olas rompiendo en el acantilado, cuando comencé a sentirme observada.

Levanté la cabeza para ver si había alguien cerca y no vi a nadie más que a la parejita que seguía bien entretenida en sus quehaceres. Hubiese sido una estampa idílica de amor bajo la luna si no fuese porque el tío estaba magreando el culo de la chica de una forma bastante grosera. Les eché una mirada fugaz a ver si la sensación rara venía de allí y casi se me hieló la sangre cuando lo vi. La parejita la conformaban el camarero de la manga larga y una rubia platino que le metía la lengua hasta la garganta como si no hubiese un mañana. Lo peor fue darme cuenta de que el camarero no estaba lo que se dice muy atento a su espectacular rubia; sus ojos estaban fijos en mi persona.

¡Tierra trágame! No sabía cómo salir de aquella. Le pillaba en todos los momentos incómodos. Suponía que a esas alturas ya debería odiarme. Volví a mirar a ambos lados para ver si tenía escapatoria y, al darme cuenta de que la única salida era tirarme por el acantilado, cogí los zapatos con la mano —mis pies se negaban a ser torturados de nuevo— y me dispuse a pasar, otra vez, por su lado y entrar en la pista de baile cuanto antes.

A un palmo de ellos, tuve el impulso —todavía no entiendo por qué— de mirar de reojo hacia la pareja para percatarme de que el camarero seguía con la mirada clavada en mí mientras no dejaba de morrear a su rubia nórdica. Desde donde me encontraba podía ver las lenguas de ambos entrelazadas y a ella enmarañando el pelo del camarero con pasión. Él, sin darle ni media importancia a verme allí a dos palmos, abandonó el culo de su acompañante para pasar directamente a tocarle una teta de forma obscena. Al notar mi turbación, le vi hacer una mueca de ironía y cerrar los ojos para seguir disfrutando del turismo extranjero en la isla.

Espantada por la situación, me encaminé de puntillas escaleras arriba mientras me prometía a mí misma que no volvería a pisar el comedor del hotel en lo que me restaba de vida.

Llegué adonde había dejado a Isa y a Susana y me cagué en todo, no estaban allí. Mierda, mira que me lo habían prometido.

Comencé a mirar por allí y por allá y no las veía por ningún lado. Me di cuenta de que igual habían ido al servicio, así que me puse los zapatos y me dirigí hacia el pasillo del fondo para ver si las encontraba de una vez por todas. Nada más acercarme a la puerta de los servicios, me topé con Susana.

—Os estaba buscando. Estaba preocupada. —Me froté el talón para intentar minimizar el dolor.

—Es que Isa ha pillado con un tío y yo he aprovechado para ir a hacer un pis —me dijo la mar de contenta.

—No fastidies, pensé que hoy sería nuestro día, ¿no podía mantenerse casta por lo menos una noche?

—Es que estaba muy bueno. —Señaló hacia una esquina concreta de la discoteca.

Miré hacia allí para ver a qué se refería y vi a mi amiga Isa dejándose manosear de forma no muy decorosa por un tío rubio que no tenía demasiada buena pinta.

—¡Pero si es un macarra!

A Susana le entró una risa floja y comprendí que durante mi descanso en la terraza habían estado bebiendo más de la cuenta.

—Está borracha. —Señalé dejando claro a quién me refería.

—Como una cuba —me confirmó Susana.

¡Joder!, pero si no había faltado tanto tiempo.

En otras circunstancias habría dejado que Isa hiciese lo que quisiese, pero estaba fuera de su entorno y borracha como una cuba. Aquello no me generaba ninguna tranquilidad.

Mientras decidía qué hacer, me di cuenta cómo el ligue de Isa llevaba la mano que tenía posada en la cintura de mi amiga directamente hasta su trasero. Y no quedándose a gusto con el magreo, un par de minutos después, deslizó la mano por debajo del vestido para cogerle el culo de mala manera. Joder, Isa no se había puesto bragas aquella noche —se le marcaba con el vestido—. Aquello me pareció demasiado y decidí intervenir.

—Isa, nos vamos —le dije llegando en dos zancadas a su lado.

No me atreví a mirarles demasiado, ya que el susodicho tenía toda la lengua metida en la boca de mi amiga. El chico me miró de reojo y siguió como si yo no estuviese en la estancia.

—Isa, vámonos —repetí sin saber muy bien cómo actuar.

Al ver que ninguno de los dos hacía nada y que la mano de aquel tío seguía manoseando el culo de mi amiga por debajo del vestido, agarré a Isa del brazo y le di un tirón para alejarla de él. Esta se tambaleó por la inesperada sacudida y apoyó las manos en el pecho del macarra para no perder el equilibrio.

—¡Tía, pero de qué vas! —me increpó el tipo de muy malos modos agarrando a Isa por los dos brazos.

No sé si lo hizo para que no se cayese o para que no pudiese alejarla de él, pero no me gustó ni un pelo.

—Isa, nos vamos.

No estaba demasiado inspirada aquella noche, pero no se me ocurría nada más que decir. Isa, que no podía ni hablar de la borrachera que llevaba, se limitó a soltar una risa histérica.

—Tía, que te he dicho que nos dejes en paz.

Aquello sí que me sacó de quicio.

—Mira, tío, mi amiga está borracha y voy a llevármela al hotel. —Volví a tirar de Isa para alejarla de él por completo.

Susana llegó en aquel momento y me puso una mano en el hombro dando a entender que me estaba pasando.

—Desaparece, niñata de mierda. —El tío me pegó un tirón tal que perdí el equilibrio y si no fuese por Susana hubiese acabado de bruces en el suelo.

Me agarré a Susana, cogí impulso y le pegué un empujón con todas mis fuerzas para intentar coger a Isa y llevármela de allí cuanto antes. El tío se giró para enfrentarse a mí y cuando me iba a pegar un empujón en condiciones, escuché una voz a mi espalda.

—Pero, ¿qué mierda estás haciendo?

Miré hacia atrás y vi que era el camarero de la manga larga con la rubia sujeta por la cintura.

—Esta gilipollas que se quiere llevar a mi piba a casa. —Me señaló con la barbilla con un tono de desprecio bastante evidente.

—¿Qué mierda te dije al entrar? —se le encaró el camarero, interponiéndose entre su amigo y yo.

No sé si fue para protegerme o para poder echarle una buena bronca, pero aun así lo agradecí.

—Joder, tío, es que la tenía a tiro. —Señaló a Isa con bastante poca delicadeza.

—Vete a la mierda, Rafa.

Se giró sin hacer ni caso a su amigo y clavó la vista en Isa que seguía la escena muda con una sonrisa tonta en los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó el camarero consciente de que era una de sus clientas.

Al ver que ella no era capaz de decir nada, intervine yo.

—No, está borrachísima. —Pegué un pequeño tirón de Isa para ponerla junto a mí y le bajé el vestido hasta donde pude intentando tapar el máximo de carne posible.

—¿Queréis que os lleve hasta el hotel?

Miré a la rubia espectacular que tenía detrás y me salió la vena orgullosa.

—No, gracias, nos arreglamos solas.

Dicho lo cual, cogí a Isa por el brazo y la arrastré a trompicones hasta la salida, seguida por Susana que no había cerrado la boca desde que había comenzado el altercado.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc se quedó mirando cómo la chica del perrazo chocolate contoneaba sus caderas con aquel vestido ceñido azul llevando a su amiga a rastras. Era incapaz de desviar la mirada de aquella melena ondulada. Se sintió apenado al saber que había sido su amigo el que había organizado aquel lío.

Volvió a levantar la vista y vio cómo varios hombres posaban los ojos sobre ellas. Incluso hubo uno que les hizo un gesto obsceno justo antes de que las chicas abandonasen el garito. A punto estuvo de dirigirse hacia allí para romper un par de mandíbulas, pero pensó que bastante bronca había armado Rafa como para empeorar la situación.

Notó cómo una mano se posaba en su brazo y se acordó de la rubia que tenía al lado; aquella pobre no le llegaba ni a la suela del zapato a la chica de los ojos verdes.

Cuando Rafa eligió un grupo de nórdicas para intentar pasar un buen rato, vio que una de ellas le lanzaba miradas libidinosas y no se lo pensó dos veces, utilizó todas sus armas de seducción para que se dejase meter mano e intentar sacarse de la cabeza a la chica del perrazo color chocolate. Lo último que imaginó fue que la chica les fuese a pillar justamente en ese momento, pero... ¿qué le iba a hacer? Le encantó ver la cara de consternación que puso al reconocerlo detrás de la guiri. Hasta le pareció detectar un ápice de celos en ella, aunque igual se le estaba yendo la pinza con todo aquello.

—¿Pero no te había dejado en un rincón con una de las extranjeras? —soltó de repente al acordarse de que toda la culpa la tenía Rafa.

—Que sí, tío, pero en cuando le toqué el culo, me pegó un empujón y me dejó tirado —respondió dando un puntapié a un hielo que había en el suelo—. Me di la vuelta para largarme y vi que tenía a la tía del vestido verde a tiro. Joder, no soy de piedra.

—¡Eres gilipollas! Ya te dije que son clientas.

De forma no muy delicada cogió a su extranjera de la mano y se encaminó de nuevo a la terraza dejando solo a Rafa con todo el calentón.

Tenía toda la intención de olvidar aquel embrollo en los brazos de aquella

diosa noruega costase lo que costase.

Santander, 28 de junio de 2000

—Caterina, cariño, ¿estás bien? —preguntó su madre preocupada.

Caterina nada más escuchar las palabras de su madre rompió a llorar.

Su perra Nela había muerto dos días antes y ella no podía contener el llanto. Se había metido en su cuarto y llevaba cuarenta y ocho horas abrazada a Gosby, su nuevo compañero. Este, a pesar de su juventud, daba la impresión de entender perfectamente lo que estaba ocurriendo y parecía compartir la misma pena que ella. Estaban los dos sumidos en un oscuro pozo.

—Caterina —prosiguió su madre en un tono que no albergaba lugar a dudas—. Entiendo que es un golpe muy duro, pero tienes responsabilidades. Gosby te necesita y tienes que volver a la vida normal cuanto antes.

—Mamá, es que no me apetece.

—Ya sé que no te apetece, pero yo también hago muchas cosas que no me apetecen y tengo que hacerlas. —Puso los brazos en jarras para dar más énfasis a sus palabras—. Tienes que salir del cuarto y sacar a Gosby a pasear. Tiene un año y está lleno de energía, necesita desfogarla por ahí.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y su madre fue a abrir.

Nela la había dejado en el peor momento. Dos días después de terminar los últimos exámenes de la carrera, a Nela le dio un derrame cerebral y se fue para siempre. Caterina estaba desgarrada, perdida, sin ganas de nada. Acababa de terminar una etapa muy importante de su vida; acababa de dejar la adolescencia atrás para entrar en el mundo de los adultos que tanto miedo le daba e iba a tener que enfrentarse a él sin ella.

Siempre había sabido qué hacer: el colegio, el instituto, hasta elegir una carrera había sido sencillo pero, en aquellos momentos, un futuro incierto se mostraba ante sus ojos y su amiga del alma no estaba. Con Nela afrontar aquello hubiese sido mucho más fácil, pero solo le quedaba un cachorro al que cuidar y en el que no podía delegar responsabilidades. Nela había sido para

ella como un igual, habían crecido juntas, lo habían compartido todo, pero Gosby era diferente..., nunca lo podría ver como a un igual, siempre sería como un hijo más que como un compañero de vida.

No tenía ningunas ganas de volver a los quehaceres diarios; de hecho, ni siquiera sabía en qué consistían esos quehaceres. Prefería quedarse en aquel cuarto para siempre y recordar los momentos más felices de su vida; en los que curiosamente siempre había estado Nela.

Caterina escuchó cómo su madre volvía a abrir la puerta del dormitorio.

—Es Diego —dijo sin más explicaciones—. Vístete y baja a dar un paseo con él.

Diego era su novio. Se habían conocido dos años antes estudiando en la universidad. En realidad, era compañero de Isa, pero de tanto quedar para estudiar juntos los tres, había acabado por surgir algo especial entre ellos. Isa decía que con los tíos buenos que había en la facultad «de deporte» no entendía cómo ella se liaba con Diego, un tipo de lo más normal; pero es que era un chico encantador. Era su primer novio y tenía todo lo que se podía esperar de un hombre: era trabajador, atento, la trataba bien y hasta jugaba en una liguilla de fútbol los fines de semana. Era lo que se suponía que tenía que ser un novio y clavaba el papel a la perfección.

Acabó de prepararse, bajó a la primera planta y se encontró con Diego que estaba junto a Isa. Al verlos, echó a andar y en menos de tres zancadas, se abrazó a ellos y comenzó a llorar desconsolada. No podía reprimir las lágrimas. Acababa de perder a Nela y no sabía cómo iba a poder vivir sin ella.

—Anda, tonta —por fin dijo Isa—. Sécate las lágrimas que vamos a tomar algo al centro.

—Isa, no me apetece —aseguró limpiándose las lágrimas con las mangas del chándal—. Además, tengo que sacar a Gosby.

—Bueno, está bien. Tú ganas. Damos un paseo por la playa y te tranquilizas un poco que ya te vale.

Diego, como siempre, parco en palabras, acató lo que decidía la mayoría y siguió a las chicas hacia la puerta de la calle.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Menorca, 25 de junio de 2000

Marc estaba hasta las narices. Su hermana hacía ya unos meses que había salido de la casa cuna y le estaba volviendo loco. No podía con ella de ninguna de las maneras. Vivir solo y trabajar para ahorrar dinero era una cosa, pero hacer eso y encima vigilar a una niña totalmente descontrolada era otra muy distinta.

Estaba acabando el último turno del día y solo tenía ganas de irse a casa, meterse en la cama y olvidarse del mundo.

Se cambió lo más rápido que pudo, cogió la moto y arrancó poniéndola a cien por hora en menos de cinco segundos. Seguro que el paseo en moto lo tranquilizaba. La velocidad siempre le servía para templar los nervios.

Llegó a la altura del paseo marítimo y vio que estaban sus colegas sentados en el muro. Quizás ellos le ayudasen a despejar un poco la cabeza. Paró la moto con una frenada brusca a un milímetro de Rafa y se quitó el casco sacudiéndose la cabeza con la mano derecha.

—Joder, tío, ¿pero de qué vas? —saludó Rafa alargando el puño para que lo chocaran.

—Estoy hasta la polla —se limitó a decir.

Uno de los colegas le pasó un peta de marihuana para intentar ayudar.

—¿Qué pasa, tío? —le animó a seguir.

—Mariona me tiene hasta las narices. No hace más que andar con una puta gente que lo único que hacen es meterse mierda de la mañana a la noche. He pillado jeringuillas en casa, así que, sabe Dios qué coño se está metiendo.

—Joder, pues la hemos visto pasar por aquí hace un rato con sus colegas y tenían pinta de estar bastante colgados la verdad.

Mierda, pensó Marc. En cualquier momento tiraría la toalla y la mandaría a tomar vientos. Aquello se le escapaba de las manos. Una cosa era fumar marihuana y meterse alguna raya que otra el fin de semana, y otra muy distinta era pincharse mierda y pasarse colocada prácticamente todo el día.

—Tío, y ya que tienes un ángel de la guarda, ¿por qué no le llamas y que te solucione la papeleta?

Rafa se refería al dueño del complejo hotelero donde trabajaba Marc. Dos años antes, estando hasta las narices del restaurante donde trabajaba, Marc se presentó a una vacante en el Saint Esteve. Se suponía que iba a entrevistarse con el jefe de sala, pero cayó enfermo aquel día y le llamaron a última hora

para que fuese a un edificio del centro de Mahón; la entrevista la haría el mismo dueño del complejo.

Marc entró en el edificio y se le pusieron los ojos como platos. Nunca pensó que el dueño de un hotel pudiese tener tanta pasta. La entrada estaba cubierta de mármol blanco con ribetes negros y el ascensor daba la impresión de ser más un artefacto del futuro que otra cosa.

Llegó al último piso del edificio y después de avisar a la chica de recepción de que estaba allí, esta le indicó que esperase en una salita a la derecha del pasillo. Allí descubrió que la sala tenía unos sofás de los que no te querrías levantar nunca y una televisión más grande que la de su casa.

Se sentó allí, totalmente fuera de lugar con su camiseta sin mangas, sus bermudas y sus chancletas pensando que no tenía nada que hacer hasta que, media hora después, apareció otra mujer con un cuerpo espectacular que le pidió que la acompañase. Esta le llevó hasta un portón doble de madera que abrió de par en par para dejarle pasar a una despejada estancia. Marc respiró hondo y dio dos pasos para entrar al despacho más grande que había visto jamás. El hombre que estaba sentado en la mesa central levantó la visa de unos papeles y abrió los ojos de par en par.

—¿Crees que puedes presentarte así vestido a una entrevista de trabajo? — se limitó a decir con tono sarcástico.

—Bueno, así soy, para qué iba a presentarme disfrazado de otra persona — contestó Marc con un movimiento de hombros sabiendo que ahí había acabado la entrevista.

Joan, que así se llamaba el dueño de la cadena, soltó una enorme carcajada y le hizo sentarse frente a él para seguir la entrevista como si de un hombre con traje y corbata se tratase.

Estuvieron hablando más de una hora; la entrevista más larga y más extraña a la que había asistido Marc en la vida. Después de hacerle las preguntas de rigor, el dueño del hotel comenzó a irse por otros derroteros y empezó a preguntarle por temas más personales. A Marc le gustó aquel tipo y no dudó en seguir la conversación como si aquello fuese un café entre amigos.

—El trabajo es tuyo —le confirmó pasada una hora larga desde que había pisado el suelo del despacho—. Ahora. —Le señaló directamente con el dedo—. Como me entere de que no te presentas a tu hora o la lías, te las tendrás que ver conmigo.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos y quince días más tarde, Marc comenzó a trabajar en el Saint Esteve.

Desde aquel día, comenzaron a quedar para ver qué tal iba todo e incluso, de vez en cuando, comían en alguno de los restaurantes de Joan. Marc tenía claro que con Joan le había tocado el gordo de la lotería; de hecho, era el único apoyo real que tenía en la vida.

—Mira quién llega por ahí. —Señaló Rafa con la cabeza, despertando a Marc de sus pensamientos.

Marc dirigió la mirada hacia donde había señalado Rafa y vio que Magda se acercaba por el paseo.

—Si necesitas un quitapenas, ahí llega el tuyo. —Rafa se partió de la risa.

Magdalena era una chica del pueblo que estaba colada por Marc desde que este tenía uso de razón. Él no sentía lo mismo por ella, pero la verdad era que no estaba mal encontrar consuelo en brazos femeninos cuando uno estaba jodido. Sabía que no era justo para ella y había intentado quitársela de encima en unas cuantas ocasiones, pero Magdalena era una chica muy insistente y, al final, siempre conseguía que acabase en la cama con ella.

—Hola, Marc —saludó Magda cuando llegó a su altura.

Al resto de los integrantes del grupo ni les miró a la cara.

Marc, sin decir palabra, le hizo un gesto con la cabeza, cogió el casco y se subió a la moto. Magdalena, que entendió perfectamente lo que aquello quería decir, se subió de paquete, se agarró a su cintura y se dejó llevar a los infiernos si hacía falta.

9

El lunes por la mañana el mundo se convirtió en un lugar un poco más triste. Me levanté tarde —me salté los largos de primera hora de la mañana— y, sin ganas de nada, bajé a desayunar con Isa y Susana.

Desayunamos en un silencio mustio y nada más acabar mi bol de frutas, me despedí de ellas sin mucho ánimo. Saber que al terminar el entrenamiento ya no iba a tenerlas conmigo me generaba un nudo en la garganta que no me dejaba casi hablar, así que preferí no alargar aquello más de lo necesario. Mis amigas cogían el avión de vuelta a Santander a las doce del mediodía y yo sabía que sin ellas el resto del verano ya no sería igual. Se me iba el apoyo que tenía; menos mal que todavía me quedaba Nina como compañera de fatigas.

También me sentía mal por el cabreo que pillé con Isa del día anterior. Nada más verla el domingo, había tenido una gran bronca con ella. Me enfadé mucho al ver que se descontrolaba de esa forma en un lugar desconocido y con un tío que tenía tan mala pinta y se lo eché todo en cara. La pobre se pasó pidiendo disculpas media mañana y, al final, tuve que ceder en mi enfado. Lo hice porque sabía que sería nuestro último día juntas y no quería pasarlo enfurruñada que si no, me hubiese durado el cabreo una semana por lo menos.

Durante las primeras horas del entrenamiento, me hice la fuerte, pero a lo largo de la mañana me fui sintiendo cada vez más abatida; ya no disfrutaría de aquellas maravillosas tardes tirada en la hamaca de la piscina destripando a todo aquel que se nos cruzase por delante, ni de los mojitos en las terrazas de Es Castell. El resto del verano iba a ser muy diferente; mucho más solitario.

Gosby, que me notó rara, decidió no alejarse de mi lado ni un minuto durante la mañana y, en cuanto veía que mi ánimo flaqueaba, se dedicaba a darme cabezazos de aliento hasta que le recompensaba con una caricia. Aquello se agradecía. Sabía que pasase lo que pasase mi grandullón siempre estaría conmigo y, aunque pareciese mentira, aquello fue lo que me salvó de un

colapso total.

Afortunadamente, aquella mañana, nos tocó ser los últimos en el simulacro, así que para cuando tuvimos que actuar, yo ya me encontraba con algo más de ánimo. De hecho, nos tocó una prueba que a Gosby le encantaba, lo que me permitió relajarme en la tarea.

—Caterina, es el turno de Gosby, preparaos. —Se me acercó Mikel y posó su mano en mi hombro.

Empezaba a acostumbrarme a aquellos alardes de confianza. Nina y yo éramos el objeto de sus tonterías y toqueteos. Ambas coincidíamos en que Mikel era el típico sobón que no era capaz de dejar las manos quietas y, como solo éramos dos féminas en el grupo, nos había tocado a nosotras aguantar aquel rasgo tan insufrible. Bueno, insufrible para mí, todavía no había oído quejarse a Nina.

Mikel se me acercó al oído y me susurró sin que nadie más lo escuchase: «Tengo muchas esperanzas puestas en vosotros, confío plenamente que sacaréis la mejor marca del día. Espero que no me defraudéis».

Nada más escuchar aquello, di un paso al frente, me liberé de su abrazo y me agaché hacia Gosby para ofrecerle palabras de aliento. Me gustaba contarle de qué iban las prácticas del día. Muchos de mis compañeros se reían de mí por aquella inusual costumbre. En general, los adiestradores se limitaban a dar órdenes al perro como si fuese un autómatas, pero yo sabía que Gosby entendía a la perfección lo que yo le decía y había comprobado que, si conocía de antemano el ejercicio, entraba con otra actitud; como sabiendo a lo que se enfrentaba.

En cuanto vi que la lancha de salvamento se aproximaba a la orilla, nos acercamos a ella y, nada más bajar Nina de la neumática —ella y su perra Kira habían sido las anteriores—, nos subimos a la lancha de un salto.

—¿Preparados? —escuché gritar a Mikel desde la orilla.

Levanté el pulgar hacia arriba para darle a entender que *ok* y nada más bajar el brazo escuché el silbato de Mikel dando la orden para que la lancha de salvamento se alejase de la orilla.

Gosby y yo nos situamos en la proa y dejamos que la brisa marina recorriese nuestros acalorados cuerpos, consiguiendo así un poco de alivio en aquella calurosa mañana de julio.

A una milla de la playa, la lancha se paró y nos levantamos para comenzar el ejercicio. La práctica simplemente consistía en que Gosby se lanzase desde la lancha al agua y que cogiese los elementos que le íbamos tirando para

traérmelos hasta mí. Finalmente, el perro debía volver a nado hasta la playa.

Me puse en posición y le di la orden para que empezase el espectáculo. Nada más escuchar : «*Go, chico, go*», Gosby se sacudió la pereza y se lanzó al agua sin pensárselo dos veces.

Comencé a tirarle los objetos que me iban pasando y él, sin mayor dificultad, me los traía uno tras otro entusiasmado. Cuando ya no quedaba ninguna cosa que tirar, comencé a hacerle señales alentándole para que nadase hasta la playa. Yo debía quedarme en la lancha mientras mi compañero volvía solo a la orilla, pero yo no tenía muy claro si aquello iba a funcionar con Gosby; él no estaba acostumbrado a nadar sin mí.

Nada más alejarse unos tres metros, comenzó a mirar hacia la lancha extrañado. No entendía qué se esperaba de él, era como si no comprendiese por qué seguía yo en el bote; así que, ni corta ni perezosa, la tercera vez que le vi mirar hacia atrás, me quité la camiseta y salté al agua para alcanzarlo y realizar juntos la travesía. Aquello no era lo reglamentario, pero me apetecía mucho nadar un poco; necesitaba deshacerme de la energía negativa que me había envuelto desde la mañana y ya de paso mantenerme ocupada para no pensar en Isa y Susana.

Lo que no tenía tan claro era cómo sería recibida mi decisión en la orilla.

En cuanto Gosby vio que me situaba tras él, cogió el rumbo adecuado y comenzó a nadar a toda velocidad. Era bastante rápido para ser un perro; se metía en el agua, abría sus poderosas patas palmeadas y avanzaba mucho más rápido que otros canes. Por mi parte, tuve cuidado de situarme a una distancia prudencial, lo justo para que supiese que yo estaba allí; toda cautela era poca con tal de que nadie pudiese decir que había interferido en la prueba. Y así, poco a poco, fuimos acercándonos hasta la orilla.

Nada más tocar Gosby la arena con las patas, escuché el silbato que dio por acabado el ejercicio. Gosby se sacudió estrepitosamente mojando a todo aquel que estuviese a un par de metros de él y volvió a meter las cuatro patas en el agua ladrando como loco; me estaba animando a salir del agua igual que hacía yo con él.

Toqué la arena, cogí el primer aliento y nada más erguirme escuché la voz de Mikel llamándome con cara de no muy buenos amigos.

—Caterina, pasa a mi despacho, por favor.

Esto solía decirlo cuando quería intimidad con alguno de nosotros. Su despacho consistía en una mesa y una silla que había a un lado de la cala protegidas por una gran sombrilla.

—¿Qué se supone que ha sido eso? —me reclamó con los brazos cruzados, mientras yo seguía empapada sin tan siquiera haber podido pasarme una toalla por la cara.

—Es que está acostumbrado a nadar conmigo y como se ha dado la vuelta un par de veces para mirarme, pensé que le resultaría más fácil llegar a la orilla junto a mí.

—Mira, me voy a contener porque habéis hecho el mejor tiempo del día, pero que sepas que no puedes tomarte las órdenes como te dé la gana —prosiguió con su discurso en un tono de pocos amigos.

—Ya lo sé Mikel, pero... —Levantó la mano para frenar mis excusas.

—Nada de «peros», estás en un programa de salvamento acuático. El perro se supone que va a ir solo a rescatar a las víctimas, no vas a poder acompañarlo allí donde vaya, ¿entendido?

—Sí, entendido. —Agaché la mirada al comprender que no podía decir nada para justificar aquello.

—Esta vez te la doy por buena, pero el siguiente simulacro que hagamos de este estilo quiero al perro solo en el agua, si no anularé la marca, ¿de acuerdo? —me miró directamente a los ojos buscando una confirmación.

—Sí. Lo siento —dije escurriéndome el pelo para que dejase de gotear por toda mi cara.

—*Ok*, Caterina, me debes una —me soltó en tono jocosos agarrándose de la cintura para volver juntos con mis compañeros.

Aquello no lo llegué a entender muy bien. Ese tío era como *Jekyll* y *Mr. Hyde*, te caía la bronca del siglo y al minuto lo tenías encima sobándote.

SEGUNDA PARTE
EL PARAISO

10

Me puse una coleta alta para evitar que el pelo se me pegase a la nuca. Ya llevaba allí unos veinte días y no me acostumbraba al calor. Los primeros días con eso de que todo era nuevo y que tenía a Isa y Susana para pasar las tardes en la piscina, el calor no me había afectado tanto pero, a esas alturas del verano, mi tope de calor había sido superado hacía ya tiempo. En realidad, había ido concienciada para el bochorno diurno, pero pensé que por las noches refrescaría; sin embargo, el termómetro no conseguía bajar de los treinta grados en ningún momento y la única forma de conseguir algo de sosiego era encerrarse con el aire acondicionado en la habitación.

Por fortuna, Gosby, en comparación con el resto de los perros del equipo, daba la impresión de sufrir bastante menos con el calor. Era un labrador de pelo corto negro —aunque se había quedado color chocolate de tanto estar metido en el agua—, mientras que el resto de sus compañeros eran grandes terranovas llenos de pelo que se pasaban jadeando cada minuto que pasaban fuera del agua. A un par de ellos ya les había dado un golpe de calor. Los perros lo estaban pasando fatal, y eso que intentábamos dejar las horas centrales del día para descansar y que no sufriesen tanto, pero ninguno de ellos estaba acostumbrado a aquellas temperaturas.

Aquella noche el termómetro no bajaba de veintinueve grados y, para rematar, habíamos tenido un problema con el aire acondicionado de la habitación y hacía un par de horas que había dejado de funcionar. Ni Gosby ni yo éramos capaces de coger el sueño; así que, a eso de la una y media de la madrugada, me levanté de la cama, me puse unos shorts *Nike* de microfibra y una camiseta sin mangas y salimos a tomar el aire.

Al llegar a la zona de aparcamientos del hotel, me di cuenta de que allí no iba a encontrar respiro alguno, el asfalto estaba exudando el calor que había acumulado durante el día en aquel momento y era como andar sobre auténticas brasas. Miré a los lados sin saber qué hacer y decidí que lo mejor sería bajar a la playa a buscar algo de brisa marina.

Era el primer viernes que pasaba sin Isa y sin Susana. Durante la semana las había echado de menos, pero con los entrenamientos y ocuparme de Gosby casi no había tenido tiempo de darme cuenta. Sin embargo, aquella noche notaba su ausencia como una losa. Era verdad que estaba algo más descansada desde que se habían ido, pero me sentía muy sola. Como los primeros quince días había estado algo alejada de mis compañeros de clase, ellos ya habían hecho sus grupos y no me parecía bien pegarme a ninguno a esas alturas. Solo me quedaba Nina, a la que me unía un extraño sentimiento de camaradería.

Llegué al paseo marítimo, sacudí todos aquellos pensamientos y me asomé a la playa para ver qué ambiente se mascaba. Muy a mi pesar, la playa no estaba tan desierta como de costumbre; era viernes por la noche y aquello se notaba. Había grupos de personas por ahí y por allá haciendo botellón. Desde donde me encontraba, podía notar el olor a ron barato mezclado con el aroma a algas y pescado asado. Por fortuna, los grupos no estaban armando demasiado jaleo.

Bajé a la playa y me encaminé directamente a la orilla sin hacer caso de lo que ocurría a mi alrededor. Me quité las zapatillas y decidí dar un paseo con los pies metidos en el agua. Nada más notar la primera lengua de agua mojando mis tobillos, un necesitado frescor recorrió mi cuerpo de arriba abajo y sentí cómo mis pies se deshinchaban al instante. Gosby, al ver mi cara de alivio, decidió seguir mi ejemplo y se zambulló en el agua de un salto.

Llevábamos unos diez minutos disfrutando de la brisa del mar cuando vi que alguien se nos acercaba de frente. Miré algo incómoda hacia la izquierda para ver si había algún grupo a mi alrededor pero, para mi desgracia, había dejado a los del botellón bastante rezagados. Se me tensaron los músculos del estómago solo de pensar que estaba en una zona fuera de la vista de cualquiera, pero me relajé al darme cuenta que tenía a Gosby a dos metros de mí en el agua. No hacía nada, pero su tamaño solía espantar a la gente.

Fuimos acercándonos poco a poco a la figura y me di cuenta de que me parecía conocido. Comencé a fijarme más detenidamente y entonces me di cuenta; era el camarero de la manga larga. Lo distinguí por lo flaco que estaba y los andares desaliñados que llevaba. No me apetecía nada toparme con él; de hecho, lo había estado evitando a propósito desde el encontronazo en la Cova de'n Xoroi.

Fui a desviar mi trayectoria, pero frené en seco al darme cuenta de que iba a ser demasiado evidente que lo estaba evitando, así que tomé aire y decidí seguir recta con la cabeza bien alta. Como era bastante callado —nunca le

había escuchado más de dos palabras seguidas— pensé que simplemente me haría un ademán con la cabeza y seguiría su camino; pero no fue así. A pocos pasos, me percaté de que estaba clavando su mirada en mí; le resultaba conocida y estaba intentando averiguar quién era.

A dos metros de distancia, le hice un pequeño gesto con la cabeza para no molestarle y me limité a seguir mi camino.

—Algo tarde para andar de paseo, ¿no crees? —me saludó con su extraña mueca del labio superior, que seguía sin saber si era de mi agrado.

—Es que hacía demasiado calor para dormir —respondí, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón.

—Sí. Está haciendo un calor de escándalo. —Paró y miró alrededor como buscando algo—. ¿Hoy no te traes al perrazo?

Al escuchar que hablamos de él, Gosby salió del agua a saludar. A medio metro, paró en seco y empezó a sacudirse toda el agua que tenía en el cuerpo. Miles de gotas saladas salieron desprendidas de su pelaje y justo nos dio tiempo a levantar las manos para protegernos de la ducha sin demasiado resultado —he de confesar—.

—¡Nooooo! —gritamos intentando que no nos pusiese perdidos. El camarero de la manga larga se llevó la peor parte; el agua le había mojado toda la camiseta y se le había pegado a cuerpo por completo. Le miré preocupada sin saber muy bien qué decir ante aquel desastre; solo quería que me tragase la tierra.

—Lo siento —me disculpé mientras agarraba a Gosby y le echaba la bronca por lo sucedido.

—No te preocupes —me respondió entre carcajadas—. Así ya no tengo que ducharme hoy.

Mierda, qué mal rato.

—Me llamo Marc —se presentó, sin hacer el amago de estirar la mano o darme dos besos.

—Sí, ya sé. Yo, Caterina —le contesté, sin atreverme a moverme tras ver su falta de protocolo.

Gosby se escapó de mis manos y se acercó a Marc para saludarlo. Gracias a Dios, el camarero se centró en acariciar la cabezota de Gosby y yo pude esconder mi incomodidad en la oscuridad de la noche.

—Claro, por la chapa del curro —contestó al darse cuenta de por qué conocía su nombre.

—Sí, claro —dije incómoda, volviendo a meter las manos en los bolsillos.

—Bueno.. no te he dicho nada, pero siento mucho lo que pasó el otro día con mi amigo Rafa en la discoteca. —Hubo un silencio atronador; qué podía contestar a aquello.— ¡Ah! Y siento también la escena del otro día con mi hermana. No está bien y tiene prohibido visitarme al trabajo.

—No te preocupes, siento que Gosby se metiese en medio, no lo pude evitar. No quería interrumpir —conseguí decir sin mirarle a la cara.

—No. —Hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. Así fue mejor, si no llega a aparecer el perro, no hubiese podido quitármela de encima.

—¿Le pasa algo grave? —pregunté alarmada. Era verdad que la chica no tenía muy buen aspecto.

Nada más acabar la pregunta, escuchamos un ruido al fondo de la playa y vimos cómo un grupo de personas comenzaba a acercarse hacia la orilla sin percatarse de nuestra presencia.

—Su problema es que no sabe controlarse. —Clavó la vista en el mar para no tener que afrontar mi mirada.

Le notaba diferente. Le eché un vistazo de arriba abajo y no pude determinar qué era aquello que me hacía verlo tan distinto —aparte de la falta de la manga larga, claro—. Llevaba una camiseta sin mangas y podía verle los dos brazos tatuados hasta el hombro. La brisa del mar le alborotaba el cabello y tenía la cara cubierta por mechones rebeldes que intentaba quitarse con la mano.

—Ya... —afirmé sin saber qué decir.

—Intento que se centre un poco, pero haga lo que haga no consigo nada —prosiguió.

Me toqué nerviosa la base del pelo. No estaba acostumbrada a tanta sinceridad de un desconocido. ¿Qué le podía decir? Como no sabía qué hacer, me enfoqué en el grupo que seguía acercándose. Cuanto más se aproximaban, peor pinta me parecía que tenían. Marc, al verme tan concentrada en aquella dirección, se giró y entornó los ojos para ver qué llamaba tanto mi atención. Se quedó blanco cuando reconoció al grupo.

—Mierda —dijo. Al ver mi cara de no comprender me aclaró—: Es mi hermana.

Agarré a Gosby para que no se metiese en líos y vi cómo Marc me dejaba sola para salir a su encuentro. Me quedé parada sin saber cómo reaccionar. ¿Seguía mi camino o esperaba a que volviese para despedirme? (Si es que volvía). Ese chico tenía la virtud de dejarme siempre descolocada.

Nada más llegar a la altura de su hermana, la cogió por el brazo y la giró para obligarla a que enfocase toda la atención en él. Cuando la tuvo centrada, comenzó a increparle algo. Le escuchaba gritar sin comprender sus palabras y le veía gesticular agarrándola del brazo para zarandearla. En un momento dado, pensé que se iban a liar a puñetazos con los amigos de esta, pero no ocurrió.

Los amigos para evitar broncas, comenzaron a acercarse a la orilla y empezaron a desnudarse tirando la ropa en la arena y lanzándose al mar. Sin muchas ganas de ver a todos aquellos *mangarranes* como su madre los trajo al mundo, volví la vista hacia Marc y su hermana; otra vez, daba la impresión de que la chica se mantenía a duras penas en pie. Escuché a Marc decir algo y, antes de que pudiese acabar la frase, su hermana se soltó de su brazo y comenzó a correr quitándose el vestido que llevaba y metiéndose al agua en ropa interior. Pasó justo delante de mí y ni siquiera se dio cuenta de mi presencia.

¡Qué situación más incómoda!

Marc se acercó lentamente y se quedó mirando al agua con la mirada perdida.

—Están súper pasados. Ya no sé qué hacer.

Lo noté tan derrotado que se me cayó el alma a los pies.

—Alguien más habrá para hacerse cargo, ¿no?

Entonces me miró de reojo y me lanzó una sonrisa irónica que me hizo sentir que había dicho algo terriblemente inapropiado.

—Solo estamos ella y yo. No hay nadie más y yo ya no sé qué hacer. Está sumida en un pozo.

Se dio media vuelta para seguir andando cuando escuchamos revuelo dentro del agua.

—¡Mariona, Mariona! —escuchamos gritar desde el agua.

Marc se giró directamente hacia la orilla y todos los músculos de su cuerpo se tensaron dejándolo paralizado solo una décima de segundo. De inmediato, comenzó a quitarse la camiseta y al verlo en acción, por fin, reaccioné.

—¿Qué haces?

Me miró como si estuviese loca.

—Voy a por mi hermana.

—Quieto, no quiero tener que ir a sacar a más gente de la necesaria del agua.

Me miró sin comprender, pero en cuanto me centré en lo que había que

hacer, me olvidé de él, me acerqué a Gosby y comencé a darle órdenes al oído.

—Buen chico —comencé a animarlo—. ¡Go! —ordené haciendo el amago de que me metía en el mar con él. Para cuando el agua me llegó a la altura de las rodillas, Gosby ya se había perdido en lo profundo del océano.

Le daba órdenes y gritos desde la orilla, sin embargo, no podía ver nada de lo que ocurría dentro del agua, pero sabía que él sí me estaba escuchando y tenía fe ciega en que encontrase a la hermana de Marc. En un momento dado, comenzó a salir gente del agua; eran los amigos de Mariona que al oler los problemas habían salido zumbando. Miré a Marc de reojo y lo encontré a un metro de mí metido en el agua hasta las rodillas, doblado con las manos en los muslos intentando ver algo de lo que pasaba.

Pasaron varios minutos y, por fin, conseguimos atisbar movimiento dentro del agua. Entorné los ojos y vi una cabeza peluda trayendo a rastras un cuerpo inerte.

Al verlo, Marc se lanzó directo al agua y nadó hasta donde se encontraban. Gosby traía a su víctima como le había enseñado a hacer tantas veces: con el brazo entre su mandíbula y, sin apretar demasiado, tirando del cuerpo hasta la playa.

Marc alcanzó a su hermana, le dio la vuelta y ayudó a Gosby a llevarla hasta la orilla. Allí, la cogió en brazos y acabó el último tramo a pie para depositarla con suavidad en la arena.

—Marc, aparta —me limité a decir al verle sobre su hermana sin saber qué hacer.

Este no reaccionó.

—Vete a llamar a emergencias, yo me encargo —le ordené tomando el control de la situación.

Me di cuenta de que Marc estaba en estado de *shock*, no atendía a lo que le decía y estaba claro que no sabía cómo actuar. En ese estado solo entorpecería mi trabajo; necesitaba que se centrara en algo.

—¡Marc! —le grité, agarrándole del brazo y obligándole a mirarme a la cara.

Por fortuna, mi tono de voz causó el efecto deseado y me clavó una mirada desesperada.

—Vete a llamar a la ambulancia, yo le haré el boca a boca.

Marc dudó un segundo, pero enseguida entendió que yo sabía de lo que estaba hablando y salió pitando hacia el paseo marítimo para encontrar una

cabina de donde llamar. Ya había comprobado que su móvil no tenía cobertura en aquel lugar de la isla.

Me quedé sola y comencé la reanimación.

Le pegué unas palmaditas en la cara para ver si reaccionaba, pero nada cambió. Entre que estaba ya muy pasada al entrar al mar y que parecía que había tragado agua, no conseguía reanimarla. Le cogí la cabeza y la elevé para dejar las vías respiratorias abiertas. Comprobé que la lengua estaba en su sitio y me acerqué para escuchar su respiración. Nada. Mariona no respiraba. Me coloqué de rodillas, puse mis manos en el centro de su pecho y comencé con las compresiones. A las treinta compresiones, le tapé la nariz e insuflé un par de bocanadas de aire y al ver que el pecho subía, volví a colocar mis manos sobre ella para repetir las compresiones. En la segunda tanda de compresiones, llegó Marc para avisarme que la ambulancia estaba en camino.

Al ver que su hermana no reaccionaba, comenzó a moverse sin rumbo fijo.

—Marc —le dije.

—¿Se va a morir? —me preguntó fuera de sí, retirándose el pelo de la cara con las dos manos.

—No, si nos organizamos bien —contesté sin parar la reanimación—. Marc, escucha. —Lo necesitaba centrado y no entorpeciendo el trabajo—. Sube al paseo a esperar a la ambulancia. Es muy importante que nos vean a la primera y que los traigas enseguida. Yo me manejo aquí sola. Vete.

Dicho lo cual, Marc salió corriendo hacia el paseo marítimo y yo pude volver a centrarme en mi trabajo.

Miré de reojo y vi a Gosby a dos metros de nosotras, me alegré al ver que actuaba tal cual se esperaba de él. Sin embargo, en un momento dado, mi compañero cambió de opinión y decidió acercarse y colocarse pegado al cuerpo de la chica para ofrecerle calor. El pelaje de Gosby hizo contacto con la piel de Mariona, esta alargó los dedos de la mano izquierda y se aferró al pelo de la nuca de Gosby; un segundo después y, sin causa aparente, comenzó a toser. La puse de lado para que expulsase el agua que tenía en los pulmones y esta se quedó tendida, asiendo al perro con todas sus fuerzas.

Estaba inconsciente. Había vuelto a respirar, pero el único signo de que estaba con vida era que se aferraba al perro como si de un salvavidas se tratase. Gosby se movió para dejar a la chica más espacio y se tumbó permitiendo que esta lo abrazara por completo.

Fue entonces cuando escuché las sirenas de la ambulancia y vi a Marc haciendo gestos desde el paseo marítimo.

Había llegado la caballería.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc se fue con su hermana en la ambulancia y me quedé allí sin saber adónde dirigirme. ¿Me iba al hotel y me olvidaba del asunto o me acercaba al hospital? Cuando les vi partir, Mariona seguía sin reaccionar y aquello me tenía preocupada. Miré hacia todos lados y, finalmente, decidí encaminarme hacia el hotel para dejar a Gosby y pedir un taxi al hospital para ver cómo había evolucionado. Total, si me quedaba en la habitación, no iba a conseguir dormir nada.

Ya en el hospital de Virgen del Toro, un enorme edificio fantasmagórico, comencé a buscar la entrada de urgencias. Me costó llegar a la sala de espera, pero cuando entré, lo primero con lo que me topé fue con Marc.

Se me cayó el alma a los pies al verlo. Me encontré a un chico mojado y lleno de arena, totalmente acurrucado en una silla con la cabeza escondida entre las manos. Había un par de personas más en la sala, pero él estaba aislado, como si no quisiera saber nada del mundo. Me quedé paralizada con aquella estampa; se le veía tan frágil. Estaba decidida a ir al hospital, pero no había pensado en qué hacer cuando estuviese allí.

Al final, tomé la decisión de acercarme a él; era una tontería haber llegado hasta allí y quedarme petrificada. Como no supe qué decir, me senté en el asiento de al lado y esperé alguna reacción por su parte. Olía a tabaco y salitre mezclado con un suave aroma a colonia masculina. Al captar aquello, me pareció una falta de respeto estar tan cerca y me separé unos centímetros y aspiré fuertemente para limpiarme su perfume de las fosas nasales. Un intenso olor a hospital me pegó una bofetada en la cara; potente desinfectante, fármacos y enfermedades camufladas. Cómo odiaba los hospitales.

Marc extrañado de que alguien estuviese tan cerca, despegó las manos de su cara y levantó la cabeza mirando de reojo para ver quién osaba sentarse a su lado. Tenía los ojos rojos, llenos de lágrimas. Me clavó su mirada y me quedé sin saber qué decir. No tenía la suficiente confianza como para darle un abrazo pero, sin previo aviso, mi mano izquierda se posó en su hombro como queriendo darle apoyo.

Marc, al notar el contacto físico, posó su cabeza en mi hombro y comenzó a sollozar. Se me partió el corazón. Ver a aquel chico de semblante imperturbable, lleno de tatuajes, llorando en mi regazo me rompió todos los esquemas. En un arrebato maternal, coloqué su cabeza en mi pecho y lo abracé con las dos manos, al tiempo que escondía mi rostro en su mata de pelo, acunándolo como un niño; tenía el cabello grueso y un poco áspero con un leve aroma a fritanga.

—Shhh —me limité a decir—. No estás solo.

Las palabras de aliento hicieron que el silencioso llanto se convirtiese en un profundo gemido que me hizo llevar la cabeza hasta su oído para susurrarle más palabras de ánimo. Tenía una necesidad imperiosa de proporcionarle todo el consuelo que había dentro de mí.

Marc comenzó a calmarse y yo me animé a preguntar.

—¿Se sabe algo?

—Todavía nada, pero ha entrado consciente —dijo incorporándose y pasándose una mano por la nariz para quitarse el *agüilla* que salía de ella.

—Cuando se la han llevado respiraba; es una buena noticia. Ya verás como todo sale bien.

Tras aquello, se serenó y se sentó otra vez en su asiento quitándose las lágrimas con la mano. Me levanté para coger un clínex y justo cuando estaba a un metro de la puerta del baño, entró el médico preguntando por la familia de Mariona Torres.

Esperé a que Marc se acercase y me quedé quieta para ver qué decían.

—Hemos conseguido estabilizarla —le dijo el médico a Marc con el tono más neutro que había escuchado jamás—. Le hemos hecho un lavado de estómago. Está estable y en estos momentos duerme profundamente.

Noté cómo al escuchar esto los hombros de Marc bajaban unos centímetros. El médico le acababa de quitar un gran peso de encima.

—¿Puedo pasar a verla?

—Sí, pero solo un momento. Procure no despertarla. Dependiendo de cómo evolucione valoraremos si darle o no el alta en los próximos días.

Marc asintió con la cabeza y el médico se dio la vuelta a seguir con lo suyo. Aquel hombre no había sido muy reconfortante que digamos.

Marc atravesó la puerta detrás de una enfermera y al darse cuenta de que yo no le seguía, giró la cabeza y frunció el ceño. Pensé que no pintaba nada allí, así que no había hecho el amago de seguirle, pero Marc me hizo un gesto con la mano para que pasase con él.

Ya en la habitación, vimos a su hermana tendida en la cama con una vía puesta. Estaba con la cara descompuesta y muy pálida. A pesar de ello, se apreciaba que era una chica muy hermosa. Tenía un pelo largo y rubio ceniza muy fino que le caía hasta los hombros. Su cara era dulce y sus facciones suaves. En realidad, no le sacaba ningún parecido a su hermano. Los labios los tenía pequeños, pero carnosos, único rasgo que resaltaba de su aniñado rostro. Marc le cogió la mano y la besó en la mejilla sin decir ni media palabra. Nos quedamos allí callados unos minutos hasta que entró una enfermera.

—Chicos, es hora de despedirse —nos ordenó con un tono dulce muy distinto al que había utilizado el médico—. Mañana podéis volver a verla. Ya veréis como se encuentra mejor por la mañana.

Marc le dio un último beso en la mejilla y abandonamos la habitación sin mediar palabra.

Salimos del hospital abatidos, Marc seguía cabizbajo y sin ganas de relacionarse con el mundo. En ese estado apagado nos dirigimos hacia la parada de taxis. Había una larga cola de taxis y ninguna persona esperando, así que nos montamos en el primero que vimos, sin decir nada. Ya sentados en la parte trasera y con los cinturones puestos, Marc le dio instrucciones para que lo dejase a él en su casa y que luego me llevase a mí al hotel.

Durante el trayecto no cruzamos palabra.

En un momento dado, el taxi frenó en un lugar de Farrel en el que yo no había estado nunca. Marc se desabrochó el cinturón, pagó al taxista toda la carrera, me miró a los ojos y solo dijo: «Gracias».

Me dejó sola y desconcertada una vez más.

11

Al día siguiente fui incapaz de levantarme para el *entrena*. Llegué al hotel hacia las cinco de la mañana y me di cuenta de que solo quedaban dos horas para que sonase el despertador. Barajé la posibilidad de dormir solo dos horas, pero al final decidí que Gosby y yo nos merecíamos un descanso; por un día que faltásemos a las pruebas, no iba a pasar nada.

Abrí los ojos y vi que Gosby seguía dormido. Eran las once de la mañana. Me levanté sin hacer mucho ruido y fui a pegarme una merecida ducha.

Estuve un buen rato en la ducha para limpiar la sensación de desasosiego que todavía permanecía en mi piel. Me sequé el cuerpo frotando con energía, intentando eliminar cualquier resquicio de malestar, y salí del baño a prepararme para la jornada. Abrí la puerta y me topé con mi compañero que movía el rabo con energía. Nada más verme, dio un paso hacia delante y se me puso a dos patas para lamirme la cara con efusividad. Aquello borró cualquier mal rollo y me arrancó una gran sonrisa; parecía que hacía años que no nos veíamos, aunque sabía a la perfección que tanto arrumaco significaba que quería salir de paseo. Me acerqué a la puerta frotándome el pelo todavía con la toalla, cogí la correa que tenía colgada en la entrada y salimos a dar una vuelta rápida para que Gosby pudiese hacer sus necesidades.

A la una del mediodía cansada ya de hacer limpieza de armario decidí hacer un parón para bajar a comer. Sabía que el grupo terminaba el *entrena* a esa hora y estarían a punto de llegar. Miré dentro del armario, asentí por el buen trabajo realizado y me dirigí al comedor para encontrarme con mis compañeros.

—Caterina —saludó Mikel, al verme entrar, acercándose a mí y agarrándome por los brazos para zarandearme de forma jocosa—. Dichosos los ojos que te ven.

Me había temido una bienvenida terrible por faltar aquella mañana, pero

parecía que le había pillado de buen humor.

Le puse una mueca irónica y, con toda la dignidad que pude encontrar, me senté a su lado esperando a que nos trajesen las bebidas.

—Ya, lo siento, pero es que he tenido una noche movidita —le respondí intentando no quedar como la gandula del grupo.

Mikel que no perdía oportunidad, me puso una mueca pícaro y soltó: «¿Noche agitada bajo las sábanas?»

—Los hombres siempre pensando en lo mismo. —Le fulminé con la mirada, al tiempo que tiraba la servilleta con falsa ofensa sobre el mantel y me levantaba de la mesa para dirigirme al *buffet* con toda la dignidad que pude encontrar.

Rellenaba mi plato con una ensalada de tomate y *mozzarella*, cuando alcé la vista y vi a Marc que se encontraba al otro lado del comedor; aquel servicio no le había tocado en nuestra zona. Me di cuenta de que era consciente de mi presencia, pero no hizo el amago de acercarse. Yo no sabía cómo actuar y me moría por acercarme a preguntar qué tal estaba Mariona, pero sabía que él quería mantenerlo todo en secreto por lo que no intenté hacer ningún tipo de acercamiento. Iría al aparcamiento de servicio a eso de las tres y media, donde sabía que tendría aparcada la moto, e intentaría averiguar algo.

Ya de vuelta del *buffet* con el plato lleno de comida, Mikel siguió con sus pesquisas.

—Bueno, y la prófuga de esta mañana, ¿nos va a justificar debidamente la falta? —Me pasó un brazo por encima de los hombros.

Joder, qué pesadito con tanto tocamiento.

Como vi que no tenía escapatoria, decidí no hacerme de rogar y contar lo ocurrido la noche anterior. Eso sí, omití que la víctima fuese la hermana del camarero y lo conté en voz baja para que Marc no se diese cuenta de lo que estaba hablando.

—¿Y quién era? —preguntó Nina sabiendo que aquello era pequeño y después de unas semanas ya íbamos conociendo a la gente.

—Una guiri —contesté con la vista fija en mi plato sin valor para mirarla a la cara.

La reacción de mis compañeros fue curiosa. La gente de a pie hubiese estado horrorizada por lo ocurrido y se hubiese preocupado por la persona ahogada, pero en aquella mesa solo se preguntaron detalles escabrosos del asunto.

—¿Hacia dónde salió el perro si no se veía nada?

—¿Exactamente cuándo se tiró al agua?

—¿Viste el momento del encuentro perro y víctima? —preguntó otro compañero que tenía enfrente.

Solo cuando todo estuvo explicado con detalle, se creó un silencio sepulcral para, de inmediato, romperlo con aplausos y vítores para Gosby.

Mierda, no quería dar la nota para que Marc no sospechase. Aunque solo un loco podía pensar que una mesa entera estaba vitoreando que una mujer casi se ahogase la noche anterior. En realidad, esa fue la única conversación que giró en torno a aquella mesa del restaurante del Saint Esteve aquel día.

Acabada la comida, el equipo completo se fue a echar la sienta, y Gosby y yo aprovechamos para ir a dar un paseo y hacer tiempo hasta que acabase el turno de comidas.

A eso de las tres y media volví al hotel y me dirigí a la parte trasera haciendo como que paseaba con Gosby en el aparcamiento.

Sudaba de arriba abajo de pensar que tenía que volver a entablar conversación con aquel chico tan singular y, por el contrario, Gosby parecía encantado con aquel extraño paseo. Era como si supiese a quién íbamos a buscar. En vez de olisquear el suelo como de costumbre, se sentó con la vista fija en la puerta de servicio.

Me froté las manos en el pantalón corto para eliminar el sudor y agarré a Gosby del collar para pegarle un pequeño tirón y obligarle a alejarse de aquella dichosa puerta. Cruzamos la calle y nos acercamos a unos árboles a ver si así se animaba y hacía sus necesidades. Nada más levantar Gosby la pata, comenzaron a salir una gran cantidad de trabajadores.

Estuvimos allí un buen rato dando vueltas a los cuatro mismos árboles viendo salir a trabajadores a diestro y siniestro, pero no vimos ni rastro de Marc. Quizás le había tocado turno doble o turno de piscina y yo no me había dado cuenta. Allí plantada comencé a pensar en cómo podría enterarme del estado de su hermana; quizás lo más acertado sería llamar directamente al hospital.

Justo cuando íbamos a comenzar la enésima vuelta a la fila de árboles, escuché la puerta de servicio abrirse y allí lo vi; salía de los últimos y con el uniforme puesto, para variar. Era el único que abandonaba el hotel siempre vestido de servicio.

Me clavó la mirada, echó un vistazo alrededor y se dirigió a la zona de motos como si nada. Yo seguí paseando entre los árboles para no perder mi coartada con grandes dificultades para mantener a Gosby junto a mí. No sé qué

le pasaba con aquel hombre, pero se abalanzaba sobre él cada vez que tenía ocasión.

Marc llegó a su moto, abrió el sillín y comenzó a rebuscar entre los trastos que tenía dentro. Tenía claro que estaba perdiendo el tiempo; nunca nadie había tardado tanto en encontrar un casco. Esperé a que el último empleado abandonase el aparcamiento y crucé la calle para acercarme a preguntar.

—Marc —le llamé acariciando la cabezota de Gosby, más para tranquilizarme a mí misma que para otra cosa y, ya de paso, frenar que el perro se abalanzase sobre él.

Levantó la cabeza de su moto y clavó aquella intensa mirada en mí.

—Caterina.

Se quedó callado, así que no tardé ni medio segundo en preguntar.

—¿Cómo está? —Ni siquiera necesité decir su nombre.

—Mucho mejor. Esta mañana me he pasado para ver cómo seguía y la he encontrado despierta —dijo agradecido—. Gracias otra vez, sin vosotros no sé qué hubiese pasado.

—No te preocupes —le respondí tocándole el brazo para animarle.

En cuanto mi dedo rozó su antebrazo, el mundo se quedó congelado. ¡Joder! ¡Qué estaba haciendo! Me sentí como una idiota. El día anterior sí que habíamos tenido más contacto físico, pero después de pasar la crisis nocturna era evidente que nuestra relación volvía a ser estrictamente comercial —un camarero y su clienta—. No entendía cómo mi mano había tenido la desfachatez de hacer aquel movimiento sin permiso. Él, para empeorar la situación, clavó la mirada en la mano posada en su brazo y aquello bastó para que la retirase en el acto.

Me centré en Gosby y le acaricié detrás de la oreja para intentar borrar el tacto de Marc. El problema fue que a Gosby no parecían interesarle demasiado mis atenciones; llevaba ya un rato tirando de la correa para acercarse a saludar a Marc. Con la turbación del momento, perdí la concentración y se me escapó. Marc, al ver que un perrazo se abalanzaba sobre él, dejó la moto y se agachó para recibirlo. Aguantó el impacto con estoicidad y comenzaron a hacerse arrumacos recíprocamente.

Gosby, en un descuido de Marc, consiguió alcanzarle la cara y, con la poca delicadeza que le caracterizaba, le lanzó un lametón lleno de babas que casi me dejó sin respiración. Cuando pensé que Marc se levantaría para alejarse de aquella cosa pegajosa, contra todo pronóstico una amplia sonrisa cruzó su cara. Aquello sí que me dejó sin aliento, jamás había visto sonreír a aquel

chico; tenía una fila perfecta de dientes. No entendía cómo con aquella maravilla no sonreía más a menudo.

Al instante Marc volvió a su rictus habitual y prosiguió la conversación como si nada.

—A Mariona le dan el alta hoy mismo. Me voy a casa a cambiarme y luego al hospital, a ver si puedo llevármela ya. —Se alejó de Gosby y se puso el casco para salir pitando—. No se acuerda de nada, pero esta mañana le he contado lo sucedido y tiene muchas ganas de conoceros.

—Bueno, no es para tanto —añadí con un ademán quitándole importancia—. Es nuestro trabajo.

—Le salvasteis la vida. —No entendía que quitase importancia al asunto—. Me ha pedido, por favor, que os invite a cenar para conoceros. —Se montó en la moto, arrancó y me miró fijamente—. ¿Vendríais a cenar el lunes? Estoy de turno de comidas y tengo la noche libre.

Me quedé petrificada. No estaba muy segura de si quería cenar con aquellos dos. Él me alteraba bastante y el haberle pillado en unos cuantos momentos incómodos no mejoraba la situación.

Viendo que me quedaba dubitativa. Me lanzó una mirada de súplica a la que no me pude resistir.

—Sí, claro, sin problemas.

—Perfecto, el lunes nos vemos entonces.

Sin decir más, aceleró acompañado de una gran humareda y se fue.

12

A las nueve y media de la noche del lunes toqué el timbre del tercer piso de un pequeño edificio de fachada color paja a las afueras de Farrel. La puerta era de madera y estaba bastante deteriorada. A la derecha de la misma se encontraban unos timbres tan antiguos, que era imposible hablar con los que estaban en el interior de la casa por falta de intercomunicador. Tenían que salir a la ventana para ver quién llamaba a la puerta.

Me limpié el sudor de las manos en la tela del vestido y miré calle abajo barajando la posibilidad de salir corriendo. Menos mal que tenía a Gosby para ayudarme a sobrevivir a aquella velada, porque no estaba muy convencida de poder superarla, ¿qué iba a hacer yo con aquellos dos? Marc no tenía pinta de ser un gran conversador y su hermana suponía que no estaría con fuerzas para amenizar la velada a nadie.

Aquella mañana en el turno de comida, Marc se me acercó con disimulo y me pasó un pequeño papelito que llevaba entre los dedos.

—No tienes mi dirección —me susurró al oído cuando estaba llenando de ensalada mi plato.

Le sonreí, atrapé el papel con la punta de los dedos y Marc se alejó sin decir ni media palabra más.

No fue hasta el entrenamiento de tarde que me percaté de que actuaba de forma extraña. No me estaba enterando de nada. Mikel se pasó toda la tarde poniéndome en mi sitio y tirándose de los pelos por los errores tontos que estábamos cometiendo, pero nada de aquello funcionó. Era incapaz de conseguir que Gosby reaccionase a las órdenes más simples y cuando me tocó realizar un *sprint*, ni de lejos acabé en mi tiempo habitual. Fue entonces cuando me di cuenta de que tanta torpeza se debía a la cena de aquella noche. Decidí aceptar que aquella no sería mi tarde y soporté como pude el resto de las pruebas hasta que dieron las ocho y el suplicio terminó.

Escuché el silbato que daba por acabada la jornada y salí pitando con

Gosby sin esperar a nadie. Nada más Subir el primer escalón, me di cuenta de que no les había contado mis planes.

—¡No me esperéis para cenar! —Me giré en plena carrera gritándoles desde la lejanía.

Vi la cara de extrañeza de Nina y decidí inventarme algo convincente.

—Estoy harta de cenar en el *buffet*. Me voy a saltar la cena para dar un buen paseo nocturno con Gosby.

—Sí, a ver si la brisa nocturna os centra un poco a los dos que no habéis dado pie con bola en toda la tarde —se limitó a decir Mikel para despedirse.

Me lo tenía merecido; aquel no había sido mi día.

Llegué al rellano de la escalera, toqué el timbre de la casa y escuché un «ya voy» desde dentro. Un ligero temblor recorrió mis manos al tiempo que el rabo de Gosby comenzaba a moverse sin control. Mi acompañante estaba mucho más encantado que yo con aquella invitación. Miré hacia atrás con esperanzas de poder huir escaleras abajo, pero antes de poder dar un paso se abrió la puerta de par en par.

Marc apareció en el quicio y se quedó parado en medio de la entrada como extrañado de verme, mirándome de arriba abajo sin ningún tipo de disimulo.

Igual me había pasado con la indumentaria. Había estado una hora sacando ropa del armario sin saber qué ponerme y al final había decidido enfundarme en un vestido *Custo* con estampado étnico; quizás no había estado acertada en la elección; ¡cuánto había echado de menos a Isa y a Susana aquella tarde!

Fruncí el ceño por tanto descaro y procedí a hacer lo mismo que él para que viese lo mal que se pasaba siendo escrutado de esa manera. Le miré de arriba abajo y me di cuenta de que enfrente tenía al Marc de siempre: bermudas negras, una camiseta blanca sin mangas, los brazos al aire llenos de tatuajes y unas chancletas de playa.

—Hola —dijo divertido al verme las pintas que llevaba.

Empezamos mal, pensé al ver su cara de ironía. Ya sabía yo que tenía que haber rechazado la invitación.

Al percibir mi incomodidad, se movió a un lado para dejarme pasar.

Pasé a un pequeño recibidor con una puerta acristalada a la derecha. Supuse que daría acceso a la cocina, aunque la puerta estaba cerrada y la luz apagada; aquello me extrañó. Quizás ya lo tendrían todo preparado.

Marc se adelantó y me hizo una señal para que me acercase al salón; era una estancia bastante pequeña, olía a cerrado y a humo de tabaco —o quizás algo

más—. Al fondo había un ventanal y, a la izquierda de este, un sofá bastante grande que casi ocupaba la totalidad del salón. Mariona se encontraba semirrecostada en el sofá con la vista clavada en una televisión en la que había un programa de cotilleo. Giró la cabeza para ver qué ocurría y cuando nos vio, se le iluminó la expresión y extendió los brazos para darnos la bienvenida.

—Holaaaa —saludó de forma cariñosa mirando a Gosby.

Estaba demasiado débil para levantarse del sofá, pero Gosby no se lo pensó dos veces, me pegó un fuerte tirón y se lanzó a los brazos de su nueva amiga. Se subió al sofá de un salto y Mariona se abrazó al perro. Nada más enredar sus dedos en el pelaje color chocolate comenzó a llorar. Gosby soltó dos lastimeros gemidos al notar la tristeza en su nueva amiga y decidió lamerle la cara para remediarlo.

Marc y yo nos quedamos con los ojos como platos. Aquello no era normal en Gosby. Miré a Marc sin saber qué hacer y este levantó las cejas con cara de circunstancias y me hizo una señal para que le acompañase a la cocina y los dejásemos a solas. Parecía la mejor opción. Mariona necesitaba intimidad y Gosby se veía muy capaz de gestionar la situación solito.

Marc entró en la cocina y se dirigió hasta el fondo, como si supiese que yo iba detrás. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que no había nada preparado; aquello sí que era raro, ¿no habíamos quedado para cenar?

Marc se rascó la cabeza y abrió la puerta del frigo.

Claro, pensé, lo tienen todo guardado en la nevera.

—¿Quieres algo para tomar?

—Si tienes un refresco —le respondí mientras miraba a todos lados buscando la cena.

—Menos mal que no me has pedido un *Aquarius*, estaría perdido —sonrió de forma burlona.

Me lanzó la bebida y él se cogió una cerveza sin tan siquiera mirar si yo la había atrapado al vuelo.

—¿Y la cena?

—¡Ah! —respondió sin entender—. Pues..., la verdad es que no he preparado nada de cenar. Soy bastante malo en eso de la cocina.

—¡Ah!

¿Entonces para qué me había invitado a cenar si no iba a hacer nada para cenar?, pensé.

Se volvió a rascar la cabeza y me señaló la puerta del frigorífico.

—Podemos pedir algo al chino o a la pizzería.

—Vale, sin problemas. —Conseguí reprimir una carcajada, por lo surrealista de la situación.

Aquello no iba a ser una velada convencional. A ver cómo conseguía salir airosa de aquella extraña situación.

Después de un rato aguantando la mirada de mi anfitrión clavada en mi rostro, decidí romper el hielo.

—Podemos ir al salón a ver si están los ánimos más calmados —propuse, sin saber qué hacer para darle a entender que aquellas atenciones no eran bienvenidas.

Sin cruzar ni media palabra, cogió su cerveza y se encaminó hacia la salida.

En el salón las cosas estaban mejor. Mariona seguía abrazada a Gosby, pero ya no lloraba y Gosby, al verme, comenzó a mover alegre el rabo sin separarse ni un milímetro de su amiga.

—Mariona, ¿qué quieres cenar? —se acercó a ella y la tapó con una manta fina que se había caído al suelo.

—*Pizza* —respondió esta sin dudarle ni un momento.

—¡Qué raro! —exclamó Marc de forma irónica.

Marc cogió el teléfono que había en el salón y llamó a la pizzería. Pidió un par de *pizzas* de jamón y champiñones y se colocó frente a nosotras apoyado en el mueble del televisor frente al sofá. Como ya era habitual, no dijo nada: eso de conversar no iba mucho con él.

—Anda, siéntate aquí —me pidió Mariona dando palmaditas a un mullido cojín que tenía al lado.

Me acerqué al sofá y, no sin dificultad, conseguí bajar a Gosby al suelo para hacerme un hueco. Gosby, se colocó a los pies de Mariona y se repanchigó dejando claro que había encontrado su sitio.

—Siento mucho lo que pasó el viernes —arrancó Mariona. Desvié la mirada hacia Marc y vi que tenía la cabeza agachada como si no se atreviera a mirarme mientras jugaba con algo que tenía entre las manos—. La verdad es que no me acuerdo de nada, ¿podrías contarme qué ocurrió? Marc no me ha contado nada. —Señaló a su hermano de mala gana.

Este, que seguía apoyado en el mueble de la tele cruzado de brazos y piernas, soltó un resoplido indicando que no estaba de acuerdo con aquello.

Me sentí agradecida de que alguien de la familia quisiese hablar sobre algo, así que aliviada por poder romper el silencio incómodo comencé a contar lo sucedido de forma edulcorada.

Durante el relato, me di cuenta de que cada vez que la manta de Mariona se deslizaba ligeramente sobre sus piernas o esta mostraba algún signo de cansancio, allí estaba Marc para tapparla o pasarle el vaso de agua que había en una mesita auxiliar. No me había esperado aquello por nada del mundo. Marc cuidaba a su hermana con un cariño inusual. ¿Estaría asustado por lo ocurrido el día anterior? El chico que en el trabajo se mostraba frío y lejano, pero con su hermana era de lo más atento, se podría decir que hasta cariñoso. Me pareció encantador.

Para cuando nos quisimos dar cuenta, sonó el timbre de la puerta.

—Ya abro yo. —Salió Marc disparado hacia la entrada.

Cogió las dos cajas que le ofrecía el repartidor, dio una patada a la puerta para cerrarla y sin mucho protocolo colocó las *pizzas* sobre la mesa del salón. Me levanté pensando que nos dirigiríamos allí a dar buena cuenta del manjar, pero nada más lejos de la realidad. Al ver que me levantaba, Marc me miró extrañado y se fue a la cocina. Un minuto después volvió con un rollo de papel bajo el brazo, un cuchillo y dejó todo en la mesita auxiliar que había frente a la tele.

¿Íbamos a cenar *pizza* en el sofá mirando la tele? Aquella era la invitación a cenar más extraña de mi vida.

—Cat, ¿y tú de dónde eres? —me preguntó Mariona cayendo en la cuenta de que no era de allí.

—Soy de Santander, estoy pasando aquí el verano en el hotel donde trabaja tu hermano para sacar la capacitación como equipo de salvamento acuático.

—¡Ah! Por eso me sacó del agua tan rápido. —Agarró agradecida el trozo de *pizza* que le pasó Marc, al tiempo que se agachaba a acariciar la cabezota de Gosby con la mano libre—. Qué buen perrito, vas a ser el mejor. —Gosby nada más ver que Mariona le hacía caso, comenzó a mover el rabo de forma enérgica.

—¿Y para eso hay que estudiar?

—Bueno, es interesante ser educador canino, estar en forma y tener formación previa de salvamento o socorrismo. Yo tengo la carrera de Ciencias de la Educación Física y el Deporte y luego me saqué el título de educadora canina mientras estudiaba.

—¡Ah! —fue lo único que salió de la boca de Mariona, mientras me miraba como si viniese de una galaxia muy lejana— ¿Y la movida esa es para trabajar en Menorca?

—No. Hay una lista de destinos prefijada. El que mejor nota saque elige

primero —le contesté dando el primer mordisco al trozo de *pizza* que me acababa de dar Marc sobre un pedazo de papel.

—¿Y ya sabes dónde quieres ir? —prosiguió Mariona con el interrogatorio, mientras Marc miraba atento pero sin decir palabra.

—Me gustaría conseguir Santander. El problema es que somos tres personas del norte y la plaza está muy solicitada; tengo que esforzarme para sacar buena nota y poder elegir de las primeras.

—¿Qué pasa? ¿tienes algún novio esperándote en Santander? —añadió con cara de pillina, al tiempo que a su hermano se le atragantaba un trozo de *pizza*.

—No, no, nada de eso, pero siempre he vivido allí y tengo a toda mi familia en Santander. —Tuve que elevar la voz para ser escuchada por encima de la tos de Marc.

—Pues yo creo que estaría guay que os quedaseis aquí. —Eché un vistazo a Gosby y siguió diciendo—: Va a ser una pena perder de vista a mi héroe particular. Yo, en realidad, no he salido nunca de la isla. Bueno, una vez fui a pasar un fin de semana a Mallorca. ¿Tú has viajado mucho? —acabó preguntándome.

—Bueno... —contesté sorprendida al ver que nunca hubiese salido de la isla—. Mi padre es italiano y mis abuelos siguen viviendo en un pueblo cerca de Roma. Solemos ir un par de veces al año a visitar a la familia —acabé diciendo metiéndome un trozo grande de *pizza* en la boca.

—Ay, ¡qué suerte tienes!

—¿Y vosotros? ¿Vivís aquí solos? —pregunté en un alarde de valentía ya cansada de hablar tanto de mí.

Fue entonces cuando Marc, que no había pronunciado ni dos palabras seguidas, me miró con horror. Era como si hubiese preguntado por algún oscuro secreto de familia. Aquello, la verdad, no lo entendí y me quedé callada con la mirada fija en mi trozo de *pizza* sin saber cómo arreglarlo. Mi pregunta le había molestado y no tenía intención de contestar.

—Mejor vamos a ver qué ponen en la tele —dijo levantándose del sofá y dejando la caja de *pizza* vacía en la mesa del comedor.

Mariona me miró, miró a su hermano y sacudiendo ligeramente la cabeza continuó como si nada.

—A nosotros nuestra madre nos abandonó en una casa cuna cuando yo tenía dos años y Marc unos seis.

Mierda, acababa de entender por qué Marc había puesto aquella cara de horror.

—Nos criamos allí y nunca más volvimos a saber de ella —prosiguió Mariona como si estuviese contando una historia de lo más normal.

Marc, que vio mi cara de consternación, decidió intervenir.

—Nuestro padre murió cuando éramos pequeños. —Dejó el trozo de *pizza* para darle más seriedad a sus palabras—. Creemos que nuestra madre no pudo con la pena y nos dejó en una casa cuna. Nunca más supimos de ella.

—¿Y no tenéis más parientes?

—No. —Me regaló una de sus peores sonrisas dejándome desarmada—. Pero nos tenemos el uno al otro. Y a Joan, el dueño del hotel. Es un gran amigo, si tenemos algún problema siempre está ahí para ayudarnos. Además. —Miró de manera cariñosa a Mariona—, nos ha ido bastante bien a los dos solos.

Después de decir aquello, agachó el rostro avergonzado. Estaba claro que muy bien no les había ido si su hermana se pasaba la mitad del día drogada y Gosby la había tenido que sacar del agua la noche anterior. Se me escapó una mueca de pena que no pude contener y nada más hacer aquello me arrepentí. Marc captó mi emoción al instante y me lanzó una mirada indescifrable cogiendo el trozo de *pizza* que tenía a medias y tirándolo sobre la caja medio vacía.

Me sentía fuera de lugar. Yo les había contado una vida ideal de club de hípica los domingos y carreras universitarias, y ellos no tenían nada. Intenté quitarme el mal sabor de boca volviendo a preguntar.

—¿Nunca pensasteis en estudiar?

Marc hizo un ruido irónico con la garganta y levantó una ceja como si estuviese loca.

Mierda, ¿pero qué me pasaba?

—En realidad, la casa cuna sí ofrecía ayuda para los que querían ir a la universidad, pero a duras penas acabé el instituto, así que no era una opción demasiado probable. Mariona. —Señaló a su hermana—, jamás puso el mínimo interés en los estudios. —Le tiró el cojín que tenía detrás a la cara—. Intenté que acabase la secundaria, pero ni siquiera lo intentó. Es burra y no sé qué voy a hacer con ella.

Comenzaron a reír y a mí se me contagió aquella alegría; sin quererlo acabamos los tres a carcajada limpia.

Gracias a Dios, allí acabó el interrogatorio.

El resto de la velada controlé mucho más mi lengua y todo fue mucho mejor. Cuando acabamos la *pizza* (yo fui la última en terminar, ellos parecía que

tragaban en vez de masticar) comenzó una película en la tele. Marc llevó los restos a la cocina y se sentó a mi lado en el sofá para disfrutar de la película como si nada. Aquello hizo que se me tensasen todo los músculos del cuerpo, pero intenté disimular centrando mi atención en la película.

Al cuarto de hora Gosby, cansado de estar en el suelo, decidió abrirse camino entre Mariona y yo y se colocó prácticamente encima de ella. No sé si por el calor que emanaba el perrazo o por lo débil que se encontraba, al poco rato Mariona cayó rendida. Cuando me di cuenta, le hice una señal a Marc con mucho cuidado de no tocarle un pelo y este asintió haciéndome un gesto para que me quedase tranquila.

—Déjala, si la movemos se va a despertar —me susurró en el oído.

Aquel susurro hizo que me estremeciese de la cabeza a los pies. Cada vez me parecía más interesante. Hasta tenía una teoría sobre él; a pesar de no ser ninguna belleza, tenía ese atractivo característico de los chicos malos. Con aquel aire de perdona vidas, la mirada intensa y el pelo revuelto por la cara, debía tener bastante éxito entre las féminas. Bueno, en realidad aquello ya lo había comprobado en la Cova d'en Xoroi.

Le miré de reojo asintiendo para que entendiese que lo había pillado y me pegué más a Gosby para separarme de él. Me temblaba el cuerpo solo de pensar que estaba a dos milímetros escasos de aquel chico. Suponía que aquellas sensaciones eran debido a mi soledad en la isla; estaba a falta de contacto humano después de la partida de Isa y Susana, pero no tenía intención de dejarme llevar por aquellos sentimientos. En un par de meses me iría de Menorca para siempre y no quería colarme por ningún niño que me destrozase el corazón. Aquello no era viable, sobre todo después de ver lo bien que se lo pasaba con el turismo extranjero en la isla.

Intenté alejarme lo más posible de él, pero el sofá no daba para tanto. Con Gosby ocupando gran parte del mismo, no había forma de evitar el contacto; estaba atrapada. A Marc no pareció importarle mi incomodidad. Lo único que hizo para mejorar la situación fue lanzarme una mirada divertida y acomodarse más si cabía en el sofá. Joder, aquel hombre no era de gran ayuda. Mi brazo rozaba su piel por el antebrazo y yo no podía hacer nada. Fue curioso notar que tenía una textura diferente. Los tatuajes le habían dejado la piel algo más áspera y podía perfectamente sentirla sobre mi propia piel. Por otro lado, cada vez que intentaba apartar mi pierna, Marc se acomodaba más si cabía y su rodilla acabó pegada a la mía. Al final, desistí de mi intento de evitar el contacto y dejé mi muslo tranquilo pasase lo que pasase. A todo esto Marc

seguía como si nada mirando la televisión.

Cuando acabó la película, me percaté de que no me había enterado de nada. Con tanta tensión alrededor, no pude ponerle atención a lo que pasaba en la pequeña pantalla. Menos mal que ya podía irme al hotel. Esperé a que acabasen los créditos —Marc los estaba mirando como si fuesen lo más interesante del mundo— y, haciéndole un gesto con la cabeza, le dejé claro que era hora de irme. Este asintió sin demasiado entusiasmo y se levantó muy silencioso.

—Si el perro se mueve, se va a despertar —le susurré a Marc a una distancia prudencial.

—Suele dormir como un tronco. Vamos a ver si conseguimos que no se despierte —me respondió mucho más cerca de lo necesario.

Joder, ¿en qué quedábamos? Si llevaba toda la noche sin moverme para no despertarla.

Y así fue. Le hice una señal a Gosby para que se bajase del sofá de forma sigilosa y, cuando Mariona se quedó liberada, Marc la cogió en brazos y la llevó a su habitación con todo el cuidado del mundo.

Me adelanté para abrir la puerta del dormitorio y retiré la colcha para ayudar a Marc a meter a Mariona en la cama. Cogí la sábana para tapar a Mariona con ella, pero al intentarlo mi mano atrapó sin querer la de Marc. Me quedé petrificada con el contacto de su piel. Mi mirada se quedó congelada en nuestras manos enlazadas y Marc no hizo ni medio intento de separarla. Le miré escandalizada y solo recibí una sonrisa torcida. Sacudí la cabeza para recobrar la compostura y retiré la mano con un «perdón».

—¿Por qué? —contestó divertido.

Agaché el rostro y me retiré de aquella cama lo más aprisa posible. Necesitaba salir cuanto antes de aquella casa.

Una vez en el salón, cogí mi bolso, la correa de Gosby y me fui a la puerta de entrada a esperar a Marc.

—Gracias por haber venido esta noche. Mariona está encantada de conoceros —dijo cerrando la puerta del dormitorio tras de sí.

—No ha sido nada —volví a quitarle importancia con un gesto de mi mano—. Bueno, me voy —solté para no alargar más aquel incómodo momento.

—Estaría genial que vinieseis otro día. —Se alborotó el pelo de forma enérgica.

Puff, pensé, lo había pasado fatal aquella noche. Entre taquicardias y

sudores fríos no había podido casi disfrutar de la velada y no tenía muy claro si quería repetir.

—No puedes decir que no —me soltó Marc al ver mi cara de circunstancias—. A Mariona le encantará volver a veros.

—Está bien. Lo repetiremos cuando quieras. —Me mordí el labio por haber caído en aquel vil chantaje y agaché el rostro hacia Gosby para disimularlo.

—¿Qué tal dentro de diez días?

¿Tan pronto?, pensé. Aquella era la típica conversación que acaba en retórica, casi un convencionalismo, pero ya veía que aquella pareja de convencional no tenía nada.

—Perfecto —mentí.

Y sin decir más, se acercó peligrosamente, abrió la puerta y me plantó un beso en la mejilla. Aquel último gesto me terminó de descolocar y abandoné la casa como un autómatas sin tan siquiera decir adiós.



En cuanto cerró la puerta, Marc se fue directamente al sofá; necesitaba liarse un porro cuanto antes. Había andado un poco tenso por la cena de aquella noche y no se había podido fumar nada para calmar los nervios. No quería espantar a su invitada tan fácilmente y estuvo aguantando las ganas toda la película.

Llevaba tiempo fijándose en aquella chica que siempre le pillaba en escenas comprometidas y no sabía muy bien qué pensar o cómo comportarse. Lo que tenía claro era que después de lo que había pasado con Mariona no quería perder la oportunidad de conocerla más en profundidad.

Sacó papel de fumar, un paquete de cigarrillos y una china que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Cat era tan diferente a las mujeres que él conocía; siempre iba con ropa de deporte —quitando la noche en la Cova d'en Xoroi, no había vuelto a verla vestida de otra cosa que no fuese una camiseta sin mangas y un pantalón *Nike*—. Era como si no diese mucha importancia a lo que llevaba puesto.

Cogió un cigarro y lo lamió para poder abrirlo y extraer el tabaco de su interior.

Para el resto de mujeres que él conocía, con excepción de su hermana, salir

de casa sin maquillar y sin tacones era algo impensable. Para Cat era como si la ropa fuese simplemente una herramienta de trabajo más. Pensó que se presentaría con el pantalón y la camiseta de siempre, pero cuando abrió la puerta, casi le dio un vuelco el corazón al verla enfundada en aquel vestido que le quedaba como un guante. Estaba preciosa. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no abalanzarse sobre ella en aquel instante; menos mal que todavía le quedaba algo de autocontrol.

Calentó la china y la deshizo para mezclarla con el tabaco que tenía en la palma de la mano.

Una vez recuperado del impacto inicial, intentó no mirarla demasiado, pero sus ojos no estaban muy de acuerdo con aquello. Los ojos color aguamarina de Cat eran como puñales que se clavaban en el alma. Eran profundos, y decían mucho más de lo que Cat expresaba con palabras. Casi le rompió el corazón al ver su forma de mirar a Mariona.

Acabó por echar la mezcla en el papel de liar y lamió el extremo para acabar de liarse el peta.

Lo peor fue cuando el perro se subió al sofá y Cat tuvo que colocarse prácticamente pegada a él. Aquello sí que había sido autocontrol. Ella no paró en su asiento ni un instante, parecía que tenía hormigas en el trasero y él decidió no ponérselo fácil. Quería ver cómo reaccionaba a la encerrona. El roce con el brazo era imposible de evitar, pero Cat se las ideó para que la única parte de su pierna en contacto con él fuese la rodilla. A Marc se le pusieron los pelos de punta solo de pensar que aquellos muslos fibrosos pudieran estar pegados a los suyos. Menos mal que habían estado sentados con la mirada fija en la película, gracias a lo cual, ella no se había dado cuenta de nada.

Por fin encendió el mechero y pudo dar la primera calada de la noche. Dejó que el espeso humo inundase sus pulmones y se relajó en el sofá viendo salir una humareda blanca de su boca.

Su acompañante perruno tampoco era nada usual. Quién iba a pensar que un perrazo color chocolate como aquel pudiese generar aquella energía. A Mariona se le iluminó la cara cuando lo vio y se pasó el resto de la noche abrazada a aquel animal que parecía ser el único que calmaba su ansiedad. No había visto a su hermana tan a gusto en años.

Dio otra calada al porro y volvió a sus pensamientos. Llevaba tres semanas intentando quitarse a aquella chica de la cabeza y no lo había conseguido. Desde que le miró en la piscina con aquellos ojazos verdes nada la alejaba de

su pensamiento. Lo había intentado todo: había imaginado que sería una niña de papá más que iba a ponerse morena al hotel, había recreado mil conversaciones en las que ella solo ofrecía respuestas idiotas; pero cada vez que se acercaba más a ella, más se alejaba esta de aquella imagen. Era una chica encantadora que quería pasarse la vida rescatando a gente del agua y, para rematar, había salvado la vida de su hermana. Volvió a dar otra calada más al porro mientras colocaba los pies descalzos en la mesita auxiliar frente a la tele. A aquellas alturas, le daba igual que fuese clienta o no, no tenía ninguna intención de dejar escapar a aquella delgaducha con coleta y unos ojos verdes de infarto.

Una punzada de dolor se alojó en la boca de su estómago. Marc no la había visto muy entusiasmada con la nueva invitación. ¿Se habría aburrido? No le pareció muy cómoda aquella noche, en especial durante la *pelí*. Quizás era un idiota por pensar que una chica así podría tener algo con un inútil sin futuro como él. Le dio otra calada más profunda al porro e intentó alejar la angustia que se le había instalado en el pecho; quizás había sido un error invitarla otra vez. Bueno, ya estaba hecho. Habría que esperar a ver qué pasaba en la siguiente cita.

Dando la última calada al porro, se quedó profundamente dormido en el sofá.

13

A mediados de semana Mariona se encontraba mucho mejor. Le había costado recuperarse del susto del *finde*, pero unos días de descanso la habían dejado como nueva. El mismo miércoles ya fue capaz de salir a comprar el pan por la mañana y pudo volver a casa sin ayuda de nadie. Por fin, podría salir un poco a la calle y quitarse a Marc de encima. Desde el incidente, se había vuelto bastante más pesado de lo normal y no había podido escapar de sus garras en toda la semana. Aquella fue la razón por la que Richard, su novio, no había podido ir a visitarla y, por ende, llevaba días sin poder meterse nada. Comenzaba a sentir la falta de sustancias en su cuerpo; necesitaba algo más fuerte que los porros que le había estado robando a su hermano.

A eso de las tres de la tarde, se dio cuenta de que no aguantaría mucho más en aquel estado y comenzó a llamar a Richard de forma insistente.

«Joder, este no daba señales de vida». Necesitaba meterse algo sí o sí; ya llevaba casi cuatro días limpia y no aguantaba más. Necesitaba un chute con urgencia.

Dos horas después, al ver que no estaba consiguiendo nada allí encerrada decidió salir a la calle y ver si encontraba a Richard en su casa.

Tocó el timbre unas cuantas veces, pero no contestó nadie. Seguramente estaría en casa de algún colega, ¿pero cuál? No sabía adónde acudir.

Conocía a otros camellos, pero no tenía pasta para pagarles. Había rebuscado por su casa de arriba abajo, pero Marc hacía tiempo que ya no dejaba dinero por los rincones. En los últimos meses se había tenido que conformar con quitarle billetes de la cartera, pero ya ni llevaba pasta encima.

A eso de las seis de la tarde comenzó a sentirse realmente mal. Llevaba un rato vagando por el pueblo sin rumbo y decidió sentarse en un bordillo cerca de un portal para ver si se le ocurría algo. Tenía mucho frío y eso que la temperatura no bajaba de los treinta grados. El problema era que solo llevaba un vestidito de verano; no era bueno salir de casa con tan poca ropa después de lo enferma que había estado. Encima, le dolía la tripa y ya le habían dado

un par de calambres en el muslo. Estaba jodida y sabía que hasta que no encontrase algo que meterse no iba a poder salir de aquel infierno. Se había fumado dos porros aquella mañana, pero necesitaba más, mucho más. Se apoyó en la pared que tenía al lado y cerró los ojos para descansar un poco.

—¿Estás bien, chica? —le preguntó una mujer que pasaba por ahí.

Mariona abrió los ojos y vio a una señora con dos bolsas de la compra que se dirigía hacia un portal que había al lado.

—Señora, no he comido nada —balbuceó Mariona castañeteando los dientes—. No tendrá dinero para que pueda comprar algo de comer, ¿verdad?

La señora se apiadó de ella, dejó las bolsas del supermercado en el suelo, la miró con cara compungida y sacó una caja de galletas.

—Toma, hija, para que meriendes —dijo con una sonrisa encantadora dejando la caja de galletas en la mano de Mariona.

Esta le devolvió la sonrisa y la mujer siguió su camino contenta por la obra de caridad que acababa de hacer.

—¿Y qué coño hago yo con una caja de galletas? —murmuró entre dientes Mariona.

Tiró el paquete entre dos coches sin ninguna delicadeza y se quedó pensativa.

Tenía que calmarse un poco porque si no iba a llamar demasiado la atención. Necesitaba pasta y la necesitaba ya. Unas semanas atrás lo hubiese intentando en el curro de su hermano, pero ya había comprobado que era una auténtica pérdida de tiempo, ni poniéndole en un aprieto en el hotel soltaba ya la pasta. Le había cerrado el grifo de forma unilateral y no se apiadaba de ella. Estaba sola en aquella embarcada y tenía que salir como pudiese del atolladero.

Aunque..., la playa estaría a reventar. Jamás hubiese querido llegar tan lejos, pero no le quedaba otra opción. Casi sin fuerzas, se levantó de su asiento y se dirigió hacia el paseo marítimo.

Cuando llegó al paseo, se apoyó en el muro y se quedó un buen rato mirando qué toallas parecían ideales para ser asaltadas. Había un par de ellas alejadas del tumulto que tenían buena pinta. No había nadie cerca y las bolsas colocadas bajo la sombrilla parecían de marca.

Sin pensárselo demasiado, bajó a la playa y en vez de dirigirse al agua se fue directamente a las duchas para refrescarse un poco y no dar tanto el cante. Llevaba ropa interior amarilla y podía perfectamente pasar por un bikini. Se

mojó todo el cuerpo sin quitar la vista de encima a las toallas y, cuando ya estaba muerta de frío, cogió el vestido del suelo y se encaminó hacia su objetivo. Se tumbó con descaro en una de las toallas y, mientras miraba con disimulo que nadie se acercara, metió la mano en una de las bolsas bajo la sombrilla y comenzó a rebuscar.

Nada más abrir la primera cremallera encontró una cartera. La sacó como si nada y pensó en salir corriendo, pero le dio pena. Quizás la persona a la que le estaba robando tenía documentos importantes en la cartera. Le pareció mal hacerle tanta faena, así que la abrió allí mismo para ver qué podía encontrar dentro. Echó un vistazo rápido en uno de los compartimentos y no vio nada. Mierda, pensó. Rápidamente abrió otro compartimento y... ¡Bingo!

Había tres billetes de cincuenta euros esperando a ser cogidos. Sin pensárselo dos veces, cogió el dinero, se lo metió bajo el sostén mojado y dejó la cartera en su sitio para salir disparada antes de que la viese alguien.

Ya estaba en el paseo marítimo, con el pelo en la cara y el vestido pegado a su ropa interior cuando se le escapó una sonrisa de triunfo. Si jugaba bien sus cartas, con aquel dinero tendría para unos cuantos días.

Sacó el móvil de su bolso y marcó un número de teléfono.

—Hola, buenas, soy Mariona. No encuentro a Richard por ningún lado y necesito algo urgente, ¿podríamos quedar?

El siguiente fin de semana como era el ecuador del verano, el hotel organizó una cena de gala para celebrarlo. Me parecía increíble que ya llevase allí un mes; se me había pasado volando.

En realidad, no me apetecía mucho asistir a la fiesta, pero no había podido poner una excusa demasiado convincente. Desde que Susana e Isa habían abandonado la isla, hacía ya quince días, me había unido mucho más al grupo. En especial a Nina quien me aseguró que no podía dejarla sola en aquella embarcada y, después de mucho chantaje emocional, finalmente acabé por aceptar.

Al acabar el entrenamiento, subí a mi habitación, cogí uno de los vestidos que me había dejado Isa —horrorizada por lo que había en mi armario, decidió prestarme algunas prendas— y me fui a preparar. El vestido me quedaba ligeramente grande, sobre todo en la zona del trasero —el culo de Isa había dado de sí el vestido y no había nada que hacer—, sin embargo conseguí solucionar la delantera con un *Wonderbra* con relleno que tenía para ocasiones especiales.

Me lo coloqué lo mejor que pude y me miré en el espejo del baño. Bueno, pensé, tampoco estaba tan mal. El vestido era granate con un escote en uve y me llegaba hasta los pies. Me puse unas sandalias a juego, me maquillé con un poco de rímel y colorete y me dispuse a pegarme con mi melena. Probé varios moños distintos y, al tercer peinado, me di cuenta de que no me reconocía en el espejo con tanta floritura; así que, decidí dejarme el pelo suelto —pocas veces lo hacía— y aluciné al ver que las ondas ya me llegaban hasta los omoplatos. Sin darle más vueltas a mi aspecto, cogí el bolso y me bajé a encontrarme con el resto del equipo en la zona de recepción.

—Fiu, fiu —se oyeron silbidos de mis compañeros haciendo el tonto.

Hice una reverencia graciosa para seguir la broma y me uní al grupo sin demasiadas contemplaciones.

Estaban guapísimos vestidos de gala —la diferencia era impactante si

tenemos en cuenta que su mejor atuendo de diario era el chándal—, pero Mikel destacaba del resto un rato largo. Se había puesto un traje de verano color azul marino y llevaba una camisa medio desabrochada que dejaba ver el moreno logrado en las últimas semanas. En cuanto apareció, se puso a mi lado y me rodeó la cintura con su brazo, lo que hizo que Nina me lanzase un par de miradas asesinas.

Llevaba ya un par de semanas dándome cuenta de que mi compañera miraba con buenos ojos a Mikel; sobre todo porque hacía tiempo que ya no le oía decir ni una palabra sobre lo pesado que era el entrenador y porque, además, había notado que ya no le sentaba nada bien que este se acercase a mí más de la cuenta.

Intenté retroceder un poco para alejarme de él, pero a los dos minutos ya lo tenía otra vez pegado a mí como una lapa. ¡Joder! ¡Qué pesado!, pensé. Aquella noche tenía que intentar mantenerme alejada de aquel hombre y hacer de celestina si asomaba la oportunidad. A ver si surgía la chispa de una vez y podía escaquearme de aquel extraño triángulo amoroso. Aunque esperaba que Nina no saliese perjudicada del fogonazo.

Cuando abrieron las puertas del comedor, pasamos a la que ya era nuestra mesa oficial y nos sentamos con una falta de etiqueta asombrosa. Era evidente que los trajes de gala no habían refinado nuestros modales.

En la mesa intenté evitar que Mikel se sentase a mi lado, pero me fue imposible. Por costumbre cada uno se colocaba siempre en el mismo lugar y, por suerte o por desgracia, el sitio de Mikel estaba a la izquierda del mío. Gracias a Dios, Mikel se sumergió en una conversación sobre *canicross* con un compañero que tenía a la izquierda y pude disfrutar de una velada agradable. Fue un alivio no tener que pasarla quitándome sus manazas de encima a cada instante. Eso también permitió que a Nina se le relajase la tensión de los hombros y pudiésemos disfrutar de una cena entre amigas.

En el postre, a Mikel le surgió una duda sobre una marca de arnés del que habíamos hablado días antes.

—Caterina, ¿cuánto costaba el arnés que me comentaste el otro día? —me preguntó colocando descaradamente el brazo sobre mis hombros y atrayéndome a él como si nada.

—Treinta el arnés y veinticinco el cinturón, creo recordar.

Giré la cintura para poder quitármelo de encima y nada más hacerlo me topé con dos ojos negros clavados en mi persona a cinco centímetros; eran los ojos de Marc que me observaba mientras retiraba el pan de mi servicio.

A Marc le había tocado servir nuestra mesa y parecía que aquello no le había hecho mucha gracia. He de confesar que su actitud fría no solo la mantenía con nosotros sino con todos los clientes del hotel. Sin embargo, cuando le tocaba servir nuestra mesa siempre solía regalarme alguna sonrisa que otra; pero en ningún momento de aquella noche vi ni media sonrisa asomar por su rostro. No tenía muy claro a qué venía todo aquello, pero como no podía preguntárselo, seguí ignorándolo como de costumbre.

Me lo encontraba a diario en el restaurante y no sabía muy bien cómo comportarme, él me ignoraba a conciencia, pero sus ojos me taladraban a cada paso que daba. Me hubiese gustado preguntarle por Mariona, pero no quería volver a la puerta de servicio para que sus compañeros no pensasen nada extraño. De hecho, en toda la semana no me dirigió la palabra más que para preguntarme: «¿La señorita está servida?» y aquello me generaba una ira que me subía por la espina dorsal y me explotaba en el cerebro.

En realidad, no quería admitir que controlaba sus movimientos mucho más de lo normal; siempre sabía en qué turno trabajaba y qué sector del comedor tenía asignado. Debía reconocer además, que nuestras miradas se cruzaban cada vez en más ocasiones, hasta se podía decir que comenzaba a acostumbrarme a ser pillada como una idiota. No sé, supongo que toda aquella situación se debía al agradecimiento que sentía Marc por la noche en que Gosby salvó a su hermana. Sin embargo, mi extraña relación con aquel chico me estaba descentrando de lo que realmente me había llevado a la isla: mi capacitación en salvamento.

Lo que sí era evidente es que Gosby no pensaba igual; nos habíamos encontrado con Marc un par de veces cuando volvíamos del entrenamiento y el grandullón se le había abalanzado en ambas ocasiones. El primer percance no pasó a mayores, le quité el perro de encima con disimulo y ya. Pero en la segunda embestida, Marc llevaba una bandeja llena de bebidas para la piscina y estas no acabaron en el suelo de milagro. Después de aquello, la habilidad de Marc para mantener la bandeja a salvo quedó más que demostrada. Fuese como fuese, aquel chico me iba a llevar por la calle de la amargura. El único consuelo que me quedaba era que en un par de meses estaría fuera de la isla y allí acabaría mi mortificación.

Tras el postre, comencé a impacientarme en mi asiento. No me gustaban las veladas largas y aquella se estaba dilatando mucho más de lo debido. Y para rematar, después de dos copas, Mikel empezó a ponerme las manazas encima

descaradamente al tiempo que Nina me lanzaba puñales con los ojos y Marc revoloteaba por la mesa con cara de pocos amigos. No entendía muy bien qué diantres le pasaba a todo el mundo aquella noche y tenía ganas de que diesen por acabada la dichosa velada y que el mundo me diese un respiro. Siempre había sido una persona poco dada a trasnochar y como siguiésemos así, al día siguiente me iba a ser imposible levantarme para mis largos mañaneros.

—Cat —me reclamó Nina.

—¿Mmmm? —le contesté sin demasiada atención mientras me llevaba el vaso de *pomada* que había vuelto a aparecer como por arte de magia frente a mí.

—El camarero de manga larga no te ha quitado ojo en toda la noche —me soltó en un tono más que elevado, creo que para que le oyese Mikel.

—¿Pero qué dices, Nina? —le dije con cara de no entender.

Aquello comenzaba a ser como un *déjà vu*.

—Lo que yo te diga. Se mueve por el salón sin quitar ojo a esta mesa.

Yo pensé que mi amiga estaba centrada en Mikel, pero estaba claro que a Nina le daba para todo.

—Se te va la pinza —le contesté moviendo los hombros incómoda.

¿Tan evidente es?, pensé.

—Pues...

Cuando Nina fue a argumentar, entró el jefe de animación, dio un par de palmadas y se dirigió a nuestra mesa.

—Chicos, ¡que va a empezar la fiesta! —soltó obligándonos a salir hacia la zona de la piscina.

Aquella noche habían contratado a un DJ conocido y habían organizado una buena fiesta en la terraza. Momento idóneo para dame a la fuga, pensé.

Me quedé remoloneando en la mesa mientras el resto comenzaba a salir por la puerta y, cuando me vi a salvo, me levanté con sigilo y me dirigí hacia la recepción. Ya fue mala suerte que, nada más poner un pie en el *hall*, la mano de Nina me agarró del hombro y me sacó a la terraza casi en volandas. Me sentó a la fuerza en una mesa del jardín, me colocó otro vaso de *pomada* en la mano y se quedó bien pegadita a mí para evitar posibles fugas. No sabía muy bien si aquella estrategia era para vigilarme o para no permitirle el acceso a Mikel; pero fuese como fuese, la huida ya no era una opción.

Una hora después, allí seguía, sentada en una de las mesas de la terraza viendo cómo mis compañeros bailaban alrededor de la pista sin importarles

demasiado la falta de coordinación. Era una risa verles allí. En el entrenamiento hacían su trabajo con una gracia casi innata, pero en la pista de baile se parecían más a patos fuera del agua que a otra cosa. Intentaban seguir el ritmo de la música, pero apenas lo conseguían. Yo sufría del mismo mal, así que decidí quedarme quietecita y evitar el ridículo espantoso que estaba haciendo el resto.

Hacia la una de la madrugada, seguía sentada en la misma mesa con la mirada puesta en una pajita a la que daba vueltas dentro de mi copa. Mis compañeros de mesa estaban enzarzados en una conversación sobre adiestramiento clásico *versus* adiestramiento en positivo que no me interesaba demasiado. Y fue entonces, muerta ya del aburrimiento, cuando decidí retomar la fuga.

Levanté la cabeza para comprobar que las salidas estaban despejadas y justo cuando posé la vista en la puerta del comedor vi que Marc salía por ella. Hacía un rato que no lo veía y pensé que ya se habría ido a casa, pero no, lo pasaban al servicio de terraza para ayudar con el guateque.

Salió a la terraza y comenzó a buscar ansioso algo entre las mesas. Me quedé mirándole como embobada. Estaba sudoroso y tenía el pelo pegado a la cara; sin embargo, mantenía su típica actitud de comerse el mundo que te hacía olvidar el resto. Aquello no podía ser, ¡qué coño hacía mirándole como una idiota! Tenía que salir de allí como fuese. Dejé la copa sobre la mesa y puse una excusa para dar por terminada la velada.

—Si me disculpáis, voy un momento a la barra.

Nada más decir aquello, Marc encontró lo que estaba buscando: a mí.

Dos ojos negros se clavaron en mi cara y una mueca característica de Marc se dibujó en sus labios. Mierda, ya me había vuelto a pillar. Desvié la mirada lo más rápido que pude, pero no lo suficiente.

—Cat, te acompaño —soltó Mikel—. Necesito algo de beber, que me estoy quedando seco —añadió en tono irónico.

Mikel con todo el descaro del mundo me puso una mano en la cintura y me arrastró literalmente hasta la barra. Yo intenté quitarme aquella mano de encima sabiendo que la mirada de Marc seguía clavada en mí, pero no lo conseguí. Para mi desgracia, vi cómo Marc recogía unos vasos de las mesas de la piscina y se encaminaba directo al chiringuito al que acabábamos de llegar.

¡Mierda!

Se me tensaron todos los músculos del cuerpo, me quedé rígida como una

barra y Mikel aprovechó la coyuntura para acariciarme el brazo con el dedo meñique. Sin tan siquiera mirarnos, Marc colocó los vasos vacíos que llevaba en el fregadero y...

—¿Necesita algo la señorita? —preguntó con dureza.

Entorné los ojos y le fulminé con la mirada; odiaba que me llamase «señorita» y ya comenzaba a pensar que lo hacía solo para fastidiarme.

—Dos *gin-tonics*, por favor —le contestó Mikel sin molestarse en mirarlo.

—Oye, Cat —prosiguió Mikel como si Marc no existiese—. ¿Cómo va la noche? —Me abrazó por detrás con la mano que hacía un momento acariciaba mi brazo—. No te he hecho ni caso en toda la velada.

Joder, aquello no lo podía hacer en peor momento. Notaba por el rabillo del ojo que Marc colocaba con furia los vasos en la barra y tiraba los hielos con tanta fuerza que pensé que alguno rebotaría y me daría en un ojo.

—Mikel, todo bien. —Moví los hombros para escapar de su abrazo.

—Si quieres podemos ir luego a terminar la velada con un paseo por la playa —me insinuó pasando su dedo índice por el borde de mi escote.

Joder, no me lo podía creer. Mikel se había pasado con las copas y si sereno era un pulpo, en estado de embriaguez aquello no tenía límites.

Escuché un bufido a mi izquierda. Estaba claro que Marc no estaba muy contento con aquellas carantoñas.

—Mikel —respondí, dándole un manotazo en la mano—. Estoy algo cansada y tengo ganas de irme pronto a la cama.

Nada más decir aquello un golpe seco me sacó de la situación; Marc había dejado las bebidas frente a nosotros de forma violenta.

Le agradecí que nos hubiese preparado aquello con una sonrisa, pero solo conseguí que este se diese media vuelta y saliese de la garita como si esta estuviese ardiendo.

—Mikel —le volví a decir algo más tranquila al ver que Marc había desaparecido de la ecuación—. ¿Por qué no quedas con Nina para dar una vuelta? Antes me ha dicho que tenía ganas de pasear un rato por la orilla —mentí.

—Bueno. —Puso cara de pocos amigos buscando a Nina con la mirada. Esta estaba bailando en la pista y al verla pareció cambiar de parecer—. Si tú no quieres, ¿por qué no?

Después de aquello, y con miedo a no poder quitarme a Mikel de encima en lo que restase de noche, decidí acercarme a Nina en la pista de baile y

contarle la buena nueva. Fue entonces cuando ella me confesó que andaba un poco celosa de mi relación con Mikel. Tardé un buen rato en convencerla de que no estaba interesada en Mikel, pero deduje que lo conseguí por el abrazo que me dio y la invitación a que le siguiese en un recién inventado paso de baile. Allí estuvimos unas cuantas canciones haciendo el tonto hasta que el DJ anunció que daba paso al último tema. Di un salto involuntario de alegría pensando que iba a poder irme a la cama y me fui directa a la mesa a coger mi bolso. Para mi desgracia, el regocijo me duró solo un instante ya que justo cuando salía de la pista, el DJ siguió con su discurso.

—Para acabar, vamos a pedir que el servicio de mesa coja a las señoritas que quedan en la pista y se echen un baile con ellas. Anímense señoras, será el único momento del verano en que consigan tocar a estos chicos. El resto del verano están vetados por contrato.

Dicho lo cual, comenzó a sonar *Somewhere Only We Know* de Keane.



Marc llevaba toda la noche vigilando de cerca a Cat. Cuando se cerró el comedor, salió a la piscina para terminar el turno y el corazón casi le dio un vuelco al verla de pie en la zona de mesas con los ojos clavados en él.

Al verla allí como una diosa griega, decidió que iba a tenerla bien vigilada el resto de la noche por si acaso. Llevaba un vestido de fiesta largo con un cuello en pico que le acentuaba el tono de piel y la hacía parecer una mujer con curvas. Se había dejado el pelo suelto para variar y la melena color caramelo le caía en grandes ondas por la espalda. Era la primera vez que la veía con aquella melena suelta y se moría por acercarse y rozarle un mechón con los dedos y captar su aroma. El problema era que el tal Mikel parecía tener las mismas intenciones y, por lo que vio en la piscina, parecía que le sacaba ventaja.

En el chiringuito estuvo a punto de echarle el cubo de hielo entero en la cabeza para ver si se le enfriaban un poco las ideas al idiota ese pero, al final, consiguió contenerse; todo por evitar una bronca del jefe. El tío le estaba poniendo malo con tanto toqueteo, así que decidió alejarse de ellos el resto de la noche para no acabar arrancándole aquella mano de cuajo.

¿Estaría Cat liada con aquel tío? La verdad es que no se la veía demasiado

cómoda con él, pero siempre estaban juntos y el mierda ese tenía la mano constantemente encima de ella. Aquel pensamiento hizo que le cayese una gota fría por la frente y decidió cambiar de frecuencia por su propio bien.

El DJ anunció la última canción y Marc intentó escaquearse. Odiaba aquel momento; siempre le obligaban a escoger a una clienta para echar un baile con ella. Siempre elegía a las más viejas para dejarse de tonterías, pero aquella noche no tenía ninguna gana de realizar el jueguecito y decidió que lo mejor sería escapar por la puerta de atrás.

Fue a poner rumbo a la cocina como el que no quería la cosa cuando vio que el jefe de sala le miraba con desaprobación y le hacía una señal para que diese la vuelta y entrase en el juego. Al verse sin escapatoria, se giró con la mayor de las resignaciones y se dispuso a buscar un clienta entrada en años con la que poder bailar. Levantó la vista y cuál fue su sorpresa cuando vio a Cat dirigirse directamente hacia él sin darse ni cuenta. Estaba salvado.

Cat elevó la mirada sin percatarse de la encerrona y Marc se dio cuenta de cómo buscaba una salida con la mirada. «Ya es tarde, cariño, estás perdida», pensó para sí Marc, «de esta no te libras». Aceleró el paso y la interceptó a mitad de camino.

Sin preguntar, la agarró por la espalda, cogió su mano derecha, le clavó una mirada de «no pienso dejarte escapar» y aprovechó su estado de *shock* para comenzar a moverse con soltura por la pista de baile.

Cat no acababa de reaccionar, así que la acomodó entre sus brazos y la atrajo a él todo lo que pudo.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

No me lo podía creer. Cómo había acabado en brazos de aquel hombre era todo un misterio. Me moría de la vergüenza. Tardé un buen rato en reponerme de la impresión y cuando reuní el valor suficiente, le miré a los ojos para intentar averiguar qué significaba todo aquello. Sin embargo, cuando clavé la mirada en aquellos ojos, me topé con tanta intensidad en su rostro que no tuve más alternativa que cerrar la boca y dejarme llevar.

Eso sí, en cuanto di el siguiente paso, retiré la mirada para que no notase mi turbación. No quería que me viese roja como un tomate.

Todo aquello no pareció importarle demasiado a Marc. Él seguía bailando

como si allí no pasase nada. Incluso al darse cuenta de que no pensaba volver a mirarle, siguió a lo suyo.

Ya entre el gentío, decidí aprovechar el caos reinante para salir corriendo, pero Marc pareció leer mis intenciones y, antes de que pudiese reaccionar, dio un giro magistral y se desvió hacia la parte derecha del escenario. Aquello estaba yendo de mal en peor. Levanté la vista sin comprender adónde íbamos y vi que este seguía con los ojos clavados en mi rostro. Aquella mirada penetrante hizo que olvidase por completo mi plan de huida y para cuando quise reaccionar ya estábamos solos detrás del escenario.

Estaba tan oscuro que apenas podía verle la cara, aunque seguía notando su mirada intensa clavada en mí acompañada por las notas de *Somewhere Only We Know*.

Marc echó un vistazo a los dos lados de la zona trasera del escenario, como para comprobar si había alguien, disminuyó el ritmo y me cogió la barbilla con el dedo pulgar para elevar mi rostro. Estaba realmente guapo, aunque a decir verdad solo podía ver unos ojos brillantes y una sonrisa ladeada. Por fin, allí, bajo el cobijo de la penumbra, me relajé, cerré los ojos y comencé a moverme con la canción, sin importarme la presencia de Marc.

*Me estoy sintiendo cansado y necesito un lugar donde empezar
si tienes un momento, ¿por qué no vamos a
hablar sobre ello a algún lugar que solo nosotros conozcamos?
Ese podría ser el final de todo
Así que, ¿por qué no vamos
a algún lugar que solo nosotros conozcamos?*

Pasado el estribillo de la canción, volví a la realidad y me di cuenta de que el rostro de Marc estaba mucho más cerca que hacía unos instantes; aquello era demasiado. Miré hacia los lados para ver si algún alma caritativa pasaba por allí para salvarme, pero no encontré a nadie —había tenido a quince personas vigilándome toda la noche y ¿dónde estaban cuando se las necesitaba?—. Marc, que me leyó el pensamiento, volvió a cogerme la barbilla y elevó mi rostro hasta dejarlo a su alcance. La respiración se me cortó de cuajo al ver cómo se me acercaba peligrosamente; olía a salitre, a tabaco y a fogones, un olor al que ya comenzaba a acostumbrarme.

En el momento en que pensé que el corazón se me saldría del pecho, Marc posó una mano a mi cabello, cogió un mechón y se lo llevó al rostro para inspirar su aroma. Lo vi disfrutar de aquel acto por un instante para seguido

volver a colocar el pelo detrás de mi oreja dejándome más descolocada si cabía. Dios mío, no sabía cómo frenar aquello —o acaso no quería—. A continuación, agarró mi cara con sus manos y, sin pedir permiso, se acercó hasta rozar sus labios con los míos. Yo seguía petrificada, y Marc, al no percibir resistencia, me pegó a él y me robó un tierno beso. Me costó reaccionar, pero mis brazos acabaron enlazándose en su cuello y mi cuerpo se amoldó al suyo como animándolo a seguir.

Marc cogió confianza y me aprisionó contra la zona trasera del escenario. Sus besos enseguida dejaron de ser delicados, y pasaron a ser intensos, básicos, como de una necesidad primaria. Yo empecé a devolvérselos con la misma intensidad y el beso se convirtió en algo casi doloroso; sentía sus labios apremiantes sobre los míos moviéndose con furia mientras sus caderas me aprisionaban con rabia contra el escenario.

Antes de que la última nota de la canción sonase, su boca mordió mi labio inferior para liberarlo un segundo después.

Me sentí tan sola y abandonada al perder el contacto que abrí los ojos para averiguar por qué se había alejado. Sin embargo, lo único que vi fue su labio superior elevarse en una mueca muy suya y a Marc dando media vuelta para dejarme allí sola.

Desapareció tras la esquina y me quedé allí plantada con las rodillas sosteniendo a duras penas el peso de mi cuerpo, mucho más sola de lo que me había sentido jamás.

Marc se había ido y ya lo estaba echando de menos.

Mariona salió de su cuarto con un temblor de manos más que apreciable, buscó con ansia el teléfono que había en el salón, lo agarró con fuerza e hizo tres respiraciones profundas. Descolgó con falsa calma y marcó el número de Richard; hacía días que no sabía nada de él y aquello le preocupaba.

Desde el accidente apenas le había visto. Para ser franca, tenía que confesar que tampoco había sentido la necesidad de llamarlo; con los ciento cincuenta euros que había conseguido y algo de dinero que le había quitado a Marc de la cartera había estado servida durante casi una semana. El problema era que ya se lo había fundido todo y llevaba desde el viernes sin meterse nada.

Sonó el segundo tono y alguien descolgó el teléfono al otro lado. Un suspiro de alivio más que audible brotó de la boca de Mariona.

—¡Richard! Qué alegría oírte.

—¿Qué pasa, nena? —respondió con tono frío.

Mariona estaba cabreada por la actitud de su novio, pero no podía echárselo en cara. Si hacía algún movimiento equivocado, se arriesgaba a perderlo. No era solo su novio, sino su principal distribuidor y lo necesitaba como el agua de la fuente. Así que dejó pasar el tono frío de Richard y se centró en sonar complacida.

Tocó las teclas que sabía debía presionar si quería conseguir algo de él, antes de colgar, ya había conseguido quedar con él una hora más tarde en casa de este.

Estaba salvada.

—Hola, nena —saludó Richard nada más abrir la puerta del apartamento—. ¿Cómo estás?

Aquello ofendió a Mariona en lo más profundo de su ser. La noche de autos, Richard había salido corriendo del agua como el resto de sus amigos sin importarle que pudiese morir ahogada en el mar y ¿solo la saludaba con un

«Hola, nena»?

—Bien, mucho mejor —respondió regalándole una sonrisa falsa y dando un paso adelante para entrar en la vivienda sin besarlo.

En realidad estaba atada de pies y manos. Sabía que si le reprochaba algo podría quedarse sin caballo y a esas alturas de la semana no podía permitirse nada similar.

—¿Quieres algo de beber? —Richard se dirigió a la cocina.

—Sí, claro, si me traes una cervecita estaría genial.

Mientras este cogía las bebidas en la cocina, Mariona hizo dos inspiraciones profundas para intentar calmarse.

—¿Cómo estás? —volvió a preguntar este entregándole el botellín y dándole una palmadita en el hombro.

—Pues he estado muy jodida —soltó Mariona desviando la mirada—. Tuve suerte. Estaba paseando por la playa un perro de la escuela de salvamento acuático y me rescató —explicó en el tono más neutral que pudo encontrar.

—No jodas, nena —exclamó Richard con los ojos como platos pensando que Mariona estaba loca.

—Me sacó del agua y acabé en el hospital inconsciente. —Hizo una pausa para dar un buen trago a su birra—. Casi no lo cuento, Richard. —Una cortina de agua inundó sus ojos todavía clavados en la cara de su novio.

—No fastidies —dijo este acercándose a ella y abrazándola con fuerza mientras le daba un beso en la sien—. No pensé que la cosa hubiese acabado tan mal.

—Pues ya ves —respondió Mariona. La estrategia no le estaba saliendo nada mal, había tocado el corazón de Richard—. Creo que necesito algo para poder superar el trauma —se limitó a decir sin demasiada confianza al tiempo que dejaba correr una lágrima por su mejilla.

No notó reacción alguna por parte de Richard, así que alargó el dedo índice, cogió la cadena tenía en el cuello y jugueteó unos instantes mientras le prometía con la mirada una noche de pasión.

—Claro, nena, no te preocupes que después de una cosa así necesitarás relajarte. —Se levantó y salió del salón hacia su dormitorio.

Mariona se frotó las manos rezando para que Richard volviese con algo de *jaco* al salón.

—Me acaban de pasar una mierda de primera. —Volvió con una papelina entre los dedos—. No te preocupes que esto, cariño, va a hacerte olvidar todas tus penas.

A Mariona se le aflojaron las rodillas solo de ver la papelina entre los dedos de Richard. Soltó el aire lentamente de los pulmones y se quedó muy quieta para no hacer nada inadecuado. Saber que en unos minutos tocaría el cielo con la punta de los dedos hizo que se le relajasen todos los músculos. Era como si su cuerpo notase la presencia de la droga incluso antes de habérsela metido.

Richard se acercó a ella, sacó una cucharita del cajón que tenía en la mesita auxiliar del salón y comenzó con el ritual. Mariona nada más ver que Richard cogía el mechero para calentar la mezcla, se fue a la cocina a por un trozo de limón y las jeringuillas que estaban en un bol sobre la nevera.

Richard colocó el polvo en la cuchara y la calentó con la llama del mechero. Mariona se acercó con las manos temblorosas, echó un poco de agua y unas gotas de limón y se acercó a ver cómo se calentaba la mezcla. Cuando estuvo a punto, Mariona sacó las jeringuillas de su envoltorio y acercó una a Richard. Este la llenó con la mezcla que tenía en la cucharilla, apretó el émbolo para dejar salir una gota por el orificio de la aguja y nada más asomar la primera gota, cogió el brazo de Mariona y se dispuso a buscarle una vena.

—Nena, cada vez es más difícil encontrarte una puta vena decente en el brazo —dijo pinchando casi a ciegas—. Dentro de nada voy a tener que empezar a pincharte en la ingle.

Para cuando acabó la frase, Mariona ya estaba en otro mundo; un mundo sin preocupaciones en el que la sensación de felicidad era total y absoluta.

16

El lunes me desperté con una energía inconmensurable. No hacía tanto calor como de costumbre —o quizás ya comenzaba a aclimatarme a la isla— y me levanté temprano para que me diese tiempo a hacer unos buenos largos antes de ir a desayunar.

El agua del mar estaba perfecta; refrescaba del calor de la mañana, pero no estaba tan fría como para que costase entrar. Aquél sí que iba a ser un gran día.

Para cuando comenzamos la sesión de trabajo, Gosby y yo ya estábamos totalmente despejados; lo que nos dio una ventaja añadida frente al resto de mis compañeros que tardaron una hora por lo menos en alcanzar su nivel óptimo. Parecía que éramos los únicos a los que no nos afectaba que fuese lunes.

Los entrenamientos cada vez iban mejor, incluso podíamos decir que éramos los primeros de la clase. El rescate desde la playa a Gosby se le daba genial; había traído al figurante en perfectas condiciones todas las veces; de hecho éramos los únicos que habíamos conseguido realizar con éxito la totalidad de los simulacros. La práctica desde *zodiac* también nos salía clavada, aunque esto nos había costado algo más. En realidad, el trabajo en *zodiac* era el que más le gustaba a Gosby, se le veía encantado en la proa con el hocico elevado buscando la brisa de la mañana, aunque eso mismo era lo distraía del trabajo. Era muy divertido verle sacar la cabeza por la parte delantera de la *zodiac* y dejar que la lengua quedase colgando a un lado de su boca para que la moviese el viento a su antojo, parecíamos un barco vikingo con la cabezota de Gosby haciendo de dragón —o de payaso, según se mirase—. Me sentía muy orgullosa de mi grandullón, pero sabía que aquello se debía al duro trabajo que llevábamos realizado desde casa y a que nos cuidábamos muy mucho de poner el cien por cien de nosotros en cada entrenamiento. Si seguíamos así, conseguiríamos plaza en Santander seguro.

A pesar de todo, a media mañana comencé a notar fallos tontos; me estaba poniendo nerviosa. Mikel nos acababa de avisar de que aquella mañana haríamos la primera prueba de aire del verano. Debíamos conseguir montar a los perros en un helicóptero y lanzarlos al agua desde una altura nada desdeñable. Gosby tenía miedo a los ruidos intensos, así que no estaba muy segura de cómo iba a acabar el día.

—Bueno chicos —Mikel se colocó en su puesto a las once en punto—, hoy tenemos la prueba de fuego. Vamos a realizar los ejercicios desde el aire. Como sé que ninguno está acostumbrado a ir en helicóptero vamos a ir poco a poco. Hoy con que consigamos meterlos en el pájaro y que este se eleve unos metros sin que los perros se pongan nerviosos me doy por satisfecho. El helicóptero ya está en camino, haremos unos ejercicios de obediencia para ir entrando en materia y estar listos para cuando llegue.

Sonó el primer pitido y todos nos cuádramos como de costumbre para seguido dirigimos a una explanada que había cerca de la playa. Nos colocamos en la linde dejando sitio para que el helicóptero se posase sin problemas y nada más comenzar con los ejercicios de calentamiento, el aparato de metal surgió por el horizonte.

Llevábamos mes y medio de entrenamiento y aquella prueba significaba poner el gran broche de oro a la formación. Nada más verlo, mis compañeros comenzaron a murmurar entre ellos perdiendo totalmente la concentración. Aquello era lo peor para mantener a los perros tranquilos y enseguida se notó; nuestros colegas comenzaron a ladrar contagiados por la inquietud.

—Por favor, en posición y controlando a los perros. Quiero a todo el mundo concentrado y en actitud para la prueba —ordenó Mikel en un par de ocasiones.

A la orden de Mikel, nos callamos de inmediato, pero estaba claro que a pesar de permanecer en silencio no manteníamos la calma de ninguna manera. A Gosby se le notaba especialmente raro. Nunca se inmutaba por nada y en aquel descampado no dejaba de moverse. Le ordené que se sentase, pero ni siquiera conseguí que obedeciese aquella simple orden. Después de tres intentos, logré que posase el trasero en la hierba, pero seguía sin parar quieto; tenía los cuartos traseros pegados al suelo, pero andaba moviendo las patas delanteras como si de un bailar de flamenco se tratase mirando a su alrededor con los ojos desorbitados.

Antes de lo que esperábamos el aire comenzó a agitarse. El helicóptero estaba ya muy cerca y levantó una nube de polvo a nuestro alrededor. Lo

teníamos casi encima. Gosby estaba muy inquieto y lo ató con la correa en corto por lo que pudiese pasar. El pájaro comenzó a bajar sobre nuestras cabezas y el vendaval se convirtió en algo casi insoportable. Me vi obligada a girar la cabeza para evitar que se me metiesen los pelos en los ojos y Gosby interpretó aquello como una señal de peligro y me dio un gran tirón para salir corriendo.

—¡No, no! —comencé a gritar para poder calmarlo al tiempo que sujetaba fuertemente la correa para que no escapase.

Escuchaba a Mikel que decía algo de fondo, pero no conseguía comprender qué era. El ruido inundaba el ambiente. Gosby comenzó a forcejear y posó sus patas delanteras en mi pecho y me dio un gran tirón que hizo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo. Al verse liberado, aprovechó para deshacerse de mí y salir corriendo como un loco.

Habían acabado las prácticas de aire para nosotros.

Estaba aterrada, nunca había ocurrido nada similar. Lo había perdido. Salí disparada tras él, pero me fue imposible alcanzarlo; se metió entre las callejuelas del pueblo y lo perdí sin remedio. Estaba muerta de miedo. Gosby estaba en *shock* y corría sin percatarse de nada de lo que pasaba a su alrededor. De hecho, antes de perderle de vista, le vi cruzar dos carreteras sin mirar y casi me dio un infarto al ver un coche frenar en seco para no llevárselo por delante.

En pleno paseo marítimo me quedé parada sin saber a dónde ir.

—Cat —escuché una voz a mi espalda.

Me di la vuelta y vi a Nina acompañada de Kira.

—Nina, lo he perdido —dije con dos lagrimones corriendo por mi mejilla.

—No te preocupes que no habrá ido muy lejos. —Posó una de sus manos en mi hombro mientras Kira me daba cabezazos de aliento en la pierna—. Hemos salido corriendo detrás de ti, pero no te has enterado. Nosotras tampoco hemos visto por dónde ha ido. Si quieres nos dividimos en dos y así abarcamos más terreno.

Asentí con la mirada desesperada sin saber qué más aportar.

—Vale, tú ve por la derecha que nosotras cogeremos el camino de la izquierda. En una hora nos vemos aquí mismo. ¿Te parece bien?

—Muchas gracias, Nina. —Fue entonces cuando me di cuenta—. Oye, ¿y tus prácticas de aire?

—Bah. —Hizo un gesto con la mano—. Kira estaba demasiado nerviosa, no

creo que hubiese conseguido meter ni media pata en el helicóptero. Venga, vete, nos vemos aquí en una hora. La primera que lo encuentre llama a la otra, ¿vale?

Asentí aliviada. La verdad es que no era capaz de mucho más en la situación de nervios en la que me encontraba y salí disparada en busca de Gosby.

Comencé a callejear sin parar de llamarlo. Vagué como una demente por el centro de Farrel más de una hora sin ningún resultado y, cuando ya pensaba que estaba todo perdido, recibí una llamada de teléfono. Abrí la tapa del móvil pensando que sería Nina, pero al mirar el número vi que era desconocido.

—¿Sí? —respondí extrañada.

—¿Caterina? —preguntó una voz femenina que no acababa de identificar.

—Sí, soy yo.

—Soy Vanesa Rodríguez, la jefa de recepción del Saint Esteve. —Guardó silencio para darme tiempo de asociarla—. Tenemos a Gosby en la puerta de la habitación. Está solo. Le hemos intentado mover, pero no lo hemos conseguido.

Gracias a Dios, pensé, había vuelto a casa.

—Vanesa, muchísimas gracias, se ha escapado y llevo más de una hora buscándolo. Estaba desesperada. Voy para allá de inmediato. —Di un salto involuntario de alegría.

El hotel estaba cerca y no entendía cómo no se me había ocurrido dirigirme allí directamente. Nada más colgar el teléfono, mandé un mensaje a Nina con la buena nueva y salí corriendo en aquella dirección con las lágrimas cayendo por mis mejillas; la tensión acumulada acababa de explotarme en la cara.

Entré por la puerta principal y nada más verme, Vanesa me saludó.

—Caterina, hemos conseguido que se separe de la puerta y lo tenemos debajo de un árbol en la piscina. Menos mal que Marc estaba de servicio porque el perro no quería moverse por nada del mundo, solo cuando lo vio comenzó a mover el rabo y a reaccionar.

—Muchas gracias, Vanesa —dije con sinceridad.

Sin más, me dirigí directamente a la piscina, miré a los dos lados y los encontré cerca de un árbol sentados uno junto al otro. Creo que fue la mejor estampa que había visto en toda mi vida; Marc estaba a la derecha de Gosby y lo acariciaba para tranquilizarlo. Mi pobre compañero daba la impresión de necesitar aquellas palabras de aliento tanto como respirar. Estaba muy cerca

de Marc buscando el máximo contacto corporal y todavía tenía la cara desencajada.

Me acerqué sin mediar palabra y me tiré encima de Gosby llorando como una idiota. Me abracé a su cuello con fuerza y terribles sollozos comenzaron a salir de mi garganta. Me sentí un poco boba dando aquel espectáculo delante de toda la piscina, pero no me podía contener. Unos minutos después, Marc pareció reaccionar y acercó una de sus manos a la mía camuflada entre el manto de Gosby. Lo gracioso fue que comenzó a utilizar la misma táctica que estaba utilizando con el perro para tranquilizarme a mí.

—No llores —me susurró a una distancia prudencial haciendo como que hablaba con el perro—. Ya ha pasado todo. Está bien —me decía acariciándome la mano que tenía sobre la cruz de Gosby.

—Casi lo pierdo —dije entre sollozos y mocos.

—Ya está, no hay nada de qué preocuparse. —Me regaló una gran sonrisa y una mirada de apoyo.

—Hoy hemos empezado las prácticas de helicóptero y Gosby se ha asustado y ha salido corriendo, casi le pilla un coche y no conseguía encontrarlo por ningún sitio —acabé la frase llorando a mares y provocando un gimoteo lastimero en el perro. Mi histeria lo estaba contagiando.

—Bueno, ya está —repitió Marc agarrando mi mano con más fuerza si cabía.

Estaba claro que el pobre hombre hubiese querido consolarme con algo más de brío, pero estábamos en medio de la piscina con cien personas con los ojos puestos en nosotros; Marc no iba a mover ni un pelo más del necesario.

—Ahora lo que tenemos que hacer es celebrar que hay un final feliz —me susurró, alejándose ligeramente de nosotros para coger una servilleta del hotel y ofrecérmela para que me sonase la nariz.

Levanté la vista con cara de extrañeza; ahí no había nada que celebrar. ¿A qué venía todo aquello?, pensé cogiendo agradecida la servilleta.

—De hecho, Mariona tiene muchas ganas de que volvamos a repetir la cena en casa —soltó retirando por un momento la mirada de nosotros. Aquella petición le había costado soltarla—. ¿Os apetecería venir el domingo por la noche a cenar *pizza*?

Le miré sin comprender y, sin saber muy bien por qué, asentí como una autómatas a la vez que me limpiaba las últimas lágrimas de las mejillas.

—Perfecto, en mi casa el domingo.

Y, sin más, se levantó del suelo y nos dejó con nuestro pequeño drama

familiar.

El resto de la semana, entre recuperarme del susto y centrarme en cómo solucionar el problema de Gosby no pensé demasiado en mi cita del domingo —quizás hasta llené mi agenda más de lo habitual a propósito pero, fuese como fuese, surtió efecto—. Sin embargo, la terrible noche de domingo llegó sin remedio.

Desde el día de la fuga de Gosby, no había vuelto a hablar con Marc; de hecho, tenía mis sospechas infundadas de que me estuvo esquivando de forma premeditada durante toda la semana —suponía que para no darme la oportunidad de echarme atrás con la cita—. Nos veíamos casi a diario en el comedor, pero aquella semana el único acercamiento que tuve con él fue aquel mismo domingo a la hora de comer.

Estaba en mi sitio habitual hablando con Nina sobre la cría del terranova cuando Marc se acercó a mi mesa con la jarra de agua y me rellenó el vaso dejando la mirada clavada en mí. Nina se calló por la interrupción y nos miró a los dos sin comprender. Yo, que ya comenzaba a conocerlo, di por hecho que me estaba preguntando por la cita de la noche y con un leve movimiento de cabeza le confirmé que estaría allí a la misma hora que la vez anterior. Nada más notar mi leve movimiento de cabeza, Marc se dio media vuelta y siguió con sus quehaceres.

—¿Se puede saber qué os traéis vosotros dos? —preguntó Nina sin comprender.

—Nada —dije agachando la cabeza, centrándome en mis guisantes.

—¿Nada? —repitió en tono burlón—. No es la primera vez que os veo hacer cosas raras.

—Nina, no sé de qué me hablas —volví a insistir sin apartar la vista de mi plato.

—Tía, o me lo cuentas o armo un escándalo tal que se entera todo el mundo que el camarero de la manga larga anda echándote miraditas.

—Vaaaale —le respondí alargando la exclamación más de la cuenta—. Su

hermana es la chica a la que salvé de morir ahogada —acabé la frase mirando a todas partes cerciorándome de que nadie me había escuchado.

Nina que era bastante exagerada, abrió los ojos como platos e hizo el gesto de arañar la mesa con las uñas como un tigre marcando un gran tronco.

—¿Pero qué me cuentas? —volvió a preguntar sin haber ni siquiera despegado sus uñas de la mesa.

—Sí, le acompañé al hospital y él me invitó un día a su casa para conocerla —añadí sin querer dar ni un detalle más del necesario.

—¿Y?

—No entiendo la pregunta —le confesé, al tiempo que apartaba el tenedor hastiada por el interrogatorio de mi compañera.

—Que por qué se te ha quedado mirando como si no hubiese un mañana.

—Nina, mira que eres exagerada —le respondí—. Su hermana está loca por Gosby y nos han vuelto a invitar esta noche a cenar para poder estar un rato con el perro —acabé la frase en un tono que no albergaba lugar a dudas de que el tema estaba finiquitado.

—¿Y estás segura que es la hermana la que quiere estar un rato con el perro? —Me regaló una sonrisa de medio lado y levantó una ceja irónica.

Le lancé una mirada asesina y volví a hablar de la cría del terranova sin darle ni media oportunidad de retomar el asunto.

Una hora antes de la cita y viendo el estrepitoso ridículo que había hecho con el vestido elegido en la primera cena, decidí ponerme algo que simplemente no fuese deportivo. No pensaba arreglarme sabiendo de antemano que me recibirían en camiseta y chanclas.

Metí la cabeza en el armario y elegí unos pantalones cortos color caqui y una blusa rosa sin mangas de *Tommy* que solía llevar a la hípica los domingos por la mañana. Me lo puse sin muchas ganas y me miré en el espejo para ver qué tal me quedaba; el conjunto no me sentaba nada mal, el problema era el de siempre, mis tetas estaban desaparecidas en combate, pero ¿qué le iba a hacer? Aquello no tenía remedio.

Me fui al cuarto de baño, me cepillé el pelo de dos pasadas y comencé a hacerme peinados varios que había visto hacerse a Isa en nuestras noches de juerga. Puff, pensé, aquello no me pegaba nada. Al final, volví a cepillármelo sin mucho esmero y decidí hacerme la coleta de siempre. Me puse un par de pendientes de perlas, un collar de conchas que me había comprado en la isla y mirándome al espejo del baño di mi aprobación.

Ya en el portal de Marc, comencé a subir las escaleras lentamente; a cada paso que daba me arrepentía más y más por haber aceptado aquella invitación. ¡Quién me mandaría a mí! Llegué al rellano del segundo piso con los nervios a flor de piel y nada más levantar la cabeza para coger aire, me topé con la cara de Marc. Este, al verme, me echó una mirada de arriba abajo para seguido lanzarme una mueca graciosa que no supe interpretar. ¿Es que nunca me iba a poner las cosas fáciles? Tuve el impulso de dar media vuelta y salir corriendo, pero justo en ese momento Mariona salió de la cocina con un trapo entre las manos y Gosby, al verla, se escapó de mi lado para abalanzarse sobre ella como una bala. Aquello me dejó sin escapatoria.

—¡Qué alegría que hayáis venido! —exclamó Mariona la mar de sincera.

—Le prometí a tu hermano que volveríamos —respondí echando una mirada de reojo a Marc y viendo cómo este elevaba el labio superior con su típica mueca.

Seguía sin entender muy bien el significado de aquel gesto.

—Esta noche he cocinado —confesó Mariona toda orgullosa de sí misma.

—Sí —respondió Marc antes de que pudiera abrir la boca—, me veo pidiendo otro par de *pizzas* por riesgo de envenenamiento.

Sin poder evitarlo le di un codazo en las costillas y este me miró sorprendido por la confianza y se llevó la mano al costado con teatralidad. Yo me puse roja de vergüenza por las confianzas, pero no pude reprimir una sonrisa por su reacción.

—Seguro que está exquisito —le dije lanzando una mueca de reproche a Marc.

—¡Bah! No te preocupes —me aseguró Mariona—, hace tiempo que ya no le hago ni caso.

Me agarró del brazo y sin soltarse del manto de Gosby ni por un instante, me llevó hasta la cocina para enseñarme lo que había preparado.

—De primero he hecho unos rollitos de jamón de York rellenos de queso de untar y nueces y unas tartaletas rellenas de champiñones.

Gosby asomó la cabeza por encima de la mesa para ver a qué nos referíamos con tanto entusiasmo, pero al ver que no había carnaza de por medio enseguida perdió el interés.

—¡Qué buena pinta! —le aseguré agarrando a Gosby y retirándolo a un lado, sabiendo que corríamos el riesgo de no llegar a probar ninguno de los manjares si nos despistábamos un poco.

—De segundo, he preparado unas berenjenas napolitanas —dijo abriendo la puerta del horno y encendiendo la luz para mirar si el queso ya estaba gratinado.

Nada más alejarse Mariona de la mesa, Gosby la siguió como un perrito faldero, aquello sí que era curioso. Jamás había visto a Gosby comportarse de esa manera con alguien que no fuese de la familia y menos si había comida de por medio. El asunto me tenía desconcertada; era como si estuviese en su propia casa.

Nos dirigimos al salón y vi que estaban poniendo la mesa. Me ofrecí de forma enérgica a ayudarles, pero ellos se negaron en rotundo y me obligaron a sentarme en el sofá; estaban intentando remediar el estropicio de la última invitación.

Un buen rato después, Marc apareció en el salón con una cerveza en la mano para mí. Extendió el brazo con la bebida y tuve un *déjà vu* que me teletransportó al primer día que le conocí en la piscina. Marc pareció leer mis pensamientos y, al igual que aquella vez, se quedó con la cerveza en el aire esperando a que yo reaccionase. Alargué la mano para coger el botellín, y en esta ocasión Marc tampoco soltó la bebida, se quedó parado con su dedo meñique rozando mi mano y una mirada desafiante. Unos interminables instantes después solté incómoda la bebida con la excusa de que Mariona llegaba ya con los entrantes. Me levanté con la cerveza en la mano y me fui a sentar a la mesa como si no hubiese pasado nada.

Gosby se sentó a los pies de Mariona, en vez de a mi lado; lo que me dejó ya totalmente fuera de juego.

—Mariona —dijo Marc nada más dar el primer bocado de su canapé—. Si hubiese sabido que cocinabas así, te hubiese encadenado a la cocina hacía tiempo. ¿Se puede saber por qué lo has ocultado?

Mariona me guiñó un ojo y siguió con la broma.

—Hermanito, solo cocino así para la gente que se lo merece. Cuando te lo ganes, empezaré a cocinar manjares en esta cocina, pero ni un minuto antes.

Marc resopló dando a entender que no tenía nada que hacer con aquella chica y siguió comiendo como si nada. Para variar, no se dignó a cruzar muchas más palabras con nosotras durante la cena.

A pesar de todo, fue una velada muy diferente a la que habíamos compartido unas semanas antes. Mariona estaba ya recuperada y aunque tenía mejor aspecto, tengo que reconocer que no tenía pinta de ser una chica demasiado sana. Era una chica preciosa: tenía un cabello rubio, y muy fino, que le llegaba

hasta los hombros y enmarcaba a la perfección su cara ovalada. Sus ojos de color miel y su boca carnosa hubiesen deleitado a más de uno de no ser por el halo de decadencia que la rodeaba. Detrás de toda esa belleza había una delgadez llevada hasta el extremo, un color de piel ceniciento —cosa muy curiosa en contraste con el resto de habitantes de la isla— y unas ojeras que casi le llegaban hasta la boca. La pobre parecía estar marchitándose lentamente y aquello me dio mucha pena, porque la chica —contra todo pronóstico después de conocer a su hermano— tenía un don de gentes natural. Era una muchacha encantadora que sabía entretener a la gente sin agobiarla, ni meterse en temas escabrosos; sabía escuchar y daba la impresión de que aquello le salía de una forma natural. Era una anfitriona nata. De su hermano no se podía decir lo mismo pero, a pesar de no soltar palabra, estuvo totalmente atento a nuestras necesidades toda la cena. Si nos quedábamos sin agua, allí estaba él para servirla; si Mariona quería ir a coger algo a la cocina, allí estaba Marc para hacerle un gesto con la mano y que permaneciese en la mesa. Este chico siempre estaba con un ojo encima de su hermana para ayudarla. Y aquello seguía asombrándome.

Acabamos el postre —una tarta de queso que Mariona confesó haber comprado en el supermercado— y Marc se levantó como un rayo y nos indicó que nos fuésemos a sentar en el sofá mientras él se quedaba a recogerlo todo.

Nos levantamos de la mesa, nos repanchingamos en el sofá sin perder el hilo de nuestra conversación y Marc comenzó a hacer viajes del comedor a la cocina con los platos sucios. Desapareció durante un buen rato —supongo que para lavar los platos— y cuando volvió al salón, se acercó a nosotras y se hizo un hueco en el sofá con todo el descaro del mundo. Acababa de empezar una película en la tele y Marc no desvió la mirada del televisor en ningún momento; era como si no estuviésemos allí. Igual que la vez anterior, Mariona se colocó en el extremo izquierdo del sofá e hizo subir a Gosby para que se tumbase a su lado; dejándome, otra vez, aprisionada entre el perrazo y Marc. Este, para no variar, no hizo el menor intento de dejarme espacio y tuve que volver a vivir el mismo calvario que la vez anterior.

No llevábamos ni un cuarto de hora de película cuando miré a la izquierda para comprobar que Mariona había caído rendida. Le hice una mueca a Marc para que hiciese algo y este me hizo un gesto con la cabeza indicándome que no me preocupase.

—Hace calor —me susurró en la oreja más cerca de lo que hubiese deseado

—. Mejor la dejamos sin tapar.

Sin decir más, volví a centrarme en la película, intentando que ningún centímetro de mi piel se pusiese en contacto con la de aquel hombre. ¡Qué situación! Hacía una semana me tenía aprisionada detrás de un escenario y aquella noche estábamos allí sentados, intentando no rozarnos —por lo menos por mi parte— haciendo como que no había pasado nada.

Minutos después noté que la respiración de Marc se acompañaba y reuní el coraje suficiente para echarle un vistazo; había caído rendido como un corderito. No había tenido muchas ocasiones de mirar a Marc sin que este se diese cuenta, así que aproveché la oportunidad que se me brindaba.

Al conocerlo, no me pareció un chico especialmente guapo, y en realidad no lo era, pero tenía algo que no podía dejar de mirar. Tenía, como de costumbre, el pelo alborotado y varios mechones le caían por la frente. Incluso dormido, el labio superior se elevaba involuntariamente ofreciendo una estampa de chico malo que le sentaba que ni pintado.

Lo malo era que mi amiga Isa tenía razón, el pobre estaba casi en los huesos. Daba la impresión de que le faltaban los desayunos de toda una vida; aunque claro, quién era yo para decir nada si yo misma no conseguía pasar de los cincuenta kilos. Bajé la mirada hasta sus brazos y me centré en sus tatuajes. Hasta entonces no había podido observarlos con detenimiento. Me centré en el brazo derecho e intenté descifrar los dibujos. Me costaba centrarme en una imagen en concreto, había cientos de tatuajes que recorrían su brazo del hombro hasta la muñeca; en general eran en blanco y negro, pero también veía tonos verdes, rojos y azules. Vi flores, vi el mar y olas que saltaban en acantilados, fondos marinos, el cielo y el infierno, y me perdí en aquel mundo de fantasía.

Sacudí la cabeza y decidí detener aquel escrutinio descarado para volver a centrarme en la película e intentar superar aquella extraña velada como pudiese. Una hora más tarde, comenzaron a salir los títulos de créditos. Miré a ambos lados para comprobar si Marc o Mariona se habían espabilado, pero seguían profundamente dormidos.

¿Les despertaba o me iba sigilosamente sin decir nada? Estuve dudando unos instantes, pero al verlos tan a gusto me decanté por la segunda opción. Se veía que estaban cansados y me daba pena despertarlos. Me levanté lo más despacio que pude e hice una seña silenciosa a Gosby para que se alejase de Mariona con sigilo.

Gosby se bajó del sofá despacito y se colocó a mi lado mirando a Mariona

de reojo como para comprobar que seguía dormida. Le ofrecí una caricia detrás de la oreja en recompensa por lo bien que lo había hecho y me dispuse a coger el bolso. Di un paso adelante y antes de poder proseguir, noté una mano que atrapaba la mía. Me giré desconcertada; Marc se había despertado, tenía mi mano cogida y sus ojos me lanzaban una mirada suplicante.

—No te vayas —me pidió todavía medio dormido, frotándose un ojo con la palma que tenía libre.

Me quedé petrificada. Era la primera vez que me tocaba así; bueno, me la había tocado la mano el día de susto de Gosby, pero aquel día había una buena razón para ello.

—No te vayas —repetió al verme desorientada y sin saber qué decir.

Sin poder evitarlo, le acaricié la palma con el dedo pulgar para calmarlo.

—Es tarde y mañana tenemos sesión de entrenamiento a primera hora —me excusé para poder salir airosa de la situación.

Marc, sin mediar palabra, se levantó del sofá y sin soltarme se puso frente a mí. No solía tenerlo tan cerca y me sorprendió lo alto que era. Me sacaba prácticamente media cabeza.

—No te vayas —volvió a repetir, con el mismo tono.

No sabía qué responder a eso, jamás se había dirigido a mí de forma tan rotunda. Mi cabeza comenzó a ir a mil por hora y mis ojos escanearon toda la habitación buscando una salida. Marc aprovechó mi turbación, me cogió la cara con las dos manos y se acercó a mí lentamente. Yo a esas alturas ya no sabía dónde meterme. Lo único que se me ocurrió fue buscar a Gosby. Normalmente mi compañero siempre me salvaba en situaciones incómodas pero, para mi desgracia, aprovechando la coyuntura, este había vuelto al sofá y estaba repanchingado con la cabeza sobre el muslo de Mariona y con el cuerpo ocupando el espacio libre que habíamos dejado Marc y yo al levantarnos.

Volví a enfocar mis ojos en Marc buscando alguna excusa y, al ver su mirada, supe que estaba perdida. Marc había clavado sus ojos oscuros en mis labios y se acercaba sin titubeos. Lo vi acercarse con decisión hasta que su boca se frenó en seco a un milímetro de la mía. A esa distancia, levantó el labio superior en una sonrisa lasciva y mi boca se vio atraída hacia él de forma irremediable. No entendía cómo, pero al final fui yo la que lo besó primero. Al darme cuenta de lo que acababa de suceder, intenté alejarme, pero Marc me lo impidió. Agarró mi nuca con sus manos y me devolvió un beso mucho más intenso, un beso que rozaba casi la desesperación. No podía

moverme: su cuerpo me sostenía con firmeza mientras sus labios bailaban ansiosos contra los míos.

Nunca me habían besado de aquella forma. Era como si aquel acto fuese una necesidad imperiosa y no estaba pidiendo precisamente permiso para ello. Sin dejar de besarme, me agarró de la cintura y pegó mi cuerpo al suyo dejándome a su merced.

Se me escapó un suspiro de sorpresa por tanta intensidad y Marc aprovechó la ocasión para introducir su lengua en mi boca. Lo noté desesperado dentro de mí y aquello me hizo sentir muy poderosa. No quería que aquella sensación acabase y alcé mis brazos para agarrarme a su cuello y dejarle hacer a su antojo. Me temblaba todo el cuerpo; por un lado quería salir corriendo pero, por otro, no podía mover ni un músculo.

Como si leyese mis pensamientos, se retiró un instante para comprobar si me encontraba bien y mi mente aprovechó aquel momento para encontrar un ápice de coherencia y recobrar la cordura.

—Marc, tengo que irme. —Lo empujé del pecho intentando recuperar algo de voluntad propia.

—No te vayas.

¿No sabe decir nada más?, pensé.

Marc cogió mis dos manos y comenzó a acariciarlas con la yema de sus dedos.

Joder, estaba perdida.

—Marc...

Se acercó otra vez y volvió a besarme con la misma intensidad que antes, metiendo las manos por debajo de mi camiseta y recorriéndome la espalda de arriba abajo con todo el descaro del mundo. Me apretó sobre su cuerpo y sus caderas se clavaron en mi cintura.

Quería irme, pero me sentía tan bien allí. Me sentía necesitada, útil, como si aquello fuese más allá de un simple contacto físico. Y mi cuerpo se dejó llevar. Mis manos, que no sabían dónde posarse, comenzaron a recorrer los dibujos de sus brazos. Era curioso cómo su piel tenía otra textura diferente, algo más áspera debido a los tatuajes que la decoraban. Aquello pareció animarlo y de un rápido movimiento se sacó la camiseta que llevaba.

Joder, tenía que salir pitando de allí como fuese.

Antes de que pudiese dar un solo paso, Marc se abalanzó sobre mí y me dejó sin escapatoria. Su boca volvió a atrapar la mía y su lengua se introdujo dentro de mí para saborearme a su antojo. Muy a mi pesar, mis manos

decidieron posarse en su pecho para acariciarlo sin contemplaciones.

Marc se dispuso a quitarme la camiseta y fue cuando reaccioné.

—Marc, por favor, tengo que irme. —Conseguí empujarlo por fin.

—Quédate —susurró mientras intercalaba las palabras con tiernos besos sobre mis labios.

—Marc... —comencé una frase que no supe acabar porque me quedé embobada mirando sus preciosos ojos marrones.

Marc llevó las manos a mi cara y acarició mis mejillas con los dedos pulgares. Empezaba a sentir cómo mi ser perdía aquella batalla de forma estrepitosa. Cogió un mechón que se había salido de mi coleta y lo metió detrás de mi oreja sin dejar de suplicarme con los ojos. Yo, instintivamente, procedí a hacer lo mismo. Acabé de arreglarle aquella maraña alborotada y mi mano recorrió su mejilla en una caricia inesperada. Estaba perfectamente afeitado y tenía un tacto suave. Así nos quedamos mirándonos como tontos, lo que pudo durar una eternidad.

Marc, pensando que yo había entrado en razón, me cogió una mano y se encaminó hacia su cuarto. Al entrar en la habitación, mis ojos se abrieron de par en par: tenía todo tirado por el suelo y el único lugar libre que había en la estancia era una cama totalmente deshecha. Jamás había visto tanto desorden en mi vida. Hubiese salido corriendo si no fuese porque Marc me tenía bien sujeta del brazo. Me arrastró hasta los pies de la cama y, sin hacer demasiado caso a mi mueca de consternación, se paró para comerme a besos. En un momento dado, debió sentir que me volvía más manejable y me empujó suavemente dejando que cayese sentada sobre la cama.

Cómo había acabado yo allí, era todo un misterio.

Marc, sin dejarme tiempo para reaccionar, se tumbó sobre mí con delicadeza y, comprobando que estaba bien, pasó a atacar directamente la piel de mi cuello. Estuvo un buen rato acariciándome de forma deliciosa con la punta de la lengua, abandonando pequeños círculos húmedos a su paso; comenzaba a pensar que ya no había vuelta atrás.

—Marc, por favor... —me limité a decir.

—Por favor, ¿qué? —repitió en un susurro sin dejar de lado su tarea.

—No creo que sea buena idea —dije por fin.

Frenó en seco y se incorporó rascándose la nuca. Vi en su mirada que aquello supuso un jarro de agua fría para él.

—¿No es buena idea? ¿Qué pasa que no soy lo suficientemente bueno para ti?

Se me cayó el alma a los pies. Aquello era lo último en lo que estaba pensando. Él era una persona maravillosa y prueba de ello era cómo trataba a su hermana.

—No quería decir eso, Marc —respondí alarmada.

—Pues ya es tarde, lo has dicho. —Se apartó como un resorte quitándose enérgicamente los pelos de la cara con las dos manos.

—No quería decir eso —repetí en un tono más severo para que me atendiese.

—Sí, claro, y ¿qué has querido decir? —me preguntó sin levantar la vista del suelo como buscando algo.

—En un mes y pico me voy de aquí y no sé si quiero meterme en algo que no pueda luego superar.

Hizo un ruido jocoso con la garganta.

—A ver si la niña rica no va a poder olvidarse del macarra de turno.

Me quedé sin palabras. ¿Pero qué mierda quería decir con eso?

—Pero, ¡qué dices!

Marc encontró una camiseta por el suelo y al agacharse aproveché para levantarme y darle un empujón con todas mis fuerzas que le obligó a centrarse en mí.

—Mírame.

Intenté atrapar su cara, pero fue más rápido y se me escapó.

—Mírame, te digo. —Volví a intentar atrapar su cara, pero me conformé con alcanzar ambas manos —por lo menos lograría que se quedase quieto—. Las así bien fuerte y las coloqué en mi cintura para poder pegarme a él todo lo posible y obligarle a que me mirase a la cara—. Eres una persona excepcional, después de ver cómo cuidas a tu hermana no sé si hay alguien mejor que tú en el mundo entero. Así que deja de decir chorradas como esa. —Aquello pareció asombrarlo—. No sé si quiero compartir algo tan íntimo con alguien al que perderé de vista en menos de dos meses, es por eso que me parece buena idea parar aquí.

Aquellas palabras consiguieron que se estuviese quieto y pude atrapar su rostro para colocar mi frente pegada a la suya. Nos quedamos allí plantados con sus ojos emanando un millón de dudas y los míos intentando convencerle de mis palabras. No pensaba perder aquella batalla costase lo que costase, no tenía ninguna intención de abandonar aquella casa hasta hacerle ver que yo no me sentía mejor que él.

Marc seguía con una tensión bastante apreciable, así que cogí su cara y le

besé en los labios con toda la ternura que pude encontrar. Marc se estremeció con mi contacto, pero siguió sin mover ni medio músculo.

Entonces me di cuenta de que solo había una forma de hacerle entender que él era alguien que sí merecía la pena, sacudí todas mis dudas y decidí ir a por todas. Le agarré las manos que tenía atrapadas en mi cintura y lo arrastré hasta la cama. Allí me senté y sin desviar ni un segundo mi mirada —seguía dándome miedo que saliese corriendo— me quité la camiseta quedándome delante de él en ropa interior. Pensé que aquello bastaría para hacerle reaccionar, pero no fue así. Siguió allí plantado con cara de duda ante el cambio de situación. Tuve que reclinar me sobre la cama y tirar de él suavemente para obligarlo a colocarse sobre mí. Allí me acomodé y, como pude, lo coloqué entre mis piernas abrazándolo con todas mis fuerzas. Aquello pareció despertarlo del estado de incredulidad en el que estaba sumido y me devolvió un abrazo fuerte, casi doloroso. Aquel acto reflejo solo intensificó mis ganas de acunarlo y de borrar todos los demonios que había visto en su rostro unos instantes antes.

Marc levantó el rostro, me miró y tras un segundo de quietud, me besó con rabia. Aquello me rompió el corazón. Marc necesitaba aquel momento de intimidad como no lo había sentido en nadie. Le solté un instante y me quité el sujetador. Me daba bastante vergüenza que viese mis insignificantes pechos, pero sentía que necesitaba desprenderme de cualquier prenda de ropa que me separase de su piel. Así, sin tan siquiera echar un vistazo a mis pechos, volvió a atrapar mi boca y me quitó los pantalones con un rápido movimiento. Estaba desnuda frente a él y solo nos separaba la tela de su bañador. Desaté los cordones que lo sujetaban y di un fuerte tirón hacia abajo para quitarlo de en medio. Entonces nos quedamos desnudos uno frente al otro. Ya no había nada que nos separase; estábamos piel con piel, en igualdad de condiciones. No importaba su estatus social ni el mío, no importaba ni su familia ni la mía; allí desnudos solo estábamos él y yo.

Marc sacudió su último pensamiento coherente y comenzó a besarme de nuevo mientras que con un ágil movimiento se volvía a acomodar entre mis piernas. Me abrí a él intentando ofrecerle el consuelo que me pedía y no dudó un momento en aprovechar la oportunidad. En menos de un segundo tenía a Marc haciéndome el amor. Aquello era el acto más íntimo que había compartido jamás con nadie; ya había tenido relaciones con anterioridad, pero no fueron nada parecido a aquello. Aquello iba mucho más allá que un contacto físico. El intercambio de emociones no era comparable con ninguna

relación anterior que hubiese tenido. Marc, con sus besos, me contaba todo lo que sus palabras no eran capaces de expresar. Se estaba desnudando ante mí de todas las maneras posibles. Me relataba una historia personal que gustosamente hubiese borrado de un plumazo. Aquella rudeza, aquella desesperación, había algo que no entendía... hasta que me di cuenta. Su cuerpo buscaba un sosiego dentro del mío que yo temí no poder ofrecer. Aquel chico duro lo único que me estaba pidiendo era consuelo, solo quería enterrar su cabeza en mi hombro y ser acunado como un niño al que nunca habían dado amor. En cuanto me di cuenta, lo abracé con todo mi ser y me dejé hacer. Dejé que liberase todas sus frustraciones, dejé que me contase sus miedos y ofrecí mi cuerpo para lo que él necesitase. Tomé aquello como un gran regalo.

Cuando sentí que él estaba al borde de explotar, lo acompañé rítmicamente hasta que noté su cuerpo tensarse y temblar de placer. Un minuto después Marc se relajaba entre mis brazos y yo colocaba su cabeza en mi pecho, abrazándolo con toda la fuerza que pude encontrar. Me quedé quieta disfrutando de aquella intimidad y, de repente, sin previo aviso, escuché unos sollozos que salían de su boca; Marc había comenzado a llorar.

Lo atraje hacia mí todo lo fuerte que pude y lo acuné, susurrando palabras de amor que jamás pensé que regalaría a un extraño.

Aquella noche, él se expuso ante mí con todas sus necesidades y miedos y yo, al fin, conseguí ofrecerle el consuelo que tanto ansiaba.

Estaba perdida; aquel hombre iba a llevarme a la ruina.



Mariona se despertó tiritando de frío. Abrió los ojos y se quedó quieta en la oscuridad. No sabía dónde estaba. Se movió ligeramente para poder cambiar de postura y notó que algo peludo le aprisionaba las piernas. Estiró el brazo para tocarlo y se dio cuenta de que estaba en el sofá de su casa con Gosby a sus pies. Aquello la tranquilizó. No sabía qué tenía aquel perrazo pero, cuando estaba con él, todo iba mucho mejor. Ella se relajaba y conseguía olvidarse en parte de cuánto le quedaba para el siguiente chute.

Aquella velada había sido estratégicamente planeada. Llevaba toda la semana preparándola. No solo había pensado en un menú especial para su invitada —no quería preparar nada demasiado pesado, pero tampoco insulso

—, sino que días antes había planificado hasta el milímetro los chutes que se debía de meter y a qué hora debía hacerlo para estar en un estado aceptable durante la cena. Sabía que no aguantaría la velada sin estar puesta; así que, se metió un chute de caballo a las tres de la tarde para no tener demasiado mono y, una hora antes de la cena, consiguió algo de coca para estar despejada. Afortunadamente, daba la impresión de que sus esfuerzos habían dado sus frutos; la cena había salido a las mil maravillas.

Miró fijamente al perrazo que seguía dormido en el sofá y se preguntó qué hacía allí todavía. Cuando este levantó la cabezota para devolverle la mirada solo vio amor en sus ojos. Jamás nadie le había echado una mirada como aquella; era penetrante y llena de confort, como si quisiese decirle que todo iba a salir bien. Se acercó a él, le dio unas palmaditas en la cabeza y se inclinó para besar a aquel ángel caído del cielo. Se fue a sentar en el sofá y escuchó unos ruidos extraños que salían de la habitación de su hermano. Se acercó hasta allí, posó la oreja a la pared y abrió los ojos como platos al comprender lo que estaba pasando. Se le escapó una sonrisa pícaro en los labios.

Bien hecho, hermanito, pensó llevándose las manos a la boca para reprimir una carcajada. Aquello sí que estaba fuera de todo pronóstico. Su hermano — al que adoraba sobre todas las cosas— era una persona bastante especial, por no decir un coñazo. Cómo aquella chica había podido fijarse en él cuando este no había abierto la boca en toda la cena era algo que se podía elevar a milagro de Lourdes. Volvió a escapársele una risa floja y se tapó la boca con más fuerza.

Qué genial, pensó, Cat le había encantado. La primera vez que la había conocido estaba bastante fastidiada y no pudo hacerle mucho caso, pero había conseguido tenerlos otra vez en casa para enmendar el error. Parecía que tanto Cat como Gosby habían disfrutado de la velada. Adoraba a aquel grandullón peludo. Sería genial poder tenerlo por allí cada vez que llegase a casa. ¿Quién sabía? Si Marc conseguía conquistar a Cat, quizás se quedasen en la isla a vivir. Aunque Mariona lo dudaba mucho. No tenía mucha fe en las artes amatorias de su hermano. El pobre era muy soso. Así no iba a conseguir conquistar nunca a nadie. Sabía que tenía rollitos de fin de semana, pero ninguno le duraba demasiado y muy pocas de aquellas conquistas llegaban a pasar una noche en casa. Ella sospechaba que las pobres novias de su hermano se cansaban de aquel hombre callado que solo pensaba en la pesca submarina y en su moto. Encima tampoco es que fuese un adonis; estaba demasiado

delgado.

Un calambre intenso en la ingle la llevó de vuelta a la realidad. Llevaba sin meterse heroína desde las tres de la tarde y ya eran las dos de la mañana. Necesitaba algo y pronto, si no quería acabar vomitando en el baño con espasmos por todo el cuerpo.

Sin pensárselo dos veces, tocó la cabeza de Gosby para despedirse, se acercó a la entrada y, sin hacer apenas ruido, salió por la puerta en busca de Richard.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Dulces besos recorrían mi cuerpo. ¿Aquello sería un sueño o estaba despierta? No, estaba dormida; de eso no me cabía la menor duda.

Pero sí que notaba unos besos. Intenté abrir los ojos, pero me fue imposible. Estaba dormida, pero sentía cómo una lengua recorría en círculos la piel de mi cuello. Círculos deliciosos que hacían escapar susurros de mi boca. Para ser un sueño aquello era demasiado placentero. Noté cómo esa boca se alejaba lentamente de mi cuello y alcanzaba uno de mis pechos. Esperaba que fuese un sueño porque nunca había dejado a un hombre que me besase los pechos, me daba mucha vergüenza que me los tocasen. La lengua atrapó mi pezón y mi cuerpo se arqueó como un pez fuera del agua. Escuché una risa lejana. ¿Seguro que aquello no era un sueño? Distraída, dejándome llevar por aquella sensación, noté cómo dos manos se colocaban en mi cadera y en un hábil movimiento me obligaban a abrir las piernas. Los misteriosos labios comenzaron a dejar suaves besos entre mis muslos hasta que llegaron al centro de los mismos y comenzaron a abrirse camino en mi interior. Aquello no podía ser un sueño. Comencé a gemir sin control y me di cuenta que escuchaba perfectamente mis propios gemidos –aquello definitivamente no era un sueño–. Entonces, ¿por qué no podía abrir los ojos? Comencé a retorcerme como una anguila en aquella cama, quería alejarme, pero no podía y la boca que tenía entre mis muslos parecía seguir el ritmo de mis movimientos sin problemas. Cuando pensé que iba a romperme en mil pedazos, noté un peso encima y una tierna boca se aferró a la mía tapando mis suspiros con intensos besos. Noté unas caderas huesudas golpeado las mías y un grito de placer se escapó de mi boca. No estaba acostumbrada a dejarme llevar así, pero estaba claro que

seguía dormida y aquello debía ser un sueño. Mi cuerpo comenzó a seguir el ritmo de aquellas caderas. Al borde de la desesperación, noté una succión en mi pecho y aquello fue el final. Me agarré con fuerza a unos hombros y enterré mi cara en un cuello que mordí con fuerza para acallar el grito de placer que estaba luchando por salir. Cuando la dulce sensación comenzó a desaparecer, las caderas que tenía encima intensificaron su ritmo y escuché un grito masculino en mi oreja y un cuerpo huesudo que se tendía muerto sobre mí.

Allí, en el mayor de los gozos, abrí los ojos para ver qué había sucedido.

—Buenos días, señorita —fue lo único que escuché decir a Marc con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Mierda, pensé, ya no llegaba a los entrenamientos.

Me dirigía al hotel como una autómatas. Lo único que me unía a la realidad eran los suaves cabezazos que Gosby me daba de vez en cuando. Estaba en estado de *shock*. Por la noche había dejado mi cabeza colgada del perchero de casa de Marc y me había dedicado simplemente a disfrutar de su compañía y el contacto humano. El problema llegó cuando salí de aquella casa, me volví a colocar la cabeza y esta decidió bombardearme con un único mensaje durante el trayecto: «Pero, ¿qué coño has hecho?».

Fue curioso porque abandoné el portal con una sonrisa de oreja a oreja y un perrazo en el mismo estado y a cada paso que daba mi alegría disminuía un par de grados.

Entré a la recepción del hotel y no me molesté ni siquiera en saludar a los trabajadores que encontré a mi paso. Para cuando llegué a mi habitación, mi regocijo inicial había desaparecido por completo; me sentía como un barco a la deriva —deriva que no parecía afectar a Gosby, en ningún modo—.

Ya sentada en la cama y desolada por lo que había sucedido, decidí que necesitaba hablar con alguien que me infundiera un poco de apoyo moral. Empecé a marcar el número de mi madre y luego me di cuenta de que aquello era una estupidez. ¿Cómo iba a llamar a mi madre para contarle que me había acostado con el macarra de la isla? Al pensarlo se me escapó una sonrisa irónica; igual le daba un infarto a la pobre al escuchar la noticia.

Colgué y me quedé con el teléfono en la mano sin saber qué hacer, miré por la ventana y supe al instante quien conseguiría apaciguar aquel maremoto interno.

—Tía, ¿qué tal por la isla? —preguntó Isa.

Hacía semanas que solo hablábamos por mensajes y correos así que sabía que estaba ilusionada de oír mi voz.

—Fatal —me limité a decir, dejando claro que la llamada no era de cortesía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alarmada.

—Tía, me vas a matar —dije cerrando los ojos y apretando los dientes.

—¿Qué has hecho?

Me quedé muda, si no hablaba podría fingir que nada había pasado, pero si lo verbalizaba ya no podría jugar a que todo había sido un sueño.

—Me he acostado con el camarero de la manga larga.

Cerré los ojos preparada para lo que iba a escuchar.

—¿Qué? —exclamó alarmada.

Me quedé esperando para ver qué brutalidad me soltaba Isa, pero esta no dijo nada.

—Venga, di algo.

—No me lo creo. Tú no eres mi amiga. Devuélveme a mi amiga.

Puse los ojos en blanco por la teatralidad de Isa y me recosté en la cama sabiendo que aquella conversación nos llevaría un buen rato.

—No sé cómo ha podido pasar.

—Mira, Cat, si me cuentas cualquier otra película me la creo. Si me llamas y me dices que una noche loca te has encontrado con un extranjero de dos por dos, rubio y con los ojos azules, todavía te doy la enhorabuena, ¿pero con el camarero de la manga larga?

—Ya lo sé. No sé ni cómo ha ocurrido.

—No me jodas. Cuando me fui, ese tío te miraba desde la lejanía y pensé que la cosa seguiría igual —confesó todavía sin comprender nada.

—Pues no. La cosa pasó a mayores.

—¿Un día te mira de lejos y al siguiente te acuestas con él? Explícamelo porque no lo entiendo.

Tuve que explicarle cada encuentro con Marc, desde la noche que salvé a su hermana, pasando por la cena en su casa y hasta el beso detrás del escenario.

—¿Y esperas hasta ahora para contármelo? —exclamó totalmente ofendida—. Hemos estado mandándonos *mails* casi todas las semanas. ¿No crees que se te olvidó mencionar algo?

—Perdona, Isa, es que pensaba que no iba a pasar a mayores y no quería asustarte —le dije sabiendo que si le hubiese contado algo habría puesto el grito en el cielo.

—¿Y tan mal fue la noche para que me tengas que llamar con esa voz de ultratumba? —la escuché repanchigarse en el sofá.

—No. Eso es lo peor. Que ha sido una de las noches más bonitas de mi vida.

—¿Seguro? —se quiso cerciorar—. ¿Con el de la manga larga?

—Se llama Marc —le reproché ya cansada de llamarlo así.

—¡Ah! ¿Qué ahora es Marc?

—Bueno —dije queriendo cortar aquella chaladura—. Si lo sé, no te llamo. Sabía que iba a meterse conmigo, pero aquello ya era pasarse de la raya; ni que hubiese cometido incesto.

—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó sin comprender nada.

—No lo sé. No sé qué tiene ese chico que no puedo quitármelo de la cabeza.

—No, si yo tampoco lo sé —contestó, dejando claro que aquel saco de huesos lleno de tatuajes no era de su aprobación.

—Es que tiene algo especial. —Di un parón para coger fuerzas—. Es feúcho y desgarrado, pero cuando lo conoces fuera del trabajo se transforma. Lo ha pasado muy mal en la vida. Siempre se ha hecho cargo de la situación y eso es lo que le ha hecho ser una persona algo arisca. Encima su hermana tiene problemas con las drogas y creo que eso lo rompe por dentro. —Suspiré de forma audible buscando las palabras dentro de mi cabeza—. No sé, al principio lo rechacé, pero él se lo tomó como que yo no quería acostarme con él porque le veía inferior y fue aquello lo que me mató.

—Ya, pero... —intentó decir Isa y le corté de cuajo sabiendo que iba a argumentar alguna brutalidad.

—No podía irme de aquella casa dejando que pensase aquello. No has visto cómo cuida a su hermana Mariona. Es un chico que hace lo que puede para sacar a su familia adelante. Yo no quería que se sintiese menos que yo.

—¿Y por eso te tuviste que acostar con él? Si vas a tener que acostarte con todo aquel que piense que es menos que tú, mejor deja la dichosa escuela de salvamento y abre un prostíbulo, porque te van a hacer cola.

—Pero... —intenté alegar algo coherente, sin embargo, Isa no me lo permitió.

—Ya sé que te encanta ir de Teresa de Calcuta. Este tipo solo es un perro perdido más de los que te encuentras por el camino. Su único atractivo es que te da pena y se te llena el corazón de compasión, exactamente igual que cuando vas a echar una mano a la protectora. ¡No me jodas, tía!

—Pues no sé qué será... —le reconocí sin poder contra argumentar nada a su terrible discurso—, pero solo te digo que nadie me ha tratado con tanto amor como me trató él anoche. Jamás pensé que en una noche de pasión se pudiesen intercambiar tantas emociones. Él me requería como una necesidad primaria y yo me sentí tan halagada de poder darle consuelo que no pude más

que dejarme hacer. Nunca, Isa —pronuncié su nombre para dar énfasis a lo que quería decir—, nunca me he sentido tan amada y protegida como en los brazos de Marc.

—Perdona que te diga —prosiguió mi amiga ya sin piedad—, que no tienes demasiada experiencia en esto de acostarte con hombres como para saber si lo que hicisteis era digno de enmarcar o no. En tu vida solo te has acostado con Diego y con lo soso que es, no creo que en la cama se transforme en una fiera.

Intenté decir algo al respecto pero, en realidad, Isa tenía razón; Diego lo que se dice apasionado, no es que fuese.

—Pues a Gosby le cae muy bien y adora a su hermana Mariona —dije haciendo pucheritos.

—Ah, bueeeno —soltó Isa—, si al perro le gusta, no hay más que hablar —siguió diciendo en un tono de incredulidad—. Lo mejor que puedes hacer es dejar que el perro te elija las parejas. Ya verás qué bien te va a ir en la vida.

Aquello me ofendió. Era verdad que no iba a dejar que el perro eligiese a mis novios, pero tenía que admitir que valoraba mucho su opinión.

—Si a Gosby le gusta, por algo será, ¿no?

Hubo otro silencio incómodo. Aquella conversación no iba por los derroteros que yo esperaba.

—Caterina, piensa bien dónde te estás metiendo. No te he dicho nada, pero durante las vacaciones me crucé varias veces con ese tío por el pueblo y siempre iba con un porro en la mano. Creo que esto te queda grande. No sé qué se mete ese tío además de marihuana para seguir el ritmo, pero créeme que sea lo que sea no es nada que yo quiera para ti.

—Creo que me ha robado el corazón —confesé sin querer escuchar una palabra más.

—Pues ya te lo está devolviendo. En dos meses vuelves a casa y tienes que dejarlos a él y a su hermana en la isla, ¿de acuerdo?

No pude decir nada más, las lágrimas comenzaron a resbalarme por las mejillas y el infierno se abrió ante mis ojos.

TERCERA PARTE
LOS AMIGOS

El miércoles me levanté especialmente pronto: quería pasar un buen rato nadando en la playa. Hacer largos era la única actividad que conseguía mantenerme con la mente despejada.

Sin embargo, aquella mañana, mientras daba brazada tras brazada, mi cabeza no paraba de dar vueltas; no hacía más que volar a la noche que pasé con Marc.

Cómo había acabado en la cama de aquel hombre era todo un misterio. Debía reconocer que la teoría de Isa del perro perdido era bastante acertada; la necesidad de Marc de encontrar a alguien que le sacase de ese agujero me hacía querer tenderle la mano y acunarlo hasta borrar la última gota de dolor de su rostro.

Él no me había contado demasiado, pero no hacía falta ser un adivino para saber lo que pasaba. Siempre había estado solo a cargo de todo y las cosas no le habían ido bien. Su hermana estaba enferma. Dios sabe qué mierdas se estaría metiendo en ese débil cuerpo. Además, tengo que reconocer que Marc tampoco se quedaba corto. No hizo falta que Isa me contase que se lo había cruzado fumando por la calle; en el salón de su casa me encontré una pipa de marihuana y, en su cuarto, el olor a china era bastante evidente. Sabía que él no estaba como su hermana; iba a trabajar a diario y era bastante eficiente en su trabajo, pero no estaba libre de toda sospecha.

Si veía que la cosa se ponía muy oscura, ¿sería capaz de alejarme de ellos? Por otra parte, Gosby estaba encantado de haberles conocido y aquello también me generaba un mar de dudas. Para ser franca, había sido la atracción que sentía Gosby por ellos lo que me había animado a seguir acercándome.

Pensando en Gosby me acordé del suceso del helicóptero. Tenía asuntos más importantes en los que pensar que en Marc y su hermana. Gosby y yo teníamos nuestros propios problemas. Mikel no se tomó nada bien la escapada de Gosby y me dejó bien claro que si el perro no superaba su miedo al helicóptero, no habría nada que hacer; no conseguiríamos la capacitación de

ninguna de las formas.

Aquello ya lo sabía, no hacía falta que me lo recordase, pero lo que me molestó fue que Mikel adoptó una actitud extremadamente dura con nosotros y yo no lograba entender el porqué. Mientras éramos los primeros, todo eran risas y halagos pero, en el primer revés que surgió, nos dejó de lado y casi desaparecimos del mapa para él. Habíamos pasado de servir como ejemplo para el grupo, a casi no ser ni nombrados.

Estaba bastante cabreada con la nueva situación pero, en vez de tirar la toalla y darlo todo por perdido, decidí hacer lo que siempre había hecho en la vida: trabajar más si cabía. Tenía conocimientos de sobra para lograr el acercamiento de Gosby al helicóptero; así que ya llevaba varios días realizando ejercicios de habituación para que Gosby perdiese el miedo al helicóptero. Probaría lo que fuese necesario para solucionar aquel revés.

Cuando me cansé de que mi cabeza no parase de dar vueltas, cambié de rumbo y me encaminé hacia la orilla para volver al hotel a pegarme una ducha y bajar a desayunar.

Ya en el comedor, me encamine directa a la sección de frutas para hacerme una buena macedonia. Tenía el estómago cerrado y necesitaba algo ligero para comenzar el día.

Con el bol a medio llenar, noté que alguien se me situaba muy cerca. Pegué un respingo del susto y el bol no salió volando por los aires de milagro.

—Shhh —me susurró Marc al oído mientras rellenaba la fuente con un montón de variedades—. Todavía no me he comido a nadie.

Aquel comentario susurrado en mi oído bastó para ponerme roja como un tomate y que los pelos de mi cuerpo se pusiesen de punta.

Le miré de reojo sin comprender a qué venía aquello y él, mientras colocaba las frutas de manera armónica, comenzó a hablar.

—¿Quieres quedar hoy al mediodía para hacer pesca submarina?

Aquel hombre me descolocaba. Desde que salí el lunes de su casa no habíamos vuelto a cruzar palabra y eso que el martes le di un par de oportunidades durante el almuerzo por si quería acercarse a mí y decirme algo. En realidad, no sabía por dónde pillar a aquel chaval.

—No sé, luego tengo *entrena* —contesté en voz baja sin saber a dónde mirar.

—No te preocupes, para las seis te liberaré de tu cita. —Siguió sin mirarme.

Me quedé callada.

—No sé... —volví a responder poniendo con toda mi atención en el plato que tenía en la mano.

Marc, al notar mi indecisión, abandonó su tarea para clavarme una mirada penetrante que no albergaba lugar a dudas. No admitiría un «no» por respuesta y aquella insistencia me arrancó una sonrisa inesperada.

—¿Dónde y a qué hora? —dije alargando las sílabas, haciéndome la despreocupada.

—A las dos y media en mi casa.

Y sin mediar palabra, se dio la vuelta y se fue.

Cuando volví a mi mesa, Nina tenía una sonrisa de oreja a oreja y me lanzaba miradas de «os he vuelto a pillar». Puse los ojos en blanco dejando clara mi opinión y me senté a comer mi bol de fruta con la intención de disfrutar de lo que me quedaba de desayuno.

Acabé la fruta en un tiempo récord y me encaminé a mi habitación para lavarme los dientes y coger a Gosby. Ya el *hall* de camino al ascensor, Vanesa Rodríguez, la jefa de recepción, me hizo una señal.

—Caterina, perdona. —Me hizo un gesto con la mano para que me acercase.

—¿Sí? —respondí extrañada. Era raro que me llamase Vanesa.

—He tenido quejas de la *suite* 221 —soltó en un tono neutral como si me estuviese dando los buenos días.

—¿Y eso? —pregunté sin entender.

—Se quejan de que... —Guardó silencio sin terminar de creerse lo que tenía que decirme—, de que se oye un helicóptero en tu habitación.

La miré con cara de horror y entonces comprendí. Para acostumbrar a Gosby al ruido, había cogido grabaciones de helicópteros y aquella mañana se los había puesto a todo volumen. Ya aceptaba el ruido a un volumen normal, por lo que aquella mañana había subido el sonido de la grabación a un nivel casi ensordecedor.

Mierda, pensé, no me había dado cuenta de que podía estar molestando a los vecinos.

—Lo siento mucho. Es un ejercicio que estoy haciendo con Gosby para que pierda el miedo a los helicópteros.

—¿Y para eso has metido uno dentro del dormitorio? —preguntó Vanesa con algo de sorna.

—No, solo es una grabación, nada más —le respondí con mi mayor sonrisa.

—¿Y no lo puedes hacer en la calle? —respondió con el mismo tono neutro.

Aquel tono de recepcionista daba mucho más miedo que alguien gritando a todo volumen. Estaba claro que era un tono estudiado para atemorizar a los clientes.

—Te prometo que no volverá a pasar.

—Perfecto, que tengas un buen día —se despidió con una extraña sonrisa congelada en su cara.

Le devolví la sonrisa y me fui de allí con el rabo entre las piernas.

A las dos de la tarde, Gosby y yo salimos hacia casa de Marc. Había estado un buen rato en la habitación del hotel sin saber muy bien qué coger; jamás, hubiese pensado que Marc me hiciese una invitación tan extraña y yo no tenía material para bucear. Finalmente decidí presentarme a la cita con el bikini y la ropa de entrenar y que fuese lo que Dios quisiese.

Caminaba ensimismada en mis pensamientos cuando me percaté de que Gosby —al que había soltado nada más salir del hotel— iba delante de mí, a su aire, y se dirigía como el que no quería la cosa hacia la casa de Marc y Mariona. Aquello ya me pareció el colmo, el perro conocía perfectamente la dirección de su casa y no dudaba ni un momento en qué esquina torcer para seguir con su camino. Sacudí la cabeza pensando que estaba alucinando y me quedé rezagada para corroborar mi hipótesis. Cuál fue mi sorpresa que, en menos de cinco minutos, el perro me guió hasta la última cuesta que llevaba a casa de Marc. No me lo podía creer; aquellos dos eran como un imán para Gosby.

Al comienzo de la calle, miré hacia arriba y vi que había un grupo nada desdeñable de niños al final de la misma. Noté algo raro en aquel grupo y entorné la mirada para percatarme de que sobre ellos sobrevolaba una humareda blanca bastante significativa. Me acerqué lentamente cruzando los dedos para ver si el grupo se disolvía como por arte de magia, pero aquello no ocurrió.

Até a Gosby un poco antes de llegar a su altura para evitar problemas y agaché la mirada para hacer como que no existían. Cuando los tenía a unos metros, me di cuenta de que todos estaban subidos a motos llenas de aletas, gafas de bucear y arpones. ¿Sería una casualidad? Además, para mi desgracia vi que el grupo estaba justo frente a la puerta de Marc. Me quedé parada como una idiota y se hizo un silencio sepulcral, miré a mi alrededor y noté diez ojos clavados en mi nuca. Hice un gesto como de saludo con la cabeza y fui

directamente a tocar el timbre de entrada para poder desaparecer cuanto antes dentro del portal.

Nada más apretar el botón, vi a través del cristal que Marc bajaba por la escalera con un montón de bártulos.

—Hola —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja cuando abrió la puerta y me encontró allí plantada.

Estaba casi a punto de estallar de la risa. ¿Qué coño le haría tanta gracia?

—Hola —le respondí con los ojos abiertos de par en par queriendo que me tragase la tierra.

Aquella era la situación más rara que había vivido jamás.

Me quedé callada y Marc se dio cuenta de mi incomodidad y decidió presentarme.

—Chicos, esta es Cat. —Me señaló a modo de presentación—. Cat, estos son los chicos.

Volví a hacer un gesto de saludo con la cabeza sin demasiado entusiasmo y «los chicos» no se dignaron a contestar.

—Venga, tío, que llegamos tarde —soltó una voz a mi espalda.

Me giré para ver quién había dicho aquello en un tono tan seco y para mi desgracia vi al rubio con ojos azules que se había liado con Isa en la Cova de 'n Xoroi. Mierda, pensé, el que faltaba.

Clavé una mirada asesina a Marc, pero este no me hizo ni caso.

—Sí, ya voy. Cat viene con nosotros.

—¿Qué? —preguntó su amigo el rubio en un tono mucho más alto de lo que hubiese sido deseado—. ¿No jodas que te has liado con esta tía? —Me señaló con el mentón—. Encima, no solemos llevar a *chatis*.

—No soy una *chati* —me salió del alma, mirándole con la misma cara de odio.

Marc levantó el labio superior en un gesto irónico y reprimió otra carcajada.

—¿No traes nada más? —me preguntó para cambiar de tema como si sus amigos no estuviesen allí.

—Marc, yo no buceo —le dije en voz baja acercándome mucho a él para no ser oída por el resto.

—La tía esta sabrá nadar, ¿no? —volvió a hablar el amigo de Marc que a esas alturas ya me caía peor que mal.

No pude más y lo fulminé con la mirada. Será gilipollas el niño ese, estaba segura que en una competición los dejaba a todos a años luz.

—¡Que sí, tío, que nada mejor que tú!

El chico me miró de arriba abajo dejando claro que aquello le parecía una chorrada y se le escapó un suspiro de incredulidad.

—¿Y el perro también viene? —volvió a preguntar—. ¿Cómo pensáis a subirlo a la moto?

—¿Moto? —repetí mirando a Marc sin comprender—. No me has dicho nada de una moto.

Marc me agarró del codo y me apartó de toda aquella cuadrilla para que no escuchasen nuestra conversación.

—Vamos a pescar a Binissafúller, queda algo a desmano.

—No me habías dicho nada de una moto —repetí algo atónita—. No te preocupes, vete tú, nosotros nos volvemos al hotel —acabé diciéndole con ganas de acabar con aquello cuanto antes.

Me miró de arriba abajo y me deleitó con una mueca irónica para indicarme que no tenía ninguna intención de aceptar un «no» por respuesta.

—De eso nada, Mariona está en casa, se puede quedar con Gosby. —Metió la llave en la cerradura y se dispuso a subir la escalera.

—Es que no se suele quedar con extraños —le aseguré declinando la oferta, a pesar de seguirle escaleras arriba—. Gosby jamás se queda en ningún sitio si no estoy yo.

Subimos hasta el segundo piso en silencio y, cuando llegamos a su puerta, Marc la abrió de par en par justo a tiempo para que Gosby nos adelantara por la derecha y entrara corriendo en busca de Mariona.

Mi cara de asombro no tenía límites. No me lo podía creer. Marc me lanzó una mueca jocosa y luego comenzó a partirse de risa.

—Sí, se nota que va a estar fatal.

Me hice la ofendida y con la nariz bien alta pasé por su lado siguiendo a Gosby con toda la dignidad que pude encontrar.

Para cuando entré en el salón, Gosby ya estaba intentando alcanzar la cara de Mariona para darle un buen lametazo de bienvenida.

Dios, aquel no era mi perro.

—Ya veo —me dijo Marc partido de risa—. No sé si lo va a poder resistir. —Se centró en su hermana y siguió como si nada—. Mariona, nos vamos a bucear, ¿te podrías quedar con el perro un par de horas? —pidió cerrando la puerta tras de sí.

—Sí, ¡qué ilusión! —respondió encantada—. Voy a pasar una tarde con mi amigo peludo. —Abrió los brazos de par en par para abrazarlo más si cabía.

—¿Seguro que no te importa? —quise asegurarme colocándome un mechón que se me había escapado de la coleta, incómoda por toda la situación—. Me lo puedo llevar si quieres.

—No, no, me encanta la idea.

Marc, sin mucha ceremonia, me hizo un gesto con la cabeza para que le acompañase hasta su cuarto. Muy a mi pesar descubrí que seguía igual de desordenado que el fin de semana anterior. Tenía la esperanza de que hubiese tenido un mal día y no hubiera podido recoger su habitación en aquella ocasión, pero estaba claro que aquella era la tónica general.

—Tengo material extra para dejarte.

Me quedé plantada en medio del cuarto mientras Marc rebuscaba en un baúl y sacaba un juego de aletas, unas gafas de bucear y un arpón.

—Marc, no pienso usar eso —le dije señalando al aparatejo.

—¿El qué? —me miró sin comprender, ya cansado de tantas objeciones.

—No pienso matar peces —le aseguré apoyando la espalda en la pared para dar más énfasis a mis palabras.

—¿No? —volvió a repetir con la misma mueca irónica que me lanzaba cada dos por tres—. ¿Y cómo piensas pescarlos?

—No pienso pescar, los peces no me han hecho nada. Creo que es mejor que se queden en el agua como hasta antes de que yo llegase.

Se le escapó una carcajada totalmente fuera de lugar, se acercó a mí en dos zancadas y me tiró de la camiseta para atraerme a él y robarme un intenso beso. No me dio tiempo a reaccionar y encima, nada más notar que sus labios se posaban en los míos, mi cuerpo decidió acoger aquellas atenciones de buen grado, independientemente de lo que mi mente opinase.

Marc se tomó su tiempo. Saboreó, succionó y mordió mis labios sin prisa y cuando quedó satisfecho se separó un milímetro de mi cuerpo clavándome una mirada intensa para dejar claro, sin palabras, que aquel era el recibimiento que había esperado desde el principio.

—¿También salvas a los peces, señorita?

Fui a responderle una grosería, pero no me dio tiempo. Marc me agarró de la mano y tiró de mí hacia la puerta de salida, al tiempo que pegaba un grito a su hermana.

—¡Mariona! Para las cinco y media volveremos, ¿vale?

—Genial, pasadlo bien —la escuché en la lejanía mientras veía cómo acariciaba la cabezota de Gosby con alegría.

Fue lo último que escuché antes de que mi perro se quedase dentro de

aquella casa y yo me viese arrastrada escaleras abajo hacia Dios sabía adónde.

Su amigo, «el simpático», nada más vernos, volvió a abrir la boca.

—Joder, ¿qué coño habéis estado haciendo? Habéis tardado una eternidad.

—No jodas, Rafa. Anda, id saliendo que ahora vamos nosotros —se limitó a decir Marc abriendo el sillín de su moto y pasándome un casco.

—*Ok*, allí nos vemos.

En ese instante, cuatro motos se pusieron en marcha con un terrible estruendo y salieron carretera abajo hacia la entrada del pueblo.

—Pensaba que íbamos a estar solos —le reocriminé sin entender cómo me había metido en aquel embolado.

—Perdona, no me di cuenta de avisarte —me respondió en un tono extrañamente dulce mientras me robaba un tierno beso.

Empecé a pensar que se estaba tomando demasiadas confianzas. En realidad yo pensaba aprovechar la salida para decirle que lo del *finde* había sido un error y que era mejor no repetir, pero estaba claro que Marc no pensaba lo mismo.

—Ponte el casco, que nos vamos.

—Marc, no he montado nunca en moto.

Empecé a sospechar que no me iba a librar de aquella.

—No te preocupes que no tienes que hacer nada —dijo al tiempo que se montaba y arrancaba la moto.

Viendo que no tenía escapatoria, me solté la coleta dejando que la melena cayese sobre mis hombros y me coloqué el caso atándolo firmemente.

Marc se quedó un momento transpuesto contemplándome embobado y, al ver que le miraba sin comprender, prosiguió.

—Pon el pie aquí y sube.

Le obedecí sin ningún tipo de confianza y, nada más subir, Marc me cogió las manos y las colocó a los dos lados de su cintura.

—Marc, vamos en camiseta, si nos caemos, se nos caerá la piel a trozos. — Miré con preocupación al asfalto.

—Señorita, está con un experto, no pienso dejar que se caiga.

Arrancó la moto y salimos a toda velocidad hacia Binissafuller.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Marc le dio al acelerador con ganas. No solía arrancar con tanta brusquedad, pero hizo aquello solo para asustar a Cat. Podía haber realizado toda la maniobra de forma más delicada, pero entonces no tendría a una mujer agarrada a su cintura como si fuese el último hombre en la tierra.

Estaba encantado.

Cuando salió del portal de su casa y la vio rodeada de aquellos salvajes casi se meó de la risa. La niña bien de Santander, tan segura de sí misma en sus dominios, parecía un pez fuera del agua entre sus amigos. Igual era verdad que se había pasado al no decirle que no iban a ir solos, pero tampoco le había indicado lo contrario, así que no iba a disculparse por aquello. Sobre todo, después de lo que se había divertido.

Luego, cuando la vio soltarse la coleta y aquella melena color miel cayó como una cascada sobre sus hombros, pensó en anular la excursión para arrastrarla hasta su cuarto, tirarla en la cama y comérsela entera hasta las seis de la tarde, pero se contuvo solo por no perderse a Cat montada en su moto.

A medio camino, el abrazo de Cat se volvió casi doloroso y decidió aminorar la velocidad por miedo a que lo dejase tirado. Cat tenía bien clavados los pechos en su espalda y su cadera se acomodaba a la perfección a su trasero. Solo de pensarlo tuvo una erección. Había llevado a cientos de mujeres en la moto, pero jamás había sentido tanta satisfacción al hacerlo. Le dio pena aflojar el ritmo y que ella se alejase de él, pero no quería tensar demasiado la cuerda y quedarse sin chica antes de tiempo.

Ella era diferente. Lo que había pasado el domingo por la noche en su casa lo desconcertaba sobremanera. Se había acostado con decenas de mujeres, pero jamás había llorado con ninguna de ellas. Tumbado en la cama sobre el cuerpo de Cat, de repente comprendió que no iba a ser capaz de contener el llanto. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo. Cuando escuchó un sollozo que salía de su garganta, pensó que Cat se levantaría de la cama y lo dejaría allí muerto de vergüenza, pero nada de aquello ocurrió. Al comprender lo que pasaba, esta lo agarró con todo el amor del mundo y lo acunó como si de su posesión más preciada se tratase. Jamás se había sentido así de seguro en la vida. Nadie le había hecho sentirse amado y protegido y no quería que aquella sensación de sosiego y de pertenencia desapareciese.

Veinte minutos después, Marc aparcó la moto al lado de sus colegas, apagó el motor y se quitó el casco para cerciorarse de cómo estaba Cat.

—¿Todo bien? —le preguntó echando la vista para atrás, al tiempo que esta despegaba sus manos de su cintura.

—Pues no sabría qué decirte. —Frunció el ceño.

Marc con una sonrisa de oreja a oreja se separó un poco del sillín y dejó bajar a Cat.

Una vez que la vio en el suelo y notó que el color volvía a sus mejillas, bajó de la moto, le desató el casco y se dispuso a ver otra vez aquella cascada dorada volando al viento. Se quedó allí parado hasta que se dio cuenta de que Cat tenía la mano extendida e intentaba pasarle el casco.

—Vamos, que los chicos ya están listos. —Cogió las gafas y las aletas y, sin poder resistirse, la agarró de la cintura y le plantó un sonoro beso en los labios.

Cuando alcanzaron a sus colegas, estos estaban ya bajando por las escaleras de acceso. Marc dejó desvistiéndose en una esquina a Cat y se acercó a Rafa.

—¡Oye tío! No nos habías dicho nada de que te traías a una *pava* —le recriminó Rafa con cara de pocos amigos.

—Era la sorpresa del día —le respondió Marc entre risas.

Rafa que no se tomó muy bien la broma, le pegó un puñetazo en el brazo que hizo que Marc tuviese que agarrárselo de dolor.

Giraron la cabeza hacia Cat y vieron que esta ya se había quitado la ropa y andaba con el bikini metiendo su ropa en una mochila para meterse al agua.

—Pero si parece salida de un anuncio de *Lacoste*. ¿Hay algo que esta tía no lleve de marca?

—No te pases —le soltó Marc, dejando claro que lo que llevase puesto carecía de toda importancia.

—Además —dijo con la vista clavada en Caterina—. Está como una tabla. —La escrutó de forma minuciosa—. ¿No te podías haber traído a una que estuviese de buen ver con el bikini puesto?

—Que a ti te gusten con el culo gordo no significa que a los demás nos pase lo mismo.

Rafa fulminó a su amigo con la mirada y sin decir ni una palabra más se echó al agua.

Marc se acercó a donde estaba Caterina y agarrándola por la cintura le preguntó: «¿Todo bien?».

—Sí, claro. Y estaré mejor cuando entre en el agua. —Miró de reojo a sus amigos.

Estaba guapísima con las mejillas sonrojadas y el bikini azul puesto. Marc

la miró detenidamente y no pudo resistirse a robarle otro beso.

Esta, que se vio atrapada y con espectadores cerca, lo empujó como pudo y se deshizo de él.

—Venga, vamos.

—¿Algún plan? —le preguntó insegura.

—Ninguno, nos metemos en el agua y atrapamos todos los peces que veamos de un tamaño adecuado.

—Marc —se dirigió a él con la voz dubitativa—. No creo que me guste ver cómo matáis a los peces.

Marc la notó realmente apesadumbrada y le dio una punzada el corazón.

—Está bien, señorita, nos metemos un poco alejados de ellos y así no tendrás que ver nada.

—¿Y tú? —preguntó sin comprender.

—¿Y yo, qué? —Levantó Marc los hombros sin entender.

—¿Tú vas a meterte con eso al agua? —Señaló el arpón.

Marc miró el artilugio, miró a Cat y dudó unos segundos.

—Noooo, no te preocupes, lo dejaré aquí y nos dedicaremos a ver los fondos. Tú no sueles bucear, ¿verdad? —acababa de caer en la cuenta.

—La verdad es que no. Durante el invierno suelo entrenar en piscina y los meses de verano entreno en la playa, pero soy chica de superficie —le confesó.

—Pues te voy a enseñar lo que te has perdido durante todos estos años.

Le dio un rápido beso en los labios y se tiró al agua sin mirar atrás.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

No podía creerme el espectáculo que se abría ante mis ojos. No había dado ni media brazada cuando comenzó a surgir ante mí un mundo submarino espectacular. Jamás lo hubiese pensado. Llevaba allí más de un mes y ni me había planteado meter la cabeza debajo del agua. En las rocas la vida crecía a sus anchas. Había decenas de anémonas pegadas a su superficie y entre sus tentáculos nadaban pequeños peces que buscaban abrigo. También vi un gran número de erizos de mar prácticamente incrustados en el fondo y varias estrellas marinas de apagados colores que terminaban de enmarcar la estampa.

Marc, que me vio desconcertada, me agarró la mano y me empujó hacia el

fondo para mostrarme algo. Cogí todo el aire que pude y me dejé guiar. Llegamos a una roca, Marc cogió una estrella de mar y me la pasó. Era preciosa. Sus brazos llenos de puntitos eran como un escudo que protegía una pequeña boca que había en su centro. ¡Qué maravilla! Aquel submundo me estaba dejando sin palabras, jamás pensé que pudiese haber tanta vida allí abajo. Miré a Marc encantada y este volvió a tirar de mí hacia arriba llevándose la estrella consigo. Una vez en la superficie se quitó el tubo.

—Si quieres puedes llevártela a casa de recuerdo.

—Pero, ¿qué dices? —solté sin poder creer lo que me sugería.— ¿Para que agonice en mi habitación hasta verla morir?

Negué con la cabeza, me coloqué el tubo en la boca y con un poco de impulso volví a bajar para dejar la estrella donde estaba. Conseguí colocarla exactamente como la habíamos encontrado, alcé la vista buscando a Marc y lo vi a unos metros de distancia con los ojos llenos de alegría. El sol entraba por la superficie del agua e iluminaba su cuerpo haciéndolo parecer una criatura marina más. Sus ojos allí abajo brillaban más de lo habitual y sus tatuajes se mimetizaban con el entorno a la perfección. Estaba guapísimo. Ensimismada en mis pensamientos no me di cuenta de que se había acercado a mí y con todo el descaro del mundo estaba intentando pegar su cuerpo al mío. Le miré alarmada sin saber cómo comportarme ante tanta confianza y este aprovechó que no podía protestar para colocar su mano en mi trasero y pegar mi cuerpo a sus caderas invitándome a abrazarlo con las piernas. Fui a pegarle un empujón dejando bien claro que quería que se comportase, cuando escuché un ruido sordo tras de mí.

Me giré para mirar y vi una espesa mancha de sangre en el agua. No tenía mucha experiencia en pesca submarina, pero no creía que los peces sangrasen de aquella forma. Miré a Marc y vi cómo se dibujaba una mueca de alarma en su rostro.

Sin pensármelo dos veces, me quité las gafas, subí a la superficie y me dirigí como un rayo hacia la mancha. Llegué al lugar y me encontré a los amigos de Marc gritando sin parar, pero sin hacer nada en concreto.

—¿Qué ha pasado? —pregunté intentando comprender lo sucedido entre un montón de brazos que chapoteaban sin sentido.

—¡Aquí! —gritó uno de los amigos mientras me señalaba a otro que tenía la cara desencajada.

Me acerqué lo más aprisa que pude y vi que tenía un arpón clavado en el antebrazo derecho. Aparté a empujones a un par de amigos que seguían

pululando cerca, lo agarré por el pecho y nadé con él hasta la salida. Marc tardó algo más en llegar, pero para cuando posé mi pie sobre el primer escalón de acceso al exterior, apareció junto a mí.

—Marc, ayúdame a sacarlo del agua —le ordené—. Está perdiendo mucha sangre, hay que hacerle un torniquete.

Marc lo agarró por el pecho y con todas sus fuerzas lo elevó y lo subió por las escaleras casi en volandas. Yo agarré, casi al vuelo, la pistola que colgaba del arpón que de milagro no le desgarró el brazo.

El amigo, al notar el tirón, comenzó a gritar como un descosido. Yo le susurré palabras de aliento como si fuese una autómatas y ayudé a Marc a tumbarlo en el suelo del paseo sin hacer demasiado caso a los alaridos.

—Marc, vete a llamar a una ambulancia. No puedo hacer mucho. Marc, sin decir palabra, salió corriendo hacia la moto donde tenía el teléfono móvil.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté para mantenerlo distraído.

—Carlos. —Apretó para no soltar un alarido.

En contra de las normas, no le hice mucho caso. Estaba enfocada mirando a todas partes intentando encontrar algo para hacerle un torniquete, pero no veía nada. De repente se me ocurrió. Le cogí el cuchillo que llevaba atado en la pierna y corté la cuerda que unía el arpón a lo que parecía la pistola y se lo até fuertemente en lo alto del brazo a modo de torniquete.

—Carlos, no te preocupes vamos a ayudarte.

Me miró extrañado ante aquella frase tan aséptica y me di cuenta que igual, en aquellas circunstancias, seguir el manual no era lo más adecuado.

—No vamos a poder sacarte ese artilugio del brazo, pero Marc está llamando a la ambulancia y en unos minutos estarás de camino al hospital.

Mientras decía esto, noté un corro a mi alrededor que miraba sin demasiado entusiasmo.

—¡Qué hacéis ahí parados! —les grité.

Todos dieron un paso atrás por el tono brusco.

—Id ahora mismo a coger toda la ropa de abrigo que tengáis para poder taparlo. La va a necesitar.

Nada más escuchar aquello, salieron disparados hacia las motos. Cuando estuvieron a una distancia prudencial, me centré por fin en la herida. No tenía mala pinta. Había atravesado el antebrazo por detrás y el arpón salía por la parte delantera limpiamente. El problema era que al ser un arpón no había forma de sacar aquello del brazo. Habría que dejarlo así hasta que viniesen

los de la ambulancia y se lo llevasen a quirófano para quitarle aquel gancho.

—No te preocupes. Es una herida limpia. No es nada grave.

—Me han disparado. —Me miró con los ojos llenos de asombro y sin poder creerse lo que acababa de pasar.

—Eso te pasa por jugar con fuego. —Me salió del alma—. Ahora ya sabes cómo se sienten los peces. Espero que te sirva de escarmiento.

Carlos al escuchar aquellas palabras de desaliento fue a decir algo, pero justo en aquel momento, llegó Marc.

—Están en camino, en menos de diez minutos llegan. —Me miró directamente a los ojos—. ¿Crees que sería buena idea llevarlo hasta la carretera?

—No —le respondí tajante—. Está en estado de *shock* y la tensión le está bajando por momentos. Se está quedando frío. Si lo movemos, igual se nos desploma en plena carrera. Ya he mandado a tus amigos a buscar prendas de abrigo, no sé por qué tardan tanto. Ayúdame. Ponte a su lado e intenta distraerlo. —Me dirigí hasta las piernas de Carlos y se las levanté para intentar que no cayese desmayado.

En un momento dado miré a Marc y vi que este me señalaba hacia donde se encontraban sus amigos.

Al fondo del paseo había un grupo de jóvenes con prendas en los brazos y una humareda blanca que pululaba sobre sus cabezas.

—Cobardes —me salió del alma.

20

Era sábado por la noche y estaba sentada en el muro del paseo marítimo de Farrel sin encontrar postura. Había quedado con Marc en la playa y estaba algo nerviosa: me sentaba, me levantaba, cruzaba las piernas, y nada... La espera se me estaba haciendo interminable.

Ese mismo mediodía me había pasado una nota en el restaurante pidiéndome que nos viésemos allí tras acabar su turno de cenas. Me dijo que prefería quedar directamente en la playa para que nadie nos viese salir juntos del hotel. Así que, después de cenar, cogí a Gosby y me fui dando un largo paseo hasta la playa.

Llevaba diez minutos allí y Marc no daba señales de vida; quizás se le hubiese alargado el turno en el restaurante. Estaba tan descolocada que hasta me entró frío. Me quité la sudadera que llevaba atada en la cintura y me la puse con la esperanza de recobrar la temperatura corporal. Mientras tanto, Gosby estaba olisqueando unos árboles y marcando su territorio tan contento.

Hacía ya una semana desde que me había acostado con Marc y todavía no habíamos hablado de lo ocurrido. Pensé que lo íbamos a hablar el miércoles; pero al final, con todo el jaleo, no tuvimos tiempo de tocar el tema. Tras dejar a Carlos en la ambulancia, Marc me llevó hasta su casa y tuve el tiempo justo de coger a Gosby y llegar a los entrenamientos de las seis. Desde entonces no había tenido la oportunidad de hablar con Marc, así que seguía sin saber muy bien qué se suponía que había entre nosotros. Yo no hacía más que cambiar de opinión. Un instante pensaba que aquello no tenía sentido y en cuanto aquel hombre me echaba una mirada de reojo le prometía amor eterno. ¿Pero qué coño me pasaba? Ya podía solucionar el jaleo que había en mi cabeza si quería salir con una capacitación para salvamento acuático de aquella isla.

Un movimiento de Gosby me sacó de mis ensoñaciones y vi que mi *compi* echaba a andar hacia la izquierda. Agudicé la vista para ver qué pasaba y allí lo vi; una figura flacucha con ritmo desgarrado acercándose a nosotros mientras fumaba algo —esperaba que fuese tabaco—. Todavía no nos había

visto cuando Gosby lo alcanzó y se le echó encima posando las patas en su pecho. Marc frenó en seco y cogió la cabezota del perro con las dos manos devolviéndole el cordial saludo. Estaban guapísimos los dos allí juntos. Parecía que se conocían de toda la vida.

Marc empujó al perro hacia delante y miró a su alrededor buscándome. Me encontró en un rápido movimiento de cabeza, me lanzó una mirada alegre y levantó el labio superior como signo de reconocimiento. Aquello hizo que me temblasen todos los músculos del cuerpo. Joder, no sabía cómo comportarme con él, ni qué esperar de aquella cita.

Bah, pensé, seguro que para él fue un polvo de fin de semana y me había citado para aclararlo.

—Hola —le escuché decir ya a un metro de mí.

Mierda, ya había llegado.

—Hola —respondí con cara de desconcierto.

Marc, como si nada, se apoyó en el muro con la cadera rozando la mía y se quedó callado. Empecé a mirar para todos lados para ver si me venía algo a la cabeza y una eternidad después, por fin, se me ocurrió.

—¿Oye? ¿Cómo está Carlos? —Separé mi cadera de la suya con la excusa de mirarle a la cara—. No he podido preguntártelo estos días y estoy algo preocupada.

—Muy bien. —Hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia al asunto—. Cuando llegó al hospital, tuvieron que llevarlo al quirófano para poder quitarle el arpón, pero esa misma noche ya durmió en casa. —Tragó saliva, se giró para mirar al horizonte y prosiguió—. ¡Qué risas! Fue Rafa quien le disparó. Se supone que disparó a un mero y el brazo de Carlos apareció como por arte de magia. —Se dobló agarrándose el estómago de risa.

Qué chico más extraño, pensé, le disparan a un amigo suyo y se mea de la risa.

—Eso sí, Carlos llevaba un mosqueo monumental y tuvo una gorda ayer con Rafa.

—¿No fastidies?

—Después de pasar media tarde discutiendo, consiguieron hacer las paces como dos buenos chicos.

—Menos mal. —Le miré con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Gracias, otra vez, por sacar a Carlos del agua. —Se volvió a acercar a mí mucho más de lo que yo consideraba adecuado—. Como sigas así, voy a

necesitar dos vidas para pagarte la deuda.

—¡Bah! —Hice un gesto con la mano para quitarle importancia—. Ya te dije que es mi trabajo. Además, estoy segura que lo hubieseis manejado perfectamente sin mí.

—¿Estás segura? —Se volvió a pegar a mí levantando una ceja—. ¿No te acuerdas de que no se atrevieron ni a pasarnos una sudadera para el pobre Carlos? —Se le escapó una carcajada solo de recordarlo—. Cuando me acerqué a ellos tenían la cara tan blanca que parecían fantasmas.

—Sí —se me escapó—, pero eso era por la mierda que estaban fumando no por otra cosa.

Marc, me lanzó una mirada indescifrable por el comentario, pero en ningún momento borró la sonrisa.

Aquella característica de él era una de las cosas que más miedo me daban. Sabía que fumaba *maría*, pero no sabía cuánto, ni si se metía algo más. Jamás había conocido a nadie que consumiese drogas y aquel hecho me descolocaba.

—¿Quieres dar un paseo? —sugirió cambiando de tema.

—Claro —respondí haciéndole una señal a Gosby para que nos acompañara.

Bajamos a la playa, nos quitamos las chancletas y llegamos a la orilla del mar en otro silencio incómodo. Dios, pensé, para qué habría quedado con aquel hombre. Eso me pasaba por acostarme con alguien al que apenas conocía.

—Bueno, ¿y qué tal todo? —intenté rellenar aquel silencio.

—Sin cambios —respondió sin intención de alargar la frase.

Seguí andando sin saber muy bien qué más decir y de repente noté cómo su mano alcanzaba la mía y con un leve roce me invitaba a que la agarrase.

Le miré sin comprender y Marc me regaló una mueca de estar divirtiéndose mucho al tiempo que cogía mi mano sin esperar respuesta.

Cansado ya de la extraña situación, Gosby dio un par de ladridos y se metió en el agua poniéndonos perdidos a los dos. Nos miramos empapados y explotamos en sendas carcajadas; la tensión tenía que explotar por algún lado.

Nos intentamos quitar el máximo de gotas posibles y ya medio secos, el ambiente quedó algo más distendido y decidí ir al grano.

—Marc, no sé muy bien qué esperar de esto. —Elevé los hombros y miré a todos lados excepto a su rostro.

—No entiendo la pregunta —me respondió con un brillo especial en los ojos.

Perfecto, me lo iba a poner difícil.

—Bueno... —Me paré frente a él para afrontar el asunto de una vez por todas—. Nos hemos acostado juntos y no sé qué se supone que debo esperar.

—Según mi experiencia lo mejor es no esperar nada, así no te llevas decepciones. —Me cogió un mechón de pelo que tenía en mitad de la frente y me lo colocó detrás de la oreja.

Aquello me dejó helada. ¿Habría sido un polvo de una noche y ya? ¿Entonces para qué quedábamos?

Me retiré instintivamente. Era idiota al pensar que igual podía haber sido otra cosa.

—No suelo acostarme con nadie así como así —solté ofendida.

Si para él aquello había sido una noche más, no era propio de mí acostarme con el primero que se cruzaba en mi camino.

Marc, dándose cuenta de su metedura de pata, me cogió de una mano y tirando suavemente de ella, dejó mi cuerpo encajado en el suyo. Noté cada músculo de su cuerpo y aquello me puso tensa.

Antes de que pudiese reaccionar, agarró mi barbilla con dos dedos y dejó mi boca a su merced. Sus labios se pegaron a los míos, pero yo no le devolví el beso. Marc, frustrado, me atrajo más a él, clavó sus caderas en las mías y me besó con más intensidad. Aquello, muy a mi pesar, hizo que reaccionase como una flor ante el sol. Entrelacé mis dedos en su nuca y le devolví el beso con la misma fuerza. Su boca tenía un toque a mar, a tabaco y a marihuana que me llenó de sensaciones.

Ese chico era capaz de llevarme del amor al odio en décimas de segundo. Una vez que terminó de saborear mi boca a su antojo, se separó de mí solo un milímetro y su mirada me dejó desarmada. Sus ojos brillaban como dos faros en la oscuridad y me contaban un millón de historias que yo no quería saber.

—Perdona —me dijo—. No quería decir eso. Solo que a mí me ha ido bien con ese consejo.

—Un poco triste no esperar nada de nadie, ¿no crees? —le reproché.

—Bueno. —Levantó los hombros quitándole importancia al asunto—. No puedo permitirme el lujo de confiar en mucha gente.

Clavó otra vez sus ojos en los míos como haciéndome una pregunta imposible de contestar.

—No sé qué se supone que hay entre nosotros —dejé pasar el desafortunado comentario.

Marc no me estaba ayudando a comprender nada de aquello y yo quería

aclararme de una vez por todas.

—No lo sé —contestó bajando la cabeza avergonzado al tiempo que se rascaba la cabeza enérgicamente—. ¿Qué te gustaría que hubiese?

—¿Yo? —exclamé en un grito bastante más agudo de lo necesario—. ¿Yo tengo que decidir qué hay entre nosotros?

—¿Por qué no?

—¿Y si te pido fidelidad mientras dure? —pregunté a sabiendas de que se negaría al instante.

—Si lo quieres así, por mí bien. —Contuvo una carcajada al ver mi cara de desconcierto.

—Sí, claro —le respondí exasperada—. Te dedicas a liarle con tías *finde* sí y *finde* también y ahora vas a ofrecerme fidelidad absoluta porque a mí me apetezca.

—¿Quién te ha dicho que me lio con tías todos los fines de semana?

—Te vi en la Cova d'en Xoroi y se te veía muy suelto para ser la primera vez que hacías algo así.

Mierda, pero para qué le decía aquello.

—Y porque pillase una noche en una discoteca, ¿no puedo ser capaz de ofrecer fidelidad? —Se separó de mí para dar más énfasis a sus palabras.

—Bueno, da igual. —Negué con la cabeza para quitarle importancia—. Lo he dicho por decir. No espero nada de ti.



Aquella chica lo estaba volviendo loco. Era verdad que no habían hablado sobre su extraña relación pero, a aquellas alturas de verano, él le hubiese bajado la luna si ella se lo hubiese pedido.

Aquella charla no iba demasiado bien y él estaba dispuesto a aclarar aquella charada costase lo que costase. Estaba muy avergonzado por lo pasado el domingo anterior. No entendía cómo después de hacer el amor con ella había acabado llorando entre sus brazos y aquello le hacía sentir muy incómodo. Él siempre se hacía el duro con las chicas y a ellas parecía gustarles mucho aquel rol, pero Cat parecía diferente. Jamás había encontrado tal consuelo en los brazos de una mujer y él anhelaba repetir aquella sensación de bienestar.

—¿Crees que no puedo ofrecer fidelidad? —soltó cabreado al ver que ella tenía tan poca confianza en él—. ¿Tú qué esperas de esta relación? —quiso saber en un tono de cabreo evidente tirando del brazo de Cat con bastante brusquedad para obligarla a ponerse frente a él.

—No sé, Marc —se envalentonó y le miró a la cara—. ¡Bah! Es una tontería.

—¿Crees que es una tontería lo que pasó en mi casa? —preguntó sin entender cómo estaba yendo tan mal la cita—. Si me pides fidelidad, te la ofreceré sin ningún esfuerzo —le respondió con el ceño fruncido desviando la mirada en el mar.

Aquello para él era una declaración de amor en toda regla.

—Marc, te confieso que no sé cómo acabé en la cama contigo el otro día. Es la primera vez que me acuesto con alguien a quien apenas conozco. Estoy un poco descolocada. —Se giró clavando los ojos en la cabezota que asomaba a unos metros de ellos—. Me voy en mes y medio y no sé si será buena idea seguir con esto.

A Marc aquello le pareció una despedida en toda regla y no tenía ninguna intención de perder aquella batalla así como así. Se acercó a ella por detrás, se pegó a su espalda y la abrazó para intentar recuperarla. Cat agarró sus brazos con las dos manos y atrajo su trasero a sus caderas. Parecía que se estaba calmando y a Marc se le escapó una sonrisa de satisfacción.

—Mejor centramos en el ahora, ¿no crees? —le sugirió mientras enterraba su cara en su melena.

Marc se dio cuenta que Caterina seguía con aquella odiosa coleta y con un rápido movimiento le quitó la goma de pelo. Nada más hacerlo, la melena de Cat cayó sobre sus hombros. La miró de reojo como para comprobar su reacción y al ver que esta no se había enfadado, volvió a enterrar su cara en aquella cascada dorada. No quería ni pensar en un futuro sin ella. Aquello era impensable para él.

—¿Y en cuanto a lo de la fidelidad? —preguntó Caterina desconcertada.

—Si tú quieres, claro —le aseguró mirándole a los ojos con franqueza.

Si pensaba en ella desde que se levantaba hasta que se acostaba, como para andar liándose con otras.

—¿Estás seguro? —preguntó incrédula taladrándole con aquellos ojos verdes que le hacían perder el sentido.

—Oye, que también he tenido parejas en el pasado a las que he sido totalmente fiel —contestó ya un poco molesto por la falta de confianza.

En realidad su tiempo máximo de fidelidad había durado cuatro meses, pero eso era algo que Caterina no tenía por qué saber.

—Vale, perdona.

—Bueno, ¿entonces? —preguntó Marc con ganas de acabar la conversación.

—Marc, creo que me gusta mucho estar contigo. —Giró Caterina la cabeza y le lanzó una mirada de reojo.

—¿Crees? —soltó en un tono mucho más agudo que el esperado.

Marc escuchó cómo a Caterina se le escapaba una risa floja.

—Me gustas mucho. —A Marc, aquello le tranquilizó—. Nos encanta pasar la tarde con vosotros. —Señaló al perro para dejar claro a quién se refería.

Sin decir más, Marc cogió a Caterina con las dos manos, la giró para ponerla de frente y la besó como si fuese su posesión más preciada. La necesitaba como algo imperioso.

—Entonces, ¿no te dedicarás a besar a otros mientras estés conmigo? —preguntó Marc entre beso y beso igualmente inseguro de la fidelidad de Cat.

—Creo que el problema es al revés, Marc.

—¿Ni con ese tal Mikel? —soltó sin pensar demasiado en lo que decía.

Caterina se deshizo de su abrazo para mirarlo con los ojos como platos.

—¿Mikel? —Hizo una pausa para cerrar la boca—. ¿Crees de verdad que tengo algo con Mikel?

—Cada vez que os veo, ese tío tiene las manos sobre ti, si no te agarra por la cintura, te está tocando un muslo y, si no, lo tienes abrazándote por los hombros.

Ya estaba, ya lo había soltado.

A Caterina se le escapó una carcajada que no hizo ni pizca de gracia a Marc.

—Mikel es un pulpo y nos trata así a todas —confesó la mar de divertida.

—Pues a partir de ahora podrías intentar que te quitase a ti de la ecuación.

—Frunció el ceño Marc.

—Hecho.

Aquello sí que no se lo esperaba. Jamás nada había sido tan fácil.

Atravesó a Caterina con la mirada, su labio superior se curvó en una mueca muy suya y con toda la delicadeza que pudo encontrar, tumbó a Caterina sobre la arena y le hizo el amor apasionadamente bajo una lluvia de estrellas.

21

Mientras Marc y Caterina disfrutaban de una intimidad inesperada en la orilla del mar, Mariona se dirigía a buen ritmo a casa de Richard. Había decidido quedarse aquella velada tranquila en el sofá de casa, pero a media noche ya no aguantaba más. Se había quedado sin jaco y no soportaba pensar en todas las horas que le quedaban hasta despuntar la mañana. Sabía que a Richard le había ido bien en los últimos días y si se lo montaba bien podría conseguir algo gratis.

Tocó el timbre de la puerta de su apartamento y... ¡Bien! Richard estaba en casa.

—¿Qué pasa, nena? —Le abrió la puerta con una amplia sonrisa. Todo pintaba a las mil maravillas, pensó Mariona.

A eso de la una de la madrugada, Mariona seguía tirada en el sofá de casa de Richard haciéndole arrumacos para intentar convencerlo de que le pasase algo. A pesar de las buenas expectativas, después de una hora de estar allí metida, todavía no había conseguido que le ofreciese nada para meterse. Se le estaba resistiendo bastante más de lo esperado. Se fue a levantar para tomar algo de distancia y pensar en una nueva estrategia cuando sonó el timbre de la puerta.

—Espera, preciosa, que voy a abrir —dijo Richard empujándola un poco para quitársela de encima.

Mariona comenzó a mirar ansiosa para ver dónde podría haber guardado Richard las drogas —ya había revisado el cajón de siempre y estaba vacío—, pero no encontraba ninguna pista de dónde tendría la mercancía escondida.

Cuando la puerta se abrió, Mariona vio que era un cliente pasado que llegaba a pillar algo.

—Pasa, tío. —Abrió la puerta Richard.

Este le dijo algo a Richard desde la entrada y le pasó unos billetes

enrollados entre dos dedos.

—Espera, tío, ahora te lo traigo.

Richard se fue directamente a un cajón que tenía cerca del televisor, cogió una papelina y se dirigió hacia su cliente. Mierda, pensó Mariona, saber que estaba tan cerca y no poder alcanzarla.

Giró la cara hacia la puerta para evitar hacer una locura y Mariona se dio cuenta de que el susodicho no le quitaba ojo de encima; de hecho, le echaba miradas libidinosas de forma bastante poco disimulada.

Qué asco, pensó al ver su sonrisa llena de agujeros.

Richard se acercó a él y comenzaron a cuchichear por lo bajo mirándola con todo el descaro del mundo. Joder, lo que faltaba.

Al final, Richard le indicó dónde estaba el baño y este se dirigió allí sin apartar los ojos de ella.

Qué afortunado, aquel idiota se iba a poner allí mismo.

—Richard —arrancó Mariona que ya empezaba a estar realmente necesitada—. ¿Por qué no me pasas un poco de lo que le has dado a ese tipo?

—Nch, nch, nch. —Le hizo un gesto de negación con el dedo—. Mariona, el problema es que te llevo financiando la heroína desde ni sé —le dijo mientras metía un dedo en su escote y jugueteaba con él.

—Es que no tengo pasta, mi hermano cada vez me da menos y como tú eres mi novio pensaba que no te importaba.

—Pues pensabas mal, nena. Si quieres jaco, vas a tener que empezar a ganártelo.

—Joder, ya sabes que he buscado trabajo pero no me dan curro en ningún sitio —le respondió Mariona desesperada.

—No te preocupes, tengo el trabajo perfecto para ti. —Guardó silencio para hacerse el interesante—. Mira. —Señaló a la puerta del baño para indicar a quién se refería—. Jose me ha dicho que está dispuesto a pagar por acostarse contigo. Pensaba que eras una puta y me ha pedido que te comparta con él.

—Per... —Mariona se incorporó de un salto para alegar algo que no logró verbalizar.

—Mariona —le cortó Richard—, las cosas ya no pueden seguir así, yo no tengo tanto dinero para pagar tus vicios. Tendrás que empezar a hacer algo, ¿no crees?

—Richard —respondió esta bastante alterada—. ¡Pero soy tu novia! —acabó exclamando con cara de horror.

—Ya, nena, pero a mí no me importa. Lo hago por tu bien, así podrás pagar

el caballo que te metes y podrás encontrar algo de paz —le dijo pasando el dedo por su mejilla en tono cariñoso—. A estas alturas de la noche ya te veo algo alterada y yo soy comprensivo; entiendo que te acuestes con otros por una papelina.

En aquel momento la cabeza de Mariona comenzó a funcionar a mil por hora. Sabía que Marc no le había dejado dinero para pasar la noche y no conseguiría nada hasta el día siguiente. También sabía que no iba a poder aguantar toda la noche sin subir al cielo. Antes del amanecer, estaría como loca con calambres y vómitos. Joder, se le había acabado el chollo con Richard. Nunca pensó que le pidiese algo así, pero... Bueno, se engañó a sí misma, por una vez quizás no pasase nada. Richard no era su primer novio, ya se había acostado con otros hombres. No tenía por qué ser diferente. Mientras todos esos pensamientos cruzaban por su cabeza, escuchó que se abría la puerta del baño. Era el tal Jose que salía ya con una jeringuilla usada en la mano. Tenía que tomar una decisión y rápido.

—Richard, creo que no voy a ser capaz —soltó nada más ver aparecer a aquel hombre escuchimizado con la ropa sucia que le enviaba una sonrisa lasciva y desdentada.

—Claro que vas a ser capaz —le respondió Richard cambiando totalmente de tono de voz—. Me lo debes.

—¿Yo? —preguntó esta sin comprender.

—Sí, nena. —Se levantó Richard del sofá tirando de las manos de Mariona para acercarla a aquel hombre—. Me lo debes por todo el jaco gratis que te has metido a mi cuenta. Anda, no te preocupes. Una vez que empieces va a ser mucho más fácil.

En aquel momento Mariona vio que no tenía escapatoria. No era que tuviese que elegir el acostarse con aquel desgraciado o no, sino que no le dejarían salir de aquella casa sin hacerlo.

Cuando lo tenía a un palmo, el hombre estiró la mano y la agarró del brazo, volviendo a lanzarle una mirada seductora que a Mariona le revolvió el estómago. Sin decir más el hombre le arrastró hasta uno de los dormitorios y Richard cerró la puerta dejándola sola ante el peligro.

El tal Jose se había metido un chute bastante gordo y parecía que comenzaba a hacerle efecto, pero aún y todo consiguió acercarse a ella, cogerla por la nuca y pegar sus labios a los de ella.

Mariona notó la lengua apestosa de aquel hombre introduciéndose en su boca y casi tuvo que reprimir una arcada. ¿Cómo iba a poder irse a la cama

con aquel tipo si no podía aguantar ni un beso? Mariona puso las manos en sus hombros para alejarlo de ella de forma instintiva, pero el tal Jose cogió fuerzas y de un empujón la tiró sobre la cama. Mariona se asustó y comenzó a darle patadas para quitárselo de encima, pero el tipo consiguió esquivar las patadas e inmovilizarla.

Estaba perdida, a pesar de que el hombre no estaba en plenas facultades, sabía que no iba a poder con él. Analizó la situación como pudo y decidió que lo mejor sería colaborar si no quería salir mal parada de aquella casa.

Dejó de patear y se quedó quieta como una estatua con un peso muerto encima. El tipo, que notó el cambio de actitud, echó a Mariona otra sonrisa podrida y comenzó a besarla de nuevo. Mariona apartó la cara y clavó la vista en la ventana para intentar que sus pensamientos volaran lejos, muy lejos. Aquella era una táctica que le había enseñado su hermano de niños: cuando algo no iba bien o uno se sentía triste, lo mejor era refugiarse en las estrellas. Ellas siempre estarían allí ofreciendo paz y un brillo de esperanza. El problema fue que al girar la cara, el hombre vio su cuello descubierto y le lamió toda la piel con aquella lengua babosa; un escalofrío de asco la recorrió de arriba abajo.

Las manos del tal Jose comenzaron a trabajar rápido y en un instante dejó a Mariona con la camiseta subida hasta los hombros y el sujetador al aire. Se quedó obnubilado con los turgentes pechos y cuando se cansó de observar, tiró con fuerza del sujetador para arrancarlo. Mariona se quedó medio desnuda delante de aquel extraño que agarró sus pechos con ambas manos y comenzó a succionarlos. Lo hacía de forma brusca y sin miramientos y Mariona sentía que los pezones se le estaban irritando por momentos. Un buen rato después, se cansó de sus pechos y decidió centrarse en sus pantalones. Le desabrochó el botón y, no sin dificultad, consiguió bajarle la cremallera. Aquel tipo cada vez iba más lento; estaba claro que la droga le estaba haciendo efecto.

La desnudó de arriba abajo, se tumbó sobre ella y apoyó todo su peso contra el cuerpo de Mariona sin que esta hiciese nada para colaborar. Le separó las piernas sin mucho esfuerzo y se bajó su propia cremallera para sacarse el miembro. Mariona notó cómo aquel apéndice pegajoso le rozaba el muslo y le sobrevino una arcada que tuvo que reprimir con su mano derecha.

Se quedó parada esperando lo peor y de repente se dio cuenta de que el hombre no intentaba introducirse en su entrepierna. Se quedó muy quieta para intentar comprender qué sucedía y entonces se dio cuenta: estaba tan colocado que no podía empalmarse y se estaba tocando para ver si conseguía hacer

algo. Mariona volvió a clavar la vista en la ventana llena de estrellas e intentó olvidar dónde se encontraba.

Unos minutos después, el movimiento de la mano de aquel hombre cesó. Extrañada levantó la cabeza y vio que el tal Jose se había quedado dormido.

Se quedó quieta, sin atreverse a mover un músculo lo que pareció una eternidad, y cuando comprendió que nada iba a cambiar, dio un empujón a aquel peso muerto y bajó de la cama.

Se vistió de forma rápida y salió al salón con la mano extendida dejando claro que quería su ración de jaco. Richard, al verla, le regaló una mirada de aprobación, colocó una papelina en su mano y Mariona, sin mirarlo a la cara a riesgo de lanzarle un escupitajo, cogió su bolso y salió corriendo hacia un lugar seguro donde poder meterse su merecido premio.

Marc entró en el despacho de Joan, el dueño del hotel, en Mahón. Este estaba hablando por teléfono y cuando lo vio entrar, le hizo una seña con la mano para que se sentase en una de las sillas que tenía frente a la mesa. A Marc no le gustaba sentirse como un cliente, así que pasó de Joan y se sentó en un armarito que tenía colocado bajo una de las ventanas.

Joan se había convertido en su salvavidas desde que se conocieron en aquella entrevista de trabajo y su extraña relación no había hecho más que crecer en los últimos años. Marc no entendía cómo habían llegado hasta allí, pero Joan era su protector se mirase por donde se mirase. Gracias a él tenía un trabajo bien pagado, una casa dónde vivir y se sentía un poco menos solo en la vida. Sabía que podía acudir a él con cualquier atolladero y eso se agradecía.

Miró alrededor y volvió a corroborar que el despacho era impresionante. Estaba en uno de los mejores lugares de Mahón. Desde allí se veía todo el puerto y prácticamente hasta la Mola. A Marc le parecía increíble que alguien pudiese ganar tanto dinero como para tener un despacho de aquellas características. El pensar en el dinero de Joan le recordó para qué había ido hasta allí y decidió centrarse en su objetivo. Ya se lo podía montar bien, porque necesitaba pedirle algo delicado y no quería cagarla. Había ensayado el discurso unas cuantas veces, a ver si con un poco de suerte le salía todo rodado.

Joan se despidió de su interlocutor, colgó el teléfono y se levantó para dar un abrazo a Marc.

—Marc, ¿qué te trae por aquí? —preguntó alegrándose de verle.

Marc por el tono de su amigo sabía que algo raro esperaba.

—Pues bien, ahí ando.

—Qué bien que hayas venido porque tenía intención de llamarte uno de estos días.

—¿Y eso? —Se veían a menudo en el curro y muchas veces quedaban a comer, pero era raro que Joan le llamase por teléfono.

—Quería hablarte de un asunto de trabajo.

Mierda, pensó Marc, ya había problemas.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Marc saltando de su asiento y quedándose de pie al lado de Joan.

—Pues tengo un aviso del hotel por un asunto que te concierne —comenzó a decir, al tiempo que cogía a Marc por los hombros y le obligaba a sentarse en la silla frente a su escritorio—. Debe ser que tienes a todo el personal, incluso al director, acojonados, porque me han pasado el aviso directamente a mí —acabó Joan en una carcajada.

Todos en el curro sabían que Marc era el protegido del dueño, así que pocos eran los que se atrevían a llamarle la atención. Era verdad que Marc tampoco daba mucho pie a ello. Iba al trabajo, hacía lo que tenía que hacer y, en cuanto se acababa el turno, se iba a su casa sin dar motivo de quejas.

—A ver, dispara —se resignó Marc abandonando su silla para apoyarse de nuevo en el alféizar de la ventana cruzado de brazos y piernas.

—Pues, me ha llegado una interesante notita —sacó un papelito escrito a mano del primer cajón del escritorio—, en la que pone que Marc Torres anda liado con una de las clientas.

A Marc se le salieron los ojos de las órbitas. ¿Cómo podía ser? Si habían tenido un cuidado infinito. Su cara de susto debió delatarlo, ya que Joan levantó una ceja dejando claro que no le iban a servir de nada las excusas. Era verdad que llevaba unos días quedando a diario con Cat, pero se lo habían montado bien o, por lo menos, eso pensaba él.

—¿Qué te han dicho?

—Pues no mucho, pero tu cara es como un libro abierto —se puso serio—. Ya sabes que está totalmente prohibido tener líos con las clientas y sabes que es una regla inamovible. Con ello nos aseguramos que haya calidad en el servicio.

—Ya lo sé. —Frunció Marc el ceño—. Ya sabes que no ando liándome con clientas. Pero he conocido a alguien.

Se calló por no saber cómo proseguir.

—Y ese alguien, ¿es una clienta?

—Sí, es clienta. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Es una de las chicas que están con el equipo de salvamento acuático que pasa el verano en el hotel. Ella es diferente —aclaró al final.

—¿Y qué tiene de diferente?, si se puede saber. —Guardó silencio—. Es una clienta —le reprochó Joan.

—Ya sé que es una clienta y le he explicado la situación, por eso nunca salimos juntos del hotel y siempre quedamos en sitios alejados para que nadie sospeche. —Marc miró a los ojos a su amigo y prosiguió—. Joan, ella es diferente, no es solo una clienta.

Joan guardó silencio como táctica para hacerle hablar y en ese momento Marc notó que su amigo estaba algo descolocado. Había mucha confianza entre ellos, pero jamás habían hablado de ligues. Por supuesto que Joan sabía que tenía relaciones de fin de semana e incluso alguna más duradera, pero nunca se las había mencionado.

Joan le lanzó una sonrisa de medio lado y a Marc no le quedó otra alternativa más que comenzar a contar la historia al completo. Le contó lo que Gosby había hecho por Mariona, le contó lo que había pasado con Carlos, le contó cómo habían comenzado a conocerse y le habló de las mil virtudes que había descubierto en ella.

—Ella es diferente —volvió a repetir.

—Marc, pensé que jamás te oiría hablar así. —Surgió una sonrisa de oreja a oreja en la cara de Joan.

El cabrón se estaba divirtiendo, pensó Marc.

—Eso es por lo que quería venir a verte —dijo yendo al grano.

Por la cara que puso Joan, aquello sí que lo terminó por desconcertar.

—El perro anda con algún problema que otro en varios ejercicios de su entrenamiento. A ese perro le debo la vida de mi hermana y me gustaría pedirte un favor para ayudarles a superar una prueba.

Joan se quedó con la boca abierta. Marc sabía que Joan no sabía nada de perros y mucho menos de salvamento, así que pidió lo que quería de carrerilla para que Joan entendiese de qué iba el asunto.

Hubo un momento de tensión. En realidad lo que le pedía era un favor muy grande y Marc sabía que le costaría una pasta.

—Bueno —confirmó al fin—. Te ayudo porque te veo un poco tonto con la chica, pero... —Señaló a Marc con el dedo—. Me debes una, colega.

Marc dio un salto de alegría, abandonó el alféizar de la ventana y se lanzó al cuello de su amigo para darle un gran abrazo.

Joan comenzó a reírse a carcajadas.

—Pero ya puedes andarte con cuidado y que no te vea nadie. Me estás poniendo en un compromiso.

Dicho lo cual, Marc salió del despacho dando saltos de alegría. Se moría de ganas de poder darle a Caterina la sorpresa. Seguro que con aquello ganaba

muchos puntos.

Antes de cerrar la puerta del despacho, Joan terminó diciendo.

—¡Ah! Y ya que me voy a gastar un pastón en una chica que no conozco, espero que la traigas a la comida que tenemos el día veinticuatro.

—Eso está hecho.

La noche no pintaba muy halagüeña, a pesar de todo: me ajusté las tiras de las sandalias, cogí el bolso y dejé a Gosby en la habitación con el aire acondicionado encendido.

Marc me había invitado a una fiesta en un garito de Mahón y a mí no me apetecía demasiado ir; sobre todo al enterarme que también irían todos sus amigos. Acepté solo porque Marc insistió en que Carlos quería agradecerme lo que había hecho por él el día del accidente y aquello me ablandó el corazón. El problema era que no estaba segura de cómo sería recibida por el resto de sus colegas después de la pésima acogida que había tenido el día de la pesca submarina. Bueno, pensé, ya era tarde para echarse atrás.

Llegué a buen paso a la parte trasera del hotel y vi que Marc me esperaba apoyado en su moto con cara de impaciencia. Levantó la mirada inquieto y se le escapó una sonrisa de medio lado al verme. Me había puesto el vestido que llevé en nuestra primera cena y, por su expresión, parecía aprobar mi indumentaria.

Me acerqué decidida —hacía días que parecía que la vergüenza entre nosotros había desaparecido— y fui a darle un beso en los labios. Sin embargo, justo antes de llegar reprimí el impulso; estábamos demasiado cerca del hotel para eso. Aquello hizo que un halo de oscuridad cruzara por su rostro. Frunció el ceño y como para compensarlo, estiró de la goma de mi coleta y dejó que mi melena cayese sobre mis hombros.

—Mucho mejor —dijo a modo de saludo.

Aquello empezaba a ser ya una costumbre en casi todas nuestras citas.

Mientras él se dedicaba a ponerme el pelo a su gusto, yo aproveché para echarle un rápido vistazo. El atuendo de Marc no había cambiado ni lo más mínimo; llevaba una camiseta de manga corta, unas bermudas del mismo color y unas deportivas. En aquella ocasión haciendo alarde de una extravagancia sin parangón, Marc había decidido ponerse una camiseta de color negro. Todo un acontecimiento en la isla, pensé riendo para mis adentros.

Cansada de que me atusase el pelo, le di un manotazo, me coloqué el casco y me monte en la moto.

—Venga, vamos.

Era la tercera vez que me montaba en aquella cosa y seguía dándome mucho miedo, así que me agarré con fuerza a su cintura y Marc arrancó con más potencia de lo necesario.

Ya dentro del local nos dirigimos directos a la zona donde se encontraban los amigos de Marc; que como pude comprobar ya llevaban un buen rato de fiesta. El único que vino a saludarme fue Carlos; fue muy amable conmigo y me agradeció como veinte veces que le hubiese salvado la vida. Sin embargo, tuve que aguantar un repertorio bastante amplio de caras de asco de Rafa sin que mi acompañante hiciese demasiado para solucionarlo. Hacía unas semanas que había llegado a la conclusión de que Marc era el típico chico bueno que andaba en malas compañías, aunque si comparaba sus amistades con las de su hermana, los colegas de Marc parecían un grupo de angelitos caídos del cielo.

A la hora de estar en la discoteca, me di cuenta de que Marc casi no me había hecho ni caso y comencé a hartarme de tanta indiferencia.

—Marc, voy a pedir algo —le dije, al tiempo que abandonaba la mesa donde estábamos sentados para acercarme a la barra.

Andaba sin prestar mucha atención a lo que pasaba a mi alrededor cuando en mitad de la pista me golpeé el hombro con alguien. Levanté la vista para ver de quién se trataba y cuál fue mi sorpresa que me encontré cara a cara con las pupilas dilatadas de Mariona. Estaba en un estado pésimo; el color de su rostro se aproximaba más a una sábana que a otra cosa, el pelo lo llevaba sobre la cara y a cada paso se balanceaba sin control. Me quedé petrificada. No podía creer que aquella chica tan dulce y carismática anduviese por la discoteca en aquel estado. Me quedé espantada. Jamás la había visto tan mal.

—Mariona —conseguí decir en un susurro ahogado.

Esta, al escuchar su nombre, giró la cabeza y se quedó mirándome unos segundos sin reconocerme. Marc se moriría si la viese así. De repente se le iluminó el semblante y esbozó una sonrisa sin apenas poder abrir los ojos.

—Cat. —Se apoyó en mí de tal manera que casi me hace perder el equilibrio—. ¿Dónde te has dejado a nuestro perrazo?

—Mariona, ¿te encuentras bien? —me limité a decir como si fuese tonta.

—Claro, estoy en la gloria —me respondió con una sonrisa floja,

colgándose de mi hombro—. ¿Quieres probar? —Se sacó algo del bolsillo del pantalón y se alejó de mí lo suficiente como para perder el equilibrio.

Aquello sí que me alarmó, no solo estaba hecha un desastre sino que estaba intentando pasarme alguna mierda.

—Mariona, ¿quieres que te lleve a casa? —le pregunté agarrándola por el brazo para impedir que acabase en el suelo.

Antes de que pudiese abrir la boca, vi cómo una mano la agarraba del brazo sin demasiada ternura y la zarandeaba.

Al ver los tatuajes, pensé que estaba todo perdido. Miré a Marc a la cara y me di cuenta de que estaba fuera de control.

—Mariona, ¿qué coño haces aquí? ¿Pensé que te lo había dejado claro el otro día?

—Marc, no te enfades —consiguió decir Mariona, intentando escaparse de su hermano—. No he podido remediarlo, se está tan bien así.

—Me *cagüen* la puta, Mariona, vas a acabar conmigo.

Cogió a su hermana por un brazo y, sin dejar que se despidiese de sus amigos, la sacó del garito en volandas. Les acompañé a una distancia prudencial para cerciorarme de que la cosa no pasaba a mayores, pero no me atreví a intervenir.

—Mariona, no puedo más, no sé qué coño hacer contigo —soltó Marc mientras miraba a ambos lados de la calle buscando un taxi en el que meter a su hermana—. Estoy hasta la polla de las amistades de mierda que tienes, ¿no te das cuenta de que no valen para nada?

Me di cuenta de que eso era lo que llevaba pensando yo toda la noche sobre sus amigos, pero no dije nada.

—Marc, anda déjala —le aseguré—. En su estado es inútil intentar razonar con ella.

Marc miró alucinado de verme allí, asintió con resignación y siguió en su tarea de buscar un taxi.

Paró el primer taxi que pasó por delante, abrió la puerta y la lanzó literalmente en el asiento trasero.

—A la calle San Luis, número seis —señaló al conductor mientras le pasaba un billete que podría cubrir el trayecto de ida y vuelta tranquilamente—, y no pare diga lo que diga la chica.

Cerró la puerta y esperó a que el coche desapareciese calle abajo.

—No sé qué hacer con ella.

Me acerqué a él rota por su cara de desesperación y le abracé con todo el

cariño del mundo.

—Seguro que se te ocurre algo.

—Ya no puedo con ella, desde que salió de la casa cuna va de mal en peor y desde que se echó ese novio de mierda, su estado ha caído hasta límites insospechados —se sinceró deshaciéndose de mi abrazo para mirarme a la cara—. Es un camello que no hace más que pasarle heroína. Mariona cada vez está peor y yo me estoy quedando sin fuerzas.

—¿Quieres que nos vayamos a casa y lo hablemos? —le propuse encantada de poder abandonar la fiesta y tocar el tema de su hermana y, ya de paso, el suyo propio.

En realidad, tenía muy claro qué era lo que había que hacer con Mariona, lo que no entendía era cómo Marc no lo había hecho ya.

—No —me soltó con rotundidad—. Prefiero entrar en la fiesta y olvidarme por esta noche del asunto.

Elevé los hombros con resignación y le seguí dentro del garito.

Nada más reunirnos de nuevo con sus amigos, Marc se acercó a Rafa, le dijo algo al oído y se fue directamente al baño con él.

Allí, sentada en una butaca y viendo a Marc salir y entrar del baño, me pasé las siguientes dos horas. No sabía si se pensaba que era idiota o qué, pero era evidente que la coca era parte principal de aquella fiesta. Después de la bronca con su hermana, no entendía cómo podía pasarse la noche metiéndose mierdas de esa manera. Yo, en cambio, estaba fría como el hielo sin saber muy bien cómo actuar.

Hacia las tres de la mañana, ya harta de contemplar el trajín que se traían en los aseos, pedí a Marc que me sacase de allí.

—Marc, estoy cansada, ¿podríamos irnos? —le pedí casi sin mirarle por lo terrible de la estampa.

—¿En serio?, pero si ahora empieza lo mejor de la fiesta.

Hice un gesto de incomodidad con los hombros y creo que fue cuando se dio cuenta de que no estaba bien.

—¿No te apetece quedarte ni un rato más? —volvió a intentarlo.

—La verdad es que no, Marc.

—Está bien, me despido y nos vamos a despejarnos un rato.

Sí, pensé, lo necesitas de veras.



Con el cabreo que llevaba, no le había hecho ni caso a Cat. Rafa había conseguido coca de la buena y aquello le había ayudado en gran medida a ahogar sus penas sobre la cisterna del váter. Como él se lo estaba pasando en grande, pensó que Cat también; pero al verle la cara se dio cuenta de que estaba equivocado.

Se dirigió a Rafa para comunicarle que se iban.

—Tío, nos vamos —dijo Marc.

—¿Qué? ¿Ahora? Pero si la fiesta está en lo mejor. —Señaló a la masa de personas que había en la discoteca.

—Ya, tío, pero Cat está cansada y me ha pedido que la lleve a casa.

—No jodas, tío, dale dinero para un taxi y que se largue sola —contestó dando un sorbo al cubata que tenía en la mano.

—¿Cómo coño voy a hacer eso? Ha venido conmigo, lo suyo es que se vaya conmigo. —Le dio una palmada en el hombro quitándole importancia al asunto.

La verdad era que no tenía ganas de discutir con nadie más aquella noche.

—Esa tía te está sorbiendo el cerebro. Tiene un palo metido por el culo y me parece que está intentando metértelo a ti también.

Marc le fue a agarrar del brazo de forma amigable y Rafa le dio un manotazo para que no se acercara.

—Dentro de unos meses, te veré con una camiseta *Lacoste* y pantalones de *Tommy* como no pares esto.

—Estás exagerando, Rafa —le dijo Marc sin comprender qué coño le pasaba a su amigo—. Además, en un mes largo se va a su casa, así que no te preocupes.

—Joder, como sigas así voy a comprarle yo mismo el billete de vuelta a Santander—le respondió Rafa retando a su amigo.

—Mira, tío, no sé si te has metido demasiado o qué, pero paso de ti.

Y sin decir nada más, se dio media vuelta y salió en dirección a su chica.

Ya fuera de la discoteca, Marc pensó que necesitaba un respiro. Estaba demasiado puesto y cabreado como para coger la moto.

—Cat, ¿te importa si damos una vuelta por la playa? —le preguntó casi en una súplica. Estaba sudando a mares y sabía que en la orilla encontrarían algo

de brisa para atenuar el calor.

Ella asintió con la cabeza y se dirigieron a una cala cercana a la fiesta.

—Marc.

—Mmm. —La agarró de la cintura para apaciguar el ambiente.

Necesitaba calor humano y pensaba que ella se lo podría proporcionar.

—Ya sé que llevas toda la noche metiéndote coca con tus amigos. —Le fulminó con la mirada.

Marc, al ver que le iba a caer otra bronca, le soltó la cintura y resopló.

—Pensé que no te habrías dado cuenta.

—Soy idiota, Marc, pero no tanto.

Mierda, pensó, no habían hablado del tema, pero no le sentó muy bien que Caterina se enterase de que se metía coca. Aquello le hizo sentirse una persona de segunda.

—No quería decir eso —dijo lanzándole la sonrisa más encantadora del mundo.

—Si sigues así, Marc, vas a acabar como Mariona.

—No es verdad —se puso a la defensiva mientras se rascaba de forma enérgica la cabeza—. Yo solo pillo el fin de semana y puedo parar cuando quiera.

—Pero si te pasas la semana fumando hachís —le espetó Caterina en tono de no comprender.

Joder, pensó Marc adelantándose un par de pasos en el paseo, había tenido mucho cuidado de no fumar demasiado delante de Cat, no entendía por qué le decía aquello.

—Eso es solo para relajarme un poco. Necesito algo de tranquilidad al salir del trabajo.

—Marc. —Le frenó Caterina en seco, mirándolo frente a frente—. Entre el hachís de la semana y la coca del *finde* vas por mal camino —le aseguró preocupada.

—Bueno, te prometo que voy a intentar bajar el ritmo, ¿te parece? —Le agarró otra vez de la cintura y posó un tierno beso en su cuello para apaciguar los ánimos.

No quería tocar ese asunto y menos aquella noche. Ya había tenido bastante jaleo por ese día. Además, para qué, si ella se iba en mes y medio. En parte Rafa tenía razón, ella volvería a su burbuja de oro y él se quedaría allí, con una mochila más grande si cabía.

—Hace una noche maravillosa, ¿no crees que es una estupidez

desperdiciarla paseando por la orilla? —Tenía que cambiar el rumbo de aquella conversación como fuese.

Se sacó la camiseta por la cabeza y en dos patadas se quitó las deportivas.

—Pero, Marc, ¡es de noche! —respondió alarmada viendo sus intenciones.

—Ya sé que es de noche, pero tengo a una agente de salvamento marítimo conmigo —prosiguió con tono gracioso, acercándose a ella con la intención de desnudarla allí mismo—, creo que sobreviviré.

Se acercó a Cat con una mirada que no dejaba lugar a dudas y de un tirón le sacó el vestido por la cabeza. Caterina se quedó con la boca abierta de la impresión y Marc se acercó a ella para no darle opción a rechistar. Ya había aprendido que la mejor manera de hacerla callar era cubrir su boca con la suya. Era como si tocase un botón de *off* muy efectivo. Esta se resistió ligeramente, pero él estaba decidido a desnudarla y meterla en el agua costase lo que costase. Le encantaba cuando se resistía y él tenía que poner toda su atención para conseguir lo que quería. Aquella era una de las razones por las que, a veces, le hacía enfadar y provocaba alguna discusión tonta con ella. Cada vez le gustaba más aquella chica. No entendía cómo iba a conseguir vivir sin ella después del verano. En unas semanas ella se iría y le dejaría allí sin su calor, sin su consuelo, sin nadie con quien compartir las preocupaciones del día a día. Y aquello lo mataba por dentro.

Ya entre sus brazos, consiguió soltarle el sujetador con un único movimiento. Nada más verse con el pecho al aire a Caterina le sobrevino un ataque de vergüenza, le miró con los ojos muy abiertos y, en dos zancadas, se lanzó al mar de cabeza. Marc al verla entrar en el agua de un salto se le escapó una sonrisa de triunfo y se acabó de desnudar con rapidez.

Él mismo se lanzó de cabeza y comprobó que el agua estaba perfecta para combatir el calor de aquella noche.

Caterina se adentró en el mar como pez en el agua y, cuando ya comenzaba a sacarle una buena ventaja, Marc la cogió de un pie y tiró de ella para obligarla a frenar.

—Espera, que no estamos en una competición.

Caterina se giró y se abrazó a él mirándolo fijamente. Estaba guapísima. Tenía todo el pelo pegado a la cara y sus ojos verdes habían tomado una tonalidad turmalina muy enigmática; se le habían quedado unas gotas pegadas a las pestañas, y eso hacía que los ojos le brillasen de un modo especial. Aquella visión lo dejó sin respiración.

Cat le quitó un mechón de pelo que tenía en la cara y se le escapó una

sonrisa involuntaria. Jamás pensó que una mujer le hiciese perder la cabeza de aquella forma. Le sorprendió que se hubiese percatado del trajín al baño de aquella noche y se dio cuenta de que la había infravalorado. En realidad, no quería que ella se enterase de la perra vida que llevaba. Sabía que ellos venían de planetas distintos, pero era tan bonito jugar a que las diferencias no existían, que lo de aquella noche fue una bofetada de realidad.

Como si Caterina le leyese el pensamiento comenzó a hablar.

—¿Sabes? —le dijo sin separarse de él ni un milímetro.

—¿Qué? —contestó abrazándole la cintura.

—Para mí, la droga la saco de la naturaleza.

—¿Cómo?

—Tú te dedicas a fumar china tras china para olvidarte de la vida y hay formas mejores de conseguir lo que buscas. —Le quitó unas gotas que le caían por la frente mientras aprovechaba para darle el primer beso dentro del agua —. Yo cuando estoy agobiada o no puedo más, me meto al agua.

—¿Y eso te calma?

Caterina sonrió como dejando claro que él no entendía nada, pero en vez de alejarse de él se abrazó a su cuerpo con más fuerza.

—La energía del mar te envuelve. ¡Tú ya deberías saberlo! —Le puso una cara de reproche—. El mar tiene una de las energías más potentes del mundo. Aquí —dijo señalando a su alrededor—, estás en la naturaleza salvaje. Aquí sientes que formas parte de algo. El mar me contagia su paz y tranquilidad y me hace ver las cosas de otra manera. Lo que tú buscas en la droga, yo lo consigo en el mar. —Lo miró fijamente a la cara—. Lo que buscas lo puedes encontrar en los fondos marinos, pero debes tener la cabeza despejada para lograr captar lo que el mar te puede ofrecer. Tienes la cabeza llena de mierda, por eso no te enteras de nada —acabó separándose de él y salpicándole a propósito con el agua.

—Venga aquí, señorita, que como la pille se va a enterar.

En media brazada consiguió cogerla de una pierna y le metió la cabeza debajo del agua.

No quería enfadarla más de la cuenta, así que solo la mantuvo allí un par de segundos. Salió muerta de risa a la superficie y, nada más reponerse, le salpicó varias veces con el agua. Este la volvió a atrapar y cogió su cara con sus dos manos y la besó con intensidad. Se separó de ella un segundo y, al verla allí tan hermosa, decidió cambiar de táctica y robarle un beso más pausado que Cat le devolvió con gusto.

—Te prometo que lo intentaré. —Clavó su vista en aquellos dos faros verdes.

—Eso espero.



Marc, en pleno beso, me cogió las piernas y las colocó alrededor de sus caderas; tenía el cuerpo tibio y firme, de hecho, creo que me clavé un hueso de su pelvis en el muslo.

Sin embargo, antes de que pudiese reaccionar, me soltó una de sus peores sonrisas y se introdujo dentro de mi cuerpo sin resistencia. Solté un grito de la impresión y Marc me respondió con su característico labio levantado, sin apartarse ni un ápice.

Necesité un instante para reponerme —aquello estaba derivando en algo inesperadamente intenso—, pero decidí abrazarme a él para que se balancease en mi interior con total libertad. Me había enfadado mucho con él, pero cuando nos acostábamos, una compasión sin límites brotaba de mi pecho y no tenía más alternativa que ofrecerle todo el consuelo que era capaz de dar. Era un buen chico, simplemente necesitaba a alguien en quien apoyarse. En las últimas semanas, le había intentado explicar lo importante que era tener una meta en la vida para poder seguir adelante, pero él no quería entenderme. Argumentaba que «¿qué meta iba a tener él?» pero yo sabía que si conseguía que se centrara en algo, dejaría toda aquella mierda.

Acomodé mis caderas a las suyas para abrirme más a él, escondí mi cara en su cuello y me dejé llevar por todas las sensaciones que Marc me proporcionaba.

Llevábamos ya un rato abrazados cuando decidí probar algo diferente; sin soltar nuestro punto de unión, liberé los brazos de su cuello y me eché hacia atrás dejando mi cuerpo flotar inerte sobre la suave superficie del mar, utilizando el cuerpo de Marc como ancla.

Mi melena flotaba en el agua y mis brazos se balanceaban con el vaivén de las olas; era una delicia sentir cómo el mar me acariciaba la piel. Abrí los ojos y vi que el cielo estaba lleno de estrellas. Nos encontrábamos bajo una bóveda repleta de constelaciones y cometas que hacía que pareciésemos unos

seres insignificantes ante la grandeza del Universo. Me quedé embelesada con las vistas y perdí un poco la noción del tiempo. Marc pareció notar que mi mente volaba lejos y frustrado me agarró las manos y tiró de ellas para volver a acomodarme sobre su cintura. Me abracé a él con agrado y me abandoné al placer de la noche, dejándome llevar por sus besos. Me sentí especial entre sus brazos, Marc tenía aquella capacidad de hacerme sentir importante, única.

Cansado ya de tanto romanticismo, Marc decidió acelerar el ritmo, me abracé con fuerza a él y le obligué a esconder su cara en mi cuello para que se dejase llevar por completo. Noté que algo palpitaba en mis entrañas y cuando una sonrisa de satisfacción surcó mi rostro escuché un susurro en mi oído: «Te quiero».

Me quedé tan sobrecogida que no fui capaz de responder.

Había tenido un día de mierda. Mikel me había machacado durante todo el entrenamiento; parecía que ni en los ejercicios en la playa, ni en los largos en el agua dábamos la talla. Y encima tenía que aguantar sus cambios de humor: de repente, me echaba en cara que si Gosby no subía al helicóptero no conseguiríamos plaza y al momento tenía su mano en mi cintura como si nada. Estaba harta de aquel hombre y lo peor de todo era que no me atrevía a decir nada. Me jugaba mucho como para montar una escena porque el entrenador era gilipollas.

Tiré mi mochila de mala gana en la habitación, dejé a Gosby en su cama y me encaminé al bar con una novela en la mano. Necesitaba cambiar mi rutina diaria si no quería acabar con un ataque de histeria. Estaba hasta las narices de hacer siempre lo mismo. Aquel día me lo iba a tomar como una turista más —por lo menos hasta las seis de la tarde que comenzaba el siguiente *entrena*—.

Llegué al bar que el hotel tenía en la zona de recepción y me fui directa a la barra; necesitaba hidratarme con urgencia. Me atendió uno de los camareros del turno de tarde y, al verme, me lanzó una mueca de «sé que te andas con mi compañero» y yo sin ganas de tonterías le pedí un *Aquarius* dejando claro que no estaba para jueguecitos. Me sirvió la bebida en un vaso lleno de hielo y con mi bebida fresquita me fui a disfrutar de mi momento zen a un lado apartado de la cafetería.

Eché un rápido vistazo a las mesas que quedaban libres y de repente me topé con una cara conocida. Nina estaba sentada en una de las mesas del fondo sola y pensativa.

Nunca solía ir al bar. ¿Qué raro? ¿Estaría afectada por el mismo agotamiento físico y mental que tenía yo?

Me fui directa hacia ella y cuando hicimos contacto visual le ofrecí una sonrisa y levanté la mano a modo de saludo, sin embargo ella solo desvió el rostro hacia otro lado y actuó como si no me hubiese visto. Joder, aquello ya

me preocupó. ¿Qué leches le pasaba?

—Nina —le saludé dubitativa.

—Mmmmm —fue lo único que conseguí como respuesta.

—¿Te pasa algo? —Me quedé de pie sin atreverme a sentarme.

—¿Tú qué crees? —Siguió con la vista clavada en la piscina.

Me senté a su lado y me quedé callada sin saber cómo actuar. No entendía nada.

—Nina, tía, no sé a qué te refieres. —Alargué la mano para tocarle el brazo, pero me quedé con la mano suspendida a medio camino.

—Estoy harta de ver cómo flirteas con Mikel —soltó por fin.

—¿Qué? —se me escapó un grito agudo—. ¿Flirtear con Mikel? ¿Estás loca?

Nina se dio la vuelta y me clavó una mirada heladora.

—Os he estado observando toda la mañana. Se ha pasado media mañana con las manos encima de ti.

—¿Y yo tengo la culpa? —Me señalé con la boca abierta—. Ese tío es un puto pulpo. Tengo que aguantar sus puñeteras manos sobre mí casi a diario y encima no sé cómo quitármelo de encima sin arruinar mi capacitación.

—Sí, claro. La pobrecita tiene a un tío estupendo que además es el que manda y no puede con la pena —soltó Nina con un rencor más que evidente—. Venga, tía, que no te lo crees ni tú.

—Nina, yo paso de Mikel. Está zumbado. He tenido que aguantar durante medio entrenamiento que me eche en cara lo que pasó con el helicóptero y luego el otro medio intentando que me quitase sus puñeteras manos de encima. —Aquello ya lo dije voz en grito.

Joder, no solo iba a tener que soportar al tipo aquel sino que encima tenía que aguantar las tonterías de mi única compañera.

Nina se quedó callada como pensando en lo que había dicho.

—No me lo creo. Al comienzo del verano también se preocupaba de mí, pero... —Un pucherito involuntario surcó su cara y tuvo que detenerse para recomponerse—. Desde la noche de la fiesta ya no quiere saber nada de mí.

Dos lágrimas saltaron de sus ojos.

Aquella fue la señal que necesitaba para posar mis manos sobre sus hombros.

—Nina, lo siento mucho. No lo sabía.

—Tía, fue la mejor noche de mi vida. Y desde entonces no ha vuelto a tocarme ni un pelo. ¿No sé qué hice mal?

Los sollozos comenzaban a ser más que audibles y los turistas de las mesas cercanas comenzaban a lanzarnos miradas de pena.

—Nina, tú no has hecho nada mal. Eres una tía estupenda. Lo que pasa es que te has ido a fijar en el gilipollas de turno.

Esta me miró con los ojos llenos de lágrimas y le pasé una de las servilletas que había en la mesa para que se las limpiase.

—Eso lo dices para que me calme.

—Que no, tía, que eres la leche. Eres guapa, lista, te importa la gente y haces unos de los mejores tandems que he visto nunca con Kira.

—¿Entonces por qué pasa de mí?

Ahí estaban otra vez los terribles sollozos.

—Ya te he dicho que este tío es idiota. A mí me tiene hasta las narices. Desde lo del helicóptero está insoportable conmigo. Tanta tensión me deja sin energía y me cuesta mucho más aguantar el ritmo. Y cuando ve que estoy a punto de hundirme en la miseria, comienza a ir de colega y tengo que aguantar sus manazas sobre mi cuerpo.

—Yo pensaba que estabas encantada con las atenciones —dijo Nina sonándose los mocos de forma estridente.

—Ni de coña. Yo no quiero saber nada de este tío. Me encantaría que se abriese la tierra y se lo tragase para siempre.

En ese momento me di cuenta de que estaba muy desligada de todo lo que pasaba en el grupo; ni siquiera había notado que Nina estaba enfadada conmigo.

—Además, hay algo que no te he contado —decidí que ya era hora de sincerarme con mi única amiga.

Me miró con los ojos bien abiertos esperando noticias.

—Ya sé que no estoy siendo muy buena compañera, ando un poco desligada del grupo, pero es que he conocido a alguien.

A Nina se le escapó una sonrisilla de medio lado y se quedó mirándome bien atenta.

—Llevo un tiempo viéndome con el camarero de la manga larga.

Esta abrió la boca de par en par y se quedó como si tuviese un buzón de correos incrustado en la cara.

—Yo pensaba que solo habías quedado con él porque su hermana quería conocer al perro. —Se calló de cuajo y escuché su cabeza ir a mil. —¿Pero si es un tío chungo?

Por la cara de consternación que puso, me di cuenta de que se había

arrepentido nada más soltar aquello.

—Tía, es una persona maravillosa. —Me brillaron los ojos solo de pensar en él—. Es súper atento, siempre está pendiente de mí y de Gosby. Tiene una hermana a la que cuida con mucho cariño. Detrás de toda esa fachada de tipo malo solo hay una gran persona.

—Pero, tía, si tiene una pinta de llevar una mala vida... —Nina, hizo un gesto con la mano para dar énfasis a sus palabras—. Le he visto un montón de veces fumando porros en el paseo marítimo con unos tíos igual de chungos que él.

Aquello no lo podía negar.

—Ya lo sé. La verdad es que ese tema me preocupa, pero no sé muy bien qué hacer. —Clavé la mirada al fondo del bar. —Lo he hablado con él y me ha prometido que va a bajar el ritmo, pero la verdad es que no he conocido nunca a nadie que se meta nada y no sé si el tema es serio o no.

—No me jodas, tía, si fuma libremente en el paseo, a saber qué se mete en su casa —Nina se terminó de limpiar la cara con una servilleta mojada.

—Solo fuma porros.

Aquello me salió de forma impulsiva. Unos días antes había comprobado con mis propios ojos cómo se ponía de coca hasta las orejas, pero delante de mi amiga no podía más que defenderlo. ¿Sería que ni yo misma quería ver la triste realidad? ¿Estaría muy metido en la droga?

—Bueno —dije más para mí que para otra cosa—. Ya me ha dicho que va a bajar el ritmo —repetí.

—¿Bajar el ritmo? —contestó Nina con un ruido gutural de incredulidad—. Si se está metiendo mierda no va a conseguir nada con bajar el ritmo. O lo deja del todo o no tiene nada que hacer.

Joder, pensé, de repente Nina se había vuelto una experta en drogas.

—A mí me gustaría que lo dejase del todo, por supuesto, pero creo que no soy quién para pedírselo. —Miré a mi amiga a los ojos buscando aceptación—. Por lo menos eso ya es un comienzo, ¿no?

Esta debió ver mi cara de horror y decidió dejarlo pasar.

—Bueno, no te preocupes demasiado. Total... es un ligue de verano, ¿no?

—Claro.

Aquel «claro» se me atragantó en la garganta. ¿Marc era un ligue de verano? No quería reconocerlo, pero no estaba muy segura de aquello. Desde que habíamos empezado a salir, cada vez me costaba más separarme de él. Me sentía tan segura y protegida con él. Aquel hombre se había alojado en mi

corazón y no sabía muy bien cómo iba a arrancarlo de allí en unas semanas. Lo único que rompía el buen rollo instalado entre nosotros era el tema de las drogas y sus puñeteros amigos. Marc se transformaba en una persona mucho menos deseable con ellos. Aún y tod...

—¿Entonces no te gusta Mikel?

Aquella pregunta me sacó de mis ensoñaciones.

—Por favor. —Puse los ojos en blanco e hice un ademán con la mano—. No entiendo cómo te has podido fijar en un tipo así. Es como *Jekyll* y *Mr. Hyde*. Tía, va a conseguir volverte loca.

Un enorme sollozo salió de la boca de Nina y me di cuenta de que me acaba de pasar.

La siguiente media hora tuve que pasármela consolando a Nina y recordándole la maravillosa persona que era.

Mi momento zen se había esfumado por completo.

25

—Marc, ¿se puede saber adónde vamos? —pregunté agarrando bien a Gosby para que no se abalanzase sobre el *Porche* donde estaba montado.

Habíamos quedado en su casa y pensé que pasaríamos la tarde haciendo el vago, pero al llegar me lo encontré montado en un cochazo que quitaba el hipo.

—Ya lo verás —dijo saliendo del coche para saludarme.

Me plantó un beso rápido en los labios y abrió la puerta de atrás para que Gosby se montase. Miré a ver si había algo puesto para no llenar el coche de pelos y vi que Marc había forrado el asiento trasero con toallas. Aquello significaba que la persona que le había dejado el cochazo era importante para él. Metimos a Gosby dentro, le colocamos el arnés de seguridad y Marc arrancó.

Llevábamos un cuarto de hora de camino y Marc no soltaba prenda. Solo decía que era una sorpresa y que teníamos que ir Gosby y yo. Pero a mí con eso no me bastaba.

—Marc —le volví a insistir.

—¿Qué quieeeeeeres? —respondió alargando la «e» para dejarme claro que empezaba a estar cansado de tanta pregunta.

—Pero, ¿adónde vamos? —Miré a mi alrededor para ver si conseguía averiguar algo.

—Calla, que eres una pesada. Cuando lleguemos ya lo verás —respondió con la mayor de las sonrisas.

Menos de diez minutos después llegamos a una verja enorme. Al contrario que muchas entradas de la zona, esta era de hierro forjado rodeada de altos muros, cosa que también me extrañó —normalmente los muros de piedra de Menorca no pasaban el medio metro—.

Marc bajó la ventanilla y tocó el timbre.

—¿Quién? —contestó alguien de seguridad.

—Soy Marc.

Sin decir más, se abrió la puerta y Marc me sonrió dejando claro que tenía todo bajo control.

—Marc —le dije con la boca abierta—, ¿desde cuándo te codeas con la realeza?

Este traspasó la verja partido de risa.

—Espérate y verás, vas a flipar.

Yo, con los ojos como platos, vi cómo nos acercábamos a una mansión blanca de verdes ventanas con una escalera señorial de piedra que daba la bienvenida a los recién llegados.

Llegamos a la puerta de entrada y un par de personas salieron a recibirnos. Bajamos los tres del coche y Marc hizo las presentaciones.

—Este es Gerard.

El tal Gerard alargó la mano más que formal y se la estreché encantada. ¿Sería el dueño de aquel lugar?

—¿Se puede saber qué vamos a hacer? —le pregunté directamente a Gerard para ver si tenía más suerte con él que con Marc.

Este puso los ojos como platos y miro a Marc.

—¿No lo sabe?

—No —dijo Marc con una gran sonrisa en los labios.

Sin soltar prenda, nos acompañó dentro de la casa hasta un ascensor. Era la primera casa de campo que venía con ascensor incluido.

Subimos hasta la azotea y no me pude creer lo que vieron mis ojos al abrirse las puertas: frente a nosotros se alzaba un helicóptero enorme.

Me quedé con la boca abierta. En un momento de lucidez miré a Marc y este intensificó la sonrisa.

—¿Vamos a algún lado? —pregunté dubitativa.

—No, exactamente —me contestó ya en la pista de aterrizaje—. Es para que practiques.

—¿Cómo? —pregunté sin entender.

—Es para que practiques con Gosby.

Cuando mi cerebro asimiló aquella frase, salté a sus brazos y me quedé abrazada a él apretándolo muy fuerte.

—¿Cómo lo has conseguido? —Me separé lo imprescindible para hacer la pregunta.

—Ya te contaré. —Se rascó incómodo la cabeza mirando hacia Gerard que ya se estaba montando en el helicóptero.

Le daba algo de vergüenza que nos vieran en actitud tan cariñosa. ¡Qué mono!

—Tenemos a Gerard y al helicóptero para toda la tarde. Podemos hacer lo que queramos.

En ese momento se me pasó la tontería y me centré en el regalo que la vida —o mejor dicho, Marc— me ofrecía. Tenía tres horas para practicar con el helicóptero y debía gestionar bien el tiempo para expresar mi sorpresa al máximo.

Solté a Marc, tiré la mochila a un lado de la pista y me dispuse a sacar partido de la situación.

—Gerard, no lo arranques, por favor. Primero necesito que el perro se acostumbre a su presencia y luego ya veremos —me dirigí al piloto que ya comenzaba a toquetear botones por todos lados queriendo arrancar aquel aparato.

Se decepcionó un poco al oír que quizás no llegásemos ni a despegar de la terraza, pero salió del helicóptero sin rechistar y se sentó en un lado de la pista junto a Marc.

Me coloqué la bolsa de premios en la cintura y me centré en el trabajo. Comencé con ejercicios simples para que Gosby se acostumbrase a estar cerca del aparato. Por fortuna el perro llevaba sin comer desde la mañana y cada chuchería que le caía resultaba ser un refuerzo mucho más estimulante.

Tardé una media hora en que el perro se acercase al aparato sin mostrar *señales de calma* y, hasta entonces, no comencé con la segunda fase. Pensé que Marc y Gerard se aburrirían, pero la verdad es que estuvieron bastante entretenidos viendo cómo me comía la cabeza para conseguir que Gosby se subiese al helicóptero. Este se había quedado traumatizado con su primer encuentro con uno y toda su frustración la centraba en aquel enorme aparato.

Después de un buen rato, por fin conseguí que se subiese y que permaneciese tumbado durante por lo menos diez minutos. En el momento en que lo vi totalmente relajado, me alejé de él y me acerqué a Marc; que me esperaba con un botellín de agua bien fresquita. Al ver que incluso alejándome de él seguía sin inmutarse, decidí pasar al tercer *round*.

Le di una orden a Gosby desde la distancia para que bajase, lo coloqué en el lado de la terraza más alejada al helicóptero y suspiré hondo para coger fuerzas.

—Gerard, por favor, ¿podrías encender el helicóptero lo más suave que puedas?

Este asintió encantado, se fue a su aparato y comenzó a toquetear botones por aquí y por allá.

—Si levanto la mano debes apagarlo de inmediato, ¿de acuerdo?

Elevó el pulgar en un gesto afirmativo y comenzamos con la nueva tanda de ejercicios.

Me había pasado medio verano poniéndole a Gosby un CD con sonidos de helicóptero en la habitación, así que cuando Gerard encendió el motor, Gosby se alarmó por el viento, pero enseguida se volvió a colocar en su sitio.

Bien, pensé, tanto esfuerzo habían servido para algo.

Tardé un poco más que antes en conseguir que se acercase al helicóptero, pero parecían darle más miedo las aspas en movimiento que el ruido en sí.

Le pedí a Marc que se sentase en el asiento trasero y creo que aquello ayudó mucho en la tarea. Una hora después Gosby ya subía y bajaba del aparato con soltura.

Una vez que ya vi que el perro se sentía seguro, decidí meterme con él dentro y hacer que Gerard despegase unos metros. Nos alejamos aproximadamente un metro del suelo e intenté que Gosby se tirase del aparato. Aquello no pareció gustarle demasiado y decidió que él no abandonaba la cabina ni muerto. Viendo que la cosa comenzaba a torcerse, me quedé unos minutos en *shock* sin saber por dónde tirar y de repente se me ocurrió.

—La casa tiene piscina, ¿verdad? —pregunte a Marc.

Este afirmó sin comprender.

—Gerard, ¿puedes sobrevolar la piscina?

—Claro, sin problemas —respondió elevando el aparato en el aire para dirigirse hacia la parte trasera de la casa.

A un metro de la piscina, intenté que Gosby saltase del helicóptero, pero este se negó en rotundo a hacer aquella temeridad.

Joder, se me estaban acabando las ideas.

—Ya sé —soltó Marc sin previo aviso—. Me tiro yo primero y vemos si Gosby se anima a seguirme.

Miré hacia abajo calculando la distancia y elevé el pulgar indicando que me parecía una gran idea.

Marc se puso en pie, se quitó la camiseta y saltó del helicóptero directo al agua. Una gran masa de espuma salió disparada hacia el cielo y yo me quedé sin aire hasta que vi que Marc sacaba la cabeza y comenzaba a hacer señas para que Gosby se animase a saltar. El problema era que mi grandullón seguía temblando a mi lado sin intención de mover una pata.

Fue entonces cuando decidí probar con terapia de choque; jamás la había utilizado y me daba un poco de miedo ser tan brusca, pero no encontraba otra salida. Sin pensarlo demasiado, me coloqué detrás de Gosby y le pegué tal empujón que salió despedido del helicóptero.

Mi compañero cayó al agua al lado de Marc y este nada más ver su cabezota asomar por la superficie, le dio un gran abrazo de bienvenida. Al verle mover el rabo, solté todo el aire que tenía retenido en los pulmones; por fin, atisé esperanzas de éxito.

Cuando vi que Marc y Gosby salían de la piscina para dirigirse hacia el ascensor, le di la orden al piloto de volver a la azotea a ver si conseguíamos repetir la hazaña.

Así nos pasamos la siguiente hora, pero finalmente conseguimos, no sin esfuerzo, que el perro saltase del helicóptero y se tirase a los brazos de Marc —que llevaba una bolsa llena de trozos de salami del bueno como premio— por sí mismo.

Cuando comencé a notar un cansancio generalizado, decidí dar por acabado el entrenamiento; la tarde había sido todo un éxito.

Fui a despedirme de Gerard, pero este se negó en rotundo en dejarnos marchar.

—Ahora me toca a mí —dijo sin dar más explicaciones—. Subid y abrochaos el cinturón.

Marc y yo nos miramos, y sin poner ni media pega, nos metimos en el helicóptero con Gosby y nos elevamos por los aires dejando la terraza superior de la casona.

Gerard sobrevoló toda la zona de San Luis con el helicóptero. Fue algo espectacular. Veíamos los pueblos blancos con tejados rojos y casonas sueltas salpicando las laderas; eran como de cuento de hadas. En un momento dado, alcé la vista y vi a lo lejos el puerto de Mahón. Lo señalé para que Marc dirigiese allí la mirada y este me respondió con una gran sonrisa. Desde tierra era un puerto precioso, pero a vista de pájaro la estampa era espectacular. Pasamos frente a la Catedral, vimos las antiguas fortificaciones militares y salimos a alta mar por la cala de Saint Esteve. Yo no podía apartar la vista de la ventanilla, era como algo hipnótico. Un par de veces me retiré del cristal para mirar a Marc y vi que él estaba igual de alucinado que yo. Me di cuenta de que también era la primera vez que veía su isla desde arriba y por su expresión tenía el corazón en un puño.



Marc aparcó el cochazo a dos manzanas del hotel. Había estado nervioso por cómo iba a transcurrir la jornada, pero gracias a Dios todo había salido a las mil maravillas. Había estado intranquilo por cumplir las expectativas de Caterina, pero también porque le había pedido algo muy grande a Joan; desmesurado como para que luego no sirviese para nada. Hasta parecía que había crecido unos cuantos centímetros de pura satisfacción.

Tanto entusiasmo había hecho que volviese un poco más rápido de lo normal y Cat se había mantenido en silencio y agarrada al asa de la puerta con cara de susto. La miró y al ver que seguía agarrada al apoyabrazos se le escapó una sonrisa de triunfo.

—Marc —dijo esta soltando la puerta y frotándose las manos como para recuperar la circulación en los dedos.

—Mmmm. —Hizo un ruido gutural.

Estaba preciosa. A pesar de que tenía el pelo agarrado en una coleta, el viento del helicóptero le había sacado varios mechones y le caían por la cara intensificando el tono verde de sus ojos.

—No sé cómo agradecerte esto.

Este le volvió a sonreír. Solo podía pensar en lo guapa que estaba y en lo bueno que podía ser el sexo en un cochazo como aquel. Pero una punzada de respeto hacia Joan le hizo recular en sus intenciones.

—Creo que ya te debía unas cuantas.

—Ya, pero esto ha sido demasiado. No sé cómo lo has conseguido, pero gracias a ti hemos podido superar una gran traba. Si no llego a conseguir que Gosby se suba en el helicóptero, hubiésemos estado fuera del programa *ipso facto*—. Cat colocó una mano en el muslo de Marc para dar más énfasis a lo que decía—. Gracias a esto estoy segura de que podremos conseguir plaza en Santander.

Marc, nada más escuchar aquello clavó la vista en la calle que tenía delante. No había caído en aquello.

—Si lo llego a saber, no te consigo el helicóptero —dijo con cara de consternación.

Se hizo un silencio incómodo, pero por lo menos había expresado lo que

sentía; no quería que Cat abandonase la isla.

—No digas eso —contestó Cat apenada.

—Bah, no me hagas caso —dijo bajándose del *Porche*.

Marc se colocó frente a Cat y metió las manos en los bolsillos.

—Sí que hay algo que puedes hacer.

Cat sonrió contenta de poder ayudar.

—A ver, ¿qué?

—El miércoles Carlos ha alquilado un barco para salir a pescar a altamar.

—Marc se rascó la cabeza incómodo—. Me gustaría mucho que vinieses.

Caterina torció el morro y miró para otro lado. Estaba claro que iba a decir que no.

—Marc, es que no creo que sea muy buena idea. La última vez en la discoteca el asunto no salió muy bien y no quiero fastidiarle el día a Carlos siendo la única chica del barco.

—No vas a ser la única chica —respondió con rapidez, al tiempo que agarraba a Cat por la cintura y la atraía hacia él para obligarla a centrarse en él—. Van a invitar a algunas chicas y ellas tampoco van a pescar. —Buscó sus ojos con una mueca de súplica.

Al ver que no surtía efecto su plan, decidió pasar al chantaje puro y duro.

—Además, me lo debes.

Con aquella frase consiguió que Cat dejase de mirar a un lado y se centrara en él.

—Vaaaaale —contestó entornando la mirada—. Pero si la cosa no sale bien ya estás advertido.

Sin decir más, Marc la estrechó entre sus brazos y la besó sin borrar la sonrisa de sus labios.

La sensación de libertad era total. Había subido a la embarcación a regañadientes, pero una vez en altamar se me pasaron todos los males.

En aquel momento, me encontraba con Gosby en la proa del barco agarrada a la pequeña barandilla, dejando que la brisa y el salitre me recorriesen la piel. Mi compañero estaba igual de encantado que yo y sacaba la cabeza entre mis piernas con la trufa elevada para no perderse ninguna de las sensaciones que generaba el viento en su cara.

Por desgracia, nuestros acompañantes no se encontraban en un momento igual de zen que el nuestro. Estaban en popa con música a tope y un barreño lleno de hielo y latas de cerveza. Los amigos de Marc se habían montado una buena fiesta ahí detrás. Pensé que la tarde en barco sería para relajarnos, tomar el sol y, con un poco de suerte, acercar posturas; incluso pensé que la presencia de otras féminas ayudaría en la tarea, pero nada más lejos de la realidad.

Las invitadas eran unas chicas con unas curvas bastante llamativas y en la popa la tensión sexual no resuelta se podía cortar con un cuchillo. Yo, al ver en lo que se estaba convirtiendo mi tarde zen, decidí ocupar la proa con Gosby para disfrutar de la brisa del mar ajenos a la cacería que estaba teniendo lugar detrás nuestro.

Una mano en mi hombro me sacó de mis ensoñaciones. Giré la cabeza para ver de quién se trataba y vi que era Marc. Nos había dejado a Gosby y a mí a solas un momento para coger algo de beber y volvía para poder disfrutar el momento *Titanic* en el que estábamos.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que no me estaba relacionando con nadie.

—Mejor que bien —contesté dejándome abrazar por detrás, posando mis manos en sus brazos para atraerlo más si cabía.

—¿No te apetece unirte a la fiesta? —Pegó su mejilla a la mía para darme un casto beso.

Marc estaba haciendo grandes esfuerzos por intentar que acercásemos

posturas, pero cuanto más conocía a sus amigos menos me gustaban, sobre todo el tal Rafa. Él no ponía nada de su parte y yo, para ser franca, tampoco me moría de ganas por caerle bien; así que cada vez que nos veíamos, Marc aguantaba una calma tensa que no debía ser muy agradable.

—Es que no me apetece perderme esta maravillosa brisa. Ya podemos ir de fiesta luego en el puerto, si quieres.

—Bueno, creo que ya has tenido suficiente brisa marina por hoy. Tienes el pelo pegajoso del salitre. —Arrugó la nariz y la introdujo entre mi pelo para dejar claro a qué se refería.

Empecé a reírme con la ocurrencia y cuando le iba a dar un sonoro beso, escuchamos ajeteo en la zona trasera del barco. Me solté de la barandilla y nos dirigimos hacia allí para ver qué ocurría.

Los amigos de Marc estaban señalando a las dos estelas que estaba dejando el barco a su paso y de repente escuchamos.

—¡Delfines, delfines! ¡Una familia de delfines!

El pulso se me aceleró. Cada vez que tenía un encuentro fortuito con animales salvajes, todos los pelos se me ponían de punta y el corazón me latía con más fuerza si cabía, como si mi ser quisiera unirse a la madre naturaleza.

Miré a Marc con ojos chispeantes y este me respondió con la misma mirada. En dos zancadas nos acercamos a estribor y sacamos medio cuerpo por encima de las barandillas para poder contemplar mejor el espectáculo.

Allí vimos unas siete u ocho aletas de una familia de mulares acercándose hasta el barco. Era espectacular ver cómo se movían veloces; iban y venían jugando con la estela del barco como si de meros surfistas se tratase.

Una risa tonta brotó de mis labios y vi que Marc sufría del mismo efecto. Gosby, contagiado con la alegría, se colocó entre nosotros y sacó su cabezota entre los barrotes ladrando para liberar toda aquella tensión acumulada.

Llevábamos allí un rato riendo como tontos con las idas y venidas de las aletas cuando una idea cruzó mi mente. La sonrisa desapareció de mi rostro, miré a Marc a los ojos y este, nada más ver mi expresión, me hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Me había leído el pensamiento.

Dimos varios pasos hacia atrás, nos agarramos de las manos y, cogiendo impulso, nos lanzamos a la carrera saltando del barco con un grito de guerra. Mi cuerpo penetró en el agua y noté dos bultos que rompían la superficie junto a mí. Uno era Marc y el otro supe de inmediato que pertenecía a Gosby.

Escuché gritos de alarma desde el barco, pero no quise romper la magia del momento, e hice caso omiso de lo que decían.

Saqué la cabeza del agua y busqué a Marc para cerciorarme de que estaba bien. Lo vi asomar la cabeza del agua con todo el pelo en la cara y se me escapó una sonrisa tonta que se convirtió en una gran carcajada al ver a su izquierda una gran nariz de delfín que se asomaba para a husmear aquello tan extraño que se había lanzado al agua.

Marc aprovechó mi risotada para ponerse tras de mí y cubrir mi espalda con su torso. La sensación de tenerlo pegado a mi cuerpo me maravilló de tal forma que me acerqué lo más posible a él buscando protección. En ese gesto, mi pelo suelto se enredó en su cara y tuvo que apartarlo para saber qué estaba pasando a nuestro alrededor. Yo ni me inmuté, aquella experiencia era tan alucinante que no quise desviar la mirada para no perderme un segundo de lo que pasaba frente a mí.

Los delfines eran grandes y de un gris intenso salpicados por tonos más neutros. Giré la cara hacia la izquierda y vi que un par de narices se habían acercado a Gosby y lo rodeaban en una lenta espiral. Me puse frente a Marc y le di la mano para crear un corro con Gosby. La familia aprovechó el gesto para rodearnos por completo y comenzaron a girar a nuestro alrededor creando un montón burbujas de agua que revoloteaban por toda la superficie. Marc tenía dibujada una sonrisa de oreja a oreja y el sol entraba desde la superficie y realizaba juegos de luces con la brillante piel de los delfines aumentando la sensación de irrealidad que nos rodeaba.

Eché un vistazo a Gosby para comprobar que estaba tranquilo y vi que este estaba igualmente hipnotizado; se movía lentamente y metía de vez en cuando la cabeza para ver qué estaba ocurriendo bajo la superficie.

La velocidad de los delfines se aceleró y las burbujas se intensificaron. Comencé a reírme debajo del agua sin poder parar. Alargué una de las manos para tocar todas aquellas burbujas que subían sin cesar a la superficie y entonces algo mágico sucedió. Uno de los delfines más pequeños, no sé si una hembra o una cría, se acercó curioso a fisgonear mi mano. Me quedé quieta de la impresión y el animal siguió acercándose lentamente. Se colocó a un palmo de mí y, con un pequeño impulso, tocó mi palma con la punta de la nariz. Aquel breve contacto hizo que un rayo cruzase mi espina dorsal de arriba abajo, ¿podía haber algo más extraordinario? Después del *shock*, moví el dedo índice para hacerle cosquillas en la zona de la barbilla y aquello debió asustarlo sobremanera. Nada más notar el roce, aleteó con fuerza y salió nadando en dirección contraria. El resto de su familia, como si ya tuviese suficiente, aleteó en la misma dirección y se perdió en la lejanía del inmenso

mar.

Sacamos las cabezas del agua en un estado pletórico de felicidad. Sin embargo, esta fue guillotizada al instante al escuchar gritos desde la cubierta del barco; era Rafa que, por lo que luego supe, no había parado de chillarnos durante todo el encuentro.

—Pero estáis gilipollas. Los delfines pueden ser peligrosos.

Fue triste pensar que de aquel mágico encuentro con aquella familia de mulares solo se le ocurriese gritar aquello. Eso sí, no había soltado la cerveza de la mano en ningún momento.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Aquel día por la noche, Mariona iba sentada en la parte trasera del viejo *Polo* de Richard sin saber muy bien adónde se dirigían. Richard conducía y un tipo que no conocía de nada iba sentado en el asiento del copiloto. La habían pasado a recoger por casa y se había ido con ellos contenta de pensar que se irían de fiesta y le financiarían la heroína. Sin embargo, a aquellas alturas de la velada, no tenía ni idea de hacia dónde se dirigían; lo único que sabía era que no iban de fiesta. Bueno, pensó resignada, si podía conseguir un chute, no le importaba que fuesen al mismo infierno.

—Richard, ¿adónde vamos? —preguntó para ver si le podía sacar algo de información.

—Enseguida llegamos, nena. —Le lanzó una sonrisa de medio lado al hombre que ocupaba el asiento del copiloto.

—¿Podrías darle algo para calmarme? —pidió Mariona ya sin reparos.

—Claro, cariño, en cuanto lleguemos te pasaré algo para que te relajes.

—Gracias, Richard.

Era pleno verano y Mariona iba con una sudadera gris con la cremallera subida hasta el cuello. Tenía tanto frío que hasta le temblaban las piernas. Odiaba aquella sensación, pero sabía que solo se le pasaría con un buen chute. Estaba dispuesta a cualquier cosa para que se le quitase aquel malestar; cualquier cosa por unos gramos de caballo.

No había podido conseguir dinero y su cuerpo estaba pagando las consecuencias. Hasta se había planteado coger la *Play* de Marc para poder empeñarla, pero sabía que si lo hacía, su hermano podría perder los estribos y

hacer cualquier locura. Su relación con Marc estaba en la cuerda floja y si la echaba de casa ya no sabría cómo sobrevivir.

Diez minutos después, Richard disminuyó la velocidad hasta parar el coche al lado de una caseta de obras en medio de un descampado.

—¿Vamos a recoger a alguien? —Miró a ambos lados para ver qué podrían estar haciendo allí.

—Algo así, nena. Anda, sé buena y baja del coche —le sugirió Richard desabrochándose el cinturón de seguridad y saliendo del coche.

Mariona le hizo caso sin saber muy bien por qué y se bajó del coche subiéndose la cremallera hasta arriba y quedándose apoyada en la puerta trasera.

Richard se acercó al otro hombre para decirle algo que Mariona no comprendió. El desconocido sacó la cartera y le pasó un par de billetes a Richard. Entonces Mariona se relajó al pensar que este también había ido a pillar algo, pero Richard solo asintió con la cabeza y se alejó de él sin darle ninguna papelina a cambio.

Richard se encaminó hacia ella, que seguía apoyada en el coche para conservar el único punto de apoyo que le quedaba, y le pasó un brazo por los hombros para separarla del chasis.

—Nena, ya sabes que no puedo estar pasándote mierda como antes. —Le miró a los ojos y le puso cara de niño bueno—. Ya sabes que ando mal de pasta y ya no puedo ser tan generoso.

—Claro, Richard, pero solo es por esta vez. Te prometo que la próxima te la pagaré —contestó Mariona con la voz quebrada pensando que no iba a conseguir su ansiado chute.

—No puede ser, nena, no te puedo pasar más mierda así como así. Pero no te preocupes que tengo un plan. —La cogió por los hombros y la puso frente a él para que centrase toda su atención en sus palabras.

Mariona detectó que algo no iba bien y se rascó la nariz con el dedo índice.

—Este hombre tan simpático se ha ofrecido a pagarte un chute si te acuestas con él.

—Richard... —fue a reclamar Mariona, pero este la cortó.

—Shhhh. —Le puso el dedo en los labios—. Nena, esto es lo que hay. Si necesitas un chute, vas a tener que ganártelo.

—Pero es que...

—Pero es que nada —cambió radicalmente de tono—. Si quieres meterte algo, vas a tener que ganártelo y, por lo que veo, lo necesitas y pronto si no

quieres acabar vomitando hasta tu primera papilla. —La alejó de él con un empujón que le hizo perder el equilibrio y casi caer de bruces—. Estoy harto de que seas una puta gorrana. El que algo quiere, algo le cuesta.

Aquello aterró a Mariona. Richard no solía perder los papeles, pero cuando los perdía daba realmente miedo. En cuanto notaba que la vena de la frente se le hinchaba sabía que había que parar la discusión como fuese. Solo le había visto fuera de sí en un par de ocasiones y las consecuencias habían sido terribles; no quería tener que volver a verlo así de nuevo.

—Está bien, Richard, como digas.

—¿Pasa algo? —preguntó el hombre que estaba esperando a unos metros.

—No, todo está bien —contestó Richard con el tono más comedido que encontró, dando otro pequeño empujón a Mariona para que se acercase al hombre.

Este, nada más ver que Mariona se acercaba a él, la abrazó por los hombros y la guió hasta la caseta de obra que tenían a unos metros.

Llegaron a la parte trasera y Mariona vio que no tenía escapatoria; tendría que tener sexo con aquel hombre detrás de aquel sucio contenedor si quería conseguir algo de caballo. Decidió que lo más inteligente sería colaborar en la medida de lo posible.

Se quedó quieta sin saber qué hacer y el hombre que comprendió su inseguridad se acercó a ella y comenzó a bajarle la cremallera de forma delicada. Le bajó la sudadera por los brazos y esta cayó al suelo con un sonido seco. A continuación, alzó la parte baja de su camiseta y metió la mano buscando ansioso el sujetador. Llevaba ya un rato sobándole las tetas, cuando el hombre acercó su boca a la cara de Mariona y comenzó a besarle la mejilla. Sus labios se acercaron a su boca peligrosamente y, al ver que casi consiguió atraparla, Mariona ladeó la cara para que el hombre viese que no iba a dejarse besar en la boca. A aquel hombre le olía el aliento a rayos y no quería saborear aquella asquerosidad dentro de su boca como le ocurrió la última vez.

El desconocido, al darse cuenta de que no iba a colaborar demasiado, decidió dejarse de historias. Mariona creyó vislumbrar alivio en su rostro; aquello significaba que podría disfrutar a su antojo sin tener que hacer esfuerzos por contentar a la otra parte.

Sin demasiado disimulo, dejó de manosearla por dentro de la camiseta y se centró en bajarle la cremallera de los pantalones. Mariona colocó los brazos a cada lado de su cuerpo para no molestar y se dejó hacer. Este consiguió por

soltar el botón de sus vaqueros y los arrastró hacia el suelo. Mariona levantó los pies para poder facilitarle la tarea, pero no hizo ningún esfuerzo en quitarse los zapatos. No quería cortarse con nada de lo que hubiese allí tirado.

Una vez que la tuvo desnuda de cintura para abajo, la empotró contra la sucia pared de la caseta de obra y, con un rápido movimiento, se bajó su propia cremallera, se sacó la polla y la penetró sin muchos miramientos.

Aquello asqueó a Mariona. No estaba preparada ni mucho menos para tener relaciones con aquel hombre y, para empeorar la situación, sus embestidas no estaban siendo demasiado delicadas. Notaba su miembro erecto entrando en ella de forma brusca y una mueca de desagrado se reflejó en su rostro. No era doloroso, pero sentía una fricción desagradable que la estaba dejando con un escozor incipiente entre las piernas.

Como no quería alargar demasiado la situación, se abrazó a él y colocó una de sus piernas sobre su cadera para acelerar aquel desagradable encuentro. Elevó su rostro al cielo y, mientras seguía notando aquel miembro extraño entrar y salir de su interior, fijó la mirada en las estrellas que surcaban el firmamento. Como solía decirle Marc de pequeña, su padre la estaría cuidando y protegiendo desde una de ellas.

Miró al cielo y rogó a Dios para que su padre no estuviese viendo en qué se había convertido su hija.

El domingo por la mañana, Mariona entró en el cuarto de su hermano para preguntarle a qué hora debían salir y, al ver la escena que había ante sus ojos, se con la boca abierta de par en par. Su hermano había sacado todas sus camisetas, las había colocado encima de la cama y las miraba con cara de circunstancias parado a un metro de distancia.

Hasta entonces Mariona no se había dado cuenta de lo nervioso que estaba. El día anterior Marc le había llamado desde el hotel solo para recordarle que tenían una comida con Cat y Joan. Estaba claro que estaba alterado, jamás le había llamado para nada desde el curro. Pero no fue hasta verlo allí plantado en medio de su habitación cuando Mariona comprendió lo importante que era para él aquella cita.

Se cansó de mirar desde el quicio de la puerta y decidió echarle una mano.

—Hermanito —le saludó con una gran sonrisa en los labios—. Pero qué guapo te has puesto para la ocasión.

—Anda, calla —le soltó en tono cortante—, y ayúdame a encontrar una camiseta decente.

—Créeme que eso va a estar difícil —volvió a decir muerta de risa.

Marc la fulminó con la mirada.

—Anda, escoge una —le suplicó Marc.

Mariona sabía sin tan siquiera mirar cuál era la mejor camiseta de su hermano; la buscó entre los cientos de camisetas sin mangas que atesoraba y se la tendió.

—Ponte esto, hermanito, vas a estar irresistible.

Marc cogió la camiseta que había elegido Mariona y la empujó fuera de su cuarto sin muchos miramientos.

—Y tú —comenzó a gritarle antes de que se metiese en su propio cuarto—, ¡ya puedes comportarte hoy! Nada de chutarte ninguna mierda antes de la comida porque te corto el cuello.

—*Ok*, hermanito, lo que tú digas.

Mariona sabía que, a esas alturas de su vida, si no se metía algo antes de la comida no podría acabar la velada sin temblores. No quería defraudar a su hermano, así que dejó media raya preparada para antes de salir y otra para meterse en el baño del restaurante por si la velada se alargaba.



Marc salió del taxi con Mariona y Cat a su lado, abrió la puerta del restaurante con tensión en los hombros y dejó pasar a la chicas primero. Entró el último en una gran estancia cerrándola puerta tras de sí y preguntó por Joan al primer camarero que encontró. Este con un uniforme negro impecable les sonrió y los condujo hasta la terraza.

A cada paso que daba, Marc tocaba con un gesto nervioso el reloj de su muñeca. Era una manía que tenía cuando estaba alterado y, como siempre, el gesto lo tranquilizó en cierta manera. El reloj era la única herencia que le quedaba de su padre y solo se lo ponía en ocasiones especiales. En aquella comida pensó que no podía faltar a la cita; estaba seguro que llevarlo puesto le ayudaría a pasar el trago.

Atravesaron el comedor inundado de aromas a marisco y brasas y vio cómo Gosby elevaba la nariz para captar mejor el aroma. Faltó poco, pero por fortuna Cat consiguió que no saliese disparado hacia la cocina. Marc sabía que el perro calmaba a Mariona mejor que cualquiera de sus drogas, así que había pedido a Joan que le permitiese la entrada al restaurante —no quería arriesgarse a que Mariona montase una escena si se alargaba mucho la velada—. Y, en una calma tensa, llegaron hasta el jardín trasero. El jardín era uno de los lugares con más encanto de la isla. Joan se había gastado una pasta en decoradores de exteriores para dar un aire mediterráneo de ensueño al jardín y aquello parecía haber surtido efecto; era prácticamente imposible conseguir mesa para comer en aquella terraza.

Al salir fuera, Marc se dio cuenta de que el lugar se encontraba desierto exceptuando a Joan que estaba sentado en una de las mesas del fondo, bajo una enorme parra, tomando un aperitivo.

—Chicos —saludó con una gran sonrisa dejando la copa de vino que tenía en la mesa.

—Hola, Joan —saludó Marc que volvió a recolocarse el reloj—. Te

presento a Caterina y a Gosby.

—Encantada.

Caterina se acercó a darle dos besos y Marc echó un rápido vistazo a la mesa para comprobar si habían servido ya el vino. Necesitaba algo de alcohol; aquel encuentro lo estaba matando de la inquietud.

Era la primera vez que presentaba una novia a Joan. En realidad, se sentía satisfecho de que Caterina fuese la primera. Intuía que al ser de clases sociales similares se llevarían bien, pero no podía asegurarlo y con lo mal que caía Cat a sus colegas...

Los vio allí entablando una conversación cordial y se le escapó una mueca de satisfacción. Quién iba a decir que dos personas como aquellas, gente con un buen porvenir, pudiesen compartir sus vidas con él. Era incomprensible y lo que más le aterraba era que alguno de ellos llegase a la misma conclusión.

Joan les hizo un gesto con la mano para que se sentasen y, antes de darle tiempo a llenar su copa de vino, el camarero comenzó a sacar suculentos aperitivos a base de mariscos y frutas exóticas que Marc no pudo ni probar; el nudo de su estómago no le permitía ingerir alimento alguno.

Para cuando colocaron un cóctel de gambas con aguacate y salsa rosa en su plato, vio que el interior del restaurante se había llenado por completo. Miró extrañado hacia los cuatro rincones del jardín y se percató de que la terraza seguía vacía.

—Oye —preguntó a Joan—, ¿no sale nadie al jardín? —Hizo un gesto con el brazo señalando al interior.

—Es que no se admiten perros, así que no me ha quedado otra que cancelar todas las reservas del exterior para poder comer con nuestro encantador Gosby.

Gosby, que estaba pegado a los pies de Mariona, al oír su nombre levantó la cabeza para ver si le caía algún manjar pero, al comprobar que no iba a haber suerte, volvió a las profundidades de Morfeo.

Aquello alarmó a Marc. Sabía que anular las citas del jardín suponía grandes pérdidas para el restaurante y sintió una punzada de culpabilidad en el pecho. Miró a Cat para tranquilizarse, pero la sensación de angustia aumentó al verle la cara; parecía estar haciendo cálculos mentalmente y haber llegado a la cifra exacta.

—Me ha comentado Marc que estáis pasando el verano en Farrel —cambió de tema Joan al ver la cara de susto que llevaban.

—Sí, estamos en la Escuela de Salvamento Acuático. Intentamos sacar la

capacitación para poder trabajar en un equipo de salvamento.

Para aquello apenas quedaba un mes y a Marc se le atragantó un trozo de gamba solo de pensarlo.

—¡Qué genial! —dijo Joan.

—No te he dado las gracias por lo que hiciste por nosotros —prosiguió Cat—. No sabes lo agradecidos que estamos Gosby y yo por habernos permitido practicar con tu helicóptero privado. Nos has salvado la vida.

Joan hizo un ademán con la mano para que Cat dejase de decir tonterías y de repente se le iluminó la cara.

—¿Y dices que el equipo está en el Saint Esteve?

—Sí.

—Perdón —se disculpó Mariona y se levantó de la silla para dirigirse hacia del comedor.

Ya había ido dos veces al baño desde que se habían sentado y Marc comenzaba a estar mosqueado con tanto trasiego. Solo esperaba que le hubiese hecho caso y no se estuviese metiendo nada.

—Se me ha ocurrido una gran idea para que me devuelvas el favor —dijo Joan, encantado de haberse conocido a sí mismo.

—¿Qué? —preguntó Marc temeroso de su amigo.

—¿Por qué no hacéis una exhibición en la piscina del hotel? A los clientes les encantaría ver a los perros en acción.

—Joan, los perros no tienen acceso a la piscina —le contestó Marc intentando quitar aquella charada a Joan de la cabeza.

—¡Bah!, tonterías, yo puedo dar permiso para el acontecimiento que para eso soy el jefe.

—Por mí encantada —contestó Caterina con una gran sonrisa.

Y así transcurrió la comida más difícil de la vida de Marc.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Me giré hacia el lado izquierdo de la cama y me topé con la cara de Marc con una sonrisa de oreja a oreja. Estábamos a oscuras en la habitación, pero la luz de la luna entraba a raudales por la terraza.

Cuando toqué el timbre de casa de Marc aquel mediodía, no pude creer que el hombre que me encontré en el quicio de la puerta fuera el desgarbado con el

que había pasado medio verano. Casi me quedo sin respiración al verlo con una camiseta negra con manga corta y un dibujo de tonos azules que quitaba el sentido. Vestía también unos pantalones vaqueros largos y unas zapatillas de deporte negras. Sé que la descripción no parece gran cosa, pero teniendo en cuenta que jamás le había visto con otras prendas que no fuesen bermudas y chancletas, me pareció que aquel atuendo podía llegar al nivel de etiqueta para Marc.

Un brillo inusual en su muñeca me hizo bajar la mirada y toparme con un reloj impresionante que jamás le había visto puesto. En el trayecto en coche le pregunté por él y me lo pasó para que pudiese verlo con detenimiento; era un *Rolax* de oro blanco con una esfera negra con tres micro esferas en su interior. Marc me contó, con brillo en los ojos, que era lo último que le quedaba de su padre. Y en ese momento entendí lo importante que era para él aquella cita.

Lo que no mejoró fue su pelo; seguía revuelto y con los mechones de siempre tapándole media cara. Me pasé el día intentando apartar el pelo de la frente; pero este, cada vez que veía mi mano acercarse, me pegaba un suave manotazo dejando claro que su pelo no se tocaba.

Lo mejor del día fue conocer a Joan, un hombre encantador se mirase por donde se mirase. Marc me había contado que tenía una gran cadena hotelera y restaurantes por toda la isla. Por aquella descripción pensé que me encontraría con el típico empresario estresado con el móvil pegado a la oreja gritando «compra, compra»; pero nada más lejos de la realidad, me topé con un hombre atento que disfrutó de la comida como el que más. Se notaba que era de esos hombres que emanaban autoridad de forma natural y se sentía muy cómodo en su papel.

Bien entrada la tarde, dimos por acabada la jornada y, después de una cariñosa despedida, nos dirigimos a casa de Marc para dejar allí a Mariona —quien ya empezaba a dar signos de no poder más—.

Seguido, Marc se empeñó en acompañarnos hasta el hotel y, sin poder evitarlo, fuimos dando un largo paseo como si de una cita formal se tratase.

—¿Te lo has pasado bien? —me preguntó clavándome esa mirada intensa que me dejaba desarmada.

—Ha sido uno de los mejores días de mi vida.

Vaya frase más ridícula, pensé.

—¿En serio? —preguntó Marc con un pequeño gallo de incredulidad en la voz.

—Claro.

Vi que mi risa no le había sentado nada bien y me acerqué para darle un beso rápido y meter mi nariz en su cabello.

—¿Qué haces?

—Oler te —respondí como si fuese lo más normal del mundo.

Se había echado algo de colonia y el aroma varonil del perfume, mezclado con su olor personal me estaba dejando casi sin defensas.

—Quita. —Se alejó de mí, alarmado—. Tengo que oler a muerto después de aguantar toda la jornada con esta camiseta y unos pantalones largos.

Me volví a reír sin dejar de abrazarlo ni por un segundo.

—Siempre hueles como los ángeles, Marc.

Me di cuenta de que no estaba muy acostumbrado a recibir cumplidos y aquello lo dejó más descolocado si cabía.

—Deja de decir tonterías. —Se deshizo de mi abrazo con un rápido gesto de sus hombros.

Volví a reírme por su modestia, pero ya no dije más. Acerqué mi boca a la suya y le besé sin prisa. Los besos de Marc eran siempre apremiantes, básicos como de una honda necesidad, pero aquel beso lo dirigía yo y no tenía ninguna gana de acelerar el ritmo. Quería saborearlo despacio, con amor. Marc, en contra de todo pronóstico, me acogió con agrado y cuando sentí que ya se había calmado, separé mis labios y me quedé con la nariz rozando a la suya, sintiendo su aliento.

—He estado nervioso —confesó avergonzado.

—¿Y eso? —pregunté haciéndome la despistada, a pesar de que era más que obvio.

—Hoy reunía a lo más importante en mi vida y quería que saliese bien.

Aquello sí que me dejó de piedra. Bueno, pensé, quizás solo se refiere a Joan y Marionna.

—Pues ya está, todo ha ido a las mil maravillas.

Marc tenía una energía extrañamente melancólica y al llegar a la zona trasera del hotel no me pareció buena idea dejarlo solo. Siempre era él el que manejaba la situación y el que cuidaba de todos, pero quizás pudiésemos cambiar los roles por aquella noche. Para ser franca, tenía muchas ganas de tumbarme a su lado y acunarlo hasta que se quedase dormido. No me sentía cómoda viéndolo tan vulnerable.

—¿Por qué no subes conmigo? —le susurré al oído para incitarle.

—Sabes que no puedo. —Abrió los ojos alarmado por la sorpresa.

Jamás había subido a mi habitación.

—Marc, nadie te va a conocer así vestido.

—Cat, no son idiotas. Se me ven los tatuajes al completo.

—*Ok* —dije, buscando un plan alternativo en mi cabeza—, ve por la puerta de servicio y yo por la principal. Te espero en mi habitación. ¿Qué te parece?

—¿Seguro? —preguntó alejándome de él y mirándome a los ojos buscando confirmación.

Sin decir más, llamé a Gosby —que acostumbrado a nuestros arrumacos estaba echado en el suelo, esperando)— y me dirigí a la puerta principal sin decir palabra.

Diez minutos más tarde, sonaron unos golpes en la puerta de mi habitación. Fui a abrir con el pijama ya puesto y me topé con la sonrisa más seductora que jamás hubiese visto entrando sin demasiada prisa en mi cuarto. Me quedé embobada mirando a aquel hombre seguro de sí mismo y para cuando quise darme cuenta me estaba abrazando. Entre aquellos brazos me sentí la mujer más feliz del planeta.

En ese momento estaba tumbada junto a un Marc relajado, con una leve sonrisa de satisfacción en sus labios. Me quedé mirándolo como una tonta cuando vi que abría un ojo.

—¿Despierta? —me preguntó sin ser capaz de abrir el otro ojo.

—Más o menos —le contesté divertida—. Estaba pensando en el día de hoy.

—¿Sí? —Se desperezó un poco más alargando un brazo para atraerme a él.

—Pensaba en tu relación con Joan. ¿Cómo habéis acabado con una amistad tan estrecha? —Me acomodé en su costado a pesar de que estaba casi ardiendo.

—La verdad es que no lo sé —respondió haciendo esfuerzos por mantener los dos ojos abiertos—. Nos conocimos en la entrevista de trabajo.

—Pues debió salir a las mil maravillas.

Marc soltó una risa contenida.

—La verdad es que salió bastante mal. Yo no tenía muchas esperanzas de conseguir el trabajo, así que tampoco me lo curré demasiado.

—Dime, por favor, que no te presentaste en bermudas y chancletas.

Este me miró con una sonrisa torcida y puse los ojos en blanco al comprender.

—¿Y cómo de una entrevista de trabajo desastrosa llegas a una relación así?

—Ni idea. —Se rascó la cabeza con la mano—. Congeniamos a la primera y después de contratarme comenzamos a vernos por el hotel..., un día quedamos a tomar un café, otro día nos cruzábamos por el paseo y un día quedamos para comer. Allí le hablé de Mariona y un día me dijo que quería conocerla. Así fue como empezamos... —Hizo una pausa para buscar la palabra exacta—, a entablar una amistad.

—Es una persona maravillosa.

—La verdad es que sí.

Al decir aquello, giró la cabeza; había algo que no quería decirme.

—No entiendo cómo pierde su tiempo conmigo.

—¿Pero qué dices Marc? —Me acerqué más a él y coloqué mi cabeza en su hombro pasando uno de mis muslos por su cintura.

—No entiendo cómo personas como vosotros, de buena familia, con un porvenir, perdéis el tiempo con una persona como yo.

Aquello no lo había verbalizado nunca. Yo sospechaba que algo así cruzaba por su mente, pero se me rompió el alma al escucharlo.

—Marc, no perdemos el tiempo. Que no hayas tenido las mismas oportunidades que nosotros en la vida no significa que no seas una persona increíble. —Guardé silencio y le di un beso en el pecho—. Contigo me siento bien, Marc. Me haces sentir segura, me haces sentir importante.

Agachó la cabeza y me clavó una mirada indescifrable. Sabía que con aquel gesto estaba intentado averiguar si mi confesión era real.

—Mira —intenté explicarme—, conmigo eres como con Mariona: siempre pendiente de cubrir mis necesidades. —De repente me acordé de algo—. Oye, hablando de Mariona —me incorporé sobre el codo—, hoy la he visto genial.

Aquella frase hizo que se colocase los brazos detrás de la cabeza.

—Bueno, en realidad no tanto. ¿No te has dado cuenta de los veinte viajes que ha hecho al baño?

—Habría bebido mucha agua —respondí intentando hacer contacto visual con él.

—No hay tanta agua en el mundo para mear de esa manera —desvió otra vez la vista—. Me juego lo que quieras a que se ha pasado el almuerzo metiéndose algo en el baño.

—No fastidies —contesté alarmada.

Jamás se me hubiese ocurrido algo así al verla tan despejada y fue entonces cuando decidí tocar el tema que todavía no había sido capaz de encarar.

—Marc, ¿por qué no haces algo por ella?

—¿Y crees que no lo hago? —Soltó a la defensiva mirándome con reproche—. Hace tiempo que no le paso nada de pasta y la vigilo todo lo que puedo, pero con el trabajo no es fácil mantenerla a raya.

—Si está tan metida no creo que haya otra forma de sacarla de la droga que no sea internarla en un centro, ¿por qué no la internas? —lo dije bajito, como con miedo a entrometerme en algo tan personal.

Soltó una sonrisa irónica contenida.

—¿Te crees que no lo he intentado? —Se incorporó de la cama para dar más énfasis a sus palabras—. No puedes meter a alguien a la fuerza en un centro. Tiene que ir por su propia voluntad.

Vi tanto dolor en aquellos ojos que agarré su cintura y lo coloqué con un suave movimiento encajado en mi cuerpo. Posé su cabeza sobre mi pecho y decidí que aquella noche sería yo la que cuidase de él.

CUARTA PARTE
TORMENTA EN EL PARAISO

La exhibición se programó a última hora de la tarde para que el intenso calor no afectase demasiado a los perros. Parecía que la convocatoria había sido un éxito. Al entrar en el recinto de la piscina con Gosby, me topé con medio hotel allí metido; no solo la clientela, sino también toda la plantilla de trabajadores que tenían turno de tarde. Todos estaban expectantes de ver para qué estaban entrenando aquellos perrazos que llevaban yendo y viniendo por las instalaciones durante todo el verano.

Cuando le comenté a Mikel la petición de Joan, le gustó la idea —creo que a aquel hombre siempre le gustaba ser el centro de atención—, pero decidió organizar algo sencillo; «la piscina no da para mucho más», confesó. En cambio, al director no le hizo tanta gracia la propuesta, pero no tuvo más remedio que aceptarla dado que venía de Joan. La única condición que puso fue que los rescatados fuesen empleados del hotel. Dijo con palabras textuales: «No quiero ver a ningún cliente con un miembro amputado», así que la exhibición fue organizada con los clientes como meros espectadores.

Nos desperdigamos por el jardín charlando con los clientes hasta que Mikel dio el primer pitido; como si de un batallón del ejército se tratase nos pusimos en fila para comenzar con la exhibición. Busqué a Marc con la mirada —con el jaleo le había perdido de vista hacía rato— y lo encontré al otro lado de la piscina con una sonrisa de oreja a oreja. Se me hizo muy raro verlo así. Por primera vez en todo el verano llevaba su bañador y su camiseta de tirantes en el trabajo. Por fin, aquella tarde había dejado de ser el camarero de la manga larga para ser simplemente Marc.

Escuché el segundo pitido y me puse en posición. Para comenzar la exhibición íbamos a hacer unos ejercicios básicos tipo sienta, tumba y *fuss* con los perros sincronizados para que quedase más espectacular. Mikel marcó la señal de sentado y mis compañeros y yo indicamos a los perros que obedeciesen. Estos posaron los cuartos traseros en el suelo al mismo tiempo y el público rompió en aplausos. En aquel momento comprendí que no iba a ser

difícil salir victoriosos de aquella demostración; los espectadores iban a vitorear por cualquier cosa. También era verdad que la animadora que retransmitía el espectáculo estaba dándolo todo. El ambiente era inmejorable y los animales estaban contagiados de aquella energía alegre; seguro que trabajarían como nunca.

La primera en comenzar un ejercicio en el agua fue Nina que ordenó a Kira que se tirase a la piscina y cogiese un aro que le acababa de tirar. Esta hizo el ejercicio a la perfección y los espectadores volvieron a aplaudir como locos.

Tras la actuación de Kira, salieron a la palestra un par de compañeros más a hacer ejercicios de arrastre con cuerda atados a un maniquí y nos dejaron el momento estelar a Gosby y a mí.

Sabía que Marc se había prestado voluntario para acompañarnos en el ejercicio y tenía mis sospechas de por qué lo había hecho pero, fuese como fuese, me hizo ilusión que fuese él y no otro quien nos ayudase.

La animadora anunció que llegaba la actuación principal y el público comenzó a aplaudir mientras Marc se quitaba la camiseta y se colocaba en el borde opuesto de la piscina. Mikel dio el primer pitido y Gosby se puso en guardia. Mikel hizo un gesto a Marc para que se tirase al agua y este me regaló una seductora sonrisa y obedeció sin pensárselo dos veces. Aquello me dejó descolocada, pero sacudí aquella imagen de mi mente y me centré en mi trabajo intentando no liarla delante de toda la audiencia.

Ya en el agua, Marc comenzó a chapotear como si se estuviese ahogando y, al verlo tan metido en su papel, tuve que reprimir una carcajada. Ya centrada, ordené a Gosby que fuese a por él —he de confesar que di la orden en el momento en que noté que el perro se me escapaba de las manos, pues nada más ver saltar a Marc, Gosby se había lanzado a por su amigo—.

Gosby nadó rápidamente hasta Marc y, en vez de rescatarlo, le dio un par de lametazos en la cara. Pensé que aquel sería el final del espectáculo, pero Marc le devolvió el saludo con dos breves palmadas en la cabeza, y Gosby procedió —por fin— a hacer su trabajo. Nadó hasta la mano de Marc, la agarró de forma delicada con los dientes y lentamente se dirigió hacia dónde me encontraba.

A Gosby se le veía relajado, como si supiese que era una simple exhibición. Intuía que si Marc se estuviese ahogando de verdad, no se lo estaría tomado con aquella parsimonia.

Gosby salió del agua y dejó a Marc al borde de la piscina para que yo acabase de sacarlo. Marc, que tenía órdenes de seguir haciéndose el muerto,

se quedó tendido al borde de las escaleras, mientras yo entraba en el agua para tirar de él y colocarlo en el primer escalón de bajada. Allí me puse de rodillas, pegué la oreja a sus labios y simulé que comprobaba su respiración.

Nada más notar el roce de mi piel sobre su boca, Marc, con un ágil movimiento, me plantó un rápido beso en la oreja. Me quedé petrificada. Cómo podía tener tanta cara de hacer aquello delante de todos. Se la iba a cargar cuando lo pillase a solas.

Me repuse del susto como pude y comencé a hacer las compresiones de pecho.

Estábamos allí con más de cien personas mirándonos fijamente cuando noté cómo un dedo meñique acariciaba mi muslo con descaro. Intenté apartarme, pero si me movía demasiado seríamos descubiertos, así que me quedé quieta como una estatua.

Acabé las compresiones con algo de brusquedad para dejar clara mi postura, le tapé la nariz con la mano y acerqué mis labios a los suyos para hacerle el boca a boca. Me temía lo peor y, nada más posar mis labios sobre los suyos, sentí cómo una lengua se abría camino dentro de mi boca y me acariciaba con un sutil movimiento. Abrí los ojos como platos y me encontré con los ojos de Marc retándome a hacer aquello. Ni se me pasó por la cabeza seguir con el espectáculo, así que empujé mi lengua para mantener la suya bien lejos y me separé de él para repetir las compresiones. Debía realizar otro boca a boca más para terminar la exhibición, pero me dio miedo que Marc siguiese con aquella actitud y acabé el ejercicio antes de lo previsto.

Nada más levantarme, la audiencia rompió en vítores y aplausos y aproveché el momento para estirar el brazo y ayudar a incorporarse a Marc; la mirada libidinosa que me lanzó no tuvo precio. Aquel chico se había vuelto loco y ya no tenía remedio. Mira que montar aquel espectáculo delante de toda aquella gente... Yo le respondí con un gesto que dejaba bien claro que le caería una bronca bastante seria cuando le pillase a solas y me alejé de él todo lo que pude.

He de reconocer que fue una de las mejores tardes del verano, estaba todo el mundo en modo de fiesta; incluso los trabajadores del hotel estaban alegres hablando unos con otros y Marc era el que más brillaba.

Me entretuve un buen rato saludando a todo aquel que quiso acercarse a la estrella del espectáculo —me refiero a Gosby, no a mí— y, cuando vi que empezaba a hacerse tarde, decidí subir a mi habitación a cambiarme de ropa y

a darle a Gosby una merecida cena *gourmet*. Busqué a Marc para despedirme, pero no conseguí encontrarlo por ningún lado; aquello me entristeció, había estado con un brillo especial mientras recibía las últimas felicitaciones y me dio pena que se hubiese ido tan pronto. Quizás tuviese turno de noche y estaba en el comedor preparando el servicio.

Metí la tarjeta en la cerradura, abrí la puerta de mi habitación y, tras dejar pasar a Gosby, me fui directamente al balcón para abrirlo y dejar que entrase algo de aire fresco. Nada más coger el pomo de la puerta, noté unos dedos que se posaban en mi cintura; pegué tal grito que tuvo que oírse desde recepción.

Me giré de forma instintiva y vi a Marc con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Estás loco! —me limité a decir pegándole un manotazo en el brazo—. Casi me matas del susto.

—No me esperabas, ¿eh? —contestó muerto de risa.

—Se te ha debido ir la cabeza por completo. ¿Cómo se te ocurre meterme la lengua hasta la garganta delante de medio hotel?

Este volvió a reírse con más intensidad si cabía.

—Es que no me pude resistir. En cuanto noté tus labios pegados a los míos, mi lengua salió a tu encuentro de forma impulsiva.

—Pero qué jeta tienes —le respondí con un falso reproche, apartándole un mechón de pelo de la frente—. No te habrán visto entrar aquí, ¿no?

—Nooo, no te preocupes, tu reputación está a salvo —volvió a decir posando descaradamente una de sus manos en mi trasero.

—Ya sabes que no te lo digo por eso, lo decía para no meterte en problemas con tu jefe.

Antes de acabar la frase, Marc ya había conseguido soltarme el sostén del bikini y estaba intentando acariciar mis pechos sin mucho éxito. Sabía perfectamente que no me gustaba que me tocara en aquella zona.

Al notar mi reticencia, me agarró de las dos manos y me tiró en la cama sin contemplaciones. Colocó mis brazos sobre mi cabeza inmovilizándome por completo y antes de poder reaccionar noté que algo húmedo rozaba mis pezones.

—Marc —dije sin poder moverme ni un ápice.

—Mmmm —respondió con mi pezón izquierdo dentro de su boca.

—Quita. —Intenté incorporarme.

Este, viendo mis intenciones, hizo como que no me escuchaba y siguió besándome los pechos sin aflojar la presión de mis manos.

—¿Por qué? —Cambió de idea y se colocó frente a mi cara para mirarme fijamente.

Estaba guapísimo. Tenía un brillo especial en la mirada y el pelo revuelto le caía por la cara.

—Porque no me gusta. —Elevé lo que pude los hombros, sin moverme demasiado, sabiendo que no me iba a permitir escapar.

Odiaba mis pechos. Dios había olvidado poner carne en esas dos pequeñas protuberancias y no me gustaba que me las viesan y mucho menos que me las tocasen. De pie aún daba la impresión de tener algo; pero, tumbada, aquellas dos insignificancias desaparecían como por arte de magia y solo quedaban dos pezones levemente elevados sobre el pecho. A Diego, mi ex, jamás le había consentido que me viese desnuda al completo. Solo me había dejado tocar en esa parte cuando estaba oscuro y prácticamente no podía ver lo que hacía.

—Pues a mí sí me gustan. —Soltó mis manos y me dejó libre sin retirarse ni un milímetro.

—No es verdad. —Puse una mueca de desaprobación, bastante más tranquila de saber mi pecho escondido bajo el suyo.

—Claro que sí —repitió ofendido por la falta de credulidad.

—Si no tengo nada.

—Sí que tienes. Lo tienes perfecto para mí —respondió Marc teniendo la delicadeza de no apartar la vista de mi cara.

—Marc, deja de decir chorradas.

Este se rió, me plantó un tierno beso en el hombro y siguió con su argumento.

—¿Te gustan mis brazos?

Aquello me había pillado por sorpresa. En realidad me encantaban sus brazos. Solía quedarme mirándolos como embobada intentando encontrar matices y dibujos que siempre aparecían de la nada.

—Sabes que me encantan. —Pasé mis manos por sus huesudos brazos.

—Pero si no te gustan los tatuajes —volvió al ataque.

—Pero esos sí. Son tuyos.

—¿Ves? —me dijo triunfal al comprobar que la conversación había llegado a donde él quería.

—Pero eso es diferente.

—No es diferente. —Deslizó la mano por mi pecho y atrapó con todo el descaro uno de mis minúsculos senos.

—¿Si tuviese una talla cien no te gustaría más? —pregunté incrédula.

—Si la cien fuese tuya me gustaría igual, porque me gustas tú, no partes separadas de tu anatomía. —Hizo una pausa para pensar bien su argumento—. Si no tuviese tatuajes, ¿te gustarían más mis brazos?

—No.

Mierda, lo había dicho sin pensar.

—¿Ves? —Soltó una sonrisa triunfal—. Yo tengo razón.

Después de aquello, nos quedamos los dos plantados mirándonos a la cara con una sonrisa tonta en los labios. Los ojos de Marc brillaban con intensidad. Aquello era como estar en el cielo. Hasta que Marc dijo algo que no esperaba.

—Te quiero.

Al instante me percaté de que aquellas dos palabras habían salido de la boca de Marc sin su consentimiento. Suponía que la emoción de la tarde era la causante de soltar aquello y, por la cara que puso, lo esperaba tan poco como yo.

Lo malo fue que de mis labios solo salió una mueca de disgusto. Me quedé muda, no fui capaz de contestar. Acababa de romper toda la magia del momento. Era la segunda vez que me decía que me quería y yo me había vuelto a quedar muda. Marc se levantó de la cama nervioso y se puso la camiseta sin mangas.

Comenzó a ir de un lado a otro de la habitación, rascándose la cabeza sin saber qué hacer mientras yo le miraba desde la cama con cara de circunstancia.

—Quizás —arrancó—, esta relación no esté demasiado en equilibrio.

—No es eso, Marc —le aseguré, al tiempo que cogía la sábana para taparme.

La había cagado, pero bien.

—Mmmm —salió de lo más profundo de su garganta.

—El problema es que me voy en unas semanas y no sé qué va a pasar.

—Pues quédate —me escupió a la cara—. Me has dicho que si pasas las pruebas y quedas bien situada, puedes elegir destino. —Me miró con toda la angustia del mundo y repitió—. Quédate.

—Es que no estaba en mis planes —dije confundida mirándome las manos—. Vine solo para sacar plaza y volver a Santander a trabajar. No esperaba que nada de esto pasase.

—Pues ha pasado. —Se sentó a mi lado y me agarró las manos con las suyas—. Cambia de planes. Si quieres, puedes. Quédate.

—A mi madre le va a dar un mal como le diga que no vuelvo.

—Ya lo superará. Es ley de vida.

Marc clavó su atención en mi rostro y se me rompió el corazón al contemplar tanto sufrimiento. Me quedé helada y sin saber qué decir. Me estaba pidiendo demasiado. Nos conocíamos de solo unas semanas. ¿Qué pasaba si dejaba mi vida por él y luego este no respondía? ¿Podría vivir con un hombre como él? Si la cosa iba mal, ¿qué haría yo en aquella isla, sola, cuando toda mi vida estaba en Santander?

Me quedé quieta sin poder añadir nada y, al ver la falta de respuesta, Marc se levantó, me echó una última mirada y salió del cuarto dando un portazo.

Nada más escuchar que se cerraba la puerta, de mis labios salieron dos involuntarias palabras: «Te quiero».

Unos días después, Mikel nos propuso a todo el equipo salir a cenar por ahí para despejar la cabeza. Creo que lo hizo como estrategia; el rendimiento había caído en picado en los últimos días. Después de llevar más de dos meses trabajando sin descanso, los ánimos se notaban bajos. Surgían fallos tontos mucho más a menudo de lo esperado y los tiempos estaban empeorando de forma significativa. Todos sabíamos que se debía al agotamiento acumulado tanto de perros como de guías, pero viendo tan cerca el examen final nadie quería tomarse un día libre para no dar ventaja al resto.

Habíamos cenado en una de las terracitas del puerto de Es Castell y después de un corto paseo, acabamos en otra terraza donde daban unos cócteles de muerte. Hacía una bonita noche de final de verano y el ambiente era inmejorable. Al estar ya en el mes de septiembre, había bajado bastante la ocupación hotelera y se podía disfrutar de la isla con algo más de tranquilidad.

Y allí estábamos, tan a gusto, con sendos mojitos y haciendo risas como nunca. Por fortuna, había conseguido sentarme lejos de Mikel y el no tener que aguantar sus manazas sobre mí me estaba permitiendo disfrutar de una velada estupenda. La que sí estaba disfrutando de lo lindo era Nina, que sí había conseguido sentarse al lado del susodicho y estaba encantada con todas las atenciones que le estaba prodigando.

—Hay figurantes que son la hostia. ¡Qué risas! —comenzó Mikel con una anécdota—. El otro día vi a un *pavo* que pensó que con la chaqueta bastaría y no se puso los pantalones de protección. En cuanto dieron la orden, el perro salió disparado hacia el hombre. —Hizo una parada para seguir riéndose a mandíbula batiente—. Y en vez de ir a por el codo, se le echó directamente a la pantorrilla y tuvieron que acabar dándole diez puntos.

Aquella anécdota hizo que mis compañeros explotasen en una carcajada conjunta. Dios, pensé, que siempre tuviésemos que estar hablando de lo mismo.

Giré la cabeza hacia el puerto para intentar abstraerme de la conversación y

me quedé obnubilada con la belleza de aquel municipio; era precioso. Las luces del puerto y las pequeñas casas que lo bordeaban daban al lugar un toque de ensueño. Imaginé que no estaría nada mal vivir allí, la vida parecía mucho más sencilla en un lugar como aquel. Aquello, cómo no, me llevó a pensar en Marc.

Me levanté de mi asiento con algo de desasosiego en el corazón y me acerqué hasta los barcos buscando paz y tranquilidad. Cómo había acabado en aquella situación era todo un misterio. Yo que tenía tan claros mis objetivos aquel verano... Miré a la izquierda desolada y vi que todavía quedaba un buen tramo de paseo; decidí alargar mi paseo un poco más para seguir disfrutando de la brisa nocturna e intentar liberar mi cabeza de tanta confusión.

Después del fallido «te quiero», Marc y yo habíamos estado hablando largo y tendido durante toda la semana. Me disculpé por aquello —aunque no fui capaz de decirle «te quiero»— e intenté que se pusiese en mi lugar. Le expliqué lo que tenía en Santander, le expliqué que no es tan fácil hacer un cambio radical en la vida y le expliqué que me daba mucho miedo defraudar a los míos después de lo que habían trabajado para que yo llegase hasta aquí. Sin embargo, él no quiso escuchar nada de aquello e insistió una y otra vez en que me quedase en la isla a vivir. Según él, allí estaría «de lujo» y no tendría que preocuparme de nada. La verdad es que hasta me lo había estado planteando en serio, sobre todo en días tan magníficos como aquel. Sabía que a mi madre le daría un infarto, pero quizás Marc tuviese razón con eso de que es ley de vida que los hijos sigan su camino.

Durante aquellas conversaciones aproveché para expresarle mis miedos sobre Mariona. Marc me juró y me perjuró que él hacía lo que podía; me contó las malas noches que pasaba cuando su hermana no aparecía a dormir, me contó cómo ya no podía llevar dinero ni en la cartera y me contó cómo creía que habían comenzado a desaparecer objetos de la casa. Yo sabía que era un tema difícil para él, pero creía firmemente que podía hacer mucho más para convencerla de ingresar en un centro. A colación de aquello, le saqué otro tema que me preocupaba también sobremanera: él.

Es verdad que no estaba tan mal como su hermana, pero sabía que consumía hierba habitualmente —por no decir a diario— y que de fiesta no se cortaba con la coca. Un par de días antes, por fin, había reunido la seguridad suficiente para comentárselo. Nada más soltarlo se creó un silencio incómodo entre nosotros y Marc se puso a la defensiva. Me juró un millón de veces que no era para tanto, que solo lo hacía para relajarse, pero le intenté hacer ver que

tontear con las drogas no llevaba a nada bueno. El problema fue que solo conseguí que reaccionase cuando le insinué que no era un buen ejemplo para Mariona. Él se enfadó muchísimo con mis palabras y argumentó que su hermana no sabía que se metía coca; pero si yo lo había descubierto en dos meses, su hermana seguro que sospechaba algo después de veinte años. Pensé que después de aquello me dejaría tirada en plena conversación, pero no lo hizo. Estuvo unos cuantos minutos en silencio y, finalmente, me prometió bajar el ritmo. Me gustó mucho escuchar aquello y le prometí, en contrapartida, que si él hacía esfuerzos, yo me plantearía seriamente lo de pedir plaza en Menorca.

Tomé dos respiraciones profundas dejando que el olor a algas y salitre limpiasen todas aquellas preocupaciones y, al dar el siguiente paso, vi al fondo del muelle un grupo bastante numeroso de personas. Había unos cinco o seis chicos riendo y gesticulando sin parar acompañados por una nube de humo blanco bastante significativa sobre sus cabezas. Me quedé un momento parada y decidí que no tenía por qué abortar mi paseo solo por eso, así que seguí andando con paso dubitativo.

Seguí andando y, a un par de metros del grupo, no me pude creer lo que vieron mis ojos: eran Marc y sus colegas. Me acerqué un poco más y lo que vi me dejó petrificada.

Estaban de pie haciendo un corro y uno de ellos estaba en el centro protegido por el resto, agachado sobre el muro del puerto esnifando una raya de coca. Cuando acabó, se incorporó, inspiró de forma escandalosa y un grito de horror se me atragantó en la garganta al percatarme de que la persona que estaba metiéndose la raya era Marc.

—Pero mira quién ha venido a unirse a la fiesta —escuché decir a uno de ellos sin que pudiese identificarlo.

Todas las cabezas se giraron hacia mí y vi que algunos de ellos daban palmadas a Marc que se estaba limpiando la nariz sin enterarse de nada.

—Pero no te quedes ahí, acércate y únete a la fiesta —se me acercó Carlos tambaleándose de lo colocado que estaba.

Yo estaba clavada en el suelo; no era capaz de despegar un pie del asfalto. Carlos intentó tirar de mi brazo para acercarme algo más a ellos, pero mis piernas no respondían. Mi cuerpo estaba plantado como una estatua con la vista clavada en Marc. No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos después de todo lo que habíamos hablado en la última semana.

—¿Cat? —soltó Marc al girarse y verme allí plantada.

Salió del grupo de amigos y se acercó a mí dubitativo.

Había flipado al verme. Yo raras veces salía de Farrel y a aquellas horas solía estar más que dormida. Marc se creía a salvo en Es Castell para correrse la juerga del siglo.

—Marc —saludé con el tono más neutro que pude encontrar.

Me pareció que de la impresión se le pasó el pedo de cuajo.

—Pero, Cat —volvió Carlos a la carga agarrándome del brazo para animarme—, no te quedes ahí, anda, únete a la fiesta.

Me ofreció el porro que tenía en la mano con un tambaleo más que evidente y yo cogí el cigarro y me quedé con la mano suspendida en el aire.

—Anda —prosiguió Carlos sin darse cuenta de lo que estaba pasando—. Dale un par de caladas, y luego acércate que hoy tenemos coca para dar y regalar. Anímate y métete una raya que te veo un poco sosa.

En aquel momento Marc reaccionó, se acercó a mí en dos zancadas, dio un empujón a Carlos y me quitó el porro de la mano para volver a pasárselo a su amigo.

—Carlos, déjala en paz.

Yo seguía sin poder creerme lo que estaba viendo. Cómo era posible que me estuviese engañando de aquella manera. Yo que pensaba que después de las charlas que habíamos tenido, Marc estaba bajando el pistón y me encuentro que el pistón no lo estaba bajando para nada; simplemente estaba haciendo lo mismo, pero a escondidas.

—Caterina —volví a escuchar la voz de Marc—. No es lo que crees.

—Menos mal. Pensé que te estabas metiendo una raya delante de mis narices. ¿Acaso eran polvos pica-pica?

Marc se quedó plantado con las pupilas totalmente dilatadas sin atreverse a responder. Por fin reaccionó, intentó agarrarme del brazo para alejarme de ellos, pero no se lo permití.

—No me toques. —Le di un codazo para que me soltase—. He sido una tonta creyendo tus palabras.

—No es eso.

—¿No? ¿Y qué es entonces?

—Andrés ha encontrado curro y hemos salido para celebrarlo —me dijo agachando la cabeza para hacer contacto visual conmigo.

—Bien por Andrés. Felicítale de mi parte —solté evitándolo—. No te preocupes, puedes seguir con la juerga. Yo ya me iba. —Me di media vuelta para volver a mi terraza.

—No, espera. —Intentó retenerme.

—Marc, de verdad, yo también estoy de celebración. Solo me he alejado un poco para tomar el aire. Si no te importa —le dije, dándole otro tirón para quitármelo de encima —. Me gustaría volver a mi fiesta.

—¿Estás de fiesta? ¿Con quién? —quiso saber extrañado.

—Con el equipo.

—¿Y qué celebráis?

Me paré en seco, le clavé la mirada de forma directa y contesté: «Que ya no queda nada para poder irnos de esta maldita isla».

Me soltó el brazo como si fuese un hierro candente. Me di media vuelta y volví con mis compañeros, notando sus dos ojos clavados en mi nuca todo el camino de vuelta.

Estaba jodida. Era media mañana, ya le sudaban las manos y había notado un par de calambres en la tripa. Si no conseguía algo para meterse, los vómitos la sorprenderían en un par de horas. Se había estado metiendo *jaco* la noche antes con Richard, pero de eso hacía ya unas cuantas horas. Necesitaba algo y rápido. Se dirigió al salón, cogió el teléfono que tenía tirado en el sofá y le llamó para ver si conseguía hablar con él.

—Richard, soy yo, ¿podemos quedar? —contestó nada más escuchar que se descolgaba el teléfono.

—Mariona, ¡qué leches estás haciendo! —le contestó una voz que no esperaba.

Se alejó el teléfono de la oreja para mirar qué había ocurrido y se dio cuenta de que había llamado a su hermano sin querer. Mierda, pensó, no tenía ganas de otra bronca.

—Perdona, Marc, me he confundido de teléfono —se disculpó.

—Estás hecha una mierda, Mariona. No quiero que llames a ese camello tuyo. Quédate en casa y descansa.

—Marc, no puedo aguantar. Necesito algo.

Y sin esperar contestación, colgó el teléfono y se olvidó de Marc. Volvió a intentarlo con Richard, pero para su desgracia no le cogió el teléfono. No solía llamarlo a esas horas, pero necesitaba algo como fuese.

En las últimas semanas Richard la estaba obligando a acostarse con demasiados hombres. Cada vez el costo por gramo era mayor, pero ella estaba desesperada y lo aceptaba todo; no sabía cómo atajar aquello. La mañana era el único momento del día en que Richard no la hacía trabajar, pero ya le daba igual. Si tenía que empezar a acostarse con aquellos desgraciados a las nueve de la mañana, lo haría. Sabía que necesitaba ayuda, pero solo con pensar que iban a encerrarla y no iba a poder meterse nada, temblaba de horror. Si ya se quería morir y no eran ni las once de la mañana, cómo iba a pasar así una semana entera.

Seguía sentada en el sofá y, de forma instintiva, sus ojos escanearon el salón en busca de algo. Miró alrededor, pero no vio nada de valor para poder llevarse: la tele pesaba demasiado y su hermano hacía tiempo que había escondido la *Play*.

Se levantó, entró en el cuarto de Marc, y se dirigió al escritorio que tenía cubierto por una montaña de ropa. Rebuscó por los bolsillos y no encontró nada. Se dio la vuelta, desesperada, y de repente un brillo llamó su atención en la mesilla de noche. Fue hasta allí y, dentro de una cajita sin tapa, encontró el *Rolex* que su padre le había dejado en herencia a Marc. Se lo pensó dos veces —aquello podía ser su fin—, pero no pudo resistir la tentación y se lo metió en el bolsillo. Si al final del día no conseguía *jaco* por ningún sitio, podría empeñarlo. Ya lo recuperaría en otro momento.

Así que, con un frío que le calaba hasta los huesos y un reloj de oro en el bolsillo, salió de casa a buscar su preciada droga.



—Caterina —me llamó Mikel con autoridad—. Os toca.

Me levanté sin demasiadas ganas, cogí a Gosby y nos dirigimos a la orilla. Estaba agotada; los últimos quince días me estaban cayendo como una gran losa. No podía más y sospechaba que gran parte de mi desgana se debía a los altibajos que había sufrido en mi relación con Marc. Desde el incidente de Es Castell no habíamos recuperado la relación que teníamos con anterioridad y quedaba muy poco para que me fuese de aquella maldita isla. No sabía si mi relación con él tendría futuro y lo peor de todo era que no sabía si servía de algo luchar por aquello; total, si en quince días estaría en Santander, para qué esforzarme por algo que iba a morir en dos semanas.

Nos colocamos en la orilla, Mikel se llevó el silbato a la boca y sonó el pitido que indicaba que era hora de ponerse en movimiento. Cogí a Gosby —sumido en la misma extraña pereza— y entramos en el agua dando las primeras brazadas sin demasiado entusiasmo.

Cerca de la boya en la que debíamos dar la vuelta, empecé a sentir algo raro. Normalmente al llegar allí, Mikel daba un pitido para indicar que el perro tenía que coger el aro que colgaba de la boya y llevarlo de vuelta a la orilla, pero no escuché ningún pitido. Extrañada, me volví a mirar hacia la

playa y vi que no había nadie. Mis compañeros solían permanecer cerca de Mikel, mirando atentamente lo que pasaba en el agua, pero en aquella ocasión estaban todos en un grupo en la zona de «oficina» —la mesa con sombrilla donde dejábamos todos nuestros enseres—.

Allí pasaba algo raro, pensé.

Cogí el aro yo misma y le hice una señal a Gosby para que me acompañase hasta la playa. Tenía ganas de acabar aquel ejercicio y parecía que los astros se habían alineado para concederme el deseo.

Ya en la orilla, salí extrañada del agua sin que ninguno de mis compañeros me hiciese ni caso. Me dirigí hacia el corro que habían formado alrededor de la «oficina» e intenté elevar mi cabeza sobre sus hombros para ver qué estaba pasando al otro lado. El bloque era tan compacto que no conseguía ver qué ocurría.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunté a uno de los compañeros que tenía cerca.

—Le han intentado robar la cartera a Nina. —Volvió a girar la cabeza para no perderse el espectáculo.

—¿Qué? —dije sorprendida, apartándolos a empujones para ver si encontraba a Nina.

Cuando conseguí abrirme camino, no fue a Nina a la que vi. Sentada en la única silla de la «oficina» estaba Mariona, con la cara blanca como la nieve y los ojos totalmente fuera de sus órbitas. Tenía las pupilas tan dilatadas que casi parecían dos agujeros negros.

—Mariona —se me escapó una exclamación ahogada antes de que me tapase la boca con las dos manos.

Me quité a los compañeros de encima, me acerqué a ella colocándome de rodillas y quitándole el pelo de la cara para comprobar cómo se encontraba.

—¿La conoces? —preguntó Mikel con un tono bastante más agudo del que solía utilizar.

En aquel momento Gosby llegó a la «oficina» y, al ver a Mariona sola en aquella silla, se abalanzó sobre ella para ofrecerle todo su apoyo. El problema fue que lo hizo con demasiada fuerza y casi la tira al suelo. Le agarré del arnés y lo tiré para atrás para que dejase respirar a la pobre chica.

—Sí, la conozco —respondí sin mirar a nadie.

—¿Se puede saber por qué la conoces? —volvió a preguntar Mikel.

—Eso no importa. —Alcé la mirada y clavé la vista en Nina para dejar claro quién era aquella chica delgaducha con mala cara que le había intentado

robar su cartera—. ¿Alguien puede traer algo de agua?

Gosby, sin perder tiempo, se puso al lado contrario en el que me encontraba yo y apoyó su cabezota en el regazo de Mariona para que esta pudiese sujetarse bien a él. Nada más hacerlo, la mano temblorosa de Mariona se aferró al manto del perro como si de un salvavidas se tratase.

—Mariona —la volví a llamar, al tiempo que le ofrecía una botella de agua para que se hidratase; hacía mucho calor y estaba temblando de frío.

—Cat —castañeteó los dientes—, no puedo más. Necesito meterme algo.

—No te preocupes, cariño, que todo va a ir bien.

—La *poli* está en camino —me confirmó Mikel.

—¿Qué? ¿Habéis llamado a la poli? —pregunté alarmada.

—Claro que hemos llamado a la poli. Una yonqui nos ha intentado robar — volvió a responder Mikel como si de un portavoz de grupo se tratase.

—¿Y no podéis llamar otra vez para cancelar la salida? —Miré a Nina buscando apoyo.

—Mikel —comenzó a decir Nina—, al final no se ha llevado nada, podríamos llamar para que no viniesen, ¿no?

—¿Para qué? ¿Para qué robe a alguien dentro de media hora? Ni pensarlo. La poli llegará de un momento a otro.

Le miré con cara de odio, pero sabía que no tenía nada que hacer. Cuando Mikel tomaba una decisión, no había persona humana que consiguiese hacerle cambiar de parecer.

Cogí el pareo que había en mi mochila, se lo puse a Mariona por encima y me abracé a ella sin saber cómo actuar. En aquel momento comprendí a la perfección a Gosby. Cuando uno no sabía qué hacer, lo mejor era dar calor humano para que la persona se sintiese acompañada.

Diez minutos después, vimos aparecer a dos policías vestidos de azul marino de arriba abajo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Mikel comenzó a explicar lo ocurrido y el policía alzó la vista hacia nosotras y puso cara de no entender. Supuse que no era normal que una mujer y un perrazo estuviesen abrazados al ladrón en las detenciones habituales.

—¿Y se puede saber por qué la abrazan? —preguntó de forma brusca.

—Porque a algunos todavía nos queda algo de corazón —me salió del alma al escuchar el mal tono empleado por el policía.

—Muy bien —contestó sin inmutarse por mi respuesta—. Aléjense de ella que vamos a proceder a cachearla para llevarla después a comisaría.

Le di un beso en la mejilla antes de alejarme y la mirada de terror que me lanzó Mariona me heló la sangre.

—Cariño, todo va a salir bien —me limité a decir abandonándola a su suerte.

Gosby, a pesar de ver que me había retirado, decidió no mover ni un músculo.

—¿El perrazo iba con ella? —preguntó en tono de incredulidad.

—No —contestaron mis compañeros al unísono sin hacer nada para mover a Gosby.

—¿Podría alguno de ustedes apartarlo para que podamos detenerla? —Nos miró como si fuese obvio.

Hice una señal a Gosby para que se alejase de Mariona, pero este miró a otro lado para dejar clara su postura. Al final, tuve que acercarme a él y agarrarlo del arnés para que se alejase de su amiga. Me costó lo mío, pero lo conseguí.

Una vez libre de impedimentos, pidieron a Mariona que se levantase; pero Mariona a aquellas alturas no era capaz de sostenerse en pie. La agarraron entre los dos policías y la levantaron para llevársela a una zona apartada de sombra. Una vez allí, y ante un grupo nada desdeñable de curiosos, procedieron a cachearla.

A mí se me cayó el alma a los pies. Jamás hubiese pensado que Mariona llegaría a esos extremos. Sabía que estaba mal, pero no había querido ver la cruda realidad del asunto. En aquellos momentos, además de la pena que brotaba a borbotones desde mi pecho, me subió un cabreo de límites insospechados hacia su hermano. Cómo Marc podía permitir aquello me hacía arder de ira.

Una vez que la policía acabó con el cacheo, uno de los agentes se nos acercó.

—Ha debido robarle a alguien más —aseguró—. Llevaba en el bolsillo un *Rolex*. Nos la llevamos a comisaría.

—El reloj es suyo —dije ofendida.

—¿Cómo sabe eso, señorita?

Aquel era el reloj que Marc llevó a la comida con Joan. El hecho de ver el reloj en el bolsillo de Mariona me daba muy mala espina. Lo había cogido sin permiso y solo Dios sabía qué pensaba hacer con él.

—La conozco, es la hermana de un amigo mío —confesé sin dar más datos—. El reloj es una herencia familiar. Su hermano lo podrá corroborar.

Y sin más, se dieron media vuelta y se llevaron en volandas a una Mariona que no podía ya ni dar dos pasos seguidos.

Nos quedamos como congelados en la playa. Nadie hablaba y yo no tenía ganas de dar explicaciones.

—¿Se puede saber qué clase de amistades has encontrado en la isla? — preguntó Mikel en el peor tono del mundo.

Le miré hastiada.

—Mikel, olvídame.

Cogí la mochila y me dirigí hacia la salida dejando al grupo con la boca abierta.

Al alcanzar las escaleras para abandonar la playa, noté unos pasos detrás de mí.

—Tía, ¿estás bien?

Era Nina que venía para comprobar cómo estaba.

—Sí, no te preocupes.

—Es la hermana de Marc, ¿verdad? —me preguntó casi como si de una pregunta retórica se tratase.

—Sí. —Le miré torciendo la comisura de los labios—. Voy a buscarlo para darle la noticia.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias —respondí—. Quizás esto sirva para que, por fin, Marc tome la decisión que lleva tiempo posponiendo.

31

Llegué al hotel y lo primero que hice fue dejar a Gosby en la habitación. Le puse comida, le cambié el cuenco del agua y me encaminé directamente al comedor en busca de Marc. El turno de comidas no había comenzado todavía, así que no me costó mucho encontrarlo.

—Señorita, no puede pasar —me advirtió uno de los camareros.

—Lo siento, quería hablar con Marc. —Señalé hacia el *buffet* de postres donde se encontraba este—. Es un asunto personal.

—Está bien, pase.

Marc notó movimiento tras de sí, levantó la cabeza y se le abrieron los ojos de par en par al verme a dos metros. Dejó lo que estaba haciendo y se acercó rápidamente a ver qué había pasado.

—¿Gosby está bien? —Me agarró por los dos brazos agachando la mirada para hacerla coincidir con la mía.

—Sí, está bien —le tranquilicé—. ¿Podemos ir a un sitio privado?

Marc asintió y, sin soltarme, me llevó hasta el vestuario.

Entré en la zona privada del servicio y me horrorizó ver el desorden reinante; estaba todo tirado sobre unos bancos de madera y pese que igual no era el mejor sitio para dar la noticia, proseguí al ver que no había nadie.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —Me agarró la cara para ponerla a su altura.

Me quedé callada mordiéndome el labio inferior dubitativa. Él me respondió con una mueca de no comprender y entonces arranqué.

—Esta mañana en la playa han pillado robando a Mariona.

—¿Qué? —Se quedó muy quieto con los ojos como platos.

—La policía se la ha llevado detenida.

Nada más decir aquello, Marc comenzó a dar vueltas en el vestuario como un león enjaulado, al tiempo que se frotaba la cabeza intentando aclarar las ideas.

—No puede ser.

—Lo siento, Marc —dije sin moverme del sitio.

—¿Y tú cómo lo sabes? —Paró en seco y clavó la mirada en mí.

—Porque le ha robado a mi compañera Nina.

Retrocedió dos pasos como si le hubiesen clavado un puñal en el pecho. Yo intenté acercarme a él, pero este elevó un brazo para frenarme; necesitaba espacio. Se sentó en un banco y escondió la cabeza entre sus manos.

—Hay algo más.

Levantó la cabeza con cara de qué más puede haber.

—Llevaba el *Rolex* de tu padre. Lo siento mucho, Marc.

Se quedó ausente, con la mirada clavada en el infinito y una mueca de dolor le cruzó el rostro. Después de unos minutos de silencio, Marc se levantó y, sin mirarme, se fue directamente a su taquilla y comenzó a sacar su camiseta sin mangas y sus bermudas.

—Me voy a sacarla del calabozo —se limitó a decir.

—¿Crees que es buena idea? —pregunté casi sin medir mis palabras.

Marc giró la cabeza lentamente y me miró frunciendo el ceño sin comprender.

—Marc, estaba muy mal, creo que estaba con el mono. Ya no podéis seguir así, esto se te ha ido de las manos.

—¿Y qué quieres que haga? —prosiguió sacando las bermudas de su taquilla para ponérselas.

—Déjala allí. Con suerte la dejarán veinticuatro horas encerrada y tendrá que pasar el mono sin remedio —paré para acercarme a él y dar más énfasis a mi discurso—. Imagínate que lleva ya doce horas con el mono, si le añades veinticuatro horas más ya serán casi cuarenta horas sin meterse nada. Lo peor seguramente ya habrá pasado y quizás sea más fácil para ella soportar el resto de la desintoxicación.

—¿Y eso lo sabes por propia experiencia? —me preguntó con el peor tono del mundo.

—Marc, no la saques de allí, intenta aprovechar esta oportunidad para meterla en un centro de desintoxicación.

—Ya te he dicho mil veces que mi hermana no se quiere internar —me repitió en un tono que jamás había utilizado conmigo.

—Marc, necesita ayuda.

Y sin dignarse a contestarme, hizo un ruido gutural, pegó un golpe con la puerta de su taquilla y salió del vestuario camino de la comisaría.

El resto del día me lo pasé metida en mi cuarto. Tenía demasiadas cosas sobre las que pensar. Marc no estaba tomando la decisión adecuada. Toda aquella protección desmedida no le estaba ayudando para nada a Marion. Simplemente, la estaba empujando al fondo del pozo de forma más rápida si cabía.

Necesitaba desahogarme con alguien. Pensé en llamar a mi madre —con todo el lío llevaba ya unos días sin hablar con ella—, pero me di cuenta al instante que no era la mejor opción. Cogí el teléfono y marqué el número de la única persona que podía calmar aquel agujero negro de mi pecho.

—¿Qué tal por el paraíso? —preguntó Isa nada más descolgar el teléfono.

—Esto se empieza a parecer más al infierno que al paraíso —le dije en tono apagado sin tener demasiadas ganas de mostrarme amable con ella.

—¿Qué ha pasado? —contestó intuyendo que Marc estaba relacionado con mi tono de voz.

Y como si estuviese afectada de un ataque de verborrea, comencé a relatar todo lo ocurrido en las últimas semanas.

Isa se mantuvo callada, pero en cuanto notó que ya había conseguido aliviar el nudo que llevaba dentro, decidió hablar.

—Cat, coge todas tus cosas y vuelve.

Aquello sí que no me lo esperaba.

—Isa, estoy a quince días del examen final, no voy a tirar todo el trabajo realizado por la borda.

—Tía, aléjate de esos dos. Corre en sentido contrario lo más rápido que puedas —volvió a decir en un tono severo.

—No sé si puedo. —Me tapé la cara con la mano que tenía libre.

—Déjate de leches, Cat, no puedes seguir así, te estás metiendo en un tema que te queda grande. —Hizo una pausa como para medir bien sus palabras—. Tienes un futuro brillante. Vas a ser de las mejores de la promoción y vas a poder elegir destino sin problemas. La vida te depara muchas alegrías, Cat. Aquí, en Santander, tienes a una familia que te quiere, tienes unas amigas que darían un brazo por ti. Tu vida va a ser maravillosa siempre y cuando corras en sentido contrario a esos dos. Allí no haces nada. —Escuché un golpe al otro lado del teléfono. Isa estaba realmente enfadada—. Has pedido mil veces a Marc que deje de fumar y no lo ha dejado. Su hermana cada vez está peor. Mientras tú estás encaminando tu vida para poder tocar el cielo, ellos la están encaminando hacia el infierno y no quiero que te arrastren.

—No sé si puedo —repetí en un tono casi imperceptible.

—Déjate de leches, Cat. Quedarte allí no es una opción. No puedes involucrarte en eso.

—Pero es que son buenas personas arrastradas por unas circunstancias complicadas —argumenté sacando la cara por Marc y Mariona.

—El mundo está lleno de gente buena a la que la vida le lleva por el mal camino. —Hizo una pausa para pensar qué decir—. Me da lo mismo. Prométeme que vas a alejarte de ellos.

—Bueno, en realidad da igual. En quince días vuelvo a casa.

—Gracias a Dios, porque ya me tienes negra con todo este asunto.

La conversación con Isa no me ofreció el consuelo que buscaba. Me había caído una charlita que no tenía ningunas ganas de escuchar. El problema fue que, en parte, sabía que tenía razón. Había intentado cambiar a Marc y a Mariona, pero nada de lo que había hecho había surtido efecto. ¿Sería verdad lo que decía Isa? ¿Me estarían arrastrando al pozo?

Gosby abandonó su cama y se subió a la mía para abrazarme. Menos mal que tenía a mi grandullón para sacarme de todos los jaleos donde me metía.

Algo me despertó. Abrí los ojos sin saber muy bien dónde estaba y al ver el reloj de mi mesilla lo comprendí: seguía en Menorca.

Volví a escuchar el mismo ruido. Había alguien tocando a mi puerta.

Me levanté sin mucho ánimo, con un ojo todavía cerrado, y me acerqué hasta la entrada dando un par de bostezos para terminar de espabilarme. Abrí la puerta de par en par y me encontré con Marc. Este me lanzó una sonrisa tímida.

—He venido a decirte que Mariona ya está en casa. He pagado la fianza.

Le miré y di un suspiro de no entender.

—Está tranquila. La he dejado en el sofá viendo una *pelí* medio dormida —prosiguió buscando mi aprobación.

Miré hacia atrás incómoda y decidí enfrentarme a la situación allí mismo en el quicio de la puerta.

—No soy tonta, Marc. Tu hermana esta mañana estaba hecha unos zorros. ¿Qué has hecho para que se quede tranquilita en el sofá de tu casa?

En aquel momento llegó Gosby que, como de costumbre, salió encantado al ver a Marc. Este aprovechó la oportunidad que le brindó el perrazo para agacharse y acariciarlo, pero no lo hizo con suficiente rapidez para ocultar el halo de culpabilidad que recorrió su semblante.

—Marc, así no la ayudas.

Este, sin dejar de atender a Gosby y haciendo como que yo no existía, levantó los hombros para indicar que no sabía manejar la situación de otra forma.

—Me alegro por ella —dije al fin derrotada, viendo que estaba perdiendo la batalla.

Marc al escuchar aquellas palabras dejó de centrar sus atenciones en Gosby y elevó la mirada buscando aprobación. Sin embargo, yo no estaba dispuesta a ofrecérsela.

—Marc —le dije—. Lo siento, estoy algo liada, si no te importa hablamos otro día.

Este se echó para atrás desconcertado y, haciendo un gesto de resignación con los hombros, abandonó el quicio de mi puerta para encaminarse hacia el ascensor.

Dos días después, Marc y yo dábamos una vuelta por el paseo marítimo de Farrel. Llevábamos un buen rato andando y todavía ninguno de los dos había abierto la boca. Marc iba con una tensión más que evidente en los hombros y yo tenía la cabeza demasiado ofuscada como para decir nada. Había estado muy a gusto con Marc durante el verano, pero había un montón de trabas en nuestra relación que yo no había querido ver hasta entonces.

Todavía, después de lo ocurrido, le había pillado aquella mañana fumando *costo* con sus amigos en el paseo marítimo. No me lo podía ni creer cuando lo vi con el *peta* en la mano. Tenía que admitir, además, que durante todo el verano no había desaparecido el olor dulzón de su cuarto, ni de su ropa. A aquellas alturas ya había asimilado que Marc era incapaz de dejar la *maría* y la coca aunque quisiera.

Para empeorar la situación, una rabia me subía por la garganta y se me atragantaba en la punta de la lengua solo de pensar que Marc había tenido la desfachatez de pedirme que cambiase todos mis planes cuando él ni siquiera era capaz de dejar la marihuana. Estaba loco si pensaba que yo iba a dar un cambio radical en mi vida en esa situación.

Para ser franca, tampoco tenía la fuerza necesaria para llamar a mi madre y decirle que no volvía. Se volvería loca. Quizás si me fuese a Santander y desde allí viese que había cambios en sus hábitos podría volver, pero no iba a quedarme así como así.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —me sacó Marc de mis ensoñaciones.

—¿Está Marionna? —pregunté pensando que a Gosby le haría ilusión verla.

—Creo que sí.

Asentí levemente con la cabeza y nos pusimos de camino hacia su barrio. Desde la detención no la había vuelto a ver y tenía muchas ganas de comprobar con mis propios ojos cómo estaba. Además, no nos vendría mal una distracción para romper la pared de hielo que se había instalado entre nosotros.

Llegamos a su casa en el mismo estado apagado, Marc abrió la puerta sin muchas ganas y se retiró para dejarnos pasar a Gosby y a mí primero.

Entré con la cabeza gacha centrada en que Gosby no se abalanzase sobre Mariona y al levantar la mirada, se me heló la sangre con la escena que apareció ante mis ojos.

Marc debió notar algo de rigidez en mis hombros, ya que me empujó ligeramente y metió la cabeza para ver qué ocurría.

Dentro del salón estaba Mariona tirada en el sofá con su novio Richard que le estaba inyectando algo en plena ingle. Nada más vernos, el tal Richard sacó la aguja del cuerpo de Mariona y se levantó como un resorte.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo, hijo de puta? —gritó Marc, dando dos zancadas y abalanzándose sobre él.

Yo me llevé las manos a la boca esperando lo peor.

—Ya me iba —se limitó a decir cuando Marc lo aprisionó con un golpe seco en la pared del salón—. Recojo todo y me voy.

—Tú no vas a recoger nada. —Lo agarró Marc por la camiseta y lo volvió a empotrar contra la pared—. Te vas ahora mismo, camello de mierda.

Richard fue a protestar pero Marc, sin dejarle tiempo a reaccionar, lo arrastró por la habitación y a dos pasos de la puerta lo arrojó fuera haciendo que su cuerpo dibujase un tiro parabólico perfecto y cayese en mitad del rellano de la escalera.

Seguido, Marc cogió la puerta y dio un portazo tan fuerte que hizo temblar hasta los cimientos.

Me acerqué a Mariona asustada, pero esta estaba ya en otro mundo.

—Mariona —dije mientras le pegaba palmaditas en la mejilla—. Mariona. —Lo volví a intentar.

Pensé que quizás necesitase una reanimación cardiopulmonar, así que acerqué la oreja a su nariz para comprobar si respiraba y noté una exhalación en mi mejilla. Le agarré la muñeca y vi que también tenía pulso. Al soltarla, Mariona me lanzó una sonrisa que se quedó como congelada en su cara.

Gosby, que parecía el único que sabía cómo manejar la situación, decidió ayudar a su amiga como siempre hacía; se tumbó a su lado y, sin causarle demasiadas molestias, se quedó quieto ofreciéndole el calor y la ternura que necesitaba.

—Perr... —intentó Mariona llamar a Gosby, pero fue incapaz de acabar la frase.

Yo no sabía qué hacer, me sentía inútil. Miré a mi alrededor desorientada y solo se me ocurrió llevar una de las manos de Mariona a la cabezota de Gosby; sabía que aquello la calmaría.

Mientras tanto, Marc había llegado con el cubo de la basura y estaba tirando todas las papelinas, jeringuillas y demás objetos que había encima de la mesa.

—Marc, hay que llamar a una ambulancia —solté alarmada al ver el estado de su hermana.

Sabía que ella estaba mal y la había visto en un par de ocasiones en muy mal estado, pero jamás la había visto tan colocada.

—No le pasa nada, solo está con el subidón del chute. Necesita tiempo para que se le baje, nada más. —Me miró como si estuviese loca.

—¿No vas a hacer nada más? No me lo creo —le escupí a la cara volviendo a mirar a Mariona medio en coma en el sofá.

—¡No sé qué coño quieres que haga! —me respondió con el mismo tono de asco con el que le había hablado yo un segundo antes.

Me levanté para ponerme a su altura. Aquello ya era el colmo. No pensaba dejar las cosas así.

—Algo, Marc, quiero que hagas algo. Qué coño haces para solucionarlo, ¿eh?

Ya no me refería al momento actual sino a la situación en general.

—Le he quitado todo el dinero. Escondo cada euro que gano para que no lo encuentre y no se lo pueda gastar en esa mierda.

—Pues viendo su estado actual no es muy efectiva tu medida. —Señalé a Mariona tirada en el sofá—. Está claro que saca dinero de otro lado.

—Ya le he repetido mil veces que no se meta las mierdas que se mete y no me hace ni caso. ¿Qué coño quieres que le diga? —Se colocó a dos milímetros de mí hablándome a voz en grito.

—Tu hermana está enganchada a la heroína y, como tú comprenderás, con decirle que lo deje no vas a conseguir nada. Mariona necesita un centro de desintoxicación, ¿o es que no te das cuenta? —le respondí en el mismo tono.

No pensaba amilanarme porque se pusiese gallito.

—¿Y cómo coño crees que la voy a meter en un centro si no quiere ir? —Se alejó de mí y se retiró el pelo de la cara con dos manos—. No puedes meter a nadie a la fuerza en un sitio así. Si no firma el consentimiento, no puedo obligarla.

—Ni siquiera se lo has propuesto. Quizás te sorprenda. —Me acerqué otra vez a Mariona para cerciorarme de que respiraba y tenía pulso—. Además, si

tú fueses un buen ejemplo, quizás no hubiese ocurrido nada de esto.

Aquello pareció sacar a Marc de sus casillas y se volvió literalmente loco.

—¿Qué coño te crees que insinúas? ¿Crees que no lo he hecho bien? ¿Que mi hermana está así por mi culpa? ¿Que no he hecho lo que he podido? —me escupió las preguntas a la cara acercándose a mí como una bala.

Tuve que separarme un poco para poder responderle.

—Yo no he dicho eso.

Aquello se nos estaba yendo de las manos. Mariona estaba allí echada y el único cuerdo que había en aquella habitación era Gosby que en vez de tirarse pullas como el resto, había decidido hacer de ancla para que Mariona pudiese volver con nosotros lo antes posible.

—¿Que no has dicho eso? ¿Crees que tú puedes venir aquí y darnos lecciones? —prosiguió entre dientes—. Tú que el único problema que has tenido en tu vida es elegir si tienes que comprarte el pantalón *Lacoste* o *Ralph Lauren*. Tú que lo único en lo que has tenido que pensar es si el domingo tienes equitación o club de golf, ¿te crees con derecho a darnos lecciones?

Mierda, aquello iba de mal en peor.

—Ya sé que estás solo y que toda la responsabilidad ha caído sobre ti. Ya sé que la vida es una putada, pero yo no tengo la culpa y siento decirte que tu hermana, como siga por ese camino, un día va a acabar tirada en una cuneta como un perro. —Hice una pausa para poder recapacitar y bajar el tono de mi discurso—. Ya no es capaz de hacer nada, se pasa el día pinchándose para olvidarse del mundo. Como no hagas algo, un día vas a llegar a casa y te la vas a encontrar muerta en el sofá. Joder, Marc, espabila. Lo que haces no es suficiente.

Marc escuchó mi discurso con los brazos a los lados del cuerpo y los puños apretados, pero en cuanto acabé la última sílaba, salió de su estado de *shock*, me agarró del brazo con toda la furia que encontró y me arrastró hasta la escalera, cerrando la puerta tras de sí.

Me quedé allí, con la boca abierta, y sin saber qué hacer. No solo me había echado de su casa, sino que mi perro se había quedado dentro. Elevé el puño para tocar la puerta con los nudillos, pero me quedé a medio camino. Sabía que Marc no me iba a abrir y lo peor de todo era que Gosby hacía mucha más falta dentro de aquella casa que fuera. Me guardé la mano en el bolsillo, me di media vuelta y me encaminé hacia la playa para ver si se me pasaba el cabreo.

Sin saber muy bien cómo, acabé dentro del agua haciendo largos como si una manada de tiburones blancos rabiosos me persiguiese por la superficie.

Nadé y nadé hasta que un par de horas más tarde se me agotaron las fuerzas. Cuando ya no pude más, salí del agua y me dirigí de nuevo hacia casa de Marc para recoger a Gosby.

Toqué el timbre del portal y me abrieron casi al instante. Menos mal, pensé, me temía que no me abriesen ni la puerta.

Subí sin mucho entusiasmo, alcancé el segundo piso y vi que Marc estaba esperándome con cara afligida. Puso una mueca extraña al verme con toda la ropa empapada y la coleta goteando, pero no dijo nada. Por su silencio, entendí que estaba arrepentido de lo que había pasado y no sabía cómo actuar. Fuese como fuese, yo solo quería recuperar a mi perro y salir de allí cuanto antes.

—Podría salir Gosby, por favor —le pedí sin mirarle a la cara y ni preguntarle por su hermana.

—Pasa —me pidió Marc apartándose de la puerta.

—No, gracias. Tengo ganas de volver a hotel —volví a responder con la cara clavada en el felpudo.

Marc entró dentro de la casa, agarró a Gosby por el collar de forma delicada y lo atrajo, no sin dificultad, hasta mí. Cuando lo tuve cerca, le di un par de palmaditas indicándole que estaba encantada de verle y me giré sin decir nada.

—Mariona está mejor —escuché decir a Marc tras de mí con hilo de voz casi imperceptible.

—Me alegro —contesté a modo de despedida antes de salir disparada escaleras abajo para poder olvidar todo aquello lo antes posible.

La puesta de sol estaba cerca. Salí a la terraza de mi habitación, saqué la mano y comprobé que por fin se podía salir a la calle sin correr el riesgo de sufrir una insolación. Habían suspendido los ejercicios de la tarde por las altas temperaturas y Gosby y yo llevábamos unas cuantas horas disfrutando del aire acondicionado de la *suite*. Hasta me había comprado unas revistas de cotilleo y había puesto uno de esos programas de tarde que tanto le gustaban a mi madre —creo que era mi forma de sentirme como en casa—. No solía pasar mucho tiempo en la habitación del hotel, pero aquella tarde de descanso la disfrutamos como nunca.

Salí a la terraza para comprobar mejor la temperatura y una pequeña brisa proveniente del mar agitó un par de mechones que se habían soltado de mi coleta. Volví a meterme en el interior, hice una señal a Gosby para que se bajase de la cama y abandoné el fresquito de mi cuarto para pasar a una situación bastante menos deseable, pero soportable.

En el paseo marítimo la piel de los hombros comenzó a picarme con intensidad y eso que llevábamos solo cinco minutos allí fuera. Posé mis manos sobre los brazos para protegerlos y decidí acercarme a la orilla; sabía de antemano que allí la brisa soplaría con algo más de brío.

Cerca del agua solté a Gosby para que anduviese a su antojo y, nada más tocar el líquido con la punta de los dedos, me alegré de haber bajado; el frescor del mar alivió la sensación de calor de mi cuerpo casi al instante.

Eché a andar sin demasiada prisa, contenta por la mejoría, y vi que el sol comenzaba a rozar la línea del horizonte. Me acordé de que aquel momento del día era el favorito de Marc y me vinieron a la mente todos los atardeceres que habíamos pasado con la vista clavada en los naranjas que despuntaban por el horizonte. Aquello hizo que una punzada de dolor se alojase en mi pecho.

Había pasado ya una semana desde el incidente en su casa y nuestra relación no había mejorado. Yo había tomado la firme determinación de olvidarme de

él y había pasado cada hora que me separaba de aquel suceso enfocada en la tarea; sin embargo, no lo había conseguido del todo. No podía entender cómo un chico como él no veía que la vida que llevaba no le iba a traer nada bueno. Y ya ni hablar de Mariona, que se encontraba en un pozo sin fondo.

Pensando en ella, me di cuenta de que no la había visto con buena cara jamás. Siempre pálida, con aquel color mortecino en sus labios. No entendía cómo Marc no hacía nada para ayudarla. Había sido un completo error pagar la fianza para sacarla del calabozo. Tenía que haberse agarrado a esa oportunidad como último recurso para salvarla, en cambio él no hizo más que empeorar la situación.

Le había visto cuidarla con amor: la tapaba cuando se quedaba dormida, la cargaba en brazos para acostarla y la desvestía con cuidado para no dañarla; pero no veía que hiciese nada para meterla en un centro de desintoxicación donde la pudiesen tratar de aquella adicción de mierda. No tenía ganas de quedarme a ver cómo caían por el precipicio juntos de la mano.

Di una patada de rabia en la arena, pero solo conseguí hacerme daño en el dedo meñique. Me agarré el pie para frotármelo con energía cuando noté cómo algo me golpeaba la pierna sacándome de mis pensamientos. Miré hacia abajo a ver qué era aquello y nada más verlo se me escapó una gran sonrisa. Gosby había encontrado un palo en la orilla y me estaba golpeando con él para que se lo tirase.

—¿Un palo? —le pregunté extrañada. Gosby no era muy fan de que le tirase objetos.

Cogí el palo, miré hacia los lados para elegir hacia dónde lanzarlo y lo tiré con todas mis fuerzas.

Mi compañero, al ver que salía el madero disparado, comenzó a ladrar de excitación y salió detrás como una bala: la siesta le había sentado de fábula.

Estaba graciosísimo lleno de aquella alegría desmedida moviendo la cola y saltando en la arena como un perro loco.

Me trajo el palo entre los dientes y lo soltó a dos palmos de mis pies ladrando sin parar para que volviese a tirárselo.

—Vale, vale —le dije para que bajase el tono.

Volví a lanzar el madero al agua y Gosby salió como un rayo. Lo atrapó con un rápido movimiento y cuando ya estaba saliendo del agua, un perrazo surgió de la nada y se abalanzó con la misma alegría hacia el palo.

Gosby, que lo vio llegar de reojo, hizo un zigzag y lo esquivo de forma diestra.

Era Zaspi, el terranova de Mikel.

Miré hacia los lados para comprobar dónde estaba su compañero y le encontré a dos metros de mí.

—¿Qué pasa, no podéis aguantar ni un día de fiesta? —Se acercó a ver cómo jugaban los perros a quitarse el palo en la orilla.

—Ya ves. Dos horas lejos del agua y ya con el mono —contesté sonriendo al ver que los perros se lo estaban pasando en grande.

—¡Zaspi! —llamó Mikel a su perro seguido de un silbido característico que significaba que los perros se estaban pasando de la raya.

Zaspi, nada más escucharlo, dejó lo que estaba haciendo y se acercó alegre hasta su jefe. Gosby, al verse sin compañero de juego, se quedó parado un momento y salió detrás de él con el palo todavía en la boca.

Llegó a mi lado y Mikel aprovechó el momento para quitarle el madero y dar una orden de sentado. Cuando tuvo a los dos perros quietos y con la mirada fija en el palo, lo lanzó lejos haciendo que ambos saliesen escopeteados para ver quién cogía el juguete primero.

El problema fue que alcanzaron el madero a la vez y comenzaron a tirar uno de cada extremo sin intención de soltarlo.

Se me escapó una carcajada, ¡vaya dos!

—Joder, Mikel, la que has liado.

Salí corriendo hacia ellos con Mikel detrás muerto de la risa.

—Déjales que se apañen solos. —Le escuché decir tras de mí.

Nada más llegar, les hice una señal para que soltasen el madero y me agaché para coger el palo. Al hacerlo, noté un empujón inesperado. Miré hacia atrás y vi que Mikel estaba intentando quitarme el madero.

No me lo podía creer.

—¿Pretendes que yo también salga detrás del palo? —le dije riéndome al no comprender aquello.

—Me juego lo que quieras a que no eres capaz de quitármelo. —Me lanzó una mirada desafiante.

Aquello era el colmo.

—Paso del palo, Mikel —le contesté con disimulo, mientras me acercaba mirando hacia otro lado.

A medio metro, eché a correr para intentar arrebatarme el palo, pero Mikel adivinó mis intenciones y se colocó el madero detrás de la espalda. Me quedé con la mano cerrada en el aire sin el ansiado premio.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —soltó con un brillo especial en los ojos—.

Conmigo no vas a poder.

Al escuchar aquello, se me subió la vena competitiva, entorné los ojos y salí corriendo tras él con Gosby y Zaspi contagiados con la alegría del momento.

Los perros me adelantaron en la carrera y Gosby se lanzó hacia Mikel haciendo que este perdiese el equilibrio, permitiéndome llegar justo a tiempo para agarrar el dichoso trofeo.

—¡Ja! —exclamé victoriosa con el palo en la mano.

Nada más ver mi cara de triunfo, Mikel se puso en pie y salió corriendo tras de mí sin miramientos.

—Ya veremos quién ríe el último.

Sabía que Mikel era bastante más veloz que yo, pero no cedí en mi empeño y seguí corriendo sin descanso.

Recorridos varios metros, me extrañó que no me hubiesen cogido todavía y me giré para ver qué estaba ocurriendo. En ese momento, Zaspi se abalanzó sobre Mikel y este perdió el equilibrio cayendo todo lo largo que era sobre mí. Mi espalda dio a parar en la arena con un ruido sordo y Gosby aprovechó el jaleo reinante para coger el ansiado premio y salir pitando. Yo no pude hacer nada, me quedé tumbada con Mikel encima sintiéndome realmente incómoda.

—Ya te dije yo que no te saldrías con la tuya —me susurró al oído.

Me agarró de las muñecas, colocó mis manos sobre mi cabeza y se acomodó tranquilamente sobre mi cuerpo.

Aquello ya no me gustó ni un pelo. Una cosa era jugar con los perros y otra muy distinta tener que soportar tanto manoseo. Era verdad que Mikel no llevaba muy bien lo de respetar los espacios vitales, pero aquello era pasarse de la raya.

Mikel aprovechó mi desconcierto para terminar de encajar su cadera sobre la mía y, nada más hacerlo, noté un bulto blando entre mis piernas que me trajo a la realidad como si de una bofetada se tratase.

—Mikel, quita —le ordené de forma seca.

—No es para tanto —respondió sin apartarse ni un ápice.

—Mikel, suéltame —le ordené tensa como el acero.

Mi puesto como alumna no me dejaba actuar con libertad y aquello me hizo sentir muy frustrada. Me encontraba en una posición de inferioridad preocupante. Si lo enfadaba, aquello podía perjudicar a mi nota final, pero yo no quería seguir en esa situación ni un minuto más. Le lancé una última mirada

de advertencia y, sin decir más, se retiró y me dio la mano para ayudar a levantarme.

Me había pasado todo el verano esquivando a aquel hombre sin dejar clara mi postura y aquella actitud me había llevado a una situación totalmente indeseable. Joder, aquello era lo último que me apetecía a una semana de mi examen final.



Marc, por una vez, había salido a su hora. A las ocho en punto, cansado ya de ir de aquí para allá atendiendo a los dichosos clientes en la piscina, vio que había un pequeño bajón de trabajo y decidió que ya había echado demasiadas horas extras durante el verano, así que recogió los últimos vasos que quedaban en la barra y se fue directo a las taquillas.

Ya en su moto se quedó un momento parado sin saber muy bien adónde dirigirse, no le apetecía encerrarse en casa con el calor que hacía, así que arrancó la moto y finalmente tiró hacia el paseo marítimo; no le vendría mal distraerse con algún colega.

De camino a la playa la cabeza se le fue a Cat. No había quedado con ella en los últimos días y la echaba enormemente de menos. Se habían pasado discutiendo prácticamente las dos últimas semanas y necesitaban algo de espacio, el problema era que no había tiempo para el dichoso espacio. En menos de diez días ella se largaría para siempre.

Había estado aterrado todo el verano pensando que aquello pudiese suceder y al fin había ocurrido. Se había pasado en una nube los últimos meses sin querer ver la realidad, pero tantas diferencias les habían explotado en la cara. No sabía qué esperaba Cat. Él era un tío de barrio que hacía lo que podía. De hecho, pensaba que para la mala situación de partida, tampoco lo estaba haciendo tan mal. Conseguía pagar el apartamento cada mes, conseguía llenar la nevera y todavía le quedaba algo de *cash* para los vicios.

El problema era Mariona; iba por muy mal camino y él no sabía cómo atajar aquel asunto. Cat se había vuelto loca cuando entraron en casa y vio a Richard pinchándole a su hermana en la pierna. Tenía que reconocer que había sido bastante fuerte, pero él no conseguía meterla en vereda. Cat le había estado

echando en cara que no hacía lo suficiente, pero claro... para ella era fácil. Una niña bien, con todo el dinero del mundo para gastar y el apoyo incondicional de sus padres, no sabía qué significaba estar solo con una hermana que no entraba en razón ni a palos.

Sin embargo, él seguía queriéndola. Ya le había dicho dos veces que la quería y ella no le había correspondido. Estaba jodido. Jamás le había dicho a nadie nada similar y no esperaba aquella reacción de Cat. Lo peor de todo era que solo le quedaba una semana en la isla y, con tan poco tiempo, veía inviable mejorar la situación como para convencerla de que se quedase. Comenzaba a hacerse a la idea de que ella se iría para siempre y no volvería a verla. Dios, pensó, ¿sería capaz de vivir sin aquellos ojos verdes?

Llegó al paseo marítimo, vio que estaba Rafa apoyado en el muro y paró la moto en seco a un milímetro de su amigo.

—Rafa, tío —le saludó quitándose el casco y despeinándose el pelo con la mano.

Se pegaron con los puños a modo de saludo y, al terminar, apoyó los brazos en el muro para ver el atardecer.

—¿Qué pasa, tío? —saludó Rafa mientras encendía un porro y se colocaba mirando hacia la playa.

—Cansado de tanta mierda.

Nada más decir aquello, se fijó en dos figuras que corrían en la orilla con dos perrazos a cada lado.

Rafa, que notó que su amigo enfocaba la mirada en algo, entornó los ojos para ver qué era lo que había captado su atención.

—Joder, con la mosquita muerta —soltó nada más darse cuenta de que la que corría en la orilla con otro era Cat.

Marc apretó los puños sobre el muro de piedra y los nudillos se le pusieron blancos de la presión.

—Ya te dije yo que esa tía no era trigo limpio.

Uno de los perros dio un empujón al entrenador de Cat y el capullo aprovechó la coyuntura para lanzarse sobre su chica y quedarse tumbado sobre ella en la arena.

—Marc, tío, mándala a la mierda de una puta vez —prosiguió Rafa con un discurso que a Marc le estaba taladrando el cerebro—. Ya te dije yo que no puedes fiar de esas putas pijas. Parecen muy modositas, pero en cuanto pueden te dejan tirado por uno como ese. —Señaló a la orilla—. Para ella eres un entretenimiento de verano. Te ha utilizado como un clínex.

Marc seguía con la mirada clavada en aquella escena. Aquel hijo de puta no solo se había tirado encima de su chica sino que además se estaba colocando cómodamente sobre ella. Escuchaba la voz de Rafa sin entender nada de lo que decía, él solo podía pensar en bajar a la orilla y arrancar a puñetazos la sonrisa de aquel cabrón.

Se despegó del muro y dio un paso para dirigirse hacia la playa a matar a ese hijo de puta cuando el cabrón se levantó y alzó la mano para ayudar a Cat a levantarse.

Miró a Rafa sin entender qué coño hacía hablando todavía, se dio media vuelta y se encaminó hacia su moto.

Si se quedaba allí, iba a matar a ese tipejo y sabía que aquello sería el final con Cat.

Noté que alguien me taladraba el cerebro y me separé de Mikel de forma instintiva. ¿De dónde venía aquella sensación? La sangre se me heló en las venas cuando vi a Marc en el muro clavándome la mirada con gesto gélido un segundo antes de darse la vuelta y desaparecer.

Dejé plantado a Mikel y salí corriendo hacia esa zona para intentar pillarlo; no podía dejar las cosas así.

Nada más posar un pie en el paseo, vi cómo la moto de Marc giraba en la esquina y se perdía en la lejanía.

¡Mierda! Lo había perdido.

Percibí unos ojos clavados en mi nuca, giré la cabeza para ver a quién pertenecían y me topé con la mirada de Rafa. Este, con un gesto irónico, señaló con la barbilla en dirección a Mikel e hizo unos gestos con la cabeza indicando que yo era alguien a quien jamás debía haberse acercado Marc.

Gosby apareció a mi lado como por arte de magia, lo ató con la correa y devolviéndole una mirada de hielo a Rafa, me encaminé hacia casa de Marc.

Me pasé un buen rato tocando el timbre de su casa y llamando por teléfono, pero nadie me abrió la puerta. Sabía que Marc estaba en casa; tenía la moto aparcada frente a su portal, pero no conseguí que accediese a verme. Derrotada, hice callar a Gosby, que seguía ladrando con la esperanza de que su amigo le abriese la puerta, y nos encaminamos hacia el hotel.

Aquella noche no pude dormir ni dos horas seguidas. No hacía más que dar vueltas sobre el colchón con Gosby resoplando cada vez que me giraba. Estaba destrozada con todo lo ocurrido en las últimas semanas. Era verdad que Marc y yo habíamos estado mal, pero no quería que pensase que estaba tonteando con otro y menos con Mikel; de quien Marc ya tenía celos de antemano. Jamás pensé que lo nuestro acabaría así. Y lo peor de todo era que ni siquiera sabía si iba a ser capaz de pasar el resto de mi vida sin Marc.

Me levanté por la mañana sin ganas de nada. Me puse el bikini para hacer mis acostumbrados largos y nada más coger el pomo de la puerta, me di cuenta de que no tenía ganas ni de meterme en el agua. Dejé las gafas y la toalla en su sitio, me puse una camiseta y unos *shorts* y me fui a dar una vuelta con Gosby; aquello no podía saltármelo de ninguna manera si no quería encontrar un «regalito» en la alfombra a mi vuelta.

Ya en la calle, dimos un buen paseo para hacer tiempo y cuando se acercaba la hora del desayuno volvimos al hotel.

Entré en el comedor y mis ojos hicieron la ronda habitual buscando a Marc. Lo encontré en medio del comedor con una jarra de café en la mano y otra de zumo de naranja. Se me escapó una mueca de disgusto involuntaria; no me apetecía verlo allí después de lo ocurrido el día anterior, pero qué se le iba a hacer.

Me senté en la mesa de siempre como si nada y me puse a hablar con Nina mientras esta se metía un trozo de beicon en la boca.

—Tía, ¿cómo eres capaz de meterte eso a estas horas? Apenas son las ocho de la mañana —dije mirando su plato de huevos revueltos, salchichas y beicon.

—Déjate de tonterías que luego Mikel nos deja sin aliento en el entrenamiento y yo necesito gasolina para aguantar el ritmo.

—¿He oído mi nombre? —Escuché a mis espaldas, al tiempo que notaba cómo una mano se posaba en mi hombro y recorría toda mi espalda.

—Sí, Mikel, ¿no te estaban pitando los oídos? —le contesté, arqueando la espalda para dejarle claro que no tenía ganas de aguantarlo aquella mañana.

—No —contestó sentándose a mi lado mientras colocaba una de sus manos sobre mi hombro y me atraía hacia él con fuerza—. Hoy estoy con demasiado buen humor para que me lo echéis a perder desde el punto cero de la mañana.

—Lo que tú digas —respondió Nina con cara de pocos amigos.

A Nina seguían sentándole muy mal las confianzas que Mikel se tomaba conmigo. Ella seguía loca por él, incluso se lo había llevado a la cama en un par más de ocasiones, pero no parecía que Mikel estuviese demasiado interesado en ella. Y a Nina le afectaba sobremanera todo el asunto. En el fondo, yo sabía que Mikel no sentía nada especial por mí y que cogía demasiadas confianzas con todas las féminas que tenía alrededor, pero aquel día eligió el peor momento para hacerme arrumacos.

Mikel, sin sentir la tensión que se acababa de generar a su alrededor, cogió

una tostada del plato de Nina como si nada y siguió a lo suyo.

—¿Preparadas para el día de hoy? —Soltó la tostada y me volvió a atraer hacia él, al tiempo que agarraba uno de mis muslos para darme un par de palmaditas.

Aquello ya era el colmo. Fui a levantarme de la mesa para que no siguiese toqueteándome de aquella manera cuando escuché una exclamación ahogada que salía de su boca.

Giré la cabeza para ver qué había sido aquello y vi a Marc derramando una jarra de agua helada sobre la cabeza de Mikel.

—¡Ups! Lo siento —dijo Marc sin girar ni un milímetro la cabeza hacia donde yo me encontraba.

—¿Pero qué hostias te crees que haces?—bramó Mikel levantándose de su asiento empapado de agua y con ganas de asesinar a alguien.

—Siento mucho lo ocurrido, se me ha resbalado de las manos —respondió Marc en un tono neutro que me dejó helada—. No se preocupe que ahora traigo un trapo.

—¿Un trapo? —bramó Mikel sacudiéndose todo el agua que pudo de encima—. ¿Te crees que esto se arregla con un trapo? Hay que ser gilipollas.

Sin mirar a nadie y chorreando agua, salió por la puerta del restaurante hecho un basilisco.

Marc esperó a que saliese del comedor y, nada más perderlo de vista, me clavó una mirada asesina.

—¿La señorita está bien? —me preguntó como si no me conociese de nada.

Me miré para cerciorarme de que no me había mojado y vi una pequeña gota de agua en mi pantalón de faena.

—Mire —exclamó con asombro—, usted, también se ha mojado.

Cogió el trapo que siempre llevaba encima y se acercó a mí mucho más de lo necesario para frotar con energía aquella diminuta mancha.

Viendo que yo no reaccionaba, giró la cabeza hacia mí y en un tono que nadie más pudo escuchar me susurró: «El ambiente estaba un poco caldeado, ¿no crees?».

Y sin decir más, abandonó la mesa como si allí nunca hubiese pasado nada, dejándome con la boca abierta como un pez fuera del agua.

QUINTA PARTE
UN ANGEL CAIDO

Quedaba solo un día para la prueba final y los nervios me estaban jugando una mala pasada; en los últimos días había estado mareada y con unos sudores fríos nada corrientes. El calor, unido al estrés de la prueba, estaba haciendo que mi cuerpo se descontrolase por completo. Era consciente además, de que mi tensa situación con Marc tampoco ayudaba.

Por la mañana, me había levantado con un revoltijo bastante desagradable en la tripa, pero afortunadamente después de tomar un par de tostadas para desayunar —la fruta no fui capaz ni de olerla— el malestar me ofreció una pequeña tregua.

Durante el entrenamiento pensé que las molestias ya habían desaparecido por completo; sin embargo, tras la comida, los mareos volvieron con más fuerza y subí a mi habitación a echar una siesta. Después de dar vueltas y vueltas sobre la cama y ver que no había ninguna mejoría en mi estado, decidí salir a pasear con Gosby antes del último *entrena* del verano.

Fuimos como dos autómatas al paseo marítimo y me senté en uno de los pocos bancos que quedaban bajo la sombra de un árbol para protegerme del sol abrasador. ¡Qué mal me encontraba! Me quedé quieta, sudando a mares junto a Gosby, esperando a que aquella sensación desapareciese de una vez por todas.

Estando allí con la mano posada en mi estómago, recordé que mi madre me solía ofrecer una *Coca-Cola* cuando me mareaba en los viajes y pensé que sería buena idea probar a ver si también funcionaba en aquella ocasión.

Miré hacia los dos lados barajando mis opciones y me di cuenta de que nos habíamos sentado enfrente de la puerta del *súper*. Como Gosby era perro de rescate podía entrar conmigo en cualquier establecimiento y, además, en aquel supermercado ya me conocían; así que me levanté del banco y me metí hasta el fondo sin preguntar.

Había unos cuantos turistas comprando *snacks* y bebidas frías que se quedaron mirando a Gosby extrañados, pero no les presté demasiada atención;

necesitaba algo con burbujas como fuese, así que seguí mi camino directa a la zona de refrigerados. Abrí la puerta del frigorífico y un frescor delicioso salió de la cámara y me envolvió por completo. ¡Qué gusto! Gosby, que ya había aprendido el truco al comienzo del verano, me pegó un pequeño empujoncito y se abrió un hueco para meter la cabezota literalmente dentro de la nevera. No solía mantener la nevera abierta demasiado tiempo, pero aquel día decidí hacer como que no encontraba lo que buscaba y alargar todo lo posible aquella maravillosa sensación.

Estando allí metida, escuché un extraño ruido a mi espalda. Giré la cabeza para ver qué ocurría y vi a los amigos de Mariona atravesar la puerta del supermercado de forma desordenada. ¡Qué mierda!, pensé. Cada vez que me los encontraba, no podía creerme cómo aquella chica tan encantadora salía con aquellos macarras. Todos tenían la misma mala pinta: flacos, sucios, con el pelo lleno de grasa, unas ojeras que se veían a la legua y blancos como la nieve —y mira que era difícil tener aquella tonalidad con aquel clima—. Sabía que a Marc le corría el mismo escalofrío que a mí al verlos, pero... Entorné los ojos para afinar la vista y descubrí que el grupo lo cerraban Mariona y su novio Richard.

Si Gosby la veía, comenzaría a tirar de mí como si de un trineo se tratase, así que cogí el refresco de cola de forma rápida y cerré la cámara para que se saludasen lo antes posible. Mariona, al ver que alguien se le acercaba, se giró como a la defensiva, pero cambió la expresión de forma radical al ver que éramos nosotros.

—Hola, chicos —nos saludó dejando a Richard en la entrada.

Me dio dos besos y se agachó para acariciar la cabezota de Gosby, que ya movía el rabo con toda la intensidad que le era posible.

Mientras Mariona y Gosby se hacían arrumacos, la mirada se me fue hacia la salida; notaba que había algo de tensión en aquella zona. Entorné los ojos para ver qué estaba ocurriendo en el mostrador de cobro y, nada más hacerlo, vi cómo el tal Richard sacaba una pistola del bolsillo y apuntaba a la cabeza del chico de la caja.

Se me escapó un grito ahogado y me tapé la boca con las dos manos con tan mala suerte que se me cayó el refresco. La botella de plástico impactó contra el suelo y del reventón comenzó a dar vueltas por la estancia como si de un cohete se tratase.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó el tal Richard, al tiempo que se giraba y apuntaba nervioso a todos lados.

Estaba claro que estaba buscando de dónde provenía aquel extraño ruido.

—Pero, ¿qué haces? —gritó Mariona, señalando con la mano a su amigo—. Richard, guarda el arma.

—Quieta donde estás —le respondió agitando la mano con un leve tartamudeo.

Sin poder articular palabra, cogí a Mariona de la mano y se la apreté fuerte para hacerle ver que era mejor que permaneciese callada.

—Tira la pistola ahora mismo —volvió a repetir esta.

En realidad, Richard no había elegido un buen momento para atracar el supermercado; había bastante gente a aquella hora y, al percatarse de ello, comenzó a ponerse nervioso y acabó apuntando con el arma directamente a Mariona.

—Cállate, imbécil, solo quiero el dinero de la caja. —Volvió a señalar al empleado del supermercado, sin poder creerse que Mariona se pusiera en su contra.

Mariona, enfadada, me soltó la mano y se encaminó hacia su compañero para quitarle arma. Este, al ver que Mariona se estaba acercando a pasos agigantados, giró ciento ochenta grados y la apuntó directamente a la cabeza. Aquello iba de mal en peor, pensé con todos los músculos del cuerpo agarrotados. Mariona no se amedrentó al ver el cañón del arma tan cerca y siguió dando pasos con decisión.

Sentí un empujón y miré desorientada a ver de dónde procedía. Fue cuando vi que Gosby se había soltado de mi lado y había salido corriendo hacia el hombre que apuntaba con un arma a su mejor amiga. A medio camino, mi compañero cogió velocidad y adelantó a Mariona por la derecha pegando un salto mortal directo al brazo de Richard.

—¡Noooo! —grité a pleno pulmón, reaccionando a tiempo para echar a correr hacia Gosby.

En plena carrera, escuché el sonido amortiguado de un gatillo y un estruendo ensordecedor rompió el tenso silencio. Por último, se escuchó un gemido desgarrador que salió de la garganta de Gosby y se clavó en lo más profundo de mi alma frenando en seco mi carrera. Me quedé congelada viendo cómo Gosby caía abatido a cámara lenta a un metro de Mariona.

El mundo dejó de girar. Yo me quedé paralizada. Helada. Mis constantes vitales bajaron al nivel cero. No era posible.

Noté ajeteo a mi alrededor y vi cómo los cuatro amigos de Mariona salían

corriendo por la puerta. Era como si alguien en una galaxia lejana hubiese hecho un movimiento. Yo sentía que el mundo volvía a girar, pero a mí no me afectaba en lo más mínimo. Alguien me dio un empujón por detrás, tomé conciencia de mi cuerpo y salí corriendo hacia Gosby a toda velocidad. Me lancé literalmente al suelo y me coloqué a su lado agarrándole la cabeza. Estaba consciente, pero no se podía mover. Acerqué mi oído a su trufa y noté una débil corriente de aire. Por lo menos había esperanzas, pensé.

Escuché un griterío molesto tras de mí, miré hacia allí para ver qué era lo que perturbaba nuestro momento y vi que era Mariona. La estaban agarrando entre dos personas mientras pataleaba y gritaba sin parar: «¡Gosby!, ¡Gosby!». Nada más hacer contacto visual con ella, esta reaccionó mordiendo a una de las personas que la tenían retenida y se lanzó a los brazos de Gosby sin pensárselo dos veces. Se colocó frente a mí y comenzó a acariciarlo detrás de las orejas con sollozos incontrolables.

—Quédate con él —me limité a decir antes de salir en dos zancadas a la calle para llamar al teléfono de urgencias que teníamos en la isla.

—¿*Canes*, dígame? —escuché una voz al otro lado.

Conseguí a duras penas contar a mi interlocutor lo que acababa de suceder. El pobre hombre no entendía nada de lo que le decía, pero al ver el estado en que me encontraba, se percató de que el asunto era grave y me aseguró que salía de inmediato hacia el supermercado.

Nada más colgar el teléfono, escuché un estruendo de sirenas: tres coches patrulla llegaban a la altura del supermercado y derrapaban en la misma puerta del establecimiento con un sonoro frenazo.

Entré corriendo como si la cosa no fuese conmigo y me coloqué frente a Mariona agarrando la cara de Gosby para que no se sintiese solo. Mariona no podía parar de llorar, así que fui yo quien me acerqué a su oído y comencé a susurrarle palabras de aliento; era lo único que podía hacer.

Unos segundos después, entraron un par de policías y el dueño del establecimiento salió a su encuentro. Estuvieron un buen rato hablando en la puerta; sin embargo, a nosotras no se nos acercó nadie, ni para ver qué tal estábamos, ni para preguntar si Gosby necesitaba algo, ni para nada. ¡Mi perro se moría delante de todas aquellas personas y nadie era capaz de echar una mano! Hubiese sido lo mismo tener entre mis brazos una alfombra agujereada. Él jamás hubiese actuado así con ninguno de ellos. Nadie nos miraba, nadie nos tocaba, ¡nadie ofrecía ayuda!

Desolada por la situación, coloqué la cabeza de Gosby entre mis piernas y

comencé a llorar. Me pasé allí un buen rato incapaz de parar el llanto hasta que noté movimiento en la entrada del supermercado. Me limpié los mocos con la manga y, al levantar la cabeza, vi que alguien con pijama verde botella traspasaba la puerta; era el veterinario que llegaba con una mochila bien llena.

Al ver al perro tirado en el suelo, se dirigió hacia nosotros a toda prisa, colocó la mochila en el suelo y sacó un estetoscopio. Instintivamente me retiré para dejar espacio y Mariona, al ver mi reacción, hizo lo propio. El problema fue que nada más incorporarse, dos policías de uniforme se acercaron a ella por detrás y aprovecharon su desconcierto para agarrarla por los brazos y detenerla.

Mariona, al ver que la alejaban de su amigo, comenzó a gritar y patalear; pero a nadie le importó que aquella chica fuese el único consuelo que tenía mi perro. Por mi parte, estaba tan absorta en la valoración del veterinario que no hice ni caso al escándalo que estaba armando Mariona mientras la sacaban en volandas por la puerta del supermercado.

El veterinario se colocó en el lado que había dejado vacío Mariona, se arrodilló frente a las costillas de Gosby y acercó el estetoscopio a su corazón.

—¿Eres tú la que ha llamado? —preguntó sin interrumpir su trabajo.

Asentí sin poder pronunciar palabra.

—Respira y el corazón tiene latido —confirmó cambiando de sitio el estetoscopio. Se hizo un silencio eterno hasta que volvió a hablar—. Hay ruido en un pulmón, quizás la bala lo haya atravesado. —Le miré esperando alguna indicación—. Lo mejor será que nos lo llevemos a la clínica para operarlo cuanto antes.

Asentí y me incorporé para ver cómo movilizar a Gosby sin hacerle daño.

Volví a mirar a mi alrededor, pero la gente seguía plantada sin hacer nada. El veterinario echó un rápido vistazo al grupo de personas que teníamos cerca, dio un par de órdenes y cuatro hombres aparecieron de la nada para ayudarnos.

—Vamos a trasladar al animal hasta mi *furgo* —ordenó en un tono que no admitía un «no» por respuesta.

Los hombres se quedaron quietos esperando más instrucciones.

—Dos a cada lado. —Señaló dónde quería que se colocasen los voluntarios.

Me sentía inútil, yo no hubiese sido capaz de organizar el traslado. Era alucinante cómo podía manejarme sin problemas con ahogados o heridos en el agua, pero si de Gosby se trataba, mi mente se quedaba en blanco y no

conseguía dar pie con bola.

Por fortuna, el veterinario se hizo cargo de toda la situación sin problemas.

—Una, dos y ¡tres! —dijo nada más colocarnos con las manos bajo el cuerpo de Gosby.

Hicimos un esfuerzo conjunto y elevamos al perro no sin dificultad. Los hombres soportaron todo el peso de mi compañero con sus brazos mientras yo colocaba su cabeza entre mis manos para que no le quedase colgando.

Salimos a toda velocidad y el veterinario, con un gesto rápido de cabeza, nos indicó dónde había dejado el vehículo. Llegamos hasta allí en un suspiro, colocamos a Gosby en la parte trasera del furgón y yo me senté a su lado posando su cabeza en mi regazo; no quería dejarlo solo por nada del mundo.

Nada más cerrar la puerta trasera, el veterinario saltó de forma literal en el asiento del conductor y arrancó a toda velocidad.

Veinte minutos más tarde llegamos a la puerta de una clínica veterinaria en Mahón donde una auxiliar nos esperaba en la calle. Sacamos a Gosby con todo el cuidado del mundo y entre los tres lo trasladamos a duras penas hasta la sala de rayos.

Tras unas radiografías rápidas, me pidieron que les ayudase a llevarlo hasta la mesa de quirófano. Colocamos a Gosby en la fría mesa de acero inoxidable, le di un beso de despedida y me marché compungida a la sala de espera.

Sentada allí, rodeada de un montón de papel higiénico lleno de mocos, con la mirada perdida en el vacío y un futuro desolador en la cabeza, noté que algo me daba toquecitos en el brazo; pensé que sería mi imaginación y me costó reaccionar, pero al girar la cabeza para ver qué ocurría vi que era la auxiliar.

—Todavía tardaremos unas horas más en acabar la operación. Anda, ve a dar una vuelta y a tomar algo, seguro que te sienta bien. —Me sonrió de forma cariñosa.

Se querían deshacer de mí; no debía dar muy buena imagen tener a alguien dando el espectáculo en plena sala de espera. Asentí sin saber qué otra cosa hacer y me encaminé hacia la puerta de salida.

—Pero me avisas en cuanto acabe —me limité a decir con la mano puesta sobre el picaporte de la puerta de la clínica.

Nada más tener entre las manos una tila calentita sentada en una mesa de un bar cercano, caí en la cuenta de que no había llamado a mi madre. ¿Cómo le iba a contar lo ocurrido?

—Mamá —rompí a llorar nada más escuchar su voz al otro lado del teléfono.

Comencé a hablar sin darle tiempo a preguntar siquiera «¿qué tal?».

Hablé y hablé mientras un río de lágrimas brotaba de mis ojos. La pobre no

entendía nada de lo que le decía. Entre balbuceos y sonadas de mocos, me di cuenta de que se estaba poniendo cada vez más y más nerviosa.

—Mamá, yo estoy bien —conseguí pronunciar de una forma comprensible después de limpiarme la nariz por enésima vez—. Es Gosby. Le han pegado un tiro.

—¡Nooooo! —escuché una exclamación contenida.

Realicé dos respiraciones profundas y conseguí volver a contar toda la historia de una forma comprensible mientras mi madre me ofrecía palabras de aliento desde Santander. No pude parar de llorar en toda la conversación. Lloré por Gosby, lloré por Mariona y lloré por Marc. Hacía tiempo que intuía que yo acabaría pagando las consecuencias de aquellos dos y mira qué razón tenía. En realidad, las consecuencias de mi inconsciencia las estaba pagando Gosby y aquello hacía que me sintiese mucho peor si cabía.

Oculté a mi madre que conocía a la mujer a la que Gosby había salvado la vida y, por supuesto, no hice mención de Marc o de que conocía al malnacido que le había pegado un tiro a mi perro; ya bastante asustada estaba como para darle más disgustos.

Colgué el teléfono un poco más tranquila, comprobé la temperatura de mi tita y me la llevé a los labios para beber el primer sorbo. Nada más notar aquel líquido amargo dentro de mi boca, me sobrevino una arcada. Me levanté de un salto y conseguí llegar al baño para vomitar todo el contenido de mi estómago; en aquella cafetería dejé la mitad de mis entrañas.

Salí del baño, dejé intacta lo que quedaba de infusión y abandoné el establecimiento para acercarme al puerto de Mahón a ver si con la brisa marina mejoraba algo mi malestar. Ya en el puerto, me acordé de que no había avisado a Marc de lo ocurrido. Tenía turno de comida y sabía que no tendría el móvil a mano. Fui a coger el teléfono del bolsillo y frené antes de sacarlo. No tenía ganas de hablar con él. Para ser franca, le consideraba el principal culpable de lo ocurrido. Llevaba semanas diciéndole que debía hacer algo para ayudar a su hermana y él solo me insistía una y otra vez que estaba haciendo todo lo posible. Pues estaba claro que todo lo posible había llevado a mi perro a estar debatiéndose entre la vida y la muerte en un quirófano y aquello no se lo iba a perdonar. Si le hubiese hecho caso a Isa y me hubiese alejado de aquella familia, si hubiese hecho caso a los míos... Una música en mi bolsillo me devolvió a la realidad. Cogí el móvil lo más veloz que pude.

—Hemos conseguido sacar la bala limpiamente. —Escuché nada más descolgar—. Está en el despertar.

—Estoy ahí en cinco minutos. —Colgué el teléfono sin darle tiempo a que me disuadiese de acercarme hasta allí.

Entré en la clínica de forma apresurada. La auxiliar que estaba en el mostrador me lanzó una sonrisa de alegría y me hizo pasar a un pequeño despacho. El veterinario ya estaba allí sentado.

—La operación ha sido un éxito. La bala ha salido limpiamente. —Me regaló una sonrisa de triunfo que consiguió apaciguar mi taquicardia—. La mala noticia es que en la trayectoria la bala ha afectado a un pulmón. Solo lo ha hecho de forma sesgada, pero ha perdido mucha sangre y Gosby se ha quedado muy débil.

—¿Se pondrá bien? —pregunté alarmada por las últimas palabras.

—Estamos buscando algún voluntario entre nuestros clientes para hacerle una transfusión. Esto nos ayudaría enormemente —me indicó arrugando la frente y dejando a la vista unos surcos de preocupación—. Mientras tanto, no podemos hacer nada más. Debemos esperar a ver cómo se despierta y ver qué evolución lleva.

—¿Le quedarán secuelas?

—Es pronto para decirlo, pero creo que no recuperará totalmente la movilidad de esa pata.

Aquello hubiese sido una tragedia en otro momento, pero en aquellas circunstancias era lo que menos me importaba.

—Me gustaría entrar a verlo.

—No solemos dejar que los clientes pasen a la sala de ingreso, pero haremos una excepción. —Me señaló una de las puertas de la consulta y se levantó de su asiento para acompañarme.

El veterinario abrió aquella puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar. Di un paso titubeante y entré en una estancia oscura. Tardé unos instantes en acostumbrarme a la penumbra, pero en seguida comenzaron a aparecer jaulas de distintos tamaños ante mis ojos. Eché un vistazo rápido en busca de Gosby y lo encontré tirado como un trapo en una de las jaulas cercanas al suelo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al verlo así. Me tiré a su lado, abrí la jaula y me pegué a él todo lo que pude. Le toqué esperando alguna reacción, pero estaba dormido. Tenía la lengua fuera y una expresión apagada. Llevaba un vendaje bastante grande en el pecho y una vía en su pata delantera que acababa en una bolsa colgada de los barrotes de la jaula; deduje que aquello sería suero o quizás algún antibiótico. Se le veía muy mal.

Sacudí la cabeza para olvidar aquella estampa y decidí centrarme en lo importante: mi amigo estaba vivo, ya habría momentos para pensar en todo lo demás.

A la hora de estar tirada en aquella sala, noté que el veterinario y la auxiliar comenzaban a mirarme con mala cara. Había llegado el momento de salir de allí. No quería dejar a Gosby solo por nada del mundo, pero no me iban a permitir quedarme.

—Te prometo que en cuanto se despierte te llamamos —me dijo el veterinario con la mano en mi espalda invitándome a salir con amabilidad.

—Volveré mañana a primera hora —respondí en un tono que no albergaba lugar a dudas.

De camino a casa, vi que tenía cuatro llamadas perdidas. Una era de mi madre y las otras eran de Marc. Ya se había enterado, pensé. Por lo menos no tendría que darle yo la noticia. Devolví la llamada a mi madre contándole las buenas noticias y, como siempre, consiguió tranquilizarme con su entusiasmo natural. Qué bueno era tenerla cerca.

Seguido, fui a marcar el número de Marc y me quedé mirando el botón verde fijamente. Era incapaz de pulsarlo; no tenía fuerzas para llamarle. En realidad, era consciente de que él no era culpable de lo sucedido —por lo menos culpable directo—, pero lo sucedido tenía demasiado que ver con él y no tenía claro si podría entablar una conversación sin echarle todo aquello en cara.

Ya en el hotel entré por la puerta de la piscina para no ser vista y me fui directamente a la habitación. Lo hice sin levantar la mirada del suelo para no dar a nadie la oportunidad de entablar conversación conmigo. En mi cuarto, me di una ducha rápida, me puse el pijama —no pensaba salir de allí hasta el día siguiente— y me tumbé en la cama para llamar a Mikel y contarle lo sucedido.

—No me jodas —soltó nada más escuchar la historia.

—Sí —dije entre sollozos incontrolables—. Pero según parece la operación ha ido bien. Lo malo es que necesita sangre y están buscando un donante.

—Perfecto, ahora mismo doy aviso al grupo y lo organizamos para ir con los perros. Seguro que alguno sirve como donante.

—Muchas gracias, Mikel —contesté al darme cuenta que no se me había

ocurrido aquella opción.

—¿Quieres que vaya a hacerte compañía?

Al escuchar aquello se me encogió el estómago. No tenía ganas de aguantar a ese tío con sus manos encima de mi cuerpo.

—No, muchas gracias, Mikel. Necesito estar sola.

—*Ok*. Llámame para lo que necesites.

—Sí, lo haré. ¡Ah! —me acordé de repente—. Deséales suerte a todos de mi parte.

—Eso está hecho.

Y entonces caí en la cuenta: no solo mi mejor amigo estaba entre la vida y la muerte en una fría jaula de hospital, sino que acababa de irse a la mierda todo el duro trabajo realizado durante el verano.

Mi sueño de entrar a formar parte de un equipo de salvamento acuático con Gosby se acababa de ir al traste. En apenas cuatro horas, mi vida se había precipitado a un oscuro pozo sin que yo pudiese hacer nada para remediarlo.

Dejé el teléfono en la mesilla de noche y me tapé los ojos, entraba demasiada luz por la ventana. Necesitaba una cueva en la que refugiarme y no toda aquella claridad. Me levanté de la cama para bajar todas las persianas y, cuando comprobé que no entraba ni medio rayo de sol, encendí la televisión para acallar el ruido de mi cabeza y me hice un ovillo en la cama.

Escuché un ruido. Agudicé los oídos y me di cuenta de que alguien estaba tocando a mi puerta. Abrí un ojo y vi que eran las nueve de la noche. Me había quedado dormida y no me había dado ni cuenta. Me desperecé y fui a ver quién osaba perturbar mi infierno personal.

Abrí solo un centímetro la puerta y para mi desgracia me topé con la cara Marc. Un Marc blanco como un fantasma, con una mirada llena de preocupación. Intenté abrir los ojos del todo, pero me costaba horrores y, para ser franca, no tenía ganas ni siquiera de intentarlo. Pasaron unos segundos sin que ninguno se moviese ni un milímetro y me di cuenta de que no sabía qué llevaba puesto. Miré hacia abajo para confirmar que estaba decentemente vestida y Marc aprovechó mi desconcierto para abrir la puerta, entrar en la habitación y abrazarme con fuerza.

Me quedé parada, no quería su consuelo, pero tampoco tenía fuerzas para deshacerme de su cuerpo, así que dejé los brazos colgados y me quedé sin saber qué hacer. Marc, viendo que no ofrecía resistencia, enterró su cara en mi cuello y comenzó a decir como un autómatas: «Lo siento, lo siento, lo siento».

Aquel mantra consiguió sacarme de mi catatonia y sacó un sonoro llanto de mi garganta. Creo que Marc se asustó con los gemidos y se separó de mí para confirmar que me encontraba entera.

Al verme liberada, limpié mis lágrimas con el reverso de la mano y me aparté para dejarlo pasar y cerrar la puerta. Fue en aquel instante en el que me percaté de que no había recibido la llamada del veterinario. Dejé a Marc en la entrada y fui a la mesilla de noche a coger mi móvil; vi un mensaje en el contestador. Me llevé los dedos a los labios para indicar a Marc que se mantuviese callado y puse toda mi atención en entender lo que decía el mensaje: «Caterina, soy Paco el veterinario. Gosby ha despertado bien, pero sigue muy débil. Seguimos necesitando un voluntario para poder hacerle una transfusión. Han llamado tus compañeros de equipo. Mañana les haremos las pruebas para ver si alguno es compatible. Esta noche es crítica, así que haremos turnos para no dejarlo solo en ningún momento. A primera hora te llamaremos para darte el parte. Descansa y guarda fuerzas porque la recuperación va a ser larga».

Aquellas palabras, a pesar de lo que pudiese parecer, me dejaron más tranquila. Por lo menos había despertado de la operación.

Colgué, le conté a Marc cómo estaba la situación y antes de que pudiese decir nada cambié de tema. No quería hablar con él de Gosby.

—¿Y Mariona?

—La han llevado al calabozo. No he podido hablar con ella. Espero que esto le sirva de escarmiento.

—Es una pena que hayamos tenido que llegar a esto para que a tu hermana le sirva de escarmiento —le escupí en la cara sin poder mirarlo.

—Lo siento mucho —volvió a repetir Marc por enésima vez, sentándose a mi lado en la cama e intentando cogerme una mano.

Instintivamente retiré el brazo. No me apetecía tener contacto físico de ninguna clase.

—Marc, no es culpa tuya. Tú ni siquiera estabas —le dije en tono neutro.

Me había quedado plana. Sin humor de ningún tipo.

—Si hubiese...

Dos lagrimones saltaron a sus mejillas y no fue capaz de acabar la frase.

En otro momento le hubiese atraído a mí y le hubiese acunado en mis brazos, pero no podía. No me sentía con fuerzas de consolar a nadie. Si me hubiese hecho caso en cualquiera de las conversaciones que habíamos tenido las últimas semanas...

—Si no me hubieras conocido, nada de esto hubiese pasado. —Leyó mis pensamientos.

—Marc, eso no es verdad. —Intenté quitarle aquel peso de encima, aunque no sentía lo que iba a decir—. Nada es culpa tuya, si no nos hubiésemos conocido, podría haber pasado lo mismo. Deja de mortificarte.

Nos quedamos allí, sentados en la cama en silencio; yo con cuidado de no rozarle ni un centímetro de piel y él sin saber muy bien cómo comportarse. El silencio lo atenuaba el sonido de la televisión de fondo, pero la tensión era más que palpable. Estuve un buen rato así, sin saber cómo decirle que quería que se fuese para quedarme a solas con mi dolor, pero cuando fui a abrir la boca, unos golpes en la puerta rompieron la tensión existente. Arrastré los pies hasta allí y abrí la puerta de par en par para toparme con la cara compungida de Nina. Al verme, abrió los brazos y, sin dudarlos dos veces, me dejó arropar por mi amiga llorando desconsolada.

Noté que Marc se colocaba detrás de mí y le escuché decir algo antes de salir de la habitación y dejarnos a solas.

Los días siguientes a la tragedia los recuerdo como un ir y venir inconexo del hotel a la clínica. Todavía hoy no consigo recordar muy bien qué ocurrió en aquella semana. Estaba agotada y cada vez que intentaba llevar a cabo una tarea no conseguía acabarla por mucho empeño que pusiese. Para empeorar la situación, las náuseas no hicieron más que empeorar y casi dejé de salir a la calle por miedo a no tener un váter cerca.

Lo ocurrido me estaba llevando a un profundo pozo del que no sabía cómo salir y lo peor de todo era que comenzaba a encontrarme cómoda en aquel abismo.

El día después de la tragedia, me levanté una hora antes de la apertura del centro veterinario, me duché y, con el estómago vacío, me dirigí hacia allí para estar presente nada más abriesen la clínica.

La auxiliar llegó primero y me permitió pasar a la sala de espera para dejarme allí sentada con un temblor más que evidente en todo el cuerpo. Al ver mi estado de ansiedad, se cambió a toda velocidad y se fue a ver qué tal estaba Gosby. Cinco eternos minutos después apareció de nuevo y me explicó que a media noche el perro había recuperado unas constantes vitales más que satisfactorias y el veterinario había decidido irse a casa. Me quedé más tranquila al saber que lo veían fuera de peligro.

Una vez que realizó la limpieza de las jaulas y ordenó la sala de ingresos, me dejó pasar a verlo. Ella se pensaba que le haría una visita y me iría en un rato, pero me hice un hueco entre los enseres que había en aquella estancia y me dispuse a pasar el día entero en aquel cuartucho. Sabía que Gosby se recuperaría mucho antes teniéndome cerca, que estando solo en aquella fría habitación; Mariona hubiese ayudado enormemente a mejorar su estado de salud, pero preferí dejar correr aquel pensamiento.

La auxiliar y el veterinario empezaron a mirarme raro a eso de media mañana, pero les aseguré que nada ni nadie me separaría de mi grandullón; así

que asumieron, con resignación, que iban a tener un bulto tirado en el suelo de la sala de ingresos el resto de la jornada y siguieron con su rutina diaria como si nada.

Poco antes del mediodía, Kira, la perra de Nina, dio positivo en los análisis de sangre y pudimos comenzar con la transfusión. A duras penas trasladamos a Gosby entre los tres al quirófano y el veterinario por fin pudo comenzar a inyectarle la sangre. Teníamos puestas todas nuestras esperanzas en que aquello le aportase algo de energía y nada más empezar con la transfusión, Gosby comenzó a mover la cola y a hacer amagos de intentar levantarse. Al ver la mejoría, me abracé a él y comencé a llorar como una tonta. Creo que jamás me he alegrado tanto de verle mover el rabo.

Durante la mañana fue mejorando poco a poco y, a pesar de no ser capaz de levantarse o sentarse sin ayuda, un par de horas después de la inyección de vida comenzó a tumbarse cómodamente en su jaula en vez de estar tirado como un fardo. A última hora de la mañana, le dimos de comer y devoró el cuenco como un campeón; aquello era una gran noticia y ayudó a que mi estado de ánimo mejorase todavía más.

Aquella noche, el veterinario me mandó a casa pasadas las ocho de la tarde y me prometió que si el perro pasaba una buena noche al día siguiente podría llevármelo conmigo. Suponía que si fuese una clienta normal lo hubiesen dejado unos días más en observación, pero yo había resultado ser una clienta terriblemente molesta y gracias a aquello pude recuperar a mi compañero antes de tiempo.

Por supuesto, me perdí la prueba final. Me llamó Nina después de comer para que fuese a ver cómo se desarrollaba la competición, pero no quería dejar solo a Gosby ni por un momento y, para ser franca, tampoco tenía fuerzas para enfrentarme al examen como mera espectadora. La prueba iba a ser un gran espectáculo, habían alquilado varias lanchas y un par de helicópteros para los ejercicios; iba a ser digno de ver. Estuve atenta al teléfono toda la tarde para enterarme de cómo había transcurrido todo, pero no fue hasta que puse rumbo al hotel que recibí la llamada de Nina. Nina había quedado tercera después de Sergio y Julio. Sabía que se moría por una plaza en el norte y como los dos primeros luchaban por una plaza en Andalucía, Nina elegiría sin dudarle el puesto en Santander. Sabía que debía alegrarme por ella pero, en lo más profundo de mi corazón, no podía. Estaba segura de que esa plaza hubiese

sido mía y Nina iba a vivir la vida que estaba destinada para mí.

Marc me llamó unas cuantas veces aquel día, pero yo no tenía ganas de hablar con él. Seguía culpándolo de que Gosby estuviese tirado en aquella fría jaula debatiéndose entre la vida y la muerte y no me digné a devolverle las llamadas.

Llegué al hotel hacia las nueve de la noche y entré por la puerta trasera mirando a ambos lados para no ser vista. No quería cruzarme con nadie y menos toparme con ninguno de mis compañeros que, a aquellas alturas, estarían celebrándolo a lo grande. No era capaz de enfrentarme a tanta alegría, así que subí a mi habitación a buen ritmo para poder regodearme en mi dolor lo antes posible.

Abrí la puerta del cuarto de forma apresurada y nada más meter la tarjeta en la ranura, comenzó a vibrar el bolsillo de mi pantalón; era Marc. Arrugué la nariz asqueada y me quedé mirando a la pantalla del móvil sin saber qué hacer. No quería hablar con él. Sin embargo, me aterró el pensar que se pasase por mi habitación y decidí que ya era hora de afrontarlo.

—He estado todo el día llamándote —se limitó a decir al descolgarle el teléfono.

—Sí, Marc ya lo sé. Lo siento mucho, pero no tenía ganas de hablar con nadie.

Entré en el cuarto y tiré la mochila en la cama quedándome de pie en medio de la estancia.

—¿Cómo está Gosby?

—Ha mejorado mucho hoy. —Le expliqué lo sucedido durante el día sin demasiado entusiasmo.

—Me alegro de oírlo. Al no coger el teléfono he estado esperando lo peor durante todo el día, casi me acerco a la clínica para preguntar.

Me alegré infinito de que no lo hubiese hecho.

—Perdona por tenerte en vilo, Marc. La situación está controlada. —Asomé la cabeza a la terraza buscando una leve de brisa.

—Te has perdido la prueba, ¿verdad? —preguntó como para confirmar sus peores temores.

—Ya sabes que sí.

—Pero te pueden repetir la prueba otro día, ¿no?

De mi boca salió un sonido sarcástico del que me arrepentí al instante.

—Marc, no creo que Gosby pueda volver a correr nunca jamás.

Seguramente se quedará cojo para siempre.

Hasta entonces no había verbalizado aquello y nada más escucharlo, todo el peso de la situación se precipitó sobre mis hombros. Era verdad que todavía lo tenía conmigo, pero nuestra forma de vida había terminado para siempre. Todos nuestros sueños se habían acabado. Ya no podríamos formar parte del equipo de salvamento acuático de Santander, ni de ningún otro sitio.

—Lo siento mucho, Cat —dijo en un tono sinceramente afligido.

—¿Mariona ya está en casa?

No podía hablar de aquello con Marc. Me daba mucho miedo abrir la caja de los truenos y empezar a escupirle brutalidades que tampoco se merecía.

—No. Ha tenido una especie de juicio rápido o algo así. —Guardó silencio un segundo para coger fuerzas—. La meten en un centro de desintoxicación. Se quedará en el calabozo hasta que preparen el traslado.

—Lo siento mucho, Marc. —Me senté en la silla que tenía en la terraza al escuchar aquello. Sabía que a Marc le habría costado un mundo separarse de su hermana para dejarla allí metida.

—Han cogido a Richard esta mañana. Estaba escondido en casa de su hermano. Seguramente verá al juez por la mañana. Espero que le caiga prisión sin fianza al puto mal nacido.

—Sí, yo también lo espero.

Me llevé la mano al estómago de forma repentina. Aquella conversación me estaba generando una buena dosis de náuseas. Otra vez no, pensé asqueada. Estaba claro que todo aquello me estaba sobrepasando.

—Marc, te tengo que dejar —le dije sin dar mayores explicaciones.

—¿No quieres que te haga compañía?

Un silencio incómodo interrumpió la conversación.

—No, gracias, Marc. Mejor hablamos mañana.

Colgué el teléfono y justo llegué al baño antes de la siguiente arcada.

Me desperté por la mañana y sin pensármelo dos veces, cogí todos mis bártulos y me dirigí a la clínica veterinaria a pasar allí otro día más.

Entré con un cojín bajo el brazo y, al ver mis intenciones, la auxiliar entró como un rayo al interior de la clínica dejándome plantada en la sala de espera.

La puerta de la consulta se abrió de par en par y apareció el veterinario quien se quedó mirándome fijamente antes de hacerme una señal con el brazo para que pasase a su despacho.

—Caterina, tengo buenas noticias —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Gosby está mejor. De hecho, está mucho mejor que ayer.

Se me escapó una gran sonrisa; por fin una buena noticia.

—En condiciones normales tendría a Gosby ingresado un par de días más por lo menos, pero sabiendo que trabajas en el sector y que conoces a la perfección los primeros auxilios, hemos decidido que podríamos hacer la vista gorda y darle el alta con la condición de que lo traigas todos los días a hacer la cura y sigas al pie de la letra los parámetros que te voy a dar.

—Por supuesto —dije sabiendo que todo aquello era una patraña y estaban deseando deshacerse de mí.

Media hora más tarde, salí de allí con un montón de reglas que seguir, un montón de material veterinario para hacer curas y una sonrisa de oreja a oreja.

Gosby estaba mucho más animado, incluso se podía sentar solo, pero todavía no era capaz de andar ni dos pasos seguidos, así que lo sacamos entre los tres de la jaula y lo introdujimos con todo el cuidado del mundo en la parte trasera de la camioneta.

Llegamos al hotel en tiempo récord. La auxiliar aparcó el coche en la misma entrada y al abrir la puerta trasera nos dimos cuenta de que no podríamos mover al perro las dos solas; el veterinario se había quedado en la clínica. Pensé en llamar a alguno de mis compañeros, pero estaba segura de que después de la juerga de la noche anterior estarían durmiendo a pierna suelta y

no me parecía justo despertarlos.

Entré en el vestíbulo del hotel pensativa y me encontré con Vanesa, la jefa de recepción.

—Vanesa —apoyé las dos manos en el mostrador—, han dado el alta a Gosby y necesito ayuda para meterlo en la habitación.

Esta, en contra de lo esperado, puso los ojos como platos y se quedó sin saber qué hacer —no había visto a nadie conseguir borrarle aquella sonrisa de recepcionista en todo el verano—, ¿tan terrible era aquello?

—Bueno... —comenzó a decir mirando a ambos lados para ver si encontraba a alguien que pudiese dar la talla.

Justo al mirar al lado derecho vimos a Marc que salía por la puerta del restaurante.

—Marc. —Le señaló Vanesa con el dedo contenta de haber encontrado solución.

Al escuchar su nombre, Marc se dio media vuelta y se quedó extrañado al verme. Estaba más flaco de lo habitual, dos grandes ojeras colgaban de sus ojos y el color había desaparecido por completo de sus mejillas.

Se acercó en dos zancadas, clavó sus ojos en mi rostro como para comprobar que todo iba bien y a continuación miró de reojo a Vanesa para ver qué quería.

—Marc —repitió Vanesa sin entender su falta de respuesta—, Caterina necesita ayuda para trasladar a Gosby. ¿Te importaría ayudar?

Asintió con la cabeza y sin decir palabra, me agarró del brazo y me sacó casi en volandas del hotel.

—¿Estáis bien? —Me miró de arriba abajo para comprobar que estaba entera.

—Sí, ayúdanos con Gosby —respondí deshaciéndome de su mano clavada en mi antebrazo.

Gosby, cuando vio a Marc, intentó lanzarse al vacío para poder saludar a su amigo. Menos mal que la auxiliar tuvo buenos reflejos y se interpuso en su camino.

—Gosby, amigo. —Aceleró Marc el paso para agarrar a Gosby y hacerle unos arrumacos.

Con tanta efusividad casi tiraron a la auxiliar al suelo. Esta me miró con cara de pocos amigos, pero ¡qué podía hacer yo! Me encogí de hombros y dejé claro que no tenía nada que ver con aquello.

Como vi que las carantoñas iban a durar más de lo debido, comencé a llevar

a la recepción todas las cosas y ahorrar así un poco de tiempo.

En el último viaje, me acerqué a la parte trasera de la furgoneta y vi a Marc de rodillas, con la cabezota de Gosby en su regazo, susurrándole palabras de aliento. Casi se me rompe el corazón al verlos juntos.

—Chicos, es la hora —dijo la auxiliar cansada ya de tanta historia.

Me subí a la camioneta, cogimos a Gosby a la de tres y, de la forma más delicada que pudimos, llegamos hasta el ascensor donde lo colocamos en el suelo para descansar un momento.

Ya en el segundo piso, me adelanté para abrir la puerta y volvimos a coger al grandullón entre los tres. Lo depositamos a duras penas en la cama y Gosby, al ver que ya estaba en casa, comenzó a mover el rabo de alegría.

—Gracias por todo —le dije a la auxiliar que miraba sin comprender muy bien qué hacíamos en aquella *suite*.

—No hay problema. Mañana vendré a verle la herida, ¿de acuerdo?

En el trayecto en coche había convencido a la auxiliar para que viniesen ellos a curar la herida en vez de tener que desplazarnos nosotros y al final lo había conseguido.

—Sí, aquí estaremos. —Levanté la mano para indicarle donde estaba la salida, la acompañé hasta la puerta y la dejé abierta invitando a Marc a que se marchase detrás de ella.

Marc me miró con ojos de no comprender y haciéndose el tonto se dio media vuelta para volver a abrazar la cabezota de Gosby.

Cerré la puerta sin mucho entusiasmo y me enfrenté a la situación.

—¿Qué tal está? —volvió a preguntar.

—Ya lo ves, mucho mejor.

Marc me lanzó una mirada compungida al escuchar mi tono y se levantó para acercarse a mí.

Pude sentir cómo su presencia me dejaba desarmada. Seguía teniendo en mí el mismo efecto que un candil en una polilla. Me hubiese gustado agarrarme a él y llorar hasta que se me acabasen las lágrimas, pero nada de aquello ocurrió. Mis ganas de pegarle puñetazos en el pecho hasta matarlo eran bastante más fuertes y decidí no mover ni un músculo por miedo a no poder controlarme.

Al ver que yo no reaccionaba, comenzó a hablar.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —Acarició mi antebrazo con su dedo meñique.

Aquello tuvo el efecto contrario del que esperaba Marc y di un salto hacia atrás como un resorte.

—Estoy cansada, Marc. —Cruce los brazos para protegerme de él, sin fuerzas para mirarlo.

Este no hizo ningún movimiento.

—Marc, tengo muchas cosas que hacer. —Señalé los bultos que había llevado desde la clínica.

—¿No quieres que te ayude? —Le tembló la voz.

—No. Necesito estar sola.

Dio dos pasos poniéndose a mi altura e intentó darme un tierno beso en la frente, pero reaccioné a tiempo y me aparté lo más rápido que pude. No podía soportar que me tocara.

Se quedó parado con los ojos clavados en mi persona y sin decir ni media palabra, cogió aire y abandonó la habitación como una exhalación.

Los siguientes días fueron confusos. En realidad no recuerdo haber salido de la *suite* en ningún momento. En cuanto nos quedamos solos Gosby y yo, coloqué todo el material que me había dado el veterinario en el escritorio, me fui al baño a ponerme un pijama, cogí una botella de agua bien fría y me hice un hueco en la cama al lado de Gosby. Solo abandonaba la cama para hacer mis necesidades y ayudar a Gosby a hacer lo propio en la terraza. Me costó lo mío, pero conseguí idear un método para moverlo colocando un pareo de playa en su barriga a modo de carretilla elevadora.

Marc llamó cien veces en el transcurso de aquellos días y se plantó otras cien en la puerta de mi cuarto, pero yo no podía —o no quería— darle ni media oportunidad. Mi mente racional le rechazaba y no quería que mi cuerpo flaquease ante su presencia. Necesitaba culpar a alguien de aquel sufrimiento y Marc era la persona idónea.

Tres días después, decidí que ya era hora de bajar a comer algo decente al *buffet*. Cogí el ascensor con energías renovadas y pensé que aquel día podía ser un punto de inflexión en toda aquella charada. Sin embargo, nada más abrirse la puerta del vestíbulo, me topé con el panel de anuncios y en él listado de aprobados en letras bien grandes. Aparté la mirada para no tener que enfrentarme a la cruda realidad, pero no lo hice con suficiente rapidez y mis ojos leyeron el nombre de Nina seguido de la palabra «Santander». Nada más procesar aquello, me di media vuelta y me encaminé a mi cuarto a seguir regodeándome en mi dolor.

Subía a buen ritmo por las escaleras para llegar lo antes posible a mi

guarida cuando, para mi desgracia, me topé con un par de compañeros de equipo con una sonrisa de oreja a oreja —Joder, estaba claro que todo me salía mal—. Los felicité sin demasiado entusiasmo y, en cuanto pude, volví a la protección de mi habitación para seguir acunada por el ruido de la televisión.

Aquel era el último día de estancia en la isla para mis compañeros y el hotel había organizado una cena de gala para despedirlos. Nina pasó un par de veces durante la tarde para animarme a asistir, pero yo no tenía fuerzas. Estaba muy cansada. Solo tenía ganas de dormir y comer almendras saladas. Conseguí que Nina se apiadase de mí y me trajese un cargamento de almendras del supermercado. Puso mala cara por la petición, pero como se sentía culpable por quedarse con mi plaza, no rechistó y me trajo un montón de paquetes. Gracias a aquello no tendría que preocuparme por abandonar mi guarida en los siguientes dos días. Si conseguía convencer a Vanesa, la jefa de recepción, de que me mandase a alguien con frutos secos, podría seguir enclaustrada en aquella *suite* hasta el día del juicio final.

Pese a todas las insistencias de Nina, fui incapaz de vestirme para bajar a la fiesta. La gente en estado de felicidad me irritaba. Lo último que necesitaba era una juerga. Sin embargo, aquello no impidió que durante la noche saliese un par de veces a la terraza para ver cómo mis compañeros bailaban desenfrenados alrededor de la piscina. Era una forma más de torturarme; yo tendría que estar allí abajo celebrando mi gran triunfo y, sin embargo allí estaba, atendiendo a mi perro lisiado de por vida.

Escuché un ruido dentro y entré cerrando la puerta de la terraza tras de mí para ver qué había sido aquello. Alguien llamaba a la puerta. Solo podía ser Marc; el resto de personas a las que conocía estaban borrachas alrededor de la piscina. Yo sabía que estaba muy preocupado, pero ya no me importaba. Solo quería que desapareciese para siempre de nuestras vidas.

Abrí la puerta con los ojos medio cerrados cegada por la luz del pasillo.

—Cat, ¿no bajas a la fiesta? —preguntó sin atreverse a entrar.

—No, Marc, no tengo muchas ganas.

Ni siquiera abrí la puerta del todo para que captase la indirecta de que no quería compañía.

—¿Puedo entrar?

Se hizo un silencio incómodo. Aquel chico no estaba hecho para pillar indirectas. Él hacía todo lo posible para arreglar la situación, pero yo no

quería solucionar nada. En realidad, no soportaba su presencia.

—Sí, claro, entra.

—¿Estás bien? —Alargó la mano para tocarme el brazo y yo me retiré instintivamente.

—Más o menos.

Como vio que conmigo no tenía nada que hacer, se encaminó hacia Gosby para hacerle unas carantoñas. Verlos allí plácidamente dándose consuelo mutuo me rompió los esquemas. Quería a aquellos dos como a nadie en el mundo, pero estaba fría como el hielo. No podía evitarlo.

Estuvieron allí acariciándose y jugueteando un buen rato. Gosby aprovechaba cada despiste de Marc para darle un lametón en la cara y Marc se moría de risa cada vez que lo conseguía. Cuando Marc se cansó de tener la cara llena de babas, se levantó y se acercó hasta mí. Me miró fijamente y colocándose a un milímetro de mi cara intentó besarme. Al verlo tan cerca retiré la cara de forma instintiva y Marc se quedó con los labios a un milímetro de los míos. Nos quedamos allí quietos, sin atrevernos a mover ni un músculo y finalmente Marc, con actitud de derrota, acercó sus labios a mi mejilla y posó un tierno beso.

—Te veré mañana —se limitó a decir y salió de la habitación sin mirar atrás.

Dos días después, Marc estaba cambiándose en el vestuario del hotel tras un intenso turno de comidas. Estaba reventado y con ganas de irse a descansar. Lo ocurrido en la última semana lo había dejado hecho polvo. No solo se moría de preocupación al no poder estar con su hermana, que a esas alturas ya tendría un mono inimaginable, sino que Caterina se le estaba escapando de las manos sin que él pudiese hacer nada.

Se cambió de ropa en un suspiro y salió dando un portazo de impotencia directo al ascensor. Necesitaba a Caterina cada minuto que pasaba y ella cada vez se alejaba más y más de él. La última vez que estuvo con ella había intentado ir a por todas pero, cuando vio la actitud de Cat, no fue capaz de llevar a cabo su plan. Sabía que si conseguía tocarla, la pared de hielo de Cat se derrumbaría sin remedio, pero no fue capaz.

Comenzaba a estar ya muy cansado de aquella actitud fría y distante de su chica —si es que todavía seguía siéndolo—. Era verdad que todo el asunto había sido una tragedia, pero Caterina no podía encerrarse en aquel cuarto como si el mundo se hubiese acabado. Sabía que ella le culpaba a él de lo ocurrido y en parte tenía razón. Si Gosby no se hubiese enamorado de Mariona, quizás nada de aquello hubiese ocurrido; mejor dicho, si él hubiese seguido los consejos de Caterina, nada de aquello hubiese ocurrido.

Bueno..., lo hecho, hecho está, pensó. De nada servía vivir en el pasado. Lo que tenía que hacer era centrarse en el presente y orquestar un plan para no perder a Cat; si la tenía que sacar a rastras de aquella estancia lo haría, no pensaba dejar que se hundiese en ese pozo que estaba construyendo a su medida.

Ya en recepción, cogió el ascensor y apretó el botón del segundo piso. Iba con sus bermudas y su camiseta sin mangas como si tal cosa; a aquellas alturas ya le daba igual que le viesen con sus tatuajes en el vestíbulo. Ya le daba igual

todo.

Salió sin prisa del ascensor y caminó con paso firme hasta la puerta de la *suite* como para coger fuerzas. Llevaba dos días pensando en qué hacer para mejorar la situación, pero la verdad era que no se le ocurría nada más que insistir e insistir.

Escuchó ruidos dentro de la habitación de Cat. Tocó la puerta y esperó a que Caterina le abriese. Vio que la manilla giraba y cuando se abrió la puerta, apareció una mujer de unos cincuenta años roja como un tomate.

Mierda, se había confundido de puerta. Buscó en la parte alta el número de la habitación y vio que marcaba el 221, era la de Cat.

—¿Está Caterina? —preguntó frunciendo el ceño.

Como la mujer puso cara de no entender, se lo preguntó en inglés.

—¡Ohhh! *Wrong room, sorry* —respondió esta con una amplia sonrisa.

—*Ok, thank you.*

No entendía muy bien por qué se había cambiado Cat de cuarto a esas alturas, quizás fuese para facilitar las salidas de Gosby a la calle. Sin pensárselo dos veces bajó por las escaleras a preguntar en recepción qué había pasado.

La primera a la que vio fue a Vanesa. Era gracioso, pensó Marc, todo el mundo intentando aligerar el vestuario y la jefa llevaba un vestido azul marino con unas medias gruesas que podían cocer a cualquiera.

—Vanesa —la llamó.

—Sí, Marc —respondió con su tono habitual de recepcionista al haber clientes cerca.

—¿Se ha cambiado Cat de habitación? He llamado a su puerta y me ha salido una señora inglesa.

—¿No lo sabes? —Abrió los ojos de par en par.

Se hizo un silencio sepulcral. ¿Saber qué?, pensó Marc, ¿habría empeorado Gosby?

—Caterina se ha marchado esta mañana —confesó bajando la voz por miedo a que Marc armase un escándalo en recepción.

—¿Cómo? —preguntó con una sonrisa de «esto debe ser una broma».

—Se ha despedido de nosotros esta mañana. A Gosby le han dado el alta, ha recuperado fuerzas suficientes como para viajar y Caterina ha decidido coger el *ferry* de la mañana a Barcelona. Allí la esperaban sus padres para llevarla a Santander. —Guardó silencio, con los ojos como platos, sin saber qué más decir—. Marc, pensé que ya lo sabías. Nos dio el aviso ayer de que se

marchaba.

—No. No sabía nada —respondió desolado—. Gracias, Vanesa.

Marc abandonó el hotel con la cabeza gacha y una sensación de desesperanza quemándole el pecho.

Acababa de perderlo todo.

SEXTA PARTE
LA VIDA SIGUE

Santander 24 de diciembre de 2003

Bajé a la cocina a tomar un vaso de agua y vi que la mesa de Navidad ya estaba preparada. Mi madre llevaba una semana organizando el gran evento. Aquel año quería celebrar la Navidad a lo grande. Había invitado a toda la familia a cenar; creo que hasta algún primo lejano había aceptado la invitación. Se lo había tomado tan en serio, que la mesa no entraba en el salón y parte de los invitados iban a cenar prácticamente en el vestíbulo. Conté unos veinticinco platos en aquella larga mesa.

La teoría de mi madre era que como lo habíamos pasado muy mal, debíamos celebrar que todo hubiese tenido un final feliz. Lo que yo no entendía era por qué se suponía que todo había acabado bien. Yo no veía el final feliz por ningún lado.

Puse los ojos en blanco y, al escuchar canturreos dentro de la cocina, decidí darme media vuelta y volver a la seguridad de mi cuarto. Subí las escaleras sin demasiado entusiasmo y me tumbé en la cama boca arriba enfocando la vista para captar los cientos de estrellas que había pegadas en el techo de mi habitación. Hacía años que estaban allí arriba y todavía brillaban en la oscuridad. Pude ver un par de constelaciones —me costó lo mío colocarlas en su día— y una punzada de dolor me cruzó el pecho; las estrellas me recordaban a Marc. Él siempre hablaba de su padre cuando nos tumbábamos en la playa a contemplar las estrellas. Miré hacia la ventana intentando borrar aquel pensamiento y centrarme en cosas menos penosas.

Tras nuestra llegada a Santander, tuve que enfrentarme a un montón de asuntos que no tenía ninguna gana de encarar; sobre todo tuve que asumir que Gosby quedaría cojo sin remedio y que mi sueño de formar parte de un equipo de salvamento acuático se había esfumado para siempre.

Incluso me planteé adoptar un perro para retomar el salvamento pero, aunque así fuese, tendría que esperar mínimo dos años para que el cachorro

estuviese preparado para el entrenamiento y ya tenía bastante con la dolorosa rehabilitación de Gosby como para afrontar la educación de un nuevo cachorro. Los ejercicios de Gosby para recuperar su pata delantera estaban siendo extremadamente duros. Por sus gestos sabía que estaba sufriendo un infierno, pero Gosby era un campeón y nos estaba dando una lección de superación a todos.

Por otra parte, yo tenía demasiados asuntos en la cabeza sin resolver y, para colmo, había perdido gran parte de mi capacidad de resolución; no tenía ni idea dónde se había metido la Cat que podía con todo. Hacía meses que no era capaz de ocuparme de dos cosas a la vez; casi no era capaz ni de ocuparme de mí misma.

En parte, creía que era porque no había cerrado mi capítulo en la isla y, por desgracia, no sabía si iba a conseguir cerrarlo alguna vez. Sentía en lo más profundo de mi ser que había hecho mal y aquello me carcomía por dentro. Me había ido sin tan siquiera despedirme; no había tenido fuerzas para enfrentarme a Marc. En cuanto el veterinario nos dio el visto bueno para viajar, llamé a mi madre y me cogí el primer *ferry* que encontré para abandonar aquella maldita isla y no fui capaz ni de hacerle una simple llamada.

—¡Cat! —escuché gritos desde la planta baja.

—¿Qué, mamá? —respondí con el mismo volumen.

—¡Necesito ayuda con la cena!

—Mamá, no cuentes conmigo. Ya te dije que no invitases a nadie. Ahora asume las consecuencias de tus actos —repetí las palabras que siempre me decía ella.

—No te pases ni un pelo, jovencita. Baja ahora mismo. Estoy hasta las narices de verte enclaustrada en ese cuarto.

—¡Voooy! —grité frenando la verborrea de mi madre. Sabía que cuando empezaba con el discursito era mejor hacer lo que decía con tal de no escucharla.

Me senté en la cama y vi el móvil en la mesilla de noche. Lo cogí y me quedé pensativa. Era una noche muy especial y no tenía ni idea de cómo lo estaría pasando Marc. ¿Estaría solo en casa? ¿Seguiría Mariona en el centro? Quizás le habían dado el día libre para cenar con su familia, aunque igual no eran las mejores fechas para dejar a un grupo de drogadictos en la calle, ¿no?

La verdad era que no tenía ni idea de qué hacer con todos aquellos sentimientos. Solo sabía que le echaba mucho de menos. Desde que abandoné

Menorca, nada había vuelto a ser lo mismo. Yo sabía que no podía recular, sabía que tenía que ser fuerte si quería seguir adelante. Marc había decidido meterse en un pozo y yo no me podía permitir el lujo de meterme allí con él; mucho menos en aquel momento de mi vida. Sin embargo, cada día que pasaba sin él, el agujero de mi pecho se hacía más y más hondo. Habían pasado ya tres meses desde que me fui, ya tendría que haberle olvidado.

—Cat, ¡baja ahora mismo! —volvió a gritar mi madre.

—¡Que ya voy, mamá! —grité dejando el móvil en su sitio y poniéndome las zapatillas de casa para bajar a sobrevivir a aquella infernal velada como fuese.

Antes de cerrar la puerta, miré hacia atrás y pegada al espejo del tocador vi una foto de Gosby con Marc y Mariona. No creía poder soportar aquella velada sin su presencia. Necesitaba al Marc que podía mostrar serenidad en cualquier situación, necesitaba esconderme tras su sonrisa irónica y delegar todo aquello en su persona. Pero el maldito Marc no estaba. Seguramente estaría con su amigo Rafa metiéndose cualquier mierda en uno de sus garitos de Mahón.

Roja de ira por aquellos últimos pensamientos, di un portazo y me encaminé escaleras abajo para intentar calmar toda aquella rabia tirando los langostinos en el cóctel de aguacate que estaba segura que habría hecho mi madre.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Mahón, 24 de diciembre de 2003

Marc estaba cortando zanahorias para la cena de Navidad. Se encontraba en una gran cocina rodeado de compañeros que bromeaban alegremente entre ellos. Él no tenía mucho que celebrar, así que no le entusiasmaba demasiado unirse a la fiesta. Cogió otra zanahoria, la miró con desgana y le dio el primer tajo para descuartizarla.

Tras acabar la temporada de verano y cerrar el hotel, Marc decidió que tenía que dar un vuelco a su vida. Bueno..., para ser franco no tenía muy claro si había sido esa la razón que le había empujado a reaccionar o que necesitaba comprobar con sus propios ojos la mejoría de su hermana. Fuese como fuese, tras acabar la temporada, lo organizó todo para entrar en el mismo centro de

desintoxicación que Mariona. Ya llevaba allí dos largos meses y lo que él creía que iba a ser un camino de rosas, no lo estaba siendo tanto.

En aquel lugar se le cayeron muchos mitos. Él siempre había pensado que podía pasar sin la coca del *finde* o sin la *maría*, pero cuál fue su sorpresa cuando a los tres días de estar allí encerrado se subía por las paredes; se volvía loco solo de pensar que no iba a poder meterse nada.

Había estado hecho mierda. Las primeras semanas se sintió enfermo, agotado, le habían dolido los huesos como nunca e incluso creyó haber cogido una gripe de las gordas, pero nadie le hizo ni caso. Pidió a gritos que lo sacasen de allí para llevarlo a un hospital, pero nadie le escuchó. Pegó tantos golpes a la puerta que había dejado visibles marcas con sus nudillos, pero la puerta no se abrió. Y qué decir de las noches... Sudores fríos recorrían su cuerpo mientras el reloj de la pared marcaba hora tras hora. Sin embargo, cuando los primeros rayos de sol entraban por la ventana, sabía que pronto llegarían para obligarlo a asearse; algo a lo que se resistía con firmeza.

Tras un forcejeo intenso, en un estado semicatatónico, se miraba en el espejo del baño y su imagen lo aterraba. Estaba en los huesos y las ojeras recorrían su rostro de arriba abajo. No tenía recuerdo de haber estado tan mal jamás. Durante los primeros quince días hubiese acabado gustosamente con su vida. Hubiese utilizado los cordones de las zapatillas si hubiese hecho falta, pero no encontró nada para poder llevar a cabo su plan. En aquel centro lo tenían todo pensado. Lo había pasado fatal y solo de pensar que Cat ya no estaba para darle consuelo hacía que la herida fuese mucho más profunda. En aquellas semanas solo tuvo un pensamiento en la cabeza: Cat tenía razón y él no la había querido escuchar.

Aparte de tener que pasar por un infierno personal, ver cómo sufría su hermana un calvario similar no le ayudó demasiado. Si su hermana no hubiese estado allí por orden del juez, se la hubiese llevado a casa sin pensárselo dos veces. Habían estado semanas sin poder verse y ¡menos mal!, porque no se creía capaz de ver a su hermana pasar por aquello. Pero a aquellas alturas estaban juntos en el centro como unos compañeros más.

Joan había estado llamando a menudo para ver cómo iba todo, pero aparte de él no tenían contacto con nadie más. Su relación con Rafa y el resto de los colegas estaba prácticamente acabada.

Tras la marcha de Cat, Rafa no entendió que se viniese abajo y las discusiones entre ellos fueron creciendo hasta llegar a un límite absurdo. No podía ser que cada vez que se viesen acabasen discutiendo. En cuanto le

anunció que entraría de forma voluntaria en el centro en el que estaba Mariona, Rafa le llamó de todo y no le quedó otra que dar por terminada su amistad. De hecho, uno de los requisitos de la terapia era alejarse de aquello que te unía a los malos hábitos y estaba claro que sus amigos estaban demasiado ligados a los malos hábitos como para mantenerlos. Así que, para cuando el centro le sugirió que abandonase todas sus relaciones dañinas, a él no le quedaban relaciones a las que aferrarse. En aquel momento solo estaban Mariona, Joan y él.

—Hermanito, ¿cómo andas? —Escuchó una voz detrás de él.

Mariona se había acercado con un montón de platos para colocar en la mesa.

—Sin más, cortando zanahorias. —Levantó los hombros por la obviedad.

—Marc, anda, no estés así —le dijo Mariona dejando los platos en la encimera—. Hoy es Nochebuena y estamos juntos. Podrías fingir algo de alegría para variar.

Para rematar la situación, en aquel lugar se acumulaban demasiados recuerdos; si hasta habían decorado el árbol de Navidad con tiras de papel. Era como volver a la casa cuna que les vio crecer, pero a una casa cuna con vigilante de seguridad en la puerta y doble cerradura en la mayoría de las habitaciones.

—Sí, hermanita, eso está hecho —le dirigió una sonrisa apagada a su hermana.

No supo muy bien por qué, pero una repentina rabia le surgió desde el pecho y le hizo apretar la mano en la que empuñaba un cuchillo. Por su propia seguridad y la de sus compañeros, tiró el cuchillo sobre la mesa y salió al pasillo a tomar algo de aire fresco.

Se apoyó en la pared, hizo un par de respiraciones profundas y miró a los dos lados de la galería para comprobar que no había nadie. Y allí lo vio: el teléfono al fondo del pasillo. Se quedó un momento mirándolo fijamente y, como si como de un imán se tratase, su cuerpo levitó hasta allí. En el centro no tenían acceso al móvil, pero pasado un tiempo tenían permiso para utilizar el teléfono de la entrada. Durante aquellos dos meses, había pasado horas sentado frente a aquel artilugio, mirándolo fijamente pensando si hacer o no la llamada. Y allí seguía estrujándose los sesos sin saber qué hacer.

—Marc —Escuchó decir a su hermana tras él—, ¿estás bien?

Marc no se molestó en contestar.

—Hoy es un buen momento para hacerlo —le animó Mariona nada más

acercarse a él—. Es Nochebuena, todo el mundo llama para desearse feliz Navidad. No sería raro si tú lo hicieses. —Acabó posando la mano en su hombro para darle fuerzas.

Marc siguió sin contestar, con la mirada clavada en el teléfono.

—Yo podría hacerlo —soltó Mariona sin previo aviso.

Marc giró la cabeza y clavó una mirada vidriosa en los ojos de su hermana.

—No —sentenció sin más—. Se fue sin despedirse. Si hubiese querido contactar con nosotros, ya lo habría hecho —dijo llevándose las manos a la cabeza para retirar los mechones que le caían en la frente.

—Bueno, como quieras. —Se separó de él para dirigirse de nuevo a la cocina.

Mariona, en el quicio de la puerta, frenó en seco y se giró de forma un poco teatral.

—Si crees que ella está tan contenta en Santander con su perro lisiado y se ha olvidado de ti, es que no te enteras de nada.

Aquello atravesó el corazón de Marc. No sabía si le había dolido más el pensar que Gosby habría quedado lisiado de por vida o que había la posibilidad de que Cat ya no se acordase de él. Él no se la podía sacar de la cabeza; día y noche le llegaban imágenes de aquella chica flaca con coleta que le atravesaba el alma con sus dos faros verdes y una sonrisa que quitaba el sentido.

Decidió alejar todos aquellos pensamientos de su cabeza y entró de nuevo a la cocina para centrarse en sus zanahorias e intentar disfrutar de unas Navidades como las de su niñez: encerrado en una casa con gente extraña y fingiendo que todo iba a salir bien.

Santander, 15 de enero de 2004

Me subí más si cabía el cuello del anorak y clavé la vista en las olas furiosas. Hacía mucho frío y la brisa de la playa era heladora. Me acomodé la bufanda y me tapé las orejas con el gorro de lana que me había hecho mi madre.

—¿Cat? —escuché a mi lado.

Miré para ver quién había dicho aquello y vi que Diego me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Otra vez estás en Babia, Cat —me recriminó cansado.

Recordé entonces que había salido a dar un paseo por la playa de Somo con Diego. Joder, me había vuelto a olvidar de él.

—Diego, disculpa, tienes razón, ¿qué me estabas diciendo? —Le puse cara de niña buena para no comerme otra bronca.

—Nada importante. Solo que he quedado con Isa y otros compañeros de la facultad para ir al cine el sábado —repitió mirándome fijamente negando con la cabeza como si no tuviese remedio—. Solo estaba intentando invitarte —acabó encajándose bien los guantes de cuero.

Le volví a sonreír a modo de disculpa y busqué a Gosby con la mirada. Normalmente hubiese estado yendo y viniendo por la playa, trayéndonos miles de tesoros desenterrados o jugando con las olas, pero desde el atraco aquello ya era historia.

Lo encontré unos metros por detrás de nosotros; nos seguía con dificultad cojeando con la pata delantera. Me daba mucha pena verlo así. Parecía que cada paso por la arena era una hazaña para él y encima iba con la lengua fuera; quizás nos habíamos excedido en el paseo y era hora de dejar que se tomarse un descanso.

—Gracias por pensar en mí, Diego, pero es que no me apetece.

No fui capaz de mirarle a la cara mientras lo decía; no tenía ganas de ver su expresión de reproche.

Este ya cansado de todo aquello, me agarró de los hombros y me giró colocándome frente a él.

—Cat, así no puedes seguir —me recriminó buscando mi mirada con la suya—. Lo que ha sucedido no es el fin del mundo. Ya han pasado casi cuatro meses y Gosby está cada vez mejor. —Hizo una pausa para mirarme de arriba abajo—. Y a ti te han sentado muy bien estos meses en casa, estás resplandeciente como nunca.

Hice un ruido sarcástico con la garganta.

—Te agradezco el halago y la paciencia, Diego. Pero créeme que resplandeciente, lo que se dice resplandeciente, pues no me siento demasiado.

—Anda, no seas tonta. —Me atrajo hacia él y me dio un abrazo.

Mi cuerpo se quedó tenso al sentir el contacto humano y, en cuanto pude, coloqué mis manos en su pecho para separarme. Desde mi vuelta, Diego había comenzado a acercar posiciones. En otro momento de mi vida no hubiese dudado en darle una oportunidad pero, después de lo ocurrido, no tenía ganas de contacto humano y mucho menos de afecto masculino.

—Gracias por los ánimos, Diego, pero la verdad es que sigo muy confusa. Necesito más tiempo para asimilar lo que ha pasado y conseguir volver a retomar mi vida. —Hice otra pausa (aquella tarde había estado llena de ellas) —. La verdad es que no sé por dónde tirar. Lo tenía todo planeado y ahora se ha ido al traste; no consigo decidir cómo proceder.

Me alejé de él y me acerqué hasta la orilla justo cuando una gran ola rompía a un metro de mí haciéndome retroceder unos pasos para no ser alcanzada por la espuma.

Aquel invierno parecía que el mar había decidido acompañarme en mi particular desasosiego. Desde mi llegada a Santander, habíamos tenido marejada en el Cantábrico y las olas rugían feroces día sí y día también. En aquel momento habría unos cinco metros de ola cuyo estruendo al romper en la orilla era casi ensordecedor. Esperé a que el agua volviese a ser reabsorbida por la resaca y di dos pasos hacia la orilla para sentir las partículas de salitre mojando mi rostro. Aunque un poco lúgubre, me sentía bien en la playa con las olas recibéndome con la misma furia que rugía en mi interior.

—Caterina, no te había visto así nunca. Con esa actitud no vas a ir a ninguna parte. Ni sé desde cuando no quedas para tomar un café con Isa y Susana. — Me volvió a sacar Diego de mis ensoñaciones.

—Bueno. —Puse los ojos en blanco como señal de «es lo que hay»—. No salgo mucho, pero ellas vienen a casa.

Sin previo aviso, noté una nariz mojada que se pegaba a mi mano. Agaché la mirada y vi que Gosby nos había alcanzado y me daba golpecitos para que volviésemos a casa.

—Excusas. —Escuché decir tras de mí—. Anda, vamos. —Diego dio un par de palmaditas cariñosas en los cuartos traseros de Gosby—. Que no sé si ha sido muy buena idea traerte a la playa.

Diego me pegó un pequeño empujón con el hombro para que diese media vuelta y nos encaminamos hacia el coche.

—Pero te digo una cosa. —Se giró para decir la última palabra—. Este sábado no te libras de verte con nosotros al cine. Ya estoy cansado de verte deambular como una muerta viviente por Santander.

—Bueno, me lo pensaré.

Nos dirigimos a la salida con un Gosby cansado y cojo, que a duras penas pudo seguir nuestros pasos.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Mahón, 15 de enero de 2004

—¡Hermanito! —exclamó a modo de saludo Mariona al acercarse al banco donde se encontraba Marc.

—Hermanita —respondió este en tono seco.

Marc había salido al jardín de atrás del centro para despejar la cabeza y echarse un cigarro en condiciones.

Acababa de tener una sesión grupal y la ansiedad lo carcomía por dentro. No sabía si era peor la terapia psicológica o el síndrome de abstinencia. Joder, se había enfocado los últimos veinte años en enterrar muy dentro toda la culpabilidad, la pena y la sensación de abandono y en aquellas puñeteras sesiones estaban obsesionados con sacar aquel asunto una y otra vez. ¿Cómo coño iba a sacar todo aquello con el esfuerzo que le había llevado mantenerlo enterrado? Años de echar tierra a la caja de pandora y en ese puto centro erre que erre con que la abriese y dejase salir todas las emociones contenidas.

Al final, no le había quedado otra más que empezar a hablar de todo lo que

sentía. No lo había hecho por decisión propia, sino porque le habían amenazado con alargar su estancia si no colaboraba con la terapia. Y así, sin quererlo, se vio hablando de su soledad, de lo culpable que se sentía por la situación de su hermana, de la rabia hacia sus padres y de lo perra que había sido la vida. Y a pesar de que se suponía que aquello debía ofrecerle una liberación sin igual, a él lo único que le provocaba era una ansiedad de mil demonios; así que, como la *maría* estaba prohibida, había comenzado a fumar como un poseso.

—¿Qué haces? —le preguntó Mariona sentándose bien pegadita a él para resguardarse del frío.

—Pues disfrutar del único vicio que se me permite en este momento. — Señaló el cigarrillo que tenía entre las manos.

—Anda, no seas exagerado que estás de lujo desde que has entrado aquí. — Le empujó cariñosamente su hermana con el hombro—. Lo que pasa es que te pone eso de ir de alma en pena. Hace un frío del carajo y llevas aquí media hora. Que te he estado observando desde el salón.

Marc rió al escuchar el comentario de su hermana. Era verdad que no estaba muy integrado en la dinámica de la casa, pero ¡qué se le iba a hacer! No se sentía con ganas de crear nuevos vínculos.

—Anda, calla —dijo dando otra calada a su cigarro, al tiempo que se retiraba el mechón de pelo que se empeñaba en meterse en su ojo derecho.

—Sé algo que te puede alegrar las penas —dijo con tono juguetón.

Marc enarcó una ceja y miró de reojo a su hermana a modo de contestación.

—Elisa anda preguntando mucho por ti —soltó una sonrisa pícaro para animar a su hermano.

—¿Quién es Elisa? —dijo este con una risa contenida, al darse cuenta de que no tenía ni idea de quién era la chica de la que le hablaba su hermana.

—Joder, hermanito, Elisa es mi compañera de habitación. Te he hablado mil veces de ella y, de hecho, hemos comido con ella más de una vez —acabó la frase sin comprender cómo su hermano no sabía quién era Elisa.

—¿Y? —contestó este con el mismo tono de burla.

—¿Y? —repitió Mariona ofendida sin poder comprender cómo era tan despistado—. Te digo que tienes una tía interesada por ti y lo único que se te ocurre decirme es «¿y?».

—¿Qué más quieres que diga? —Levantó los hombros sin comprender.

—Joder. Pues, por ejemplo, ¿y qué anda preguntando? ¿qué tal es? ¿tiene buen culo?

—¿Quieres que te pregunte por el culo de tu amiga? —soltó ya en una sonora carcajada.

—Joder, Marc, quiero que me preguntes por cualquier cosa, coño, que ya estoy harta de verte como un zombi pululando por el centro.

Marc, a modo de contestación, elevó la mirada para clavarla en las enormes nubes que anunciaban tormenta y volvió a subir los hombros.

—Ya es hora de que empieces a pasar página —le dijo Mariona con un deje de angustia en su tono—. Ya han pasado unos cuantos meses y nada de lo que pasó fue culpa tuya. De hecho, toda la culpa fue mía.

Marc desvió con cariño la mirada a la cara de su hermana.

—Mariona, no estabas bien, no te puedes culpabilizar de algo cuando tú estabas en un pozo metida. —Marc se levantó de su asiento y se limpió la parte trasera de los vaqueros para agarrar de la mano a su hermana y tirar de ella para que se levantase del banco—. Fue un accidente. Ya no hay nada que hacer, así que deja de mortificarte.

—Gracias, hermanito —contestó Mariona poniéndose de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Entonces, ¿te vas a pensar lo de Elisa?

Marc puso los ojos en blanco sin saber qué decir mientras se abrochaba la cazadora hasta arriba.

—¿Y qué pretendes? ¿que tengamos una cita en la sala comunal? —rió a mandíbula batiente, al tiempo que colocaba un brazo sobre los hombros de su hermana y la atraía más a él.

—Joder, Marc, cómo te pasas. —Se quitó el brazo de su hermano de encima—. Podías hablar con ella por lo menos un rato, igual te llevas una sorpresa y descubres que es una persona excepcional.

Marc volvió a elevar los hombros dando a entender que no estaba muy dispuesto a seguir el plan de su hermana y abrió la puerta del centro para dejar que pasase primero.

Les recibió un agradable calor procedente de la sala de estar donde varios compañeros estaban echando una partida a la *Play*.

—Mariona, la verdad es que no tengo muchas ganas de conocer a nadie. — Fue lo primero sincero que dijo desde que habían comenzado a hablar.

—Ya lo sé, Marc, pero yo quiero que estés bien y no sé qué más hacer para conseguirlo. —Sacudió la chaqueta que se acababa de quitar.

—No te preocupes, tonta, solo necesito un poco más de tiempo. Ya verás como cuando salgamos de aquí estaremos como nuevos.

—Eso espero, Marc. Eso espero.

Santander, 10 de febrero de 2004

—¡Caterina! —gritó Isa entre la multitud.

Había quedado con Isa a la salida de la universidad para tomar algo. Llevaba un rato sentada en un banco dentro de la Facultad de Derecho esperando a que Isa acabase un examen.

La vi al fondo del pasillo y me levanté del asiento para darle un gran abrazo.

—Hola, guapa, ¿qué tal estás? —me saludó afectuosa, adelantándose a mi pregunta.

—Bien. —Le regalé una amplia sonrisa. Aquel lugar me traía grandes recuerdos, recuerdos de cuando todo era perfecto—. ¿Y tú? ¿Qué tal el examen?

—Creo que una mierda. Pensé que sería parecido al del año pasado y la muy bruja lo ha cambiado por completo. —Me cogió de la mano y echó a andar hacia la salida—. Me había estudiado lo típico, pero no ha caído. Como suspenda otra vez, mi madre va a matarme.

—Tía, ya puedes hincar más los codos o te vas a quedar con alguna suelta para el año que viene.

—Bah. —Hizo un ademán con la mano—. No te preocupes que todavía me quedan junio y septiembre. Bueno, ¿y tú que tal lo llevas?

Le eché una sonrisa solo por lo bien que me estaba sentando volver al ambiente universitario. Un ambiente donde suspender era lo peor que te podía pasar en la vida.

—Bien, lo llevamos bastante bien dadas las circunstancias.

—¿Y Gosby?

—Está hecho un campeón. Vamos a rehabilitación tres veces por semana y en la piscina está avanzando un montón. Y, ¿sabes? He empezado a meterme con él y estamos haciendo la rehabilitación juntos. A mí no me viene nada mal.

Además, me encanta estar dentro del agua con él, como en los viejos tiempos —dije parándome en el semáforo para no morir atropellada por una moto que cruzaba en rojo.

—Me alegro mogollón —respondió Isa sincera.

Entramos en la cafetería a la que siempre íbamos cuando yo estudiaba allí, pedimos un par de cafés con leche y nos sentamos en una de las mesas del fondo para conseguir algo de intimidad.

—¿Y tienes algún plan de futuro?

Sonreí al darme cuenta de que no le había contado las últimas novedades.

—Como Gosby ya no va a poder trabajar en salvamento y no están las cosas en casa como para meter a un perro nuevo. —Le lancé una mirada dejando claro lo que quería decir—, he decidido enfocarme en algo más estable.

Isa dio saltos de alegría al oír aquello.

—Cuenta, cuenta...

—He decidido echar currículum para profesora de Educación Física en los colegios. Es algo estable, no hay que empezar hasta septiembre, cosa que me viene fenomenal para dejar todo arreglado, y tendré un horario muy cómodo para poder compaginarlo todo.

—Tía, me parece una idea genial. Además siempre te gustaron los niños. Te vas a sentir como pez en el agua.

—Sí —respondí sin demasiada emoción al ver la mala pata que había tenido mi amiga al escoger la frase.

Isa pareció captar la sombra en mi semblante y decidió tocar el tema tabú.

—¿Sabes algo de él?

—No. —Clavé la vista en la ventana sin fuerzas para mirarla a los ojos.

—¿No crees que deberías llamarle? —Isa removió su café con leche para rebajar la tensión.

—A estas alturas creo que ya no se acordará ni de mi nombre.

—Caterina —me reprendió Isa—, deja de decir chorradas. Claro que se acuerda de tu nombre. Es que te fuiste sin despedirte, coño.

—Ya lo sé, pero de qué iba a servir. Él no creo que cambie y no es una buena elección. No puedo estar con un hombre que se pasa emporrado la mitad del tiempo. Necesito a alguien con los sentidos despiertos. —Dejé la cucharilla a un lado de la taza para buscar algo de consuelo en el café.

—Eso es verdad —me tranquilizó Isa—, pero no te estoy diciendo que vuelvas con él. Te estoy diciendo que simplemente le llames. Ni siquiera sabes qué le ha pasado a su hermana.

—Me dijo que iba a ir a un centro de desintoxicación. La pobre necesitaba ayuda.

Me acordé de Mariona y me dio una punzada en el corazón. La quería mucho. Sabía que la había conocido en el peor momento de su vida, pero estaba segura de que aquella chica tendría un gran futuro si conseguía salir de aquella mierda. Había estado tentada en mandar a Marc algún mensaje preguntando por ella pero, al final, no había tenido la valentía para hacerlo.

—Prométeme que te lo vas a pensar —me sacó Isa de mis ensoñaciones.

La miré con el ceño fruncido cansada de aquel tema. Lo que más me dolía era que, desde que habíamos vuelto a Santander, Gosby ya no era el mismo. No había recuperado su alegría de vivir característica y de aquello también culpaba a Marc y Mariona. Y lo que más me dolía era que estaba segura de que Gosby no se había olvidado de ellos.

—Está bien, te prometo que me lo pensaré —mentí para quitarme de encima a Isa.

Y allí nos quedamos un par de horas más poniéndonos al día y hablando de todos los planes que nos deparaba el futuro.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Mahón, 10 de febrero de 2004

Marc había quedado con Joan a comer en uno de sus restaurantes. Se miró al espejo y no se reconoció. Había engordado unos cuantos kilos y había tenido que comprar un montón de ropa nueva; la suya ya no le servía. Joan decidió colaborar en la tarea y le envió un montón de ropa de venta por catálogo; eso sí, en el paquete no pudo encontrar ni bermudas, ni camisetas sin mangas, tendría que ir de compras él mismo. Se vistió con unos vaqueros y una camisa que sabía iban a ser de la total aprobación de Joan, se atusó el pelo —en los últimos meses le habían insistido en que daba mejor impresión con la cara despejada— y, por último, se colocó el reloj de su padre en la muñeca y salió decidido de casa.

El trayecto en moto se le hizo extraño. La moto era lo único que le quedaba

de su antigua vida. Estaba solo, completamente solo. Cat no había dado señales de vida, su hermana seguía en el centro de desintoxicación y, por decisión propia, había abandonado a todas sus amistades. El único que le quedaba en aquellos momentos era Joan, pero siempre andaba muy ocupado, así que... solo le quedaba su moto. El problema era que le recordaba demasiado a su antigua vida; su moto siempre le llevaba a trabajar, a bucear y de fiesta.

El hotel había cerrado sus puertas hasta la primavera siguiente, lo que era un fastidio; le hubiese venido de perlas hacer turnos dobles para mantener la mente ocupada. Por otro lado, no había tenido fuerzas para volver a meterse en el agua; había demasiados buenos recuerdos allí abajo y no sabía muy bien cómo iba a lidiar con ellos. Y lo de irse de fiesta estaba totalmente descartado por prescripción médica; así que, el día se le hacía eterno y no sabía cómo ocupar todas aquellas horas. La televisión se había convertido en una nueva mejor amiga.

Aparcó la moto frente al restaurante, bajó sin muchas ganas y se quedó mirando la entrada embobado. Habían quedado en el mismo restaurante donde tuvo lugar la comida familiar con Mariona y Caterina; la mejor comida de su vida. No había pensado que le pudiera afectar tanto volver allí. Si lo hubiese sabido, habría elegido otro restaurante, pero ya estaba hecho. Se sacudió aquellos pensamientos de la cabeza, guardó el casco en el sillín y se peinó con los dedos antes de cruzar la calle.

Cuando entró en el salón —por fortuna la comida sería dentro del comedor y no en el jardín—, Joan ya estaba sentado con un aperitivo en la mesa.

—Marc. —Se levantó para salir a su encuentro y darle un gran abrazo.

Marc aprovechó el abrazo para agarrarse con fuerza a su amigo. Necesitaba contacto humano y el apoyo de Joan.

—Qué ganas tenía de verte —le dijo Marc, asombrándose a sí mismo con el comentario.

—Estás estupendo, nunca me imaginé que pudieses verte tan bien. —Se retiró Joan sin soltarlo para mirarle de arriba abajo.

Marc rió por la crítica constructiva.

Estaba acostumbrado a los comentarios despectivos de sus amigos. Todavía no se acostumbraba a los elogios.

—Se agradece —respondió Marc, sincero.

Se sentaron en la mesa y el camarero les llevó el primer plato. Joan se había adelantado y había pedido una paella de marisco para los dos. El chico sirvió

ambos platos y comenzaron a comer el arroz sin prisa, entre largos silencios. Marc estaba demasiado alucinado de lo buena que estaba como para decir nada; teniendo en cuenta que en el centro cocinaban los internos, hacía tiempo que no comía nada tan alucinante.

—¿Qué tal te ha ido en los tres meses de retiro? —se lanzó Joan a preguntar.

Marc lo miró con cara de pocos amigos. Llamar «retiro» a un centro de desintoxicación era un mal eufemismo.

—Bien, por lo menos he podido estar con mi hermana en el encierro. —Se metió una gamba en la boca.

—¿Cómo está?

—La tendrías que ver. —Se le iluminó la cara al acordarse de su hermana—. Parece otra. Si la ves por la calle, no la reconoces. Ha cogido unos kilos, le han desaparecido las ojeras y tiene un tono de piel bastante más parecido al del ser humano —rió por su propia gracia.

—¿Saldrá pronto? —preguntó Joan.

—No lo sé. Al ser por orden de un juez lo suyo es más delicado. Encima, el enganche al caballo es bastante jodido. Creo que quieren esperar a verla curada por completo para dejarla salir al mundo. —Miró por la ventana recordando el terrible aspecto que tenía su hermana el día de la comida en el jardín.

—Y, ¿tú?

—Yo, ¿qué? —respondió Marc un poco de malos modos, sabiendo de antemano que su amigo quería hurgar en la herida.

—Ahora que pareces otro, ¿tiene algún plan para el futuro? —prosiguió Joan sin hacer caso al tono de Marc.

—Pues supongo que lo de siempre. Organizaré la casa para la llegada de Mariona y esperaré sentado mirando al mar hasta que llegue Semana Santa y se abra de nuevo el Saint Esteve.

—Venga, Marc —le contestó Joan bebiendo un sorbo del vino blanco que había pedido para acompañar a la paella—. No me fastidies que has hecho todo esto para nada.

—No, para nada no —le confirmó Marc soltando un suspiro de ofensa—. Yo estoy mejor.

—¿No sabes nada de ella? —fue directo al grano.

Marc no fue capaz ni de decirlo. Negó con la cabeza mirando por la ventana.

—Pero tienes su número, ¿no?

Marc asintió clavando la mirada en su amigo.

—Sí, pero se fue sin despedirse. Sé que todo fue culpa mía, pero por lo menos podía haberse despedido. Intenté hacer las cosas bien, pero para variar la cagué por completo.

—Marc, déjate de tonterías y llámala —le ordenó Joan soltando el tenedor para poner más atención a la conversación.

Marc clavó la vista en su plato y soltó una mueca de ironía. Se seguía sintiendo como una mierda después de todos aquellos meses de terapia; la ausencia de Caterina lo estaba matando.

—Mira, Marc, creo que necesitas saber de ella para ponerte bien. Necesitas cerrar ese capítulo. Además sabes perfectamente por qué se fue sin decir nada —le recriminó Joan dejando el tenedor con furia en la mesa.

Marc hizo un ruido gutural.

—Sí—arrancó—, se fue porque soy un gilipollas que no hizo nada de lo que ella me pidió y encima por mi culpa pegaron un tiro a su perro.

—Marc, eso no es así. No fue culpa tuya.

—Si no me hubiese conocido, el perro no se hubiese acercado a Mariona y nada de esto hubiese pasado. —Tomó el último trago de vino que le quedaba en la copa.

—No fue culpa tuya. Fue mala suerte. Tú no tuviste nada que ver con aquello. Marc, por favor, deja de mortificarte.

—Bueno —respondió este—, ahora ya da igual.

—De eso nada, creo que te estás engañando a ti mismo para no afrontar la realidad. ¿Qué te pidió Caterina una y mil veces?

—Que dejase de meterme —contestó Marc sincero.

—¿Y? —respondió Joan para hacer reaccionar a Marc.

—¿Y? —repitió Marc levantando los hombros.

—Marc, te pidió mil veces que dejaras de drogarte y no lo hiciste. Se fue pensando que no lo conseguirías y que así no se podía vivir contigo. —Hizo una pausa para cogerle las manos a Marc y mirarle a la cara—. Ya lo has dejado. Has hecho lo que ella te pidió una y mil veces. Llámala y cuéntaselo. Date una oportunidad.

—Ella se fue sin despedirse. —Volvió a repetir Marc dolido.

—Ella también cometió errores, no te ancles a ellos para no ser feliz. Te mereces de una vez que las cosas te salgan bien, Marc. Solo tienes que dar un pequeño paso.

Marc llevaba toda la conversación conteniéndose, pero cuando su amigo dijo aquello, dos silenciosas lágrimas salieron de sus ojos para acabar dentro de un carísimo flan con nata.

Santander, 1 de marzo de 2004

Marc tocó el timbre de la puerta y acercó la oreja para ver si escuchaba algo; parecía que no había nadie. Volvió a confirmar que era el número 79 de la Avenida de los Infantes. Sí, estaba en el lugar correcto. Alzó la vista y vio que la casa era enorme. Sabía que a la familia de Caterina le iba bien, pero nunca hubiese pensado que sería para tanto. Aquello era un pequeño palacio.

Se llevó la mano al cuello para rascarse; quizás su idea no era tan buena como Joan aseguraba. Joan le había convencido para que se presentase allí sin avisar. Según le dijo, después de tantos meses sin hablar, el teléfono iba a resultar demasiado frío para retomar el contacto, así que le convenció para hacer aquella locura.

Se levantó un soplo de viento helador y tuvo que llevarse las manos al abrigo para intentar subirse el cuello. En el norte hacía un frío del carajo y agradeció haber hecho caso a Joan y comprarse ropa de invierno. Joan le había obligado a ir de compras a un par de tiendas caras —según él, la primera impresión era fundamental— y allí estaba con un jersey de lana que lo estaba matando a picores, unos vaqueros azul oscuro sin agujeros y unas deportivas negras bastante abrigaditas.

Unas voces al otro lado de la puerta le sacaron de sus ensoñaciones. Ninguna sonaba como Cat. ¿Y si aquella no era su casa? Se pasó la mano por el pelo para intentar controlar los mechones que le caían en la frente y se cuadró nervioso al escuchar a alguien abrir el cerrojo.

Un chico con el pelo engominado, un jersey *Lacoste* y un *Barbour* verde salió de la vivienda despidiéndose de una mujer.

—Diego, gracias por haberte pasado. Esperamos verte pronto.

¿Diego?, pensó Marc, ¿aquel no era el ex novio de Cat?, ¿habrían vuelto?, ¿pero para qué coño le había hecho caso a Joan? Con lo bien que estaba él en

la isla.

—Claro, Virginia. Yo encantado.

El tal Diego lo miró de arriba abajo con cara de indiferencia y siguió su camino.

Pensó en darse la vuelta y salir corriendo, pero aquella mujer posó unos ojos verdes idénticos a los de Cat sobre él y lo dejó petrificado.

—¿Sí? —preguntó intrigada.

Mierda, pensó. Miró hacia los lados para ver si tenía escapatoria, pero ya era tarde.

—¿Sí? —volvió a preguntar la mujer.

—Ho... Hola —se atascó Marc. Se rascó la nariz y cogió aire para proseguir—. ¿Está Caterina?

—Sí —respondió la mujer mirándole extrañada abriendo un poco más la puerta. Estaba claro que no solía tener vistas de extraños—. Ahora la aviso. ¿De parte de quién?

—So... Soy Marc —anunció bajando la mirada al suelo.

Al escuchar aquello, la señora que tenía enfrente abrió unos ojos como platos y le hizo un escáner completo. Era como si hubiese visto un fantasma. ¿Le habría hablado Caterina de él? Lo dudaba.

La mujer se hizo a un lado para dejarlo entrar y Marc pasó a un recibidor de madera que lo dejó sin habla. Frente a él había una alfombra que debía costar una pasta cubriendo prácticamente toda la estancia. Intentó no ensuciarla con sus deportivas, pero se dio cuenta de que era imposible cruzar la entrada sin pisarla. A la derecha unas escaleras de madera subían al piso superior y, al fondo, se veía una cocina y lo que parecía ser una sala de estar.

Un placaje en los muslos le devolvió a la realidad haciendo que perdiese el equilibrio; no acabó en el suelo de milagro. Bajó la mirada y vio que tenía a Gosby encima intentando llegar a su cara para babosearla.

Casi se le saltaron las lágrimas al verlo.

—Gosby, campeón... —Se agachó para hacerle arrumacos mientras este aprovechaba para darle lametazos en la cara. Parecía que el perrazo no había sufrido demasiados daños. Marc se colocó en cuclillas para estar a la altura de su viejo amigo y este no perdió la oportunidad de echarse encima de él y babearle toda la cara. A Marc se le escapó una risotada, al tiempo que se apoyaba con una de las manos en el suelo para no perder el equilibrio.

Marc notó que la madre de Caterina se quedaba embobada mirando la escena y decidió incorporarse de inmediato pensando que no estaba dando

muy buena impresión.

—Quiero que sepas... —anunció la mujer de forma solemne—, que todos los premiados con este recibimiento son bienvenidos en esta casa.

Y sin más, desapareció por la puerta del salón.

No sabía por qué, pero aquello le dio confianza y le ayudó a sacar las pocas fuerzas que le quedaban para continuar con su cometido.

Gosby se alejó de él para seguir a aquella mujer y a medio camino pareció pensárselo mejor y dio media vuelta para seguir con las lametadas. Fue al verle andar cuando Marc advirtió que el perro no apoyaba una de las patas delanteras; la cojera parecía considerable. Se le cayó el alma a los pies al ver las consecuencias de sus actos.

Escuchó unas voces procedentes del salón. Eran Cat y su madre; estaban medio discutiendo en voz baja para que Marc no las escuchase. Aquello le preocupó. Seguro que allí acabaría toda la aventura. Estaba claro que Caterina no quería verlo.

Se quedó sin saber muy bien qué hacer, abrazado a Gosby y esperó su veredicto.

Unos minutos después, salió la madre de Cat.

—Marc, Caterina está en el salón, puedes pasar.

Tanto protocolo le hizo flaquear.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Me quedé atónita sentada en el sofá sin entender por qué mi madre había pasado de mi negativa a verle y le había invitado a entrar. Coloqué un cojín sobre mi regazo para protegerme y me dispuse a enfrentarme a aquella situación lo mejor que sabía.

No me lo podía creer, llevaba cinco meses sin saber de Marc y, sin previo aviso, se presentaba allí como si nada. No tenía ningunas ganas de verlo. Había conseguido rehacer mi vida sin él; me había costado lo indecible quitarme a aquel chico con mirada oscura de la cabeza, pero finalmente lo había conseguido. Estaba construyendo un bonito porvenir sin aquel hombre y no quería volver a las dudas. Bueno..., igual ni siquiera venía a eso. Tal vez estaba de vacaciones y solo pasaba para saludar, pensé frenando mi imaginación.

Mientras mi cabeza iba a mil, la figura de un hombre traspasó la puerta. Miré de reojo y... aquel no era Marc, pensé.

Giré la cabeza atónita para cerciorarme de la confusión y se me pusieron los ojos como platos. ¿Qué le había pasado? El chico que entró por la puerta tenía unos diez kilos más que Marc. Aquel hombre se había comido todos los desayunos que a Marc le hacían falta para parecer un hombre decente. Y para rematar, iba vestido —cosa que me sorprendió— con ropa que le tapaba de arriba abajo. El Marc que yo conocía solo llevaba el uniforme de trabajo o una camiseta sin mangas y unas bermudas. Nunca le había visto de otra forma. En aquel momento, llevaba unos pantalones vaqueros recién estrenados y un jersey de lana azul marino con botones a un lado que le sentaba genial. Mierda, no debía tener ese tipo de pensamientos. Bajé la mirada y me fijé en sus pies, llevaba unas deportivas negras que parecía que acababan de salir de la caja. Lo único que me confirmó que aquel hombre podía ser Marc era que Gosby estaba pegado a él como una lapa. Nada más pensar aquello, Gosby pareció leerme la mente, me miró y se abalanzó sobre mí para darme un par de lametazos en la cara. Era como si viniese a decirme entusiasmado: «Mira quién ha venido».

Yo seguí callada, ni se me pasó por la cabeza levantarme del sofá para recibirle. No tenía intención de acercarme a él. ¿Por qué me tenía que pasar aquello cuando todo estaba más que superado?



Marc cruzó la puerta todo lo nervioso que se podía estar. El cuello de aquel jersey lo estaba martirizando. Hizo un gesto para acomodárselo e intentó conseguir una bocanada de aire. Cuando miró directamente a la chica que estaba sentada en el sofá, se quedó desconcertado. ¿Era Caterina? Estaba muy cambiada. Allí estaba la melena ondulada atada en una interminable coleta y aquellos ojos verdes que quitaban el sentido, pero el resto estaba prácticamente irreconocible. Había engordado. Sus mejillas estaban completas y ya no se le marcaban tanto los pómulos. Llevaba una camiseta en pico y se insinuaban dos prominentes pechos que salían de su escote. Aquello sí que era una novedad. El resto no podía vérselo porque estaba sentada con un enorme cojín sobre el regazo, pero estaba seguro que los huesos de sus caderas ya no

asomarían igual y que aquellos fibrosos muslos habrían cogido algo más de consistencia.

Se colocó enfrente y se quedó callado sin saber qué decir. Hubo unos minutos de tensión. Ninguno arrancaba a hablar. Marc la escaneó un par de veces más y al final decidió romper el hielo.

—Hola. —Clavó la mirada al suelo y se metió las manos en los bolsillos balanceándose adelante y atrás.

—¿Hola? —respondió Caterina asombrada—. Gosby, para —le riñó Caterina al ver que no paraba de ir del uno al otro intentando comerse a lametazos a los dos.

Le agarró del collar y le obligó a sentarse a sus pies sin levantarse del sofá.

—Venía a saludar —dijo Marc, al tiempo que Cat conseguía mantener a Gosby tumbado.

Joder, aquella escena la había representado innumerables veces en su cabeza y nada era como él lo había imaginado.

—¡Ajá!

Volvió un silencio incómodo. El ambiente estaba denso y daba la impresión de que Caterina no iba a hacer nada para aligerarlo.

—Quería ver qué tal te iba —intentó darle pie a ver si se animaba Cat a juntar dos frases seguidas.

—Pues bien, ya me ves —respondió escueta, tirando otra vez del arnés de Gosby para que se mantuviese en su sitio.

—Veo que Gosby está mucho mejor —decidió sacar a colación el tema de Gosby sabiendo que era neutral.

—Sí, hemos trabajado mucho estos meses. Entramos en un programa de rehabilitación que le está ayudando de veras. Cojea mucho menos.

—¿Crees que algún día volverá a salvar vidas?

Aquello era una gran losa para Marc. Se sentía culpable de lo que le pasó al perro y después de lo que él había hecho por ellos no podía perdonarse.

—No —contestó Cat con una sonrisa de resignación en la cara—. El salvamento ha acabado para nosotros.

Aquella rotundidad fue como un puñal en el pecho de Marc.

—No sé cómo pagaros todo lo que habéis hecho por mí y por Mariona —dijo con la mirada fija en la ventana; no era capaz de decírselo a la cara.

—Marc —se arrancó Cat—, tú no eres culpable de nada de lo que pasó. Gosby es... era —se corrigió—, un perro de salvamento y lo que hizo por tu hermana es lo que tenía que hacer. La quería mucho y no quiso que le pasase

nada malo durante el atraco. Nada fue culpa tuya. Gosby tomó su decisión y estoy segura de que no se arrepiente. —Le dio unos golpecitos suaves a la cabeza, al tiempo que el perrazo sacaba la lengua encantado—. Me juego lo que quieras a que volvería a hacerlo una y mil veces. Además, está muy feliz con la vida que tiene. Tú no tienes la culpa de nada.

Volvió el silencio.

—Creo que lo dices para que no me siente mal —se limitó a decir Marc sin apartar la vista de la terraza exterior.

—¿Qué tal está Mariona? —cambió Cat de tema.

Solo con escuchar el nombre de su amiga, Gosby comenzó a mover el rabo de forma intensa con la mirada clavada en la puerta a ver si había suerte y aparecía ella también.

Al darse cuenta, Caterina y Marc no pudieron disimular la sonrisa.

—Lleva cinco meses en un centro de desintoxicación y ya está mucho mejor. Tendrías que verla, está irreconocible. Os manda muchos besos a los dos.

—Me alegro mucho de oír eso. Se merece ser feliz. —Guardó silencio y clavo la vista en sus deportivas—. Además, verla mejor seguro que te hace sentir más tranquilo.

Marc se alegró de que, por lo menos, Caterina se preocupase algo por él.

—Yo... —se trabó Marc y comenzó a entrelazar sus manos de forma ansiosa—, yo también te hice caso. Cuando acabó la temporada de verano, hice las maletas y me fui al centro de desintoxicación donde estaba Mariona.

Marc vislumbró un halo de sorpresa en el rostro de Caterina.

—Ajá.

—Estuve tres meses interno y ya estoy limpio —confesó clavando la mirada en los ojos verdes de Cat por primera vez. No había rencor en su mirada y aquello le dio fuerzas para sacar lo que tenía oculto en lo más profundo de su ser—. El que te fueses así me mató. No pensé que te perdería de aquella forma. —Tomó carrerilla y decidió aprovecharla antes de que se le acabase la mecha—. Ni siquiera te despediste de mí.

A Caterina se le pusieron los ojos vidriosos y al final dos lágrimas cayeron rodando por sus mejillas. Marc quiso acercarse para consolarla, pero estaba petrificado. No podía mover ni un músculo.

—No fue eso Marc. Ya te dije que no había sido culpa tuya, simplemente estabas metido en un mundo que no me convenía. Te pedí mil veces que lo dejases, pero no me hiciste ni caso.

—Ya lo sé y lo siento mucho. —A él también se le comenzaron a poner los

ojos vidriosos—. Cuando te fuiste, me di cuenta del vacío que me habías dejado y decidí cambiar las cosas. Ya no quería seguir sin ti.

Aquella frase pareció ablandar el corazón de Caterina y los sollozos comenzaron a salir sin control de su boca.

—Marc, han pasado muchas cosas desde entonces —confesó Caterina limpiándose la nariz con la manga de la chaqueta—. Hay veces que ya no se puede volver atrás.

En ese momento apareció la madre de Cat por la puerta secándose las manos con un paño. Marc pensó que le echaría de su casa en aquel mismo instante, pero aquello no ocurrió. Les miró a los dos y, como si fuese lo más normal del mundo encontrarse a su hija llorando a mares con una visita, no hizo el menor intento de interrumpir. Estaba asombrado con la actitud de aquella mujer. No entendía muy bien qué ocurría.



—Caterina, ¿por qué no le traes algo de beber a tu... —Guardó silencio, señalando a Marc con el paño sin saber cómo calificar a la visita—. ¿A tu amigo?

—Mamá, ya que estás de pie puedes traerlo tú misma —le contesté entre dientes, sin entender a qué venía aquello.

—Caterina, es tu visita y creo que deberías atenderla tú.

Y entonces comprendí la estrategia de mi madre. Había estado escuchando atentamente la conversación desde la cocina y, al no estar de acuerdo en cómo se estaban desarrollando los acontecimientos, estaba intentando meter baza. Aquello ya era el colmo.

—Mamá, por favor... —comencé a decir con la boca pequeña antes de que Marc nos interrumpiese.

—No se preocupe, señora —se dirigió directamente a mi madre—. Estoy bien, no necesito...

Mi madre le volvió a interrumpir.

—Claro que no estás bien y Caterina te va a traer algo de beber. —Me fulminó con la mirada y salió de la habitación dejándonos allí en un ambiente tenso.

Miré a Marc y vi que tenía los ojos como platos. El pobre no entendía nada.

Di un bufido bastante sonoro y clavé la vista en la ventana. Pensé que mi madre nos dejaría en paz, pero al no escuchar movimiento alguno, gritó desde la cocina: «¡Caterinaaaaaa!».

Mierda, no iba a dejar correr aquello.

Sabiendo que no tenía escapatoria y muy cabreada por no poder hacer las cosas a mi manera, me quité el cojín del regazo y me levanté no sin dificultad del sofá. Estaba embarazada de casi de siete meses y comenzaba a estar torpe.

Marc clavó la vista en mi barriga y abrió la boca como si de un pez fuera del agua se tratase. Nos quedamos allí, uno frente a otro sin decir palabra. Marc con los ojos en mi tripa yo sin saber dónde posarla.

Marc reaccionó pasada una eternidad, se acercó a mí y alargó la mano para tocarme el vientre sin pedir permiso.

—¡No me toques! —salió de mi boca con toda la rabia del mundo dándole un manotazo para que se apartase.

—¡Estás embarazada! —Se limitó a decir con los ojos fuera de las órbitas.

—Sí —afirmé sin fuerzas para mirarle a la cara—. No te preocupes, ahora ya puedes irte tranquilo.

—¿Irme tranquilo? —repitió Marc apartando las manos de mi vientre sin muchas ganas.

—¿De cuánto estás?

—De casi siete meses. Y, sí, es tuyo, así que ni se te ocurra preguntarlo —respondí cruzándome de brazos para protegernos al niño y a mí.

No sabía de dónde estaba sacando tanto rencor.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Suspiré y decidí expresar lo que llevaba dentro.

—Me enteré el día en que abandoné la isla. Habían pasado demasiadas cosas y vi que tú no cambiabas. Necesitaba traer aquí a Gosby y pensar en mi futuro. Te quería mucho, pero... —Hice una pausa para mirarlo por fin a los ojos—. Tu vida no era adecuada para lo que venía. Necesitaba alejarme y pensar.

—¿Y ya has pensado? —preguntó Marc con los dientes apretados de la rabia—. ¿Estás saliendo con Diego? —la frase se le atragantó a medio camino.

—¿Diego? ¿Qué leches tiene que ver Diego en todo esto? —le contesté frunciendo el ceño sin comprender a qué venía aquello.

—Le he visto salir por la puerta.

Mierda, pensé, con el *shock* me había olvidado Diego.

—Solo estaba de visita, suele venir a verme de vez en cuando. Somos amigos, nada más.

Marc soltó un bufido que no supe interpretar.

—No me parece justo. La decisión no era tuya. Si soy el padre, tendría que haber tenido voz y voto en el asunto.

—Mira, Marc —le respondí bastante irritada—, estabas la mitad del día trabajando y la otra mitad ciego o algo peor. No creo de ninguna manera que tu voz y tu voto me hubiesen ayudado en nada. No eras capaz de llevar un mínimo orden y mucho menos ibas a poder hacerte cargo de la situación.

—¡Yo siempre me he hecho cargo de la situación! —respondió a voz en grito—. Ni se te ocurra insinuar lo contrario. He hecho lo que he podido siempre.

Me quedé callada. Me había pasado diciendo aquello.

—Ya lo sé, Marc —contesté alarmada al verle por primera vez en mi vida fuera de sí—. Pero pensé que esto en aquellas circunstancias te venía muy grande.

—No era decisión tuya —repitió con los puños apretados a los dos lados del cuerpo—. Además, ahora las circunstancias han cambiado. Yo he cambiado, ya no soy el que era. He trabajado mucho para mejorar y poder venir a por ti. Mariona saldrá en unos meses y ya estará también mejor.

Me quedé petrificada sin saber qué decir. Aquella situación me superaba. Había estado enfocada planeando un futuro sin Marc y verlo allí, con aquel aspecto, me estaba rompiendo todos los esquemas. No tenía que estar pasando aquello. No era justo. Se me estaba yendo todo al garete.

Marc se volvió a acercar a mi barriga, se puso de rodillas y se abrazó a mi vientre sin pedir permiso.

Noté que mi camiseta se humedecía; había comenzado a llorar. Aquello era mucho más de lo que una chica embarazada podía soportar. Me quedé quieta, muy quieta, intentando alejarme de lo que estaba sucediendo en la sala; pero sin previo aviso, mis brazos salieron al encuentro de Marc y se posaron sobre su cabello. Sentí cómo mis dedos se introducían entre sus espesos mechones y todos los buenos momentos del verano volvieron a mi mente.

Me enganché a aquel pelo revuelto como si de un salvavidas se tratase. Estaba en casa, pensé, por fin estaba en casa.

—No quiero que ese tío venga más de visita —soltó Marc con gesto ofuscado.

—¿Qué tío? —pregunté sin entender muy bien a qué venía eso.

—Diego —afirmó con los ojos clavados en mi rostro.

—Me ha estado ayudando mucho durante estos meses.

Diego había sido un gran apoyo, Marc no podía pedirme aquello.

—Pues ya no te tiene que ayudar más. Así que le das las gracias y que no vuelva.

Aquello lo dijo como si de un niño pequeño enfurruñado se tratase y no pude reprimir una carcajada al ver a un hombre agarrado a mi barriga haciendo pucheritos.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

Aquella risa sacó a Marc de su estado.

—¿Qué es? —preguntó muy bajito como con miedo de dar fuerza a ese pensamiento.

—Un niño.

A Marc se le escapó una amplia sonrisa de la boca.

—¿Cuándo nacerá? —Apoyó la frente en la tripa de Cat.

Esta se movió incómoda, pero Marc no tenía ninguna intención de apartarse de ellos.

—A mediados de mayo.

En el rato que llevaba allí, Cat no había sido capaz de mirarlo a la cara ni una sola vez y aquello molestó a Marc.

—Caterina, mírame —le ordenó molesto.

Esta desvió la vista hacia la ventana con rebeldía. Era como si no quisiera enfrentarse a él. Estaba interpretando un papel de mujer de hielo que no le pegaba nada y Marc sabía que si se comportaba así era para no derrumbarse. Viendo que no tenía intenciones de hacerle caso, Marc se levantó, se colocó frente a ella y cogió su barbilla con suavidad obligándola a fijar su mirada en él. Solo cuando Cat hizo contacto visual con él, Marc volvió a hablar.

—Estás guapísima.

—Tú también, Marc, se nota que estás mejor. —Volvió a desviar la mirada.

Marc se hartó de tanta tontería, la atrajo hacia sí con delicadeza y le dio un tierno beso en los labios. Caterina al principio no reaccionó, pero su boca acabó devolviéndole un tímido beso.

A Marc se le escapó una sonrisa de triunfo, pero la borró al instante por

miedo a hacer saltar todo por los aires. Se centró en el beso y poco a poco comenzó a sentirse más seguro. Aquella mujer, a pesar de todos los cambios, seguía sabiendo a Caterina. Se regodeó en los aromas que hacía meses no captaba; a suave clorofila y a la sal de sus lágrimas. Era incapaz de vivir sin aquella mujer y mucho menos después de saber que llevaba un hijo suyo en sus entrañas. Sus labios se acomodaron en la boca de Cat y, sin saber muy bien cómo iba a ser recibido, decidió sacar tímidamente la lengua para saborearla mejor. Por fortuna, no fue rechazado. Caterina abrió la boca para dejarlo pasar y él no dudó un segundo en aceptar la invitación.



Aquel hombre sabía igual de bien que Marc; el sabor a salitre y tabaco que siempre me hacía sentir como en casa estaba impregnado en él. Aquello me rompió por dentro: Marc había vuelto. Lo vi tan cambiado que no me fue difícil mantener una actitud fría, pero después de haber captado su aroma no pude resistirme a sus encantos y me deje llevar. Marc me dio un par de besos cortos, como para alargar el momento, elevó la mirada y cuando vi aquellos ojos vidriosos posados en mi rostro, rompí en un llanto incontrolable.

Dolían tanto aquellos meses, el final de aquel verano.

Marc se sentó en el suelo y, dándome un delicado tirón, me colocó en su regazo. Me acogió entre sus brazos y me acunó como si fuese su mayor tesoro. Escondida en la curva de su cuello, lloré y lloré con Marc susurrándome palabras tiernas al oído y la cabezota peluda de Gosby sobre mis muslos.

En aquel llanto salió todo lo que hacía meses llevaba reprimido; se fue la rabia, la angustia, la pena y la soledad. En aquellas lágrimas limpié lo que hacía tiempo debía haberse limpiado.

Un buen rato después, conseguí serenarme y Marc volvió a posar un tierno beso en mi boca al tiempo que me limpiaba las lágrimas con su manga.

—¿Tiene nombre? —preguntó.

—Todavía no.

—¿Podemos llamarlo como mi padre? —pidió Marc limpiándose sus propias lágrimas.

—¿Cómo se llamaba?

—Jaime —respondió con una súplica.

—Jaime será entonces.

Alargué los brazos y me abracé a Marc lo más fuerte que pude. Llevaba muchos meses negando aquello, pero le deseaba igual que el primer día. Igual que en la noche que me robó el primer beso detrás de un escenario.

—¿Y ahora? —pregunté, sin saber muy bien qué decir al ver mis planes echados a perder.

—No lo sé —contestó sincero, con una sonrisa espontánea.

Aquella risa nerviosa me dio mucho a entender. Él tampoco sabía qué hacer, pero tenía claro que juntos podríamos con eso y más.

—¿Vendrías conmigo de vuelta a Menorca?

—No lo sé —contesté alarmada, agarrándome más a él. Aquella opción había desaparecido de mi cabeza hacía tiempo.

—En menos de dos meses se abre el hotel y necesito el dinero para mantener a mi familia. —Eché una mirada de reojo a mi barriga—. Además, ya tengo casa allí. No es un lugar maravilloso como este —señaló a su alrededor—, pero es decente y cabemos todos. Además..., me gustaría vigilar de cerca a Mariona durante una temporada. Solo por si acaso.

Se me escapó una risa contenida. Hacía menos de diez minutos que sabía que iba a ser padre y ya estaba organizándolo todo para tener a todo el mundo bajo sus cuidados.

—Podría ser temporal, por lo menos hasta que acabe el verano y luego ya pensaríamos.

Aquel hombre era un amor.

—Marc, creo que te quiero —me salió del alma y escondí mi cabeza en su cuello.

Me sentía flotar, era como haberme quitando veinte toneladas de encima.

—¿Crees? —contestó ofuscado—. Pues ya puedes ir aclarándote porque he venido a por ti y no pienso irme solo.

—¿Cómo es que has venido? —pregunté de repente sin entender cómo habíamos acabado así.

—No podía vivir sin ti.

Me abracé a él y por fin le pude decir: «Te quiero».

Marc agachó la mirada y la centró en el plato de guiso que tenía delante. Olía delicioso. Cogió el tenedor y pinchó un trozo de carne. Estaba tan tierno que parecía mantequilla. Se lo llevó a la boca y pensó que había tocado el cielo.

—Está buenísimo, señora. Gracias por invitarme a cenar —dijo sincero, con los ojos abiertos de par en par.

—Gracias Marc, pero llámame Virginia, por favor. «Señora» era mi madre —le sonrió con una risa contenida.

Quizás se había pasado con el formalismo.

—Bueno, Marc —escuchó decir a su derecha al padre de Cat—, ¿qué planes tienes para el futuro?

Le había supuesto un esfuerzo inimaginable aceptar la invitación a cenar y lo había hecho porque pensaba que debía dar la cara ante sus “suegros”. Pero estaba claro que no le iban a hacer pasar una velada agradable.

—Papá —le recriminó Cat para que cambiase de tema.

Marc elevó los hombros sin saber muy bien qué se suponía que tenía que contestar.

—El mes que viene se abre el hotel y mi intención es empezar la temporada como siempre. Ya le he dicho a Cat —la señaló con el tenedor—, que me gustaría mucho que viniesen conmigo por lo menos durante el verano. Luego, cuando acabe la temporada en octubre, ya veríamos dónde asentarnos.

—No sé si nos apetece mucho que Cat se vaya tan lejos de casa dadas las circunstancias —contestó el padre lanzando una mirada de reojo a la barriga de Cat.

Aquella conversación se estaba complicando y él no tenía demasiadas tablas para enfrentarse a unos padres preocupados.

—Sí, ya me imagino, pero como tengo casa y trabajo he pensado que sería lo mejor pasar allí un tiempo. Si vengo yo a Santander, aquí no tengo dónde meterme ni tampoco tengo trabajo. Allí podemos vivir tranquilamente con mi sueldo y, además, mi hermana está saliendo de una situación... complicada —

dijo tragando saliva—. Me gustaría vigilarla de cerca.

—Papá, déjale tranquilo —salió Cat en su defensa fulminando a su padre con la mirada.

Este le hizo un ademán con la mano y prosiguió.

—¿Y casa? ¿Tienes una casa decente para mi nieto?

Marc miró a Cat sin saber muy bien a qué se refería su padre y volvió a elevar los hombros.

—Tenemos dos habitaciones, aunque el bebé no necesitará una habitación en los próximos meses, ¿no?

Él no sabía mucho de niños; bueno, para ser franco, él no sabía nada de niños, pero no pensaba separarse del suyo en sus primeros meses de vida.

—Marc, ¿cuánto tiempo te vas a quedar? —cambió de tema Virginia para romper la tensión.

Vio cómo a Cat se le tensaban los músculos de los hombros. Habían pasado la tarde juntos, pero Cat no le había preguntado por aquello.

—Tengo el billete de vuelta para pasado mañana —contestó mirando a Cat fijamente. Cat puso cara de horror y decidió explicarse—. Pensé que no me abrirías la puerta.

—Y ¿dónde te quedas a dormir? —prosiguió la madre de Cat.

—Llegué ayer por la noche y estoy en una pensión del centro —contestó dejando los cubiertos sobre el plato para centrarse en la conversación.

—¿Llevas en Santander desde ayer? —preguntó Caterina.

—Bueno..., no he reunido valor para venir hasta esta tarde.

Aquello debió ablandar el corazón de Cat que le regaló una sonrisa de oreja a oreja.

—Te vas pasado mañana, ¿entonces?

Este volvió a elevar los hombros. Aquello era un tercer grado en toda regla y no estaba muy acostumbrado a dar explicaciones.

—En realidad, no tengo nada que hacer hasta dentro de un mes. —Miró fijamente a Cat buscando una respuesta.

A su chica se le iluminó la cara y Marc no necesitó nada más para saber que el vuelo lo perdería sin remedio.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí, Marc? —le ofreció Virginia—. Tenemos una habitación de invitados preparada.

Miró a Cat a los ojos para ver qué debía responder y esta asintió levemente con la cabeza.

—Sí, muchas gracias señ... Virginia.

—Si quieres, mañana vas a la pensión, recoges tus pertenencias y te vienes a pasar aquí unos días. Te dejaré una toalla y cepillo de dientes para que te puedas asear esta noche.

—Bueno —añadió el padre de Caterina que llevaba un rato callado—, si quieres puedes quedarte a dormir en la habitación de Cat.

Esta le lanzó una mirada asesina a su padre.

—¿Qué? —le respondió a su hija—. No creo que te vaya a dejar embarazada.

Marc no pudo más y lanzó una gran carcajada al ver la cara de consternación de su chica.

Estábamos incómodos, de aquello no había lugar a dudas. Al final, mi madre le había dejado a Marc una toalla y un cepillo de dientes en mi habitación, lo que dejó zanjado el tema de dónde dormiría este.

Salí del baño con un camisón de franela de cuadros escoceses por encima de las rodillas para ver que Marc ya se había quitado la ropa y estaba con un *bóxer* y una camiseta sin mangas por el cuarto.

Al verle así, se me escapó una risita.

—¿Algo te hace gracia? —Se acercó a mí para intentar romper la tensión.

—Así vestido, sí te pareces a «mi» Marc —dije intentando alejarme de él.

Entre que estábamos raros y que él iba envuelto en miles de capas de ropa todavía no había aceptado que aquel hombre que tenía delante era Marc.

—¡Oh! —exclamó Marc mirándose de arriba abajo—. La verdad es que no tengo pijama.

—¿Quieres uno de mi padre? —Di dos pasos hacia la puerta de la habitación para salir a coger uno.

—No, así estoy bien. Ya sabes que no uso pijama para dormir. —Se interpuso entre la puerta de entrada y mi persona.

Estaba muy tensa y solo pensar en que Marc podía tocarme me ponía más cardíaca si cabía.

—Marc, no tienes que dormir aquí si no quieres —sugerí con la esperanza de que entrase en razón y se fuese al cuarto de invitados.

—Cat, no pienso irme a ninguna parte. —Me dio algo de espacio y se dirigió hacia la cama—. Venga, elige un lado de la cama.

Me fui directa al lado derecho y retiré las mantas para meterme dentro. Marc se fue al otro lado y de un salto quedó tumbado sobre la cama.

Estaba realmente rígida y notaba cómo Marc comenzaba a cansarse de mi actitud. Apoyó la cabeza sobre su codo izquierdo y se pegó a mí.

—¿Estás bien? —Quitó un mechón de pelo que se me había escapado de la coleta.

—Sí, pero son demasiadas novedades. Hace unas horas estaba centrada en cómo seguir la vida sin ti y ahora has vuelto y bueno... —dije elevando los hombros—, supongo que tengo que acostumbrarme.

—Bueno, pues hazlo rápido que yo quiero volver a ver a la Cat de siempre —confesó posando un tierno beso en mis labios.

—Marc, aquella Cat creo que ya no existe —confesé con un halo de tristeza en mis ojos.

—Yo tampoco soy el Marc de antes. Supongo que han pasado demasiadas cosas estos últimos meses; pero Cat, creo que si ponemos de nuestra parte, podemos salir bien parados de esto.

Fijó sus ojos en la gran barriga que había entre nosotros y posó su mano en ella intentando sentir a su hijo dentro de ella.

—Aunque ha sido un poco impactante, estoy muy contento. Estoy seguro que entre los dos podremos con esto y más.

—Marc, no tienes por qué quedarte. De verdad, no hagas esto por obligación.

Me sentía muy insegura y no perdía la oportunidad de intentar volver a la situación de equilibrio anterior.

—¿Obligación? —cansado ya de mi actitud, me cogió por la nuca y me atrajo a él para darme un beso no tan tierno—. Estoy un poco asustado, pero me encantaría poder formar una familia contigo. Nunca he tenido a nadie más que a Mariona y saber que os puedo tener a vosotros dos también...

—Marc, no sé si quiero vivir en Menorca. Yo tengo planes aquí en Santander —confesé algo incómoda.

—Vale, pero me gustaría que me acompañases por lo menos durante el verano. No puedo dejar de trabajar ahora.

Me quedé pensativa un rato y finalmente asentí no demasiado convencida.

ΩΩΩΩΩΩΩΩ

—¿Sabes qué? —preguntó Marc, sentándose en la cama en un rápido movimiento y quitándose la camiseta.

—¿Qué? —dijo Cat subiéndose las mantas hasta el cuello y agarrándolas con fuerza al adivinar sus intenciones.

—Que creo que ya es hora de que nos toquemos —respondió Marc,

arrancándole las sábanas sin piedad e intentando subirle aquel odioso camisón que le separaba de su chica.

—Marc, ¿estás loco? No pienso dejar que me veas desnuda.

—No te va a quedar otra —le respondió casi con el camisón a la altura del pecho.

—No, Marc —repitió al ver que estaba perdiendo la batalla.

Cat se incorporó para dar más énfasis a sus palabras y Marc aprovechó aquel movimiento para conseguir quitarle el camisón. Ella intentó resistirse sin mucho entusiasmo, pero él sabía que hasta que no se tocasen no iba a desaparecer la barrera instalada entre ambos.

Esta, al verse desnuda delante de él, se agarró los pechos con las manos y se giró para apagar la luz del cuarto.

—Devuélveme el camisón —dijo en un susurro para que sus padres no la oyesen desde la otra habitación.

—Ni pensarlo. Anda, ven y túmbate.

Cat obedeció sin rechistar a sabiendas de que podría taparse nuevamente con las mantas.

Marc decidió tumbarse otra vez a su lado y apoyó de nuevo la cabeza sobre el codo izquierdo.

—Estás preciosa.

—Deja de decir chorradas. Estoy horrible y gordísima.

Marc se rió y alargó la mano libre para volver a posarla sobre la barriga de Cat.

—¿Notas algo? —preguntó intentando cambiar de tema para que se sintiese más cómoda.

—Sí —se rió esta—. Cada vez se mueve más y ha empezado a dar patadas.

Marc se agachó y colocó la oreja sobre la barriga de su chica.

—¿Me avisarás si se mueve? —preguntó con algo de emoción en la voz.

—Claro —le acarició la cabeza con cariño.

Marc, aprovechando el momento de intimidad, elevó una de sus manos y la posó en el pecho de Cat.

Dios, pensó, aquello sí que era una novedad.

—Dirás lo que quieras, pero solo veo mejoras —reprimió Marc una carcajada.

—Quita. —Cat le dio una sonora palmada en la mano para que la apartase.

Se deshizo de él y se colocó de lado para protegerse.

Marc, que notó cómo las nalgas de Cat le rozaban la piel, se pegó a su

espalda como si de un imán se tratase, mientras Cat, de forma instintiva, encajaba el trasero en sus caderas. A Marc se le escapó una sonrisa de satisfacción al comprobar que aquella parte de su cuerpo también había crecido de forma considerable.

—Pues a mí me parece que estás mucho mejor. De hecho, espero que conserves esas tetas y este culo que te han salido —soltó agarrándole del trasero de forma algo grosera.

—Marc, mis padres están en la habitación de enfrente —se quejó entre dientes moviéndose como una anguila.

—Bueno, entonces tendremos que hacer poco ruido para no escandalizarles el primer día. —Llevó su mano al pecho de Cat apretando con ganas al ver que cubría casi la totalidad de su mano.

—Marc, estoy embarazada de casi siete meses. No pienso hacer nada.

—No te preocupes, no vas a tener que hacer nada. —Le introdujo una rodilla entre los muslos—. Ya me encargo yo.

—Marc. —Cat giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

Marc aprovechó para atrapar su boca, darle un profundo beso y, ya de paso, llevar la mano hasta la cara interna de sus muslos para acariciarlos despacio.

Tenía una piel suave que lo estaba volviendo loco.

Abandonó la boca de Cat dejando tiernos besos por su garganta y, antes de que esta pudiese renegar, consiguió llegar hasta sus pechos. Estaban diferentes, más turgentes y las aureolas eran más grandes.

—Los tienes tan diferentes —dijo sin apartar la boca de su pecho.

—¡Pufff! —soltó Cat un sonido gutural.

Marc hizo caso omiso sabiendo que su chica se estaba relajando por momentos y perdió una mano entre sus muslos para terminar de ablandarla.

—Marc —gimió Cat, en un reproche ahogado.

—Shhhhh —le contestó Marc—, déjate llevar.

Y sin decir más, se acomodó y se introdujo en ella lentamente.

Nada más sentirse dentro de su chica, supo que había vuelto a casa.

Mahón, 16 de mayo de 2004

Caterina pegó el último grito y el llanto de un bebé rompió el silencio de la sala. El mundo se congeló con aquel berrido.

Marc vio cómo las manos de un hombre sacaban aquel ser cubierto de un moco sanguinolento de entre los muslos de Cat y se lo colocaba encima de la barriga. El chiquitín lloraba con rabia. El médico cogió una especie de tijeras y la colocó en el cordón umbilical. Marc pensó que lo iría a cortar, pero no fue así.

—¿Pasa algo? —preguntó extrañado pensando que igual había algún problema.

—No —le contestó el médico—, hay que esperar a que deje de latir el cordón.

Se sintió realmente alarmado con la crudeza de todo el asunto y apretó más si cabía la mano de Cat sin desviar la mirada de aquel bulto que acababa de surgir de la nada.

Cat llena de sudor y todavía jadeante por el esfuerzo tampoco podía apartar la vista de la criatura. Marc le hizo un gesto para ver si necesitaba algo y esta le confirmó con la cabeza que se encontraba bien. Marc volvió a mirar a aquel bulto llorón que pataleaba en la barriga de su chica. Cómo podía haber estado aquella criatura en el vientre de Cat era todo un misterio y cómo había salido de allí uno todavía más grande.

Unos minutos más tarde, el médico cortó el cordón umbilical y se lo pasó, sin demasiada delicadeza, a una enfermera que se llevó al niño a una mesita auxiliar donde lo limpió y lo envolvió en una sabanita como si de un rollito de primavera se tratase. Al terminar, le colocó un gorrito y se lo ofreció a Caterina que no perdía ojo de lo que estaba sucediendo. Esta, al ver que iban a colocar al niño en su regazo, negó con la cabeza e hizo un gesto para que se lo

dejasen a Marc.

La enfermera puso cara de extrañeza, pero no dudó ni un instante en rodear la cama y ponerse frente a Marc colocando al niño en sus brazos. Marc, al ver aquella carita, se rompió por dentro. El niño seguía llorando sin parar, pero a Marc se le nubló la vista y se le escapó una gran sonrisa de los labios. Rozó la piel de la cara de su hijo y nada más notar el contacto, el niño dejó de llorar. Lo acunó unos momentos, le besó la frente y se lo pasó a Caterina para poder tener una mejor estampa de su nueva familia.

La enfermera le propuso a Caterina a ver si quería probar a darle el pecho. Y el bebé, nada más notar el pezón dentro de la boca, comenzó a mamar con ansia. Estaba claro que el pequeñín se agarraba con fuerza a la vida.

Al ver a su hijo en brazos de Caterina todas las dudas y los miedos de los últimos meses se disiparon. En aquel momento supo que, mientras estuviesen juntos, podrían con todo.



En casa estaban Mariona, Virginia y Gosby esperando noticias sin saber qué hacer. Virginia había llegado a la isla quince días antes para poner un poco de orden. Sabía que los chicos tenían buena voluntad, pero no se fiaba de ellos del todo, así que decidió presentarse en aquel diminuto piso con un montón de cosas para su nieto.

Descubrió que la casa estaba en un barrio modesto, pero nada conflictivo, lo que le quitó un gran peso de encima. El problema era que en aquella casa no cabían. Tenían solo dos habitaciones. Una la ocupaban Marc y Caterina, y la otra Mariona y Gosby que desde que había vuelto a la isla no se había separado de aquella chica delicada ni un segundo. Virginia pensó que a Mariona la invitarían a buscarse una casa propia, pero nada de aquello ocurrió. Parecían encantados de poder contar con su presencia en aquella extraña familia que habían creado.

Cuando Virginia comenzó a sacar lo que había comprado para el niño, se dio cuenta de que todo aquello no iba a caber en aquel lugar; así que se plantó delante de su hija y le dejó claro que todas aquellas cosas eran básicas para criar a un hijo.

—Necesitáis una casa más grande.

—Tenemos pensado buscar algo más grande en otoño —le contestó su hija.

Esa era otra, desde que estaba en Menorca había desaparecido la primera persona del singular de la boca de su hija para pasar a hablar en plural en todo momento y aquello la sacaba de quicio.

Como sabía que el niño, en sus primeros meses de vida, iba a dormir en el cuarto con su hija y Marc, no opuso demasiada resistencia; pero si para octubre no buscaban otra cosa, se volvería a plantar en aquella isla para ponerles firmes.

Por otro lado, saber que solo habían hecho planes para los siguientes seis meses le calmaba el corazón. Todavía cabía la posibilidad de que decidiesen volver a Santander y poder ver crecer a su nieto cerca de ella.

Aunque después de lo que había visto en Menorca, sabía que las posibilidades de que volviesen a la península eran más bien pequeñas. A Cat se la veía encantada en aquel lugar. Vivían muy cerca del agua y podían bañarse muchos más meses al año que en Santander. Cuando Marc acababa su turno en el hotel, iba a buscar a Cat a casa, cogían las gafas de bucear y se iban a la playa a pasarse horas dentro del agua. Virginia les acompañó en un par de ocasiones, pero no entendía qué era aquello tan maravilloso que veían allí abajo. Para ella una vez visto un mero, vistos todos.

Por otra parte, la Escuela de Salvamento Acuático se había instalado en Menorca de forma definitiva y Mikel había estado hablando con Cat de la posibilidad de participar como profesora al año siguiente. A Santander le iba a resultar bastante difícil competir con aquello.

Hacía muchas horas que Marc y Caterina se habían ido al hospital y, a pesar de que Virginia y Mariona se habían ofrecido para acompañarlos, ellos se habían negado.

Las contracciones habían comenzado a media tarde del día anterior. Marc había querido ir al hospital nada más comenzar la primera contracción, pero Cat le puso cara de «no exageres» y decidieron esperar a que estas fuesen más continuas.

Se encontraban los cuatro en el sofá, con la película de la noche de fondo cuando Cat decidió que era hora de salir para allí. Mariona y ella se dirigieron a la entrada a ponerse los zapatos y Cat les frenó diciendo que tanta gente estorbaría en el hospital. A Virginia aquello le sentó fatal, quería estar con su hija en un momento así; pero acató la orden sin rechistar, tampoco quería molestar a la pareja en aquellos momentos. Se metió en la cama

ofuscada y se pasó toda la noche dando vueltas sin parar. Nada más dar las siete de la mañana, se levantó de la cama y fue al salón para llamar a Cat a ver cómo iba todo. Para su desgracia, le dijo que todavía estaba de cinco centímetros y que tendrían que esperar un rato más.

A aquellas alturas de la mañana, Mariona y ella ya habían limpiado la casa dos veces y no sabían qué más hacer. Gosby también estaba más inquieto de lo habitual —quizás se debiese al nerviosismo instalado en el ambiente— y no paraba quieto; lo que no ayudaba a calmar los nervios de nadie.

Virginia se sentó en el sofá sin saber qué hacer y nada más posar su trasero en el mullido cojín, se dio cuenta de que no era buena idea. No iba a ser capaz de permanecer quieta ni un minuto, así que, cambió de opinión y decidió ir a la cocina para preparar algo de comer; estar ocupada la ayudaría a mantener la calma. Dejó a Mariona en el sofá mordiéndose la última uña que le quedaba intacta y nada más abrir la puerta de la nevera, escuchó el teléfono.

Cerró de un golpe la puerta del frigorífico y volvió al salón. Al entrar vio que Mariona comenzaba a dar saltos de alegría. Se acercó para confirmar sus sospechas y Mariona se abrazó a ella mientras seguía hablando con su hermano por teléfono. Virginia escuchó al hombre más feliz del mundo al otro lado del teléfono decir: «Jaime acababa de llegar, pesa tres kilos trescientos y los dos están en perfectas condiciones».

EPÍLOGO

Estaba tumbado a los pies de la cuna escuchando la respiración de Jaime. Todo iba según lo previsto. Acomodó su cabezota sobre las patas, encogió un poco los cuartos traseros y se dispuso a descansar un rato; por fin podía relajarse.

Aquello casi le había costado la vida. Desde que vio por primera vez a Marc y a Mariona supo que aquellos dos estaban hechos para formar parte de su familia. El problema era que los humanos no se enteraban de nada. Mira que se lo había indicado a Caterina una y otra vez, pero nada.

Se pasó aquel verano intentando decirle a Cat que la verdadera causa del viaje había sido encontrarlos a ellos y no realizar aquellas estúpidas prácticas que no les iban a llevar a nada. Giró la cabeza para acomodarse mejor sobre sus patas y suspiró de forma sonora. Casi no lo consigo, pensó.

A Caterina parecía encantarle aquello de hacer como que salvaban a gente que se ahogaba de mentira. Y él, por ella, lo hacía con todo el amor del mundo; pero ya estaba cansado de pasarse el día jugando a hacer cosas raras mientras la vida de Mariona se iba por el retrete.

Hubo un momento del verano en que pensó que Caterina lo había comprendido: seguían con aquel extraño juego de salvar gente, pero por las noches descansaban con Marc y Mariona en casa. Pensó que aquello era la señal de que todo estaba ya encauzado. Marc y Mariona solo necesitaban una familia para cerrar el agujero que llevaban en el pecho y él sabía que esa familia solo se la podían ofrecer Cat y él mismo, claro. El problema llegó a final de la temporada, cuando Caterina se cansó de la energía derrotista de Marc y su vínculo se debilitó hasta casi romperse.

No entendía cómo podían estar tan ciegos. ¡Ay!, pensó, exhalando otro profundo suspiro; tan listos para unas cosas y tan tontos para otras.

El trabajo se le comenzó a acumular al final del verano. El Universo le había encargado una misión demasiado complicada para un simple perro. No solo tenía que estar atento para que Marc y Cat siguiesen como estaban, sino

que también tenía que ocuparse de Marionna. Ella era la que había decidido cargar sobre sus hombros toda la energía enquistada de la familia. Estaba al borde de un gran precipicio y necesitaba todo el apoyo del mundo para poder superarlo; por eso, cada vez que tenía la oportunidad, se colocaba junto a ella y le aportaba toda la energía positiva que un perrazo de cuarenta kilos podía ofrecer.

Al finalizar la temporada, viendo que aquello iba de mal en peor, tuvo que jugar sus últimas cartas y montar el circo que montó en el supermercado para volver a unirlos. Casi perdió la vida para que Caterina y Marc no se alejasen, y ni por esas lo consiguió.

Se sintió muy mal cuando vio que habían vuelto a Santander dejando al resto de la familia en Menorca. No entendía nada. Cómo podían estar tan ciegos. Además de tener que asumir que iba a quedarse cojo para el resto de su vida, su sacrificio no había servido para nada. Fueron meses muy duros; no solo por él, sino porque su mejor amiga estaba hecha polvo. Era obvio que ella jamás volvería a ser la misma sin Marc, pero era todo un misterio cómo no se daba cuenta de eso. Además, estaba la cuestión del nuevo miembro de la familia.

Desde el principio, supo que la vida que crecía en el interior de Caterina formaba parte de Marc; en realidad, era la pieza que faltaba para que encajase el rompecabezas. Supo que aquel niño llegaría a la familia mucho antes de que Cat se quedase embarazada. La primera vez que cruzaron la entrada de aquella casa y se quedaron a ver una *peli* en el sofá, notó una presencia que miraba a la pareja con curiosidad y entonces lo supo. Aquel verano la familia crecería. Había una pequeña alma rondando por la casa. Se alegró enormemente de poder repartir la tarea con aquel ser, pero la pobre alma no pudo tampoco con el cometido. Se lo estaban poniendo realmente difícil.

Durante los meses en Santander se sintió muy apenado al ver a Cat en un estado de ánimo tan deprimente. Él había intentado hacerse el fuerte y alegrar a Caterina para que, por lo menos, aquella criatura que crecía en su vientre no se contagiase de la energía negativa; pero, un tiempo después, él mismo perdió la fuerza necesaria para seguir tirando del carro. Se sentía débil, lisiado y agotado. Sabía que aquellos dos no podían estar bien el uno sin el otro y él ya no sabía qué más hacer.

Entonces se le ocurrió otra cosa: comenzó a mandar mensajes telepáticos a Marc indicando dónde se encontraban y rogándole que se presentase allí de una vez por todas. Cada vez que se concentraba en mandar los mensajes, veía

a Marc acercarse a un teléfono para hacer una llamada; pero siempre acababa dando media vuelta y volviendo a sus quehaceres. Era duro ser testigo de aquello sin poder hacer más.

Y por fin, un buen día ocurrió. Marc apareció por la puerta de casa. Aquel fue el día más feliz de la vida de todos, incluida la suya. Allí supo que su familia, al fin, estaría unida para siempre y que el amor incondicional triunfaría pese a todo lo demás.

En aquel momento, descansando bajo la cuna de Jaime se encontraba en la gloria. Abrió los ojos y, sin mover ni un solo músculo, elevó la mirada hacia la ventana y suspiró. Menos mal que había acabado todo según lo previsto. Volver a aquella casa le había quitado un gran peso de encima y ¡por fin! ya podía descansar junto a aquella cuna sin altibajos.

A partir de entonces, su trabajo consistiría en proteger a aquel ángel. Un trabajo que seguro no estaría falto de riesgo.

NOTA DE LA AUTORA

Gosby es una historia muy especial para mí, sobre todo por la forma en que me llegó. Todo comenzó una tarde de mayo en la que iba paseando por la calle con mi abuela y de repente un hombre se me quedó mirando. Yo no sabía por qué aquel hombre me miraba y me quedé extrañada, pero como él tampoco dijo nada, seguí mi camino.

Un minuto después me di cuenta. Aquel hombre al que no había reconocido era un antiguo amor platónico de juventud. Y ahí comenzó todo.

Como si de una máquina del tiempo se tratase aquel hombre me llevó a una época de mi vida donde me había sentido plena y llena de creatividad, y no solo conecté con aquella época sino que extraños sueños comenzaron a visitarme cada noche.

Estuve un tiempo sin saber muy bien qué significaban aquellos sueños hasta que una mañana de domingo abrí los ojos como platos, repté hasta el ordenador y comencé a escribir. Y así fue como empezó esta maravillosa aventura.

Los sueños estuvieron acompañándome bastante tiempo y cada vez que dejaba de escribir volvían con más fuerza y no conseguía deshacerme de ellos hasta que no me sentaba a escribir. Fue así como poco a poco, mes a mes, la historia fue creciendo hasta conseguir poner el punto final.

Ha sido una experiencia que me ha servido de punto de inflexión en mi vida (este libro hizo que empezase a indagar sobre los mecanismos de la creatividad y acabase publicando un blog sobre el tema), así que, espero que haya conseguido plasmar la historia tal cual llegó a mi cabeza (bueno..., estoy segura que no lo he conseguido, pero por lo menos espero que te haya gustado).

Después de esta introducción, quisiera aclarar que a pesar de tener un amplio conocimiento del mundo del perro, no estoy nada al corriente del trabajo que se realiza por los perros de trabajo y mucho menos de los perros de salvamento. He investigado mucho sobre el tema, pero al no ser partícipe

de ninguna escuela de salvamento soy consciente de que habrá un millón de errores en las escenas de trabajo de Gosby. Sin embargo, si la novela ha servido para acercar al lector el maravilloso trabajo que realizan los perros de salvamento quedaré totalmente satisfecha. Por desgracia no existe ninguna escuela oficial de salvamento acuático con perros en España, pero sí diversas asociaciones. Si crees que tu perro puede disfrutar con la experiencia, no dudes en buscar alguna de ellas en tu comunidad.

En cuanto al epílogo, quiero aclarar que mi intención ha sido mostrar la vida interior de un perro. No son tan simples como parecen y muchas veces vienen a nuestras vidas con una misión concreta que intentan llevar a cabo como mejor pueden. De hecho, los animales tienen grandes capacidades telepáticas (nosotros las solemos perder al crecer) que utilizan como una forma más de comunicación. Si no nos llegan los mensajes, no es culpa de ellos sino nuestra; muchas veces no somos capaces de abrir nuestro corazón lo suficiente para escucharlas. Si quieres conocer más sobre esta forma de comunicación de los animales, no dudes de indagar sobre algo llamado *Animal Communicator* o mandarme un mail si quieres más información sobre el tema.

En realidad, esta obra, al igual que todas las que escribo, nació con el objetivo de entretener. Si lo he conseguido, me sentiré agradecida de que dejes un comentario en las redes sociales y valores con cinco estrellas el libro, sea cual sea la plataforma donde lo has comprado. Tu apoyo es básico para seguir publicando obras futuras. No dudes en correr la voz si te han pasado las horas volando cuando leías la novela.

Gracias por todo.

AGRADECIMIENTOS

La primera persona a la que quiero dar mi agradecimiento es a mi amor platónico de juventud (si has leído el apartado anterior, sabrás de quién hablo). Ese hombre que no conozco y con el que no he cruzado ni media palabra en mi vida ha hecho posible que nazca este libro y creo que no podré estarle más agradecida. Gracias, gracias, gracias. (¡Ah! Y sí, en él me inspiré para el personaje de Marc).

La siguiente persona a la que le estoy eternamente agradecida es a mi amiga Vanesa Rodríguez. ¿Te suena de algo? Claro, la jefa de recepción del hotel.

Mi amiga Vanesa es jefa de recepción de un hotel en Menorca (ya ves, ha hecho de ella misma en la novela) y gracias a ella, mi luna de miel la pasé en un hotelazo espectacular al lado del mar.

Cuando pensé en dónde ambientar la historia, enseguida me vino aquella maravillosa localización a la cabeza y todo esto no hubiese sido posible sin Vanesa, así que le agradezco enormemente el haberme descubierto Menorca; un enclave de ensueño donde caben miles de historias.

Las siguientes personas a las que quiero dar las gracias son a mis lectoras cero. K. Campo, A. San Miguel, N. Brocal, M. Roa, N. Gaztelupe y V. Rodríguez. Ellas son las que destripan la historia cuando creo que ha alcanzado el punto máximo de perfección y gracias a ellas, me veo obligada a comenzar prácticamente desde cero: que si esto es muy evidente, que si esto no se entiende, que si la trama secundaria queda a medias... ¡puff! Qué haría yo sin ellas.

La siguiente persona a la que quiero dar mi más sincero agradecimiento es a Nina Latte. A un par de meses de ser publicada la novela, le pasé la primera parte y ¿qué pasó? Que a los diez minutos de pasarle el manuscrito tuve que cambiar la mitad de los nombres de mis personajes. En realidad ella tenía razón, casi todos tenían nombres que comenzaban con *m*. También se encargó de la corrección final y si has encontrado pocas erratas es todo gracias a ella.

Por último, no quisiera olvidarme de mi familia. Quisiera agradecer a mi

familia (incluyendo a mis tres gatos) la paciencia que tiene conmigo. Se han acostumbrado a ver a una mujer pegada a una pantalla de ordenador, en vez de estar compartiendo su tiempo libre en familia como las personas normales. Así que gracias, gracias y gracias por la paciencia.

Y mil gracias a ti por darme la oportunidad de entrar en tu casa y espero que volvamos a encontrarnos en un futuro no muy lejano.

C. A. Ortega

ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

EL ENCUENTRO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE

EL PARAISO

10

11

12

13

14

15

16

17

18

TERCERA PARTE

LOS AMIGOS

19

20

21

22

23

24

25

26

27

CUARTA PARTE

TORMENTA EN EL PARAISO

28

29

30

31

32

33

34

QUINTA PARTE

UN ANGEL CAIDO

35

36

37

38

39

SEXTA PARTE

LA VIDA SIGUE

40

41

42

43

44

45

46

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

Para más información:

www.caortega.com

www.carlotacreativa.com

<https://www.facebook.com/CAORTEGAAUTORA/>

<https://twitter.com/caortegaautora>

Otras obras de ficción:

[Nubes de octubre](#)

[Navidades en Tierras Altas](#)

Obras de no ficción como C. A. Ortega:

[La guía que me hubiese venido de perlas cuando se me fue la pinza y me dio por escribir una novela](#)

Tú eres un ser creativo y lo sabes (2018)

Obras de no ficción como Carlota Alfaro:

[EL PERRO que susurraba al oído de las personas, pero... ¡NADIE LE ESCUCHABA!](#)

[EL CACHORRO que susurraba al oído de las personas, pero... ¡NADIE LE ESCUCHABA!](#)



SOBRE LA AUTORA

C. A. Ortega nació en San Sebastián en 1979 y es licenciada en Ciencias Ambientales en la Universidad Autónoma de Madrid. Sus primeros acercamientos al mundo laboral fueron lejos de la naturaleza. Después de pasar tres años trabajando en sistemas de calidad ambiental decidió dejarlo todo para volver a su sueño: trabajar con animales. Aquello le llevó a conocer a personas que le ayudaron a retomar el camino que había abandonado hacía tiempo y consiguió volver a conectar con su creatividad perdida.

Aquello hizo que comenzase a dejar volar su imaginación, lo que acabó siendo su primera novela. Aquel fue el primer contacto con la escritura (o como a ella le gusta llamar: el reencuentro con la contadora de historias que siempre había llevado dentro). Por todo ello, acabó por cerrar la empresa en la que estaba inmersa y seguir el camino de su corazón. A partir de ahí, Carlota decidió sacar a la luz Nubes de Octubre, su primera novela y seguir con su faceta de escritora. Su tercera novela Gosby le llegó en sueños y aquello le hizo indagar en los mecanismos de la creatividad.

Así que cuando encontró la fórmula mágica para conectar con la creatividad decidió abrir un blog sobre el tema (<http://caortega.com/>) y escribir libros para ayudar a la gente a reencontrarse con ella.

Hoy en día Carlota compagina sus tres grandes pasiones. Por un lado, sigue transcribiendo todas las historias que le vienen a la cabeza, ayuda a las personas a conectar con su creatividad y trabaja en su página Web www.perrosygatosparanovatos.com.

